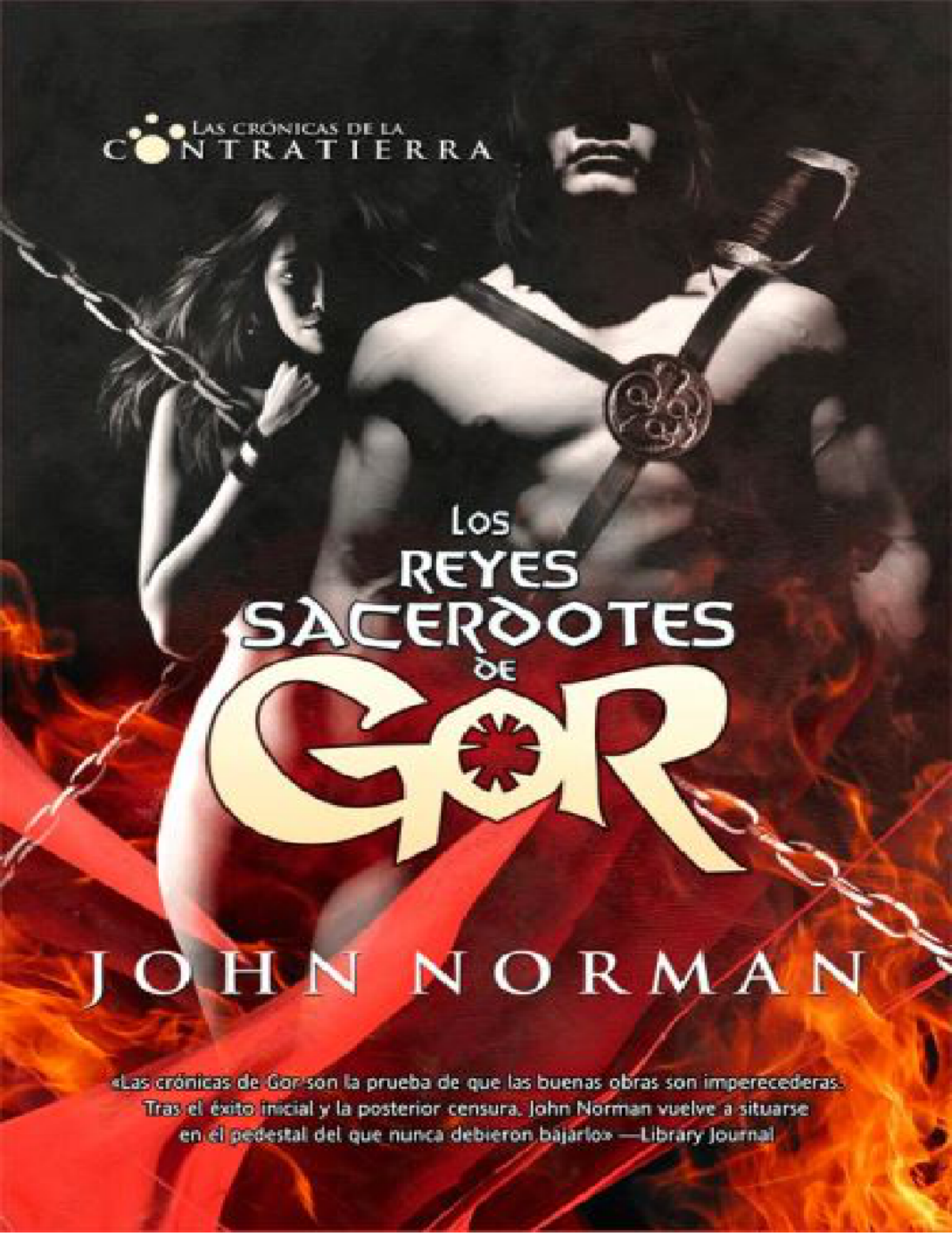
Las crónicas de la
Contratierra
Los
Reyes
Sacerdotes
de
Gor
John Norman
«Las crónicas de Gor son la prueba de que las buenas obras son imperecederas. Tras el éxito inicial y la posterior censura, John Norman vuelve a situarse en el pedestal del que nunca debieron bajarlo» —Library Journal

SHOUT
SHARE
IT

Annotation

En otros tiempos Tarl Cabot fue el guerrero más poderoso de Gor, el extraño mundo de la Contratierra. Pero ahora sólo cuenta con un amigo: el gran pájaro de guerra llamado tarn.

Es pues un proscripto, todos van contra él: su casa, destruida; su familia, dispersa o asesinada.

Y los responsables son unos misteriosos seres que tiranizan a Gor: los reyes sacerdotes.

Sin embargo Tarl Cabot les hará frente.

- John Norman
  - 1. La feria de En'Kara
  - 2. En los Sardos
  - 3. Parp
  - 4. El palacio de los Reyes Sacerdotes
  - 5. Vika
  - 6. Cuando los Reyes Sacerdotes caminan
  - 7. Salgo en busca de los Reyes Sacerdotes
  - 8. Vika abandona la cámara
  - 9. El Rey Sacerdote
  - 10. Misk, el Rey Sacerdote
  - 11. Sarm, el Rey Sacerdote
  - 12. Dos muls
  - 13. El gusano del lodo
  - 14. La cámara secreta de Misk
  - 15. En la cámara secreta
  - 16. El plan de Misk
  - 17. La sala de observación
  - 18. Conversación con Sarm
  - 19. Muere, Tarl Cabot
  - 20. El collar 708
  - 21. Encuentro a Misk
  - 22. Viaje a los túneles del Escarabajo de Oro
  - 23. Encuentro a Vika
  - 24. El Escarabajo de Oro
  - 25. El vivero
  - 26. La seguridad de Vika de Treve
  - 27. En la cámara de la Madre
  - 28. Destrucción gravitatoria
  - 29. Anestesia
  - 30. El plan de Sarm
  - 31. La venganza de Sarm

- ○ 32. Hacia la superficie
- ○ 33. Salimos de los montes Sardos
- ○ 34. Hombres de Ko-ro-ba
- ○ 35. La noche del Rey Sacerdote

John Norman
Los Reyes Sacerdotes de Gor

1. La feria de En'Kara

Yo, Tarl Cabot, que antes era de la Tierra, soy un individuo conocido por los Reyes Sacerdotes de Gor.

A finales del mes de En'Kara del año 10.117, a contar desde la fundación de la ciudad de Ar, llegué al palacio de los Reyes Sacerdotes en las Montañas Sardar del planeta Gor, nuestra Contratierra.

Cuatro días antes había llegado, montado en un tarn, a la empalizada negra que rodea a las temidas Sardar, esas montañas oscuras coronadas de hielo, sagradas para los Reyes Sacerdotes, prohibidas a los hombres, a los mortales y a todas las criaturas de carne y hueso.

Desmonté y liberé al tarn, mi montura gigantesca con aspecto de halcón, porque no me podría acompañar cuando me internara en los Sardos. Una vez había intentado internarse conmigo en las montañas, pero no volvería a repetir la prueba. Lo había detenido el escudo de los Reyes Sacerdotes, que había influido sobre el ave, quizás afectando el mecanismo del oído interno, de modo que el animal no había podido controlarse y había caído al suelo, desorientado y confundido. A los montes sólo podían entrar los hombres, y nunca regresaban.

Lamenté separarme del tarn, porque era un ave excelente, inteligente, valerosa y fiel. La quería mucho, y sólo diciéndole palabras duras pude alejarla de mí, y cuando desapareció a lo lejos sentí deseos de llorar.

No estaba apartado de la feria de En'Kara, una de las cuatro grandes ferias que se celebraba a la sombra de los Sardos durante el año goreano; y poco después caminaba con paso lento por la larga avenida central entre las tiendas, los puestos, los pabellones y los depósitos, en dirección a la alta puerta de madera, formada por leños oscuros, más allá de los cuales se elevan las propias Montañas Sardar, el santuario de los dioses de este mundo, conocidos como los Reyes Sacerdotes por los mortales, los hombres que viven al pie de la montaña.

Pensé detenerme brevemente en la feria, porque tenía que comprar alimentos para el viaje hacia el interior de las Montañas Sardar, y debía entregar un bolso de cuero a cierto miembro de la Casta de los Escribas; era un bolso que contenía una reseña de lo que había ocurrido durante los últimos meses en la ciudad de Tharna, un breve relato de los hechos que a mi juicio debían quedar registrados.

Hubiera deseado disponer de más tiempo para visitar la feria y examinar sus mercancías, beber en sus tabernas y conversar con los comerciantes, pues esas ferias son el lugar de cita donde se encuentran los habitantes de muchas ciudades goreanas hostiles, y constituyen

casi la única oportunidad para que los ciudadanos de distintos lugares se reúnan pacíficamente.

Por eso las ciudades de Gor apoyan las ferias. A veces son el terreno donde pueden resolverse amistosamente disputas territoriales y comerciales, y donde los plenipotenciarios de las ciudades en guerra se encuentran, aparentemente, por casualidad.

Además, los miembros de castas, como la de los Médicos y los Constructores, usan la feria para difundir información y técnicas entre los hermanos de sus propias castas; así se establece en sus códigos, pese al hecho de que a veces las respectivas ciudades son mutuamente hostiles.

Mi pequeño amigo, Torm de Ko-ro-ba, de la Casta de los Escribas, había estado en las ferias cuatro veces en su vida. Según dijo, en su tiempo había refutado a setecientos ocho escribas de cincuenta y siete ciudades, pero yo no doy fe de la exactitud de su versión, y a veces sospecho que Torm, como la mayoría de los miembros de su casta, y de la mía, tiende a mostrarse un poco exagerado en el relato de sus propias victorias.

Por otra parte, cuando hay diferencias entre los miembros de mi propia casta, la de los Guerreros, es más fácil decir quién venció, pues el derrotado a menudo queda herido muerto, a los pies del vencedor. En cambio, en las disputas entre Escribas la sangre derramada es invisible y los enemigos del valiente se retiran en buen orden, vilipendiando a sus enemigos y reagrupando fuerzas para la campaña del día siguiente.

Extrañé a Torm y me pregunté si volvería a verlo jamás revisando los escritos polvorientos de otros autores, derribando el tintero de su escritorio con el movimiento altanero de su túnica azul, y denunciando en términos exaltados a otro escriba que afirmara haber descubierto una idea que ya estaba anotada en antiguos manuscritos, por supuesto conocidos por Torm, pero no por el infortunado escriba en cuestión, o cobijándose con su capa para combatir el frío, y acercando los pies al brasero de carbón que invariablemente estaba encendido bajo su mesa.

Imaginé que Torm podría estar aquí o allá, pues los nativos de Ko-ro-ba habían sido dispersados por los Reyes Sacerdotes. No pensaba buscarle en la feria, y si le encontraba tampoco haría notar mi presencia, pues según la voluntad de los Reyes Sacerdotes los hombres de Ko-ro-ba no podían estar reunidos, y no deseaba poner en riesgo la seguridad del pequeño escriba; Gor se beneficiaba con las extrañas excentricidades de Torm. La Contratierra nunca sería la misma sin la presencia del belicoso y exasperado Torm. Sonreí para mí. Sabía que si llegaba a encontrarlo vendría inmediatamente e insistiría en que le llevase a las Montañas Sardar, pese a que sabía que eso equivalía a su

propia muerte: y, yo me vería obligado a levantarlo en vilo, meterlo de cabeza en un barril lleno de agua y escapar. Quizás sería más seguro arrojarle a un pozo. Torm ya había emergido de un pozo varias veces en su vida, y quien le conociera no se extrañaría al verle salir airoso del fondo de uno.

A propósito: las ferias están regidas por el Derecho de los Mercaderes, y se sostienen con los alquileres de las tiendas y los impuestos que se cobran por el tráfico comercial. Las instalaciones comerciales son las mejores que existen en Gor —si se exceptúa la Calle de las Monedas de Ar—. Aquí se aceptan cartas de crédito y se otorgan créditos también, aunque a menudo con usura. Sin embargo, quizá todo esto no sea tan asombroso, pues dentro de sus propios límites, las ciudades goreanas aplican la Ley de los Mercaderes cuando es conveniente, e incluso aunque ello perjudique a sus propios ciudadanos. Por supuesto, si no lo hicieran las ferias quedarían cerradas para los ciudadanos de dicha ciudad.

Las pruebas que he mencionado y que se celebran en las ferias son desde luego pacíficas, o por lo menos no implican el uso de armas. Más aún: se considera un delito contra los Reyes Sacerdotes manchar con sangre las armas en las ferias.

Los enfrentamientos con armas, en encuentros a muerte, si bien no ocurren en las ferias no son desconocidos en Gor, y son populares en algunas ciudades. Las luchas de este tipo, que con frecuencia comprometen a criminales y a soldados de fortuna empobrecidos, permiten ganar amnistía o premios en oro, y generalmente son patrocinadas por hombres adinerados para conquistar la aprobación del populacho de sus respectivas ciudades. A veces, estos hombres son comerciantes que de ese modo desean prestigiar sus propios productos; otras, los patrocinadores practican el derecho, y abrigan la esperanza de ganar los votos del jurado; y otras, por último, son Ubares o Altos Iniciados que consideran conveniente alegrar a la multitud. Estos encuentros, en los cuales se sacrifican vidas, solían ser populares en Ar, y allí los patrocinaba la Casta de los Iniciados, cuyos miembros se consideran intermediarios entre los Reyes Sacerdotes y los hombres, aunque creo que en general saben de los Reyes Sacerdotes tan poco como los restantes hombres. Estas disputas fueron prohibidas en Ar cuando Kazrak de Puerto Kar llegó a ser Administrador de esa ciudad. Su actitud no le mereció el aprecio de la poderosa Casta de los Iniciados.

Pero me complace agregar que los concursos y las ferias no proponen nada más peligroso que la lucha libre, que no implica riesgo de muerte. La mayoría de las competiciones tienen que ver con las carreras pedestres, las competiciones de fuerza y la habilidad en el manejo del arco y de la lanza. En otros concursos se enfrentan coros,

poetas e instrumentistas de diferentes ciudades. Tuve un amigo, Andreas, de la ciudad desértica de Tor, miembro de la Casta de los Poetas, que cierta vez cantó en la feria y conquistó un gorro lleno de oro. Y quizá sea innecesario agregar que en las calles de las ferias hay muchos juglares, titiriteros, músicos y acróbatas, que, lejos de los teatros, compiten al modo antiguo por los discotarns de cobre que les arroja la multitud agitada y turbulenta.

En las ferias se venden muchos objetos, y he visto tejidos y vinos, lana cruda, sedas y brocados, objetos de cobre y vajilla, alfombras y tapices, maderas y pieles, cueros, azahar, armas y flechas, monturas y arneses, anillos, brazaletes y collares, cintos y sandalias, lámparas y aceite, medicinas y carnes y granos, y animales como los fieros tarns, las monturas aladas de Gor, y tharlariones, los lagartos domesticados, y largas hileras de miserables esclavos, masculinos y femeninos.

Aunque en la feria esté prohibido esclavizar a nadie, dentro de sus límites se pueden comprar y vender esclavos, y los esclavistas ganan mucho. La razón es no sólo que allí hay un mercado excelente para toda clase de artículos, pues van y vienen hombres de diferentes ciudades, sino que se espera que cada goreano, hombre o mujer, por lo menos una vez en su vida, antes de cumplir los veinticinco años vea las Montañas Sardar, en honor de los Reyes Sacerdotes. Por eso mismo, los piratas y los proscriptos que acechan en los caminos emboscan y atacan a las caravanas que se dirigen a la feria, y si tienen éxito a menudo ven recompensados sus malignos esfuerzos no sólo con metales y ropas.

Esta peregrinación a los Sardos, promovida por los Reyes Sacerdotes de acuerdo con la Casta de los Iniciados, sin duda representa su papel en la distribución de la belleza entre las ciudades hostiles de Gor. Los varones de la caravana a menudo mueren o huyen; en cambio las mujeres se convierten en esclavas y tienen que seguir a pie hasta la feria, o si los tharlariones de la caravana resultan muertos o huyeron, tienen que transportar sobre los hombros además, los artículos secuestrados. Un efecto práctico de los edictos de los Reyes Sacerdotes es que una joven goreana por lo menos una vez en su vida deba abandonar los muros de su ciudad y correr el riesgo muy grave de convertirse en esclava, o en posesión de un pirata o de un proscripto.

Las expediciones que salen de las ciudades están muy bien defendidas, pero también los piratas y los proscriptos pueden agrupar elevado número de hombres; y a veces, lo que es incluso más peligroso, los guerreros de la ciudad atacan la caravana de otra. Digamos, de paso, que ésta es una de las causas más frecuentes de guerra entre dichas ciudades. El hecho de que los guerreros de una ciudad usen a veces los distintivos de ciudades hostiles a la suya

propia, viene a provocar una situación que agrava las disputas internas que afligen a las ciudades goreanas.

Concebí estos pensamientos mientras veía a algunos hombres de Puerto Kar, una ciudad costera y salvaje del Golfo de Tamber, que estaban exhibiendo a una serie de veinte jóvenes recién capturadas. La mayoría eran mujeres muy bellas. Venían de la ciudad isleña de Cos y sin duda habían sido capturadas en el mar, después de incendiar y hundir el barco en que viajaban. Las jóvenes estaban encadenadas entre sí, las muñecas aseguradas a la espalda con brazaletes para esclavos, y arrodilladas en la postura característica de las esclavas de placer. Cuando un posible comprador se detenía frente a una de ellas, uno de los bandidos barbudos de Puerto Kar la tocaba con el látigo y la obligaba a alzar la cabeza, y a repetir la frase ritual de la esclava inspeccionada:

—Cómprame, Amo—.

Habían pensado ir a las Montañas Sardar como mujeres libres, para cumplir sus obligaciones con los Reyes Sacerdotes. Salían de allí como esclavas. Me aparté del espectáculo.

Mi problema tenía que ver con los Reyes Sacerdotes de Gor.

En efecto, había llegado a los Sardos para encontrar a los fabulosos Reyes Sacerdotes, cuyo poder incomparable influía de un modo tan complejo en el destino de las ciudades y los hombres de la Contratierra.

Se dice que los Reyes Sacerdotes saben todo lo que ocurre en su mundo, y que les basta alzar la mano para convocar a todas las potencias del universo; por mi parte había conocido el poder de los Reyes Sacerdotes, y sabía que dichos seres existían. Yo mismo había viajado en una nave de los Reyes Sacerdotes que dos veces me había llevado a ese mundo; había visto su poder, que ejercido de un modo tan sutil alteraba los movimientos de la aguja de una brújula, y tan brutal que destruía una ciudad sin dejar detrás ni siquiera las piedras que antes habían sido la morada de los hombres.

Se dice que ni las complicaciones físicas del cosmos ni los sentimientos de los seres humanos están fuera del alcance de su poder, que las sensaciones de los hombres y los movimientos de los átomos y las estrellas son una sola cosa para ellos, que pueden controlar hasta la misma fuerza de la gravedad y desviar los corazones de los seres humanos; pero pongo en duda esta última afirmación, pues cierta vez, en un camino que llevaba a Ko-ro-ba, mi ciudad, conocí a uno que había sido mensajero de los Reyes Sacerdotes, que había sabido desobedecerles, y de cuyo cráneo quemado y herido había retirado un puñado de alambres de oro.

Los Reyes Sacerdotes lo habían destruido con el mismo gesto trivial con que hubieran podido desechar una sandalia. Le destruyeron

con una brutalidad grotesca, inmediatamente, pero yo me decía a mí mismo que lo importante era que él hubiera desobedecido, que podía desobedecer, que había elegido la muerte ignominiosa que, bien lo sabía, tendría a consecuencia de su desobediencia. Había elegido su libertad, pese a que, como decían los goreanos, esa virtud le había llevado a las Ciudades del Polvo, donde creo que ni siquiera los Reyes Sacerdotes deseaban ir. En su condición de hombre había alzado el puño contra el poder de los Reyes Sacerdotes, y por eso había muerto, en una muerte desafiante y horrible, pero de excelsa nobleza.

Pertenezco a la Casta de los Guerreros, y nuestro código afirma que la única muerte apropiada para un hombre es la que recibe en el curso de una batalla; pero yo no puedo creer que eso sea cierto, pues el hombre a quien vi una vez en el camino a Ko-ro-ba, murió bien, y me enseñó que no toda la sabiduría y la verdad están en mis propios códigos.

Mi asunto con los Reyes Sacerdotes es sencillo, como lo son la mayoría de los temas de honor y de sangre. Por una razón que desconozco, destruyeron mi ciudad, Ko-ro-ba, y dispersaron a mi pueblo. No he podido saber el destino de mi padre, mis amigos, mis compañeros guerreros, y mi amada Talena —la que era hija de Marlenus, que había sido otrora Ubar de Ar—, mi dulce, mi fiel y salvaje, mi gentil y bello amor, la que es mi Compañera Libre, mi Talena, por siempre la Ubara de mi corazón, la que arde eternamente en la tierna y solitaria oscuridad de mis sueños. Sí, tengo asuntos que tratar con los Reyes Sacerdotes de Gor.

2. En los Sardos

Contemplé la larga y ancha avenida, que al final mostraba la enorme puerta de madera, más allá de la cual se elevaban los peñascos negros de las inhóspitas Montañas Sardar.

No me llevó mucho tiempo el comprar algunas provisiones para mi viaje, ni me fue difícil encontrar un escriba que anotase la historia de los hechos de Tharna. No le pregunté su nombre ni él quiso saber el mío. Conocía su casta, y él la mía, y con eso bastaba. No podía leer el manuscrito porque estaba escrito en inglés, un idioma tan extraño para él como el goreano lo sería para la mayoría de la gente, pero aun así sin duda conservaría el manuscrito como una posesión muy apreciada, porque ésa es la actitud que siempre adoptan los escribas con las cosas escritas; y si él no podía leer el manuscrito, ¿qué importaba? Tal vez algún día alguien lo leería, y entonces las palabras que durante tanto tiempo habían conservado su secreto revelarían al fin el misterio de la comunicación, y lo que había sido escrito sería oído y comprendido.

Finalmente, me acerqué a la alta puerta de leños negros, unidos por anchas fajas de bronce. Detrás se extendía la feria, y delante los Sardos. Mis ropas y mi escudo no tenían insignias, pues mi ciudad había sido destruida.

Tenía puesto el casco. Nadie sabía quién era el que entraba en los Sardos.

En la puerta me recibió un miembro de la Casta de los Iniciados, un hombre de expresión agria y labios finos, los ojos muy hundidos, ataviado con la túnica blanca de su casta.

—¿Deseas hablar a los Reyes Sacerdotes? —preguntó.

—Sí —dije.

—¿Sabes lo que haces? —preguntó.

—Sí —contesté.

El Iniciado y yo nos miramos a los ojos, y después se apartó a un lado, como seguramente había hecho muchas veces. Por supuesto, no era el primero que entraba en los Sardos. Muchos hombres y algunas mujeres se habían internado en esas montañas, pero nadie sabe qué hallaron. A veces, estos individuos son jóvenes idealistas, rebeldes y defensores de causas perdidas, que desean protestar ante los Reyes Sacerdotes; otras, individuos viejos o enfermos, cansados de la vida y deseosos de morir; o seres lamentables, o astutos, o temerosos, que creen encontrar el secreto de la inmortalidad en esos peñascos áridos; y también, proscriptos que huyen de la dura justicia de Gor, y esperan hallar, por lo menos, un breve santuario en el dominio cruel y misterioso de los Reyes Sacerdotes, porque tienen la certeza de que

ningún magistrado mortal y ninguna banda de guerreros humanos puede entrar allí. Imaginé que el Iniciado creía que yo era miembro de este último grupo, porque mi atuendo no mostraba insignias.

Se apartó de mí y se acercó a un pequeño pedestal. Sobre el pedestal había un vaso de plata, lleno de agua, una redoma de aceite y una toalla. Hundió los dedos en el vaso, vertió un poco de aceite en las manos, hundió de nuevo los dedos y luego se secó las manos.

A cada lado de la enorme puerta había una gran viga y una cadena, y un grupo de esclavos estaba atado a cada cabria.

El Iniciado plegó cuidadosamente la toalla y volvió a depositarla sobre el pedestal.

—Que se abra la puerta —dijo.

Los esclavos aplicaron obedientemente su peso contra los rayos de madera de las dos vigas. Los pies desnudos resbalaron en la tierra, y los cuerpos se inclinaron doloridos, aferrando desesperadamente los rayos de madera. Los ojos ciegos miraron el vacío. Por último, se oyó un crujido sordo, y el gran portal comenzó a abrirse, luego la abertura tuvo el tamaño de un hombro y después el ancho del cuerpo de un hombre.

—Es suficiente —dije.

Entré sin pérdida de tiempo.

Apenas pasé oí el tañido quejumbroso de la enorme barra de metal hueco que se alza a cierta distancia de la puerta. Lo había oído antes, y sabía que significaba que otro mortal había entrado en los Sardos. Era un sonido oprimente, y más en este caso para mí pues era yo quien entraba en las montañas. Mientras lo oía, se me ocurrió que el propósito del anuncio era no sólo informar a los hombres de la feria que alguien había entrado en los Sardos sino también informar a los Reyes Sacerdotes.

Miré hacia atrás, a tiempo para ver cómo se cerraba detrás de mí la gran puerta, sin hacer el menor ruido.

El viaje hasta el palacio de los Reyes Sacerdotes no fue tan difícil como había previsto. En ciertos lugares había senderos expeditos, y en otros, incluso, se habían esculpido peldaños en los costados de las montañas.

Aquí y allá el camino estaba sembrado de huesos humanos. No sabía si eran los restos de hombres que habían muerto de hambre o de frío en las desiertas Sardar, o si habían sido destruidos por los Reyes Sacerdotes. A veces encontraba un mensaje grabado sobre la superficie de las rocas. Algunos eran obscenos, y maldecían a los Reyes Sacerdotes; otros eran dignos de elogio; algunos parecían bastante animosos, aunque fuera con un dejo pesimista. Recuerdo uno que decía: “Come, bebe y sé feliz. El resto nada importa.” Otros eran bastante sencillos, y a veces decían: “No tengo alimentos, y hace frío.”

“Tengo miedo.” Otro anunciaba: “Las montañas están desiertas. Rena, te amo.” Me pregunté quién lo habría escrito, y cuándo. La inscripción estaba muy gastada. Había sido garabateada en la vieja escritura goreana. Tal vez se había desgastado a lo largo de más de mil años, pero así sabía que las montañas no estaban desiertas, pues tenía pruebas de la existencia de los Reyes Sacerdotes. Continué mi viaje.

No encontré animales, ni cosas vivas, nada, salvo las rocas negras e interminables, los riscos oscuros, el sendero abierto ante mí estaba tallado en la piedra negra. Poco a poco, el aire se hizo más frío y comenzó a nevar. Me envolví mejor en mi capa, y usando mi lanza como cayado, continué el ascenso.

Después de cuatro días de viaje por las montañas oí por primera vez el sonido de algo que no era el viento. Era la voz de un ser vivo: un larl de la montaña. El larl es un animal de presa, con garras y colmillos, y a veces alcanza una longitud de dos metros. Creo que sería justo decir que en esencia es un felino. En todo caso, su elegancia y sus movimientos sinuosos me recuerdan a los gatos salvajes de mi mundo, más pequeños pero igualmente temibles.

Imagino que la semejanza responde a la mecánica de la evolución convergente, pues ambas especies están dominadas por las exigencias de la caza: las de aproximarse subrepticiamente y de atacar de un modo súbito; es decir, por las necesidades de dar muerte rápidamente a la presa. Si el animal de caza tiene lo que llamaríamos una configuración óptima, creo que en mi viejo mundo la palma se la lleva el tigre de Bengala; pero en Gor, el primer puesto corresponde sin duda al larl de la montaña; y no puedo dejar de pensar que las semejanzas estructurales entre los dos animales, pese a que pertenecen a mundos diferentes, no son mera casualidad.

La cabeza del larl es ancha, y a veces tiene un diámetro de más de setenta centímetros; tiene la forma aproximada de un triángulo, de modo que su cráneo se parece un poco al de una serpiente, salvo que está revestido de piel, y las pupilas de los ojos se parecen a las del gato.

El pelaje del larl normalmente es de un rojo bronceado, o un negro claro. El larl negro, de hábitos principalmente nocturnos, tiene melena tanto en el macho como en la hembra. El larl rojo, que caza cuando tiene hambre, sin importarle la hora, y que es la variedad más común, no tiene melena. Las hembras de ambas especies generalmente tienden a ser un poco más pequeñas que los machos, pero son igualmente agresivas y a menudo incluso más peligrosas, sobre todo a fines del otoño y en invierno, cuando probablemente cazan para sus cachorros. Cierta vez di muerte a un larl rojo macho en la Cordillera Voltai, a poca distancia de la ciudad de Ar.

Cuando oí el gruñido de la bestia, abrí la capa, alcé el escudo y

preparé la lanza. Me extrañó hallar un larl en los Sardos. ¿Cómo podía haber entrado en las montañas? ¿Habría nacido allí? Pero, ¿de qué vivía entre esos peñascos áridos? Quizá atacaba a los hombres que entraban en las montañas; pero los huesos de las presuntas víctimas, dispersos y helados, no estaban astillados, y no mostraban indicios de haber sufrido el ataque de las poderosas mandíbulas del larl. Comprendí entonces que el animal cuyos gruñidos había oído debía ser un larl de los Reyes Sacerdotes, pues ningún animal u hombre entra y sobrevive en los Sardos sin el consentimiento de éstos, y si obtenía alimento debía ser por concesión de los mismos o de sus servidores.

A pesar del odio que los Reyes Sacerdotes me inspiraban no podía dejar de admirarlos. Ninguno de los hombres que vivía fuera de las montañas, es decir de los mortales, había logrado jamás domesticar a un larl. Incluso los que eran criados desde cachorros, al llegar a la edad adulta atacaban a sus amos y huían a las montañas donde habían nacido. Adelanté la lanza, preparada para el ataque y dispuse el escudo de modo que protegiese mi cuerpo de las garras mortales de la temible bestia. Tendría que defender mi vida con mis propias manos, y me alegraba de que así fuera. No había otro camino.

Sonreí para mis adentros. Era la Primera Lanza, porque ya no quedaban otras.

En la Cordillera Voltai las bandas de cazadores, generalmente originarias de Ar, persiguen al larl con la poderosa lanza goreana. Naturalmente lo hacen puestos en fila india, y el que va delante recibe el título de Primera Lanza, porque la suya será la primera arrojada al enemigo. Apenas dispara el arma, se echa al suelo y se cubre el cuerpo con el escudo, y lo mismo va haciendo, sucesivamente, cada uno de los hombres que está detrás. De ese modo, cada individuo cumple su parte en la lucha contra la bestia, y también obtiene cierta protección una vez que se desprendió del arma.

Pero la razón más importante del sistema se percibe claramente cuando se comprende cuál es el papel del último guerrero de la fila, aquél a quien se denomina Última Lanza. Cuando el Última Lanza arroja su arma no se echa al suelo. Si lo hiciera y alguno de sus compañeros sobreviviese, éste lo mataría. Pero eso ocurre rara vez, porque los cazadores goreanos temen a la cobardía más que a las garras y a los colmillos de los larls.

El Última Lanza debe permanecer de pie, y si la bestia vive todavía, soportará su ataque sólo con la espada. No se arroja al suelo porque es necesario que ocupe el campo de visión del larl, y que sea el blanco de su reacción enloquecida. De ese modo, si las lanzas yerran el blanco, el guerrero sacrifica su vida por los compañeros, pues mientras el larl ataca consiguen huir. Este sistema puede parecer

cruel, pero a la larga tiende a preservar vidas humanas; como dice un goreano, es mejor que muera un hombre y no que perezcan muchos.

El más diestro de los guerreros, normalmente, es el Primera Lanza, pues si el larl no muere o no sufre heridas después del primer lanzazo, la vida de todos, y no sólo la del Última Lanza, corre considerable peligro. De ahí que el Última Lanza sea normalmente el menos eficaz de los guerreros. No sé si esta práctica obedece al hecho de que la tradición cazadora de los goreanos favorece a los débiles, y los protege con las lanzas de los más fuertes; o si se trata de que la costumbre menosprecia a los débiles, y los considera elementos más prescindibles. El origen de esta práctica cazadora se pierde en la antigüedad, y quizá sea tan vieja como los hombres, las armas y los larls.

Cierta vez pregunté a un cazador goreano, a quien conocí en Ar, por qué cazaban al larl. Jamás olvidaré su respuesta:

—Porque es hermoso —dijo—, y peligroso, y porque somos goreanos.

Aún no había visto a la bestia cuyos gruñidos habían llegado a mis oídos. El sendero que yo seguía, pocos metros más adelante formaba un recodo. Tenía aproximadamente un metro de ancho, y bordeaba el costado de un peñasco; a la izquierda, se abría un precipicio a pico. La caída hasta el suelo era por lo menos de un pasang entero. Recordé que los peñascos del fondo eran enormes, pero desde la altura en que entonces me encontraba eran granos de arena oscura. Hubiera deseado que el peñasco estuviera a la izquierda y no a la derecha, porque de ese modo hubiera podido usar mejor la lanza.

El sendero era empinado, pero aquí y allá había peldaños; nunca me agradó tener un enemigo encima de mí, y tampoco lo deseaba, ahora; pero me dije que mi lanza encontraría más fácilmente un lugar vulnerable si el larl saltaba hacia abajo, que si yo estaba arriba y mi único blanco era la base de su cuello. Desde arriba, hubiera intentado cortarle las vértebras. El cráneo del larl es un blanco difícil, pues mantiene la cabeza casi constantemente en movimiento. Más aún, posee un reborde óseo que se extiende desde las cuatro aberturas nasales hasta el comienzo del hueso posterior. Este reborde puede ser penetrado por la lanza, pero si el tiro no es perfecto, el arma se desvía a través de la mejilla del animal, infligiéndole una herida cruel pero sin importancia. En cambio, si estuviera bajo el larl podría dirigir un tiro breve y limpio al gran corazón de ocho ventrículos que tiene en el centro del pecho.

Durante un instante me sentí profundamente preocupado, porque oí otro gruñido, originado por una segunda bestia.

Tenía una sola lanza.

Podría matar a un larl, pero después quedaría seguramente a

merced de las mandíbulas de su compañero.

No sé por qué, pero lo cierto es que no temía a la muerte; sólo me irritaba que esas bestias me impidiesen llegar a la cita con los Reyes Sacerdotes de Gor.

Me pregunté cuántos hombres habrían girado en redondo al llegar a este punto, y recordé los innumerables huesos blancos y helados que había visto durante el trayecto. Pensé que podía retirarme y volver una vez que las bestias se hubiesen ido, pues quizás aún no me habían descubierto. Sonreí cuando comprendí que estaba pensando absurdos; en efecto, las bestias que me cerraban el paso debían ser los larls de los Reyes Sacerdotes, los guardianes del baluarte de los dioses de Gor.

Aflojé la espada en su vaina y continué subiendo. Finalmente llegué al recodo del sendero y me preparé para el ataque súbito que debía iniciarse con un fuerte grito que asustase a las bestias; al mismo tiempo que arrojaba mi lanza contra el larl que estaba más próximo, y atacaba al segundo con la espada desenvainada.

Vacilé un momento, y después brotó de mis labios el fiero grito de guerra de Ko-ro-ba, en el aire límpido y frío de las Montañas Sardar. Me lancé hacia adelante; la lanza junto al cuerpo y el escudo en alto.

3. Parp

Se oyó un súbito movimiento de cadenas, y vi a dos enormes larls blancos, paralizados momentáneamente por mi aparición; y después de una fracción de segundo, las dos bestias se volvieron contra mí y se lanzaron hacia adelante, encolerizadas, hasta donde se lo permitía la longitud de las cadenas.

La lanza no había salido de mi mano.

Los dos animales estaban retenidos por las poderosas cadenas, unidas a collares de acero. Uno pegó un respingo, tan violento había sido su impulso; y el otro manoteó salvajemente, apoyado en las patas traseras, como un gigantesco corcel; las enormes garras batían el aire, y el animal trataba de desprenderse del collar para arrojarse sobre mí.

Después, siempre con las cadenas en tensión, se acurrucaron, gruñendo, mirándome furiosos, y dando un manotazo de vez en cuando en un último intento de alcanzarme con sus garras.

Me sentí profundamente asombrado, pero puse buen cuidado en mantenerme fuera del alcance de las dos bestias, pues jamás había visto antes larls blancos.

Eran bestias gigantescas, ejemplares soberbios, de una longitud de dos metros y medio, aproximadamente.

Los caninos superiores, como dagas engastadas en las mandíbulas, debían tener por lo menos treinta centímetros de longitud, y sobrepasaban holgadamente las quijadas, más o menos como en los antiguos tigres de dientes de sable. Las cuatro fosas nasales de cada animal se agitaban nerviosas, y los pechos ascendían y descendían a causa de la intensidad de su excitación. Las colas, largas y con un mechón de pelo más abundante en el extremo, se movían nerviosamente.

El más grande de los dos animales, inexplicablemente, pareció desinteresarse de mí. Se incorporó y olió el aire, y me mostró el costado, y pareció dispuesto a renunciar a sus intenciones de atacarme. Un instante después comprendí lo que ocurría, porque de pronto se volvió del todo, y con la cabeza orientada en dirección opuesta echó hacia mí sus patas traseras. Alcé el escudo horrorizado, porque al invertir la posición de la cadena de pronto había agregado unos siete metros al espacio que el odioso obstáculo le permitía. Dos grandes patas provistas de garras golpearon sobre mi escudo, y me arrojaron por el aire unos siete metros contra el risco. Rodé y conseguí alejarme un poco más, porque el golpe del larl me había puesto dentro del radio de acción de su compañero. Mi capa y mi traje estaban desgarrados en la espalda a causa del golpe de las garras del segundo larl.

Conseguí incorporarme.

—Bien hecho —dije al larl.

Apenas había conseguido salvar la vida.

Las dos bestias estaban poseídas por una irritación que empequeñecía la furia anterior, pues comprendían que no volvería a acercarme en la medida suficiente como para permitirles una repetición de la estratagema primitiva. Admiré a los larls, porque me parecieron bestias inteligentes. Sí, me dije, lo habían hecho bien.

Examiné el escudo, y vi que tenía diez anchos surcos en su superficie de cuero reforzada con bronce. Sentí la espalda húmeda a causa de la sangre que manaba de las heridas provocadas por el segundo larl. Hubiera tenido que experimentar la sensación de un líquido tibio al deslizarse, pero en realidad sentía frío. Comprendí que la espalda se me congelaba. Ahora no tenía más alternativa que la de continuar la marcha, si me era posible. Si no disponía de la pequeña y hogareña ayuda de una aguja y un hilo, era probable que me congelara. En las Montañas Sardar no había leña con la cual encender fuego.

Sí, me repetí, mirando a los larls, lo habían hecho bien, demasiado bien.

Después, oí de nuevo el movimiento de las cadenas, y vi que no estaban enganchadas a argollas sujetas a la piedra, sino que desaparecían en el interior de aberturas circulares. Las cadenas estaban siendo retiradas lentamente hacia el interior de la abertura, con evidente desagrado de las bestias.

El lugar donde me encontraba ahora era bastante más ancho que el sendero por donde antes había caminado, pues de pronto el camino había desembocado en un sector circular bastante amplio, y allí era donde había descubierto a los larls encadenados. Un lado de este sector estaba formado por el peñasco que había visto a mi derecha, y que ahora se curvaba para formar una especie de copa de piedra; el otro, a mi izquierda, en parte se asomaba al terrible abismo, pero en parte estaba cerrado por otro peñasco, que era parte de la ladera de una segunda montaña, más alta que la que yo había estado subiendo. Las aberturas circulares por donde entraban las cadenas de los larls correspondían a ambos peñascos. Cuando las cadenas fueron retiradas, los irritados larls se vieron arrastrados hacia lados diferentes. Así, se formó entre ellos una especie de corredor; pero por lo que yo podía ver, dicho corredor conducía únicamente a una impenetrable pared de piedra. Sin embargo, imaginé que ese muro al parecer inatacable debía albergar la entrada al palacio de los Reyes Sacerdotes.

Cuando las bestias sintieron el tirón de las cadenas, se acurrucaron contra la pared del risco, gruñendo, y se quedaron agazapadas. Pensé que la nívea blancura de su pelaje era realmente

bella. De tanto en tanto me gruñían y movían una pata, sacando las garras; pero por lo demás las bestias no hacían esfuerzos para librarse de los fuertes collares que las inmovilizaban.

No tuve que esperar mucho, porque de pronto una sección de la pared de piedra se movió silenciosamente hacia atrás y hacia arriba, revelando un corredor excavado en la roca, de unos dos metros y medio de ancho, más o menos.

Vacilé, porque no sabía si las cadenas de los larls se aflojarían cuando estuviese entre ellos. ¿Y qué me esperaba en ese corredor oscuro y silencioso? Estaba vacilando, cuando percibí un movimiento en el interior del corredor, y un momento después apareció una figura redonda y bastante baja, ataviada de blanco.

Vi asombrado que un hombre emergía del pasaje, parpadeando a causa de la luz del sol. Vestía una túnica blanca, bastante parecida a la que usaban los Iniciados. Calzaba sandalias. Tenía las mejillas rojas y la cabeza calva. También tenía largas y peludas patillas, que daban un aire jovial a su rostro redondo. Bajo las cejas blancas, espesas, brillaban unos ojos pequeños y luminosos. Pero sobre todo me sorprendió ver que tenía una pipa pequeña y redonda, de la cual se desprendía un hilo de humo. En Gor no se conoce el tabaco, si bien hay ciertas costumbres o vicios que ocupan su lugar; sobre todo, el estímulo obtenido masticando las hojas de la planta kanda, cuyas raíces, por extraño que parezca, cuando se mueren y secan constituyen un veneno muy letal.

Examiné atentamente al caballero pequeño y redondo, enmarcado por el enorme portal de piedra. Creía imposible que pudiera ser peligroso, y que tuviera alguna relación con los temidos Reyes Sacerdotes de Gor. Me parecía un individuo de expresión muy alegre, muy franca y sincera, y un ser evidentemente complacido de verme y darme la bienvenida. Era difícil no sentirse atraído por él; llegué a la conclusión de que me agradaba, pese a que acababa de conocerlo; y que deseaba que simpatizara conmigo. Más aún, sentí que yo le gustaba, y eso me complació.

Si hubiera visto a ese hombre en mi propio mundo, si hubiera visto a ese caballero redondo y alegre con su rostro florido y su actitud animosa, habría pensado que sin duda era inglés, y de un estilo que uno rara vez encuentra en estos tiempos. En el siglo XVIII habría sido un caballero rural, propenso a bromear con el párroco y a pellizcar a las muchachas; en el siglo XIX habría tenido una vieja librería, y leído públicamente a Chaucer y Darwin, escandalizando a sus clientas y al clérigo local; en mi propio tiempo, un hombre así sólo podía ser un profesor universitario, pues en mi mundo, salvo la riqueza, quedan pocos refugios para hombres como él; uno podía imaginarle en una cátedra universitaria, gozando de la vida y

fumando su pipa, buen conocedor de cerveza y de castillos. Sus ojillos me miraron, parpadeantes. Con cierto sobresalto advertí que sus pupilas eran rojas.

Cuando me excité, un gesto momentáneo de fastidio se manifestó en sus rasgos, pero un instante después había recuperado su actitud sonriente y bondadosa.

—Vamos, vamos —dijo—. Adelante, Cabot. Estábamos esperándote.

Conocía mi nombre. ¿Quién me esperaba?

Por supuesto, tenía que conocer mi nombre, y los que me esperaban debían de ser los Reyes Sacerdotes de Gor.

Dejé de pensar en sus ojos, porque en ese momento el asunto no me parecía importante. Imagino que creí que me había equivocado. No era el caso. Ahora había vuelto a retroceder hacia las sombras del corredor.

—Entrarás, ¿verdad? —preguntó.

—Sí —dije.

—Mi nombre es Parp —dijo, mientras retrocedía hacia el interior del corredor. Dio una chupada a su pipa—. Parp —repitió. De nuevo, la pipa.

Me ofreció la mano.

Yo lo miré, sin hablar.

Me pareció una actitud extraña en un Rey Sacerdote. No sé qué esperaba. Pareció percibir mi desconcierto.

—Sí —dijo el hombre— Parp

.

Se encogió de hombros

—No es un nombre muy apropiado para un Rey Sacerdote, pero por otra parte no puede decirse que yo sea un gran Rey Sacerdote.

Sonrió.

—¿Lo eres? —pregunté.

De nuevo un gesto momentáneo de fastidio se dibujó en sus rasgos. —Por supuesto —dijo.

Sentí que mi corazón se detenía.

En ese momento, uno de los larls rugió súbitamente. Me estremecí, pero para mi sorpresa, el hombre que decía llamarse Parp aferró la pipa con una mano blanca que pareció temblar de terror. Un momento después, había conseguido reaccionar. Me pareció extraño que un Rey Sacerdote temiese a un larl.

Sin esperar a ver si le seguía, se volvió bruscamente y se internó por el corredor.

Recogí mis armas y le seguí. Sólo el ronco gruñido de los feroces larls cuando pasé entre ellos me convenció de que no estaba soñando, y que al fin había llegado al palacio de los Reyes Sacerdotes.

4. El palacio de los Reyes Sacerdotes

Cuando seguí al hombre que decía llamarse Parp, detrás de mí se cerró el portón. Recuerdo que volví los ojos por última vez hacia las Montañas Sardar, y al sendero por el cual había subido, al cielo azul y frío y a los dos larls blancos, encadenados a un lado y otro de la entrada.

Mi anfitrión no habló y continuó avanzando con paso vivo sin dejar de fumar su pipa.

El corredor estaba iluminado con lamparillas alimentadas por energía, del mismo tipo que yo había visto en el túnel de Marlenus, el que corría bajo los muros de Ar. En la iluminación del corredor o en su construcción nada sugería que la Casta de Constructores de los Reyes Sacerdotes, si la tenían, estuviese más avanzada que la de los hombres que vivían al pie de las montañas. Además, el corredor estaba desprovisto de adornos, y carecía de los mosaicos y los tapices con los cuales los goreanos amantes de la belleza, que vivían al pie de las montañas, tendían a mejorar sus viviendas. Por lo que yo podía ver, los Reyes Sacerdotes carecían de arte. Quizás lo consideraran una excrecencia inútil que distraía de los valores más importantes de la vida, es decir, del estudio, la meditación y la manipulación de la vida de los hombres.

Observé que el pasaje por el cual avanzaba, tenía el suelo muy gastado. Había sido pulido por las sandalias de innumerables hombres y mujeres que habían caminado antes por donde yo marchaba ahora, quizás miles de años atrás, tal vez la víspera, o aun esa misma mañana.

Al fin llegamos a un gran salón. Carecía de atractivos, pero con su mera magnitud ya exhibía una severa y excelsa grandeza.

A la entrada de este salón o cámara me detuve, abrumado por cierto sentimiento de respeto.

Estaba próximo a entrar en lo que parecía ser una cúpula grande y perfecta, con un diámetro de por lo menos mil yardas. Me agradó ver que el techo era una reluciente curvatura de cierta sustancia transparente, quizá un vidrio especial o una sustancia plástica, porque el vidrio o el plástico con los cuales yo estaba familiarizado probablemente no podía soportar las tensiones originadas en una estructura como esa. Más allá de la cúpula, se veía el cielo azul.

—Ven, ven, Cabot —insistió Parp.

Lo seguí.

En el salón sólo encontré un alto estrado en el centro, y sobre el estrado un gran trono tallado en un solo bloque de piedra.

Nos llevó bastante tiempo llegar al estrado. Finalmente, lo

conseguimos.

—Espera aquí —dijo Parp y señaló el sector que se extendía alrededor del anillo de mosaicos que circundaba el estrado.

No me detuve exactamente donde él me había ordenado, sino a varios metros de distancia; de todos modos, permanecí fuera del anillo de mosaicos.

Parp subió los nueve escalones del estrado, y se instaló en el trono de piedra. Formaba un extraño contraste con la severidad del majestuoso asiento en el cual estaba encaramado. Sus pies calzados con sandalias no llegaban al suelo, y el hombrecito hizo una leve mueca mientras se acomodaba en el trono.

—Francamente —dijo Parp—, creo que cometemos un error cuando sacrificamos ciertas comodidades en las Montañas Sardar. —Trató de encontrar una posición que lo satisficiera— Por ejemplo, un almohadón no estaría mal en este trono, ¿no te parece, Cabot?

—En ese trono estaría fuera de lugar —dije.

—Ah, sí —suspiró Parp—. Imagino que así es.

Después Parp golpeó varias veces la pipa contra el costado del trono, desparramando cenizas y tabaco sin quemar sobre el suelo del estrado.

Le miré sin moverme.

Comenzó a rebuscar en el bolso que colgaba de su cinturón, y retiró un sobre de plástico. Le miré atentamente, siguiendo todos sus movimientos. Fruncí el ceño cuando vi que del bolso extraía un poco de tabaco, con el cual volvió a llenar la pipa. Después rebuscó otro poco y extrajo un objeto plateado, estrecho y cilíndrico. Durante un instante pareció que me apuntaba.

Levanté el escudo.

—¡Por favor, Cabot! —dijo Parp con cierta impaciencia y usó el objeto plateado para encender la pipa.

Parp comenzó a fumar satisfecho. Tenía que girar apenas sobre el trono para mirar, pues yo no había aceptado detenerme en el lugar que él proponía.

—Quisiera que mostrases más cooperación —dijo. Finalmente ocupé el lugar que él me había indicado.

Parp sonrió y siguió fumando.

No hablé, y él fumó una pipa entera. Después, la limpió, como había hecho antes, golpeándola contra el costado del trono, y volvió a llenarla. Nuevamente la encendió con el pequeño objeto plateado, y se recostó en el trono. Elevó los ojos a la cúpula y contempló el humo que ascendía lentamente.

—¿Tuviste buen viaje hasta aquí? —preguntó Parp.

—¿Dónde está mi padre? —pregunté—. ¿Dónde está la ciudad de Ko-ro-ba? —Sentí que me sofocaba—. ¿Qué ocurrió con la joven

Talena, que era mi Compañera Libre?

—Espero que hayas tenido buen viaje —dijo Parp.

Me di cuenta que me dominaba la cólera, pero Parp no pareció preocuparse.

—No todos tienen buen viaje —afirmó Parp.

Comencé a sentir que el odio que había alimentado durante todos esos años contra los Reyes Sacerdotes se apoderaba violentamente de mi cuerpo, me absorbía y dominaba, y casi se materializaba ante mis ojos, en el espacio que me separaba de Parp. Exclamé:

—¡Dime lo que quiero saber!

—La principal dificultad que agobia al viajero que atraviesa las Montañas Sardar —continuó Parp— es probablemente la aspereza general del ambiente... por ejemplo, las inclemencias del tiempo, sobre todo en invierno.

Alcé la lanza, y mis ojos, que seguramente parecían terribles, vistos a través de las aberturas del casco, miraban fijamente hacia el corazón del hombre sentado en el trono.

—¡Dime! —exclamé.

—Y también los larls —insistió Parp— son un obstáculo importante.

Lancé una exclamación de cólera y avancé, pero me contuve. No podía asesinar a otro ser.

Parp expelió una bocanada de humo y sonrió. —Muy sensato —dijo.

Lo miré hoscamente y mi cólera se atenuó.

—Mira, no hubieras podido herirme —dijo Parp.

Le miré asombrado.

—No —insistió— Adelante. Arroja la lanza.

Aferré el arma y la arrojé a los pies del estrado. Hubo una llamarada de calor y retrocedí trastabillando. Sacudí la cabeza para disipar la imagen de estrellas móviles que parecían bailotear ante mis ojos.

A los pies del estrado quedaron restos de madera quemada y algunas gotas de bronce fundido.

—Ya lo ves —dijo Parp—, no hubieras podido tocarme.

Entonces comprendí el sentido que tenía el círculo de mosaicos que bordeaba el trono.

Me quité el casco y arrojé mi escudo al suelo.

—Soy tu prisionero —dije.

—Tonterías —afirmó Parp. Eres mi invitado.

—Conservaré la espada —dije—. Si la deseas, tendrás que quitármela.

Parp se rió amablemente. —Te aseguro —dijo— que no me interesa. Y tú tampoco —agregó.

—¿Dónde están los demás? —pregunté.

—¿Quiénes?

—Los restantes Reyes Sacerdotes —insistí.

—Me temo —dijo Parp— que soy los Reyes Sacerdotes. Todos.

—Pero dijiste antes: "Estábamos esperándote" —protesté.

—¿Dije eso? —preguntó Parp.

—Sí —confirmé.

—Fue sólo un modo de hablar.

—Comprendo —dije.

Parp me pareció inquieto. Quizás un tanto irritado.

Elevó los ojos a la cúpula. Estaba haciéndose tarde. De nuevo me pareció un tanto nervioso. Sus manos movieron la pipa, se derramó un poco de tabaco.

—¿Me hablarás de mi padre, mi ciudad y mi amada? —pregunté.

—Quizá —replicó Parp—, pero ahora es indudable que estás fatigado por el viaje.

—No —dije—. Prefiero hablar ya.

Parp parecía visiblemente incómodo. El cielo sobre la cúpula tenía matices grises y sombras más profundas. La noche goreana se iba aproximando rápidamente.

A lo lejos, tal vez proveniente de un corredor que comunicaba con el palacio de los Reyes Sacerdotes, se oía el rugido de un larl.

Me pareció que Parp se estremecía sobre el trono.

—¿Un Rey Sacerdote teme a un larl? —pregunté.

Parp sonrió, pero su rostro no estaba tan animoso como de costumbre. No podía entender su inquietud.

—No temas —dijo—, están bien asegurados.

—No temo —dije, y le miré a los ojos.

—Por mi parte —continuó—, reconozco que nunca termino de acostumbrarme al escándalo que arman.

Me pregunté por qué me habría permitido llegar a los Sardos, hallar el palacio de los Reyes Sacerdotes y comparecer ante el trono.

De pronto oí el sonido de un gong lejano, un sonido sordo pero penetrante que se difundía por el palacio de los Reyes Sacerdotes.

Parp se puso de pie bruscamente; el rostro pálido. —Esta entrevista ha concluido —dijo. Miró alrededor con terror mal disimulado.

—¿Y qué haré yo, tu prisionero? —pregunté.

—Eres invitado —insistió irritado Parp. Golpeó bruscamente la pipa contra el trono, y la metió en el bolso que llevaba al costado.

—¿Tu invitado? —pregunté.

—Sí —replicó Parp, moviendo los ojos de derecha a izquierda— por lo menos hasta que llegue la llora de destruirte.

Entonces, en la oscuridad cada vez más densa del palacio de los

Reyes Sacerdotes me pareció que durante un instante las pupilas de los ojos de mi interlocutor resplandecían breve y fieramente, como si fueran dos discos de cobre fundido. Comprendí que no me había equivocado. Sus ojos eran diferentes de los míos, de los ojos de un ser humano. Intuí entonces que Parp en todo caso no era un hombre.

Se oyó de nuevo el sonido de ese gong invisible, que repercutía en la vastedad del gran salón donde nos encontrábamos.

Con un grito de terror, Parp dirigió una última mirada hacia el fondo del salón, y desapareció detrás del gran trono.

—¡Un momento! —grité.

Pero ya se había marchado.

Adoptando precauciones para evitar el círculo de mosaicos rodeé su perímetro hasta que quedé detrás del trono. No había signos de Parp. Volví al punto de partida. Me quité el casco y lo arrojé contra el estrado, yendo a golpear ruidosamente en el primer peldaño. Atravesé el circuito de mosaicos, que ahora que Parp se había marchado parecía inofensivo.

Nuevamente resonó el gong lejano e invisible, y otra vez el gran salón pareció colmarse con sus vibraciones ominosas Era el tercer toque. Me pregunté por qué Parp temía la llegada de la noche y el sonido del gong.

Examiné el trono y no vi indicios de que detrás hubiese una puerta, pero sabía que era inevitable que existiese una. Parp era un ser concreto y material. No podía haberse desvanecido en el aire.

Ya había caído la noche, y a través de la cúpula pude ver las tres lunas de Gor y las estrellas luminosas.

Obedeciendo a un impulso, me senté en el gran trono, desenvainé la espada y la crucé sobre las rodillas.

Recordé las palabras de Parp: “Hasta que llegue el momento en que seas destruido”.

Me eché a reír, y mi risa fue la risa de un guerrero de Gor, una risa sin miedo, que resonó en el oscuro y solitario salón de los Reyes Sacerdotes.

5. Vika

Desperté a causa del suave roce de una pequeña esponja que me bañaba la frente. Aferré la mano que sostenía la esponja y vi que pertenecía a una joven.

—¿Quién eres? —pregunté.

Estaba acostado sobre una amplia plataforma de piedra de unos cuatro metros cuadrados. Bajo mi cuerpo había pieles espesas, y muchas sábanas de seda escarlata y sobre la plataforma, además, varios almohadones de seda amarilla.

La habitación era espaciosa, y tendría unos treinta metros cuadrados; la plataforma para dormir se levantaba en un extremo, sin tocar la pared. Las paredes eran de piedra oscura, y había bulbos de energía fijos en ellas; los muebles parecían consistir, principalmente, en dos o tres grandes armarios apoyados contra una pared. No había ventanas. El aspecto general era austero. La habitación no tenía puertas, pero sí un gran portal, quizá de unos cuatro metros de ancho y cinco de alto. Más atrás del mismo, se abría un ancho corredor.

—Por favor —dijo la joven.

Le solté la mano.

Era agradable mirarla. Tenía los cabellos muy claros, del color de la paja en verano. Los ojos azules y de mirada torva. Los labios llenos y rojos, capaces de conmover el corazón de un hombre; eran labios sensuales, contenidamente rebeldes, quizás sutilmente despectivos.

Al lado de la joven, en el suelo, había una jofaina de bronce pulido llena de agua, una toalla y una navaja de afeitar goreana.

Me froté el mentón.

Mientras dormía me había afeitado.

La joven vestía una larga y sencilla túnica blanca sin mangas. Alrededor del cuello, un elegante pañuelo de seda blanca.

—Soy Vika —exclamó—, tu esclava.

Me incorporé en la cama, y crucé las piernas al estilo goreano sobre la plataforma de piedra. Sacudí la cabeza para disipar el sueño.

La joven se puso de pie y llevó la jofaina de bronce a un vertedero que estaba en el rincón del cuarto, y allí la vació.

Después, acercó la mano a un disco de cristal fijo en la pared, y por una abertura disimulada brotó agua. Lavó la jofaina, volvió a llenarla, y retiró una toalla de fino hilo de un armario tallado puesto contra la pared. Luego me ofreció el líquido, que bebí. Me limpié la cara con la toalla. Finalmente, la joven recogió la navaja, las toallas que yo había usado y la jofaina y se dirigió a un costado de la habitación.

Allí, con un movimiento de la mano, pero sin tocar la pared abrió

un pequeño panel circular donde dejó caer las dos toallas que yo había usado. Cuando éstas desaparecieron, el panel circular se cerró.

Después, regresó a la plataforma de piedra, y se arrodilló ante mí, aunque a varios metros de distancia.

Nos miramos, sin hablar.

En sus ojos se manifestaba una cólera impotente. Le sonreí, pero ella no me respondió, y en cambio apartó los ojos, enojada.

Con un gesto imperioso le ordené que se acercara.

Me miró con actitud de desafío, pero acató la orden, y se arrodilló al lado de la plataforma de piedra. Yo, que continuaba aún sentado en la plataforma con las piernas cruzadas, me incliné hacia adelante y le tomé la cabeza entre las manos, acercándola a la mía. Los labios sensuales apenas se entreabrieron, tuve profunda conciencia de su respiración, que me pareció entonces más honda y veloz. Aparté las manos de su cabeza, pero ella permaneció en el sitio en que yo la había puesto. Con un movimiento lento retiré de su cuello el pañuelo de seda blanca.

Sus ojos se nublaron irritados por las lágrimas.

Como había previsto, alrededor del cuello llevaba el fino collar de la esclava goreana.

—Ya lo ves —dijo la joven—, no te mentí.

—Tu conducta —dije— no sugiere que seas una esclava.

—De todos modos —replicó Vika—, soy esclava. ¿Deseas ver mi marca? —preguntó despectivamente.

—No —dije.

Pero en su collar no llevaba escrito el nombre del propietario y su ciudad, como esperaba. En cambio, vi el signo goreano que correspondía al número 708.

—Puedes hacer conmigo lo que quieras —dijo la joven—. Mientras estés en esta habitación, te pertenezco.

—No comprendo —dije.

—Soy una esclava de la cámara —contestó.

—No comprendo —repetí.

—Significa que estoy confinada a este cuarto, y que soy la esclava de quien entra aquí.

—Pero sin duda puedes salir.

—No —dijo con amargura—. No puedo salir.

Me acerqué al portal que se abría sobre el corredor, y extendí la mano hacia la joven. —Ven —propuse—, no hay peligro.

Corrió hacia el fondo de la habitación, y se acurrucó contra la pared. —No —exclamó.

Me reí, y me adelanté hacia ella. La sujeté y luchó como una gata salvaje. Quería convencerla de que no había peligro, de que sus temores eran infundados. Trató de arañarme la cara.

La alcé en mis brazos y comencé a llevarla hacia el portal.

—Por favor —murmuró, con la voz ronca de terror—. ¡Por favor, amo, no, no, amo!

Su voz tenía una expresión tan lastimera que abandoné mis propósitos y la solté.

Se derrumbó a mis pies, temblando y gimiendo, y apoyó la cabeza contra mi rodilla.

—Por favor, no, amo.

—Muy bien —dije.

—¡Mira! —exclamó, señalando el gran portal.

Miré, pero sólo vi los costados de piedra del portal, y a cada lado tres cúpulas rojas y redondas, cada una de unos diez centímetros de ancho.

—Son inofensivas —dije, pues ya había pasado por allí sin daño alguno.

De nuevo hice la prueba, salí y volví a entrar.

—Ya lo ves —repetí—, son inofensivas.

—Para ti —dijo ella—, no para mí.

—¿Por qué no?

La joven meneó la cabeza.

—Dímelo —ordené con voz severa.

Ella me miró:

—¿Es una orden? —preguntó.

Yo no deseaba imponerme de ese modo. —No —contesté.

—Entonces —replicó Vika—, no te lo diré.

—Bien, en ese caso te lo ordeno. Habla, esclava. Obedece.

—Quizás lo haga —dijo Vika.

Irritado, me acerqué y la aferré. Me miró en los ojos y tembló. Comprendió que tenía que hablar. Bajó la cabeza, sumisa. —Obedezco —dijo— amo.

La solté, y se volvió otra vez, tratando de poner distancia.

—Hace mucho —dijo—, cuando vine a las Montañas Sardar y descubrí el palacio de los Reyes Sacerdotes, era una muchacha joven y tonta. Pensé que los Reyes Sacerdotes tenían grandes riquezas, y que con mi belleza... —Se volvió y me miró— porque soy bella, ¿verdad?

—Sí —respondí—, eres bella.

Rió amargamente.

—Sí —continuó diciendo—, armada con mi belleza quise venir a las Montañas Sardar y adueñarme de las riquezas y el poder de los Reyes Sacerdotes, porque los hombres siempre habían querido servirme, darme lo que yo deseaba, ¿y acaso los Reyes Sacerdotes no eran hombres?

La gente tenía extrañas razones para entrar en los Sardos, pero la de esta joven llamada Vika me parecía realmente increíble. Ese plan

sólo podía habérsele ocurrido a una muchacha ambiciosa y arrogante, y tal vez, como ella misma había dicho, a una persona tan joven y tonta.

—Quería ser la Ubara de todo Gor —dijo riendo—, que me sirvieran los Reyes Sacerdotes.

No dije nada.

—Pero cuando llegué a los Sardos... —se estremeció, movió los labios, pero parecía incapaz de proseguir.

Me acerqué, le pasé el brazo sobre los hombros, y esta vez no se resistió.

—Allí —dijo—, señalando las pequeñas cúpulas redondas a los costados del portal.

—No entiendo.

Se desprendió de mis brazos y se acercó al portal.

Cuando estaba a un metro de la salida, aproximadamente, las pequeñas cúpulas rojas comenzaron a resplandecer.

—Aquí, en los Sardos —dijo, volviéndose hacia mí, temblorosamente—, me llevaron a los túneles y me pusieron sobre la cabeza un horrible globo de metal con luces y alambres. Cuando me liberaron me mostraron una placa de metal y me dijeron que allí estaba registrado el funcionamiento de mi cerebro, desde mis recuerdos más antiguos y primitivos...

Escuché atentamente, porque sabía que aún perteneciendo a la casta superior, era posible que la joven hubiese comprendido muy poco de todo lo que le había ocurrido. Los Reyes Sacerdotes permiten a las castas superiores de Gor sólo el Segundo Conocimiento, y los miembros de las castas inferiores solamente pueden poseer el Primer Conocimiento, más rudimentario. Había sospechado que existía un Tercer Conocimiento, el reservado a los Reyes Sacerdotes, el relato de la joven parecía justificar la conjetura. No podía comprender los complicados procesos de la máquina que ella mencionaba, pero su propósito y los principios teóricos que eran su fundamento me parecían bastante claros. La máquina seguramente era un explorador cerebral de algún tipo, que registraba en tres dimensiones los microestados del cerebro, y sobre todo los de las capas más profundas y menos alterables. Bien ejecutada la placa resultante debía ser un registro más característico aún que las huellas digitales, algo tan único y personal como su propia historia.

—Esa placa —continuó diciendo la joven— se conserva en los túneles de los Reyes Sacerdotes, pero éstos... —se estremeció e indicó las cúpulas redondas, que sin duda eran sensores de algún tipo— son los ojos.

—Hay cierta conexión, quizá nada más que un rayo de determinado tipo, entre la placa y esas células —dije. Me acerqué y

examiné las cúpulas.

—Hablas de un modo extraño —dijo la joven.

—¿Qué ocurriría si tú pasaras entre ellas? —pregunté.

—Me lo mostraron —dijo, con los ojos desorbitados a causa del horror— ordenando que pasara entre ellas a una joven que no había obedecido las órdenes.

De pronto, me sobresalté.

—¿Ellos ordenaron? —pregunté.

—Los Reyes Sacerdotes —replicó la muchacha.

—Pero hay un solo Rey Sacerdote —dije—, que se llama Parp.

Vika sonrió, pero no me contestó.

Tal vez antes el número de Reyes Sacerdotes había sido más elevado. Y Parp era uno de los últimos. No dudaba que las macizas estructuras del palacio de los Reyes Sacerdotes eran el producto de más de un individuo.

—¿Qué le ocurrió a la muchacha? —pregunté.

Vika se estremeció. —Fue como si la atacaran los cuchillos y el fuego —dijo.

—¿Intentaste protegerte? —pregunté, los ojos fijos en la jofaina de bronce que ahora estaba contra la pared.

—Sí —dijo—, pero el ojo sabe. Sonrió de mala gana. Puede ver a través del metal.

Vika se acercó a la pared, y recogió la jofaina de bronce. La sostuvo ante la cara, y se aproximó al portal. De nuevo las cúpulas redondas comenzaron a resplandecer.

—Ya lo ves —dijo—, lo sabe. Puede ver a través del metal.

En mi fuero interno felicité a los Reyes Sacerdotes por la eficacia de sus recursos. Al parecer, los rayos que emanaban de los sensores y que eran invisibles al ojo humano, tenían poder para penetrar por lo menos en las estructuras moleculares comunes. Se parecían bastante a los rayos X.

Vika me miró con hostilidad. —Hace nueve años que estoy prisionera en este cuarto —dijo.

—Lo siento —respondí.

—Vine a los Sardos —se rió— para conquistar a los Reyes Sacerdotes y despojarlos de su riqueza y su poder.

Corrió hacia la pared del fondo, y se echó a llorar.

—Y en cambio —gritó—, ¡sólo conseguí estos muros piedra y el collar de acero de una esclava!

Al fin, se tranquilizó y me miró con curiosidad. —Antes —dijo—, los hombres buscaban complacerme, pero ahora soy yo quien debe complacerlos.

Sus ojos me miraron, creo que con cierto atrevimiento, como invitándome a ejercer mi autoridad sobre ella, a impartirle la orden

que me pareciese más grata, una orden que ella no tendría más remedio que acatar.

Tenía conciencia del encanto de su carne, del evidente desafío de sus ojos y su actitud.

Parecía decirme: “No puedes dominarme”.

Me pregunté cuántos hombres habrían fracasado.

Encogiéndose de hombros, se acercó al costado de la plataforma para dormir, y recogió el pañuelo de seda blanca que yo le había quitado del cuello. Volvió a ponérselo, ocultando el collar.

—No uses el pañuelo —dije amablemente.

—Quieres ver el collar —dijo con voz sibilante.

—En ese caso, si lo deseas úsalo.

Me miró asombrada.

—Pero no creo que debas hacerlo —insistí.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque eres más bella sin el pañuelo —expliqué—. Además, lo más importante es que el hecho de que ocultes un collar no equivale a eliminarlo.

—No —dijo—, supongo que no es lo mismo. Cuando estoy sola —dijo—, imagino que soy libre, y que soy una gran dama, la Ubara de una gran ciudad, incluso de Ar... pero cuando un hombre entra en mi habitación, vuelvo a ser una esclava.

—Conmigo —dije amablemente—, eres libre.

Me miró despectivamente. —En esta habitación antes que tú entraron cien hombres —dijo—, y ellos me enseñaron... y me enseñaron bien... que llevo puesto el collar.

—De todos modos —insistí—, conmigo eres libre.

—Y después de ti, vendrán cien más —dijo.

—Pero mientras —sonreí—, te otorgo tu libertad.

—Para ocultar un collar —dijo en tono de burla—, no para quitármelo.

—Muy bien —admití—, en efecto, eres esclava.

Entonces, su antigua insolencia retornó. —En ese caso, úsame —dijo con amargura—. Enséñame el significado del collar.

En verdad, me maravillé. A pesar de sus nueve años de cautiverio, de su confinamiento en esa cámara, Vika era todavía una joven obstinada y arrogante, una joven que tenía perfecta conciencia de que su carne no había sido conquistada, y del poder extraño que su belleza ejercía sobre los hombres, de su capacidad para torturarlos y enloquecerlos. Allí estaba ante mí, la joven bella y rapaz que mucho antes había llegado a los Sardos para sojuzgar a los Reyes Sacerdotes.

—Después —dije.

Parecía que la cólera la ahogaba.

No sentía antipatía hacia ella, pues me resultaba tan irritante

como bella. Comprendía que una joven orgullosa e inteligente debía sentirse humillada por la indignidad de su situación, por su condición de esclava que debía someterse a los hombres que los Reyes Sacerdotes le enviaran; pero consideraba que por grave que fuese la situación, no era una excusa que justificara la profunda hostilidad con que me miraba. Después de todo, yo también era un prisionero de los Reyes Sacerdotes, y no había pedido ir a esa cámara.

—¿Cómo llegué a esta cámara? —pregunté.

—Te trajeron —contestó.

—¿Los Reyes Sacerdotes? —le pregunté.

—Sí —dijo.

—¿Parp? —pregunté.

Se limitó a sonreír.

—¿Cuánto dormí? —pregunté.

—Mucho —dijo la joven.

—¿Cuánto tiempo? —insistí.

—Quince ahns —respondió.

El día goreano está dividido en veinte ahns. Es decir que había dormido casi un día.

—Bien, Vika —dije—, creo que ahora podré usarte.

—Muy bien, amo —respondió la joven con una expresión profundamente irónica. Con su mano soltó el broche que aseguraba la túnica sobre el hombro izquierdo.

—¿Sabes cocinar? —pregunté.

—Sí —replicó ásperamente. Manipuló irritada el broche, pero la cólera le entorpecía los dedos. Me miró con ojos ardientes.

—Prepararé comida —dijo.

—Date prisa, esclava —ordené.

Los hombros le temblaron de cólera.

—Ya veo —dije— que debo enseñarte el significado de tu collar.

Avancé un paso, y Vika se volvió con un grito y corrió hacia el fondo de la habitación.

Mi risa resonó vibrante.

Casi al instante Vika recuperó el control de sí misma y enderezó la cabeza. Mi mirada se encontró con la suya.

6. Cuando los Reyes Sacerdotes caminan

Vika sabía cocinar y me agradó su comida. En gabinetes disimulados, a un costado de la habitación, había depósitos de alimentos. Se abrían del mismo modo que las restantes aberturas que había observado antes.

Cuando se lo ordené, Vika me mostró el modo de abrir y cerrar los artefactos de almacenamiento y eliminación de su extraña cocina.

También aprendí que la temperatura del agua que brotaba del grifo empotrado en la pared estaba regulada por la dirección en que la sombra de una mano se proyectaba sobre una célula sensible a la luz, puesta sobre el grifo; la cantidad de agua estaba en relación con la velocidad con que la mano pasaba frente al sensor. Me interesó ver que se recibía agua fría con una sombra que pasaba de derecha a izquierda, y agua caliente con una sombra que realizaba el movimiento inverso. Recordé los grifos de la Tierra donde el agua caliente sale a la izquierda y el agua fría a la derecha. No dudaba en que hubiera una razón común en la base de estas disposiciones análogas en Gor y la Tierra. Se usa más agua fría que caliente, pues la mayoría de los individuos que usan agua son diestros.

El alimento que Vika extrajo del depósito no estaba refrigerado, sino protegido por algo parecido a una lámina de plástico azul. Eran artículos frescos y apetitosos. En primer lugar, Vika hirvió y aderezó una marmita con *sullage*, una sopa goreana usual formada por tres ingredientes comunes y, según se afirma, todo lo que se quiera agregar después, exceptuando claro está, las piedras del camino.

La carne era un bistec, extraído de un bosko, un enorme y peludo bovino de cuernos largos, que forma grandes manadas en las llanuras de Gor. Vika coció la carne, gruesa como el antebrazo de un guerrero, sobre una pequeña parrilla de hierro, puesta sobre un fuego de cilindros de carbón.

Además del *sullage* y el bistec de Gor, estaba la inevitable hogaza chata y redonda del pan amarillo de Sa-Tarna. Completó la comida un puñado de uvas y un trago de agua servida del grifo de la pared.

Las uvas eran de color púrpura, y supongo que eran uvas Ta, cultivadas en los viñedos bajos de la isla de Cos, a unos cuatrocientos pasangs de Puerto Kar. Una sola vez las había probado antes, durante un festín ofrecido en mi honor por Lara, que era Tatrix de la ciudad de Tharna. Si en efecto eran las mismas uvas, tenían que haber viajado en galera de Cos a Puerto Kar, y de éste a la Feria de En'Kara. Puerto Kar y Cos son enemigos ancestrales, pero eso no impide un activo y

provechoso contrabando. Aunque quizá no eran uvas Ta, pues Cos estaba muy lejos, y no era probable en vista de la distancia, que las frutas conservasen su frescura. Me extrañó que sólo hubiese agua para beber, y no me sirvieran las bebidas fermentadas de Gor, por ejemplo: Paga, vino Ka-la-na o Kal-da. Miré a Vika.

No se había preparado una porción para ella misma, y después de servirme se arrodilló en silencio a un costado, en la posición de una esclava.

Digamos, de paso, que en Gor las sillas tienen un significado especial, y no aparecen a menudo en las viviendas privadas. En general se las reserva para los personajes importantes, por ejemplo: los Administradores y los jueces.

El varón goreano cuando quiere estar cómodo, generalmente se sienta con las piernas cruzadas, y la mujer se arrodilla, y se sienta sobre los talones. La posición de la esclava que había adoptado Vika arrodillada, difiere de la posición de la mujer libre sólo por el lugar que ocupan las muñecas, apoyadas sobre los muslos, y cruzadas como si estuvieran sujetas por ligaduras. Las muñecas de una mujer libre nunca adoptan esa pose.

Por otra parte, la posición de la esclava de placer difiere de la posición de la mujer libre y de la esclava común. Las manos de una esclava de placer normalmente descansan sobre los muslos, pero creo que en ciertas ciudades, por ejemplo en Thentis, están cruzadas a la espalda. Lo más importante es pues que las manos de una mujer libre también pueden descansar sobre los muslos, pero hay cierta diferencia en la posición de las rodillas. En todas esas posiciones arrodilladas, incluso cuando se trata de la esclava de placer, la mujer goreana consigue sentirse cómoda; mantiene la espalda erguida y el mentón alto.

—¿Por qué sólo podemos beber agua? —pregunté a Vika.

Se encogió de hombros. —Imagino —dijo— que a causa de que la esclava de la cámara está sola gran parte del tiempo.

La miré, sin entender bien.

—Así, sería muy fácil —dijo.

Comprendí mi tontería. Por supuesto, las esclavas de las cámaras no podían apelar a la embriaguez, porque si lo hacían, aunque fuera con el propósito de aliviar su servidumbre, con el tiempo su belleza y su utilidad para los Reyes Sacerdotes comenzarían a disminuir.

—Entiendo —dije.

—El alimento llega sólo dos veces por año —explicó.

—¿Lo traen los Reyes Sacerdotes? —pregunté.

—Eso creo —dijo.

—¿Pero no lo sabes?

—No —contestó—. Una mañana despierto, y allí está el alimento.

—Imagino que lo trae Parp —insistí.

Me miró, un tanto divertida.

—Parp, el Rey Sacerdote —aclaré.

—Sí.

—Entiendo.

Casi había concluido la comida. —Te comportaste bien —la felicité—. La comida es excelente.

—Por favor —dijo—, tengo hambre.

La miré, atónito. No se había preparado nada, y por eso había supuesto que estaba satisfecha, o que no tenía apetito, o que después prepararía su propio alimento.

—Prepárate algo —dije.

—No puedo —contestó—. Puedo comer únicamente lo que tú me des.

Maldije mi propia estupidez.

¿A tal extremo era un guerrero goreano que podía ignorar los sentimientos de un semejante, y sobre todo los de una joven que necesitaba atención y cuidado?

—Lo siento —dije.

—¿No tenías el propósito de castigarme? —preguntó.

—No —dije.

—En ese caso, mi amo es un tonto —observó, y extendió la mano hacia la carne que yo había dejado en mi plato.

Le aferré la muñeca.

—Ahora sí pienso castigarte —dije.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. —Muy bien —dijo retirando la mano.

Esa noche Vika pasaría hambre.

Aunque era tarde, me dispuse a salir de la habitación. Por desgracia, no había luz natural en el cuarto, y por lo tanto no podía juzgarse la hora por el sol o las estrellas o las lunas de Gor. Desde que me había despertado, los bulbos de energía continuaban encendidos con una intensidad constante.

En uno de los armarios puestos contra la pared había encontrado, entre los atavíos de diferentes castas, una túnica de guerrero. Me la puse, pues la mía había sido destrozada por las garras del larl.

Vika había desenrollado una estera de paja, y la tendió a los pies de la gran cama de piedra. Sentada allí, envuelta en una manta liviana, el mentón apoyado en las rodillas, me miraba.

Una gran argolla se hallaba fija a la base del lecho de piedra, y si se me antojaba podía encadenarla.

—No pensarás salir de la cámara, ¿verdad? —preguntó Vika. Eran las primeras palabras que había pronunciado después de la comida.

—Sí —dije.

—Pero no puedes hacerlo.

—¿Por qué? —pregunté, alerta.

—Está prohibido —dijo.

—Entiendo —observé.

Comencé a caminar hacia la puerta.

—Cuando los Reyes Sacerdotes deseen verte, vendrán a buscarte —insistió la joven—. Hasta entonces, tienes que esperar.

—No me interesa esperar.

—Pero tienes que hacerlo —insistió, y se puso de pie.

Me acerqué a ella y apoyé mis manos en sus hombros. —No temas tanto a los Reyes Sacerdotes —dije.

Advirtió que mi decisión no había variado.

—Si vuelves —dijo—, por lo menos regresa antes del segundo gong.

—¿Por qué? —pregunté.

—Por ti mismo —aclaró, bajando la mirada.

—No temo —expliqué.

—Entonces, hazlo por mí.

—Pero, ¿por qué?

Pareció confundida. —Temo estar sola —dijo.

—Pero seguramente estuviste sola muchas noches —señalé.

Me miró, y no pude interpretar la expresión de sus ojos inquietos. —Siempre tengo miedo —dijo.

—Ahora, tengo que marcharme —repliqué.

De pronto, a lo lejos, oí el rumor del gong que ya había oído antes, en el gran salón de los Reyes Sacerdotes.

Vika me sonrió:

—Ya lo ves —dijo aliviada—, es demasiado tarde. Tienes que quedarte aquí.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque muy pronto se oscurecerán los bulbos de energía —aclaró—, y esas son las horas autorizadas para dormir.

—¿Por qué tengo que quedarme aquí? —insistí.

Se oyó el segundo tañido del gong lejano, y pareció que Vika temblaba en mis brazos.

Los ojos se le agrandaron de miedo.

La sacudí salvajemente. —¿Por qué? —grité.

Apenas podía hablar. Su voz era un murmullo. —Porque después del gong... —empezó.

—¿Sí? —pregunté.

—...caminan... —dijo.

—¿Quiénes?

—¡Los Reyes Sacerdotes! —gritó la joven, y se apartó de mí.

—No temo a Parp —dije.

Se volvió y me miró.

—Él no es un Rey Sacerdote —explicó.

Y entonces llegó el tercer toque del gong lejano, y en el mismo instante los bulbos de energía del cuarto se amortiguaron, y comprendí que ahora en los enormes corredores del vasto edificio caminaban los Reyes Sacerdotes de Gor.

7. Salgo en busca de los Reyes Sacerdotes

A pesar de las protestas de Vika, con el corazón animoso caminé por el corredor, en busca de los Reyes Sacerdotes de Gor.

—Por favor, no vayas —me gritó.

—Tengo que hacerlo —insistí.

—Vuelve —gritó Vika.

No contesté, y comencé a descender por el corredor.

Mi obligación no era consolarla, ni tranquilizarla, ni ofrecerle la compañía de otra presencia humana. Mi propósito tenía que ver con los temibles habitantes de esos oscuros corredores que la habían aterrorizado tanto; mi propósito no era representar el papel del amigo, sino el del guerrero.

Mientras descendía por el corredor examiné las diferentes cámaras, idénticas a la mía, que se abrían a ambos lados. Casi todas estaban vacías.

Pero en dos de ellas había esclavas de cámara, jóvenes semejantes a Vika, con túnicas y collares idénticos. Seguramente la única diferencia estaba en los números grabados en los collares.

La primera joven era una muchacha baja y robusta, gruesos tobillos y anchas espaldas, probablemente de origen campesino. Tenía los cabellos formando trenzas que le caían sobre el hombro derecho. Se había levantado de su estera desplegada a los pies de la cama de piedra, incrédula, parpadeando y frotándose los ojos de párpados pesados. Por lo que pude ver, estaba sola en la cámara. Cuando se aproximó al portal, los sensores comenzaron a resplandecer.

—¿Quién eres? —preguntó la joven, y su acento sugería que venía de los campos de Sa-Tarna, a cierta altura sobre Ar, en dirección al Golfo de Tamber.

—¿Viste a los Reyes Sacerdotes? —pregunté.

—Esta noche no —contestó.

—Soy Cabot, de Ko-ro-ba —dije y continué caminando.

La segunda joven era alta, frágil y espigada, y tenía piernas delgadas y ojos grandes y tristes; los cabellos oscuros le caían sobre los hombros y se destacaban contra el blanco de su túnica. Quizá perteneciera a la casta superior. Sin hablar era difícil decirlo, aunque aun así quizás no pudiera identificarla, porque los acentos de algunas de las castas superiores de artesanos son parecidos al goreano puro de la casta superior. Estaba de pie, la espalda apoyada contra el fondo de la cámara, sus ojos fijos en mí, casi sin respirar. Me pareció que también ella estaba sola.

—¿Viste a los Reyes Sacerdotes? —pregunté.

Meneó vigorosamente la cabeza.

Continué mi camino por el corredor.

Cada una a su modo, ambas jóvenes eran hermosas, pero pensé que Vika era superior a ellas.

El acento de mi esclava era goreano puro de la casta superior, si bien yo no alcanzaba a identificar la ciudad de donde provenía. Probablemente pertenecía a la Casta de los Constructores o los Médicos, porque si su familia hubiera pertenecido a los Escribas hubiera sido lógico esperar inflexiones más sutiles y el empleo de giros gramaticales menos vulgares; y si su familia pertenecía a los Guerreros, el lenguaje habría sido más directo, más sencillo y belicoso. Por lo demás, esas fórmulas generales son imperfectas, pues el lenguaje goreano no es menos complejo que el de cualquiera de las grandes comunidades idiomáticas naturales de la Tierra, y quienes lo usan no conforman un panorama menos variado. Digamos de pasada que es un lenguaje hermoso, y que puede ser tan sutil como el griego, tan directo como el latín, tan expresivo como el ruso, tan rico como el inglés y tan vigoroso como el alemán.

Me pareció difícil apartar de mi mente la imagen de las dos esclavas de cámara y la de Vika, tal vez porque la situación en que estaban esas jóvenes me conmovía, o porque cada una a su modo era hermosa.

Me sentí complacido porque me habían llevado a la cámara de Vika, ya que ella me parecía la más bella de todas. Después me dije que el hecho de que me hubiesen llevado a su cámara tal vez no fuera por pura casualidad. Pensé que en cierto sentido Vika se parecía a Lara, que era Tatrix de Tharna, la mujer que tanto me había interesado. Era más baja que Lara y tenía el cuerpo más lleno, pero podía considerárselas pertenecientes al mismo tipo físico en general. Los labios de Lara eran carnosos y bien dibujados, sensibles y extraños, tiernos y hambrientos; los labios de Vika podían enloquecer a un hombre. Me pregunté si Vika era una esclava preparada especialmente, una Esclava Pasional, una de esas jóvenes refinadas tanto en su belleza como por su pasión y destinadas a las grandes casas de esclavas de Ar, pues labios como los de Vika eran un rasgo que a menudo aparecía en las Esclavas Pasionales. Eran labios formados para el beso de un amo.

Mientras reflexionaba sobre estas cosas sentía que no había llegado a la cámara de Vika por puro accidente, y que todo había sido parte de un plan de los Reyes Sacerdotes. Sospeché que Vika había derrotado y destruido a muchos hombres, y supuse que los Reyes Sacerdotes tenían curiosidad de ver cómo la manejaba. Probablemente la propia Vika hubiera recibido órdenes para someterme. Pero pensé

que esto no fuera muy probable. No era esa la técnica de los Reyes Sacerdotes. Más probable era que Vika nada supiera de sus maquinaciones; era sencillamente ella misma, es decir exactamente lo que los Reyes Sacerdotes deseaban. Simplemente Vika, insolente, distante, despectiva y provocativa, sometida por indomable, decidida a ser el amo a pesar de que era la esclava. Me pregunté cuántos hombres habrían caído rendidos a sus pies, a cuántos hombres habría obligado a dormir a los pies de la gran cama de piedra, mientras ella misma usaba las pieles y las sedas del amo.

Después de varias horas volví a encontrarme en el gran salón de los Reyes Sacerdotes. Me alegré de volver a ver las lunas y las estrellas de Gor en el cielo, sobre la cúpula.

Mis pasos resonaron sobre las piedras del suelo. La gran cámara estaba sumida en el silencio. El trono vacío era un espectáculo sobrecogedor.

—¡Aquí estoy! —grité—. ¡Soy Tarl Cabot! ¡Soy guerrero de Ko-ro-ba, y desafío a un guerrero de los Reyes Sacerdotes de Gor! ¡Vamos a luchar! ¡Es la guerra!

El eco de la vasta cámara repitió mi voz durante largo rato, pero no recibí respuesta a mi desafío.

Volví a llamar, con el mismo resultado.

Decidí regresar a la cámara de Vika.

Otra noche continuaría mi exploración, pues había otros corredores, otros portales visibles desde el lugar donde yo estaba. Necesitaría varios días para recorrerlos todos.

Emprendí el regreso hacia la cámara de Vika.

Habría caminado quizá durante un ahn y avanzaba por uno de los corredores largos y mal iluminados cuando noté una presencia detrás de mí.

Me volví rápidamente, y al mismo tiempo desenfundé la espada.

Detrás, el corredor estaba vacío.

Volví a enfundar la hoja en la vaina y continué caminando.

Había avanzado unos metros cuando de nuevo algo me inquietó. Esta vez no me volví, y en cambio continué avanzando lentamente; los oídos atentos. Cuando llegué a un recodo del corredor, lo pasé y después me apreté contra la red y esperé.

Con un movimiento muy lento, extraje la espada, evitando el más mínimo ruido mientras lo hacía.

Esperé, pero no ocurrió nada.

Tengo la paciencia de un guerrero, y esperé largo rato. Cuando los hombres se acechan con armas, es bueno tener paciencia, mucha paciencia.

Por supuesto, cien veces pensé que mi actitud era absurda, porque en realidad no tenía conciencia de haber oído nada. Sin embargo, quizá mi inconsciente había percibido un leve ruido y ese había sido el origen de una imprecisa sospecha. Finalmente, decidí forzar la situación. Por lo que sabía, si quien me seguía era uno de los Reyes Sacerdotes, era muy posible que me aventajara, pues esos seres podían esperar inmóviles como un árbol o una piedra, hasta que llegase el momento oportuno de atacar. Ya había esperado poco más de un ahn y tenía el cuerpo cubierto de sudor. Me dolían los músculos. Pensé que quien me siguiera podía haber advertido que el ruido de mis pasos había cesado. Y en ese caso, también sabía que yo acechaba.

¿Qué agudeza tenían los sentidos de los Reyes Sacerdotes? Tal vez no eran muy fiables, pues esos seres poco a poco se habían acostumbrado a depender de los instrumentos: o quizá sus sentidos eran diferentes de los sentidos humanos, más agudos a causa de una herencia genética distinta, capaces de discriminar e interpretar rasgos que no percibían ni siquiera los cinco sentidos primitivos de los humanos. En mi caso, lo más seguro era continuar en la misma línea de acción, porque de ese modo contaba con la protección del escudo formado por el recodo del pasillo. Pero no deseaba continuar en la misma situación. Puse el cuerpo tenso, listo para dar el salto y emitir el grito que me enfrentaría a cara descubierta con el enemigo.

Y entonces lancé el grito de guerra de Ko-ro-ba y di un salto, la espada preparada, para enfrentarme a mi antagonista.

De mis labios escapó un aullido de rabia cuando vi el corredor vacío.

Dominado por la furia, comencé a correr por el desandando camino, para encontrarme con el ser que me había seguido. Había recorrido tal vez medio pasang cuando me detuve, jadeante y furioso conmigo mismo.

—¡Salga! —grité—. ¡Salga!

La quietud del corredor se burló de mí.

Irritado, permanecí de pie, solo en el corredor, a la mortecina luz de los bulbos de energía, la espada inútil en mano.

Y entonces, percibí algo.

Nunca presté demasiada atención al olfato.

Ciertamente he percibido el aroma de las flores y las mujeres, del pan fresco y caliente, de la carne asada, de los vinos y los brebajes, del cuero y el aceite con que protegía de la herrumbre el filo de mi espada, de los campos verdes y los vientos de la tormenta, pero rara vez atribuí a mi olfato la misma importancia que tienen la vista o el tacto; y sin embargo, ese sentido a menudo descuidado es muy útil al hombre dispuesto a utilizarlo.

Olí el corredor, y percibí un olor que nunca había encontrado

antes, impreciso pero indudable. Hasta donde podía emitir un juicio, era un olor simple, aunque después sabría que era el producto complejo de olores aún más simples que el que entonces estaba percibiendo. Me parece imposible describir ese olor, del mismo modo que no se puede describir el gusto de un limón a quien jamás lo haya saboreado. Sin embargo, puedo decir que era levemente acre, y que me irritaba la nariz. Me recordaba levemente al olor de un cartucho disparado.

Aunque ya no había nada en el corredor, había dejado su rastro.

Comprendí entonces que no había estado solo.

Había percibido el olor de un Rey Sacerdote.

Volví a envainar la espada y regresé a la cámara de Vika. Comencé a canturrear una canción guerrera, porque en cierto sentido me sentía complacido.

8. Vika abandona la cámara

—¡Despierta, moza! —grité, al entrar en la cámara de Vika, y dos veces batí palmas.

La sobresaltada joven ahogó una exclamación y se incorporó de un salto. Había estado acostada sobre la estera de paja, a los pies del diván de piedra. Se había incorporado con un movimiento tan brusco que se golpeó la rodilla contra la piedra, y eso no le gustó mucho. Mi intención había sido atemorizarla, y me agradó ver que lo había conseguido.

Me miró, enojada:

—No estaba durmiendo —dijo.

Me acerqué a ella y la examiné. Decía la verdad.

—¡Ya lo ves! —insistió.

Bajó la cabeza, y después me miró tímidamente. —Me alegro —dijo— de que hayas regresado.

—Imagino —dije— que durante mi ausencia saqueaste la alacena.

—No —contestó—. No lo hice... amo.

—Vika —dije—, creo que es hora de que introduzcamos ciertos cambios.

—Aquí nada cambia nunca —replicó.

Paseé los ojos por la habitación. Los sensores me interesaron, y los examiné de nuevo. Me sentía alegre. Después, realicé un examen metódico de la sala. Aunque los sensores y el modo de usarlos eran cosas perversas y yo no podía entenderlos muy bien, en ellos no había en definitiva nada misterioso, nada que no pudiese explicarse.

Por otra parte, en el corredor yo había percibido los signos tangibles de un Rey Sacerdote. Me eché a reír. Había olido a un Rey Sacerdote. La idea me divertía. Comprendí mejor que nunca de qué modo la superstición limitaba y hería a los hombres. Los Reyes Sacerdotes se ocultaban en su fortaleza de las Montañas Sardar y permitían que los mitos de los Iniciados levantaran alrededor de ellos un muro de terror humano. En realidad había que reírse, y reírse de buena gana.

Vika me observaba, desconcertada, y sin duda creía que yo estaba loco.

—¿Dónde están? —pregunté.

—¿Qué? —murmuró Vika.

—¡Los Reyes Sacerdotes ven y los Reyes Sacerdotes oyen! —grité —. Pero, ¿cómo?

—Gracias a su poder —afirmó Vika, y retrocedió hacia la pared.

Había examinado lo mejor posible toda la habitación. Por supuesto, podía usarse un tipo de rayo penetrante que quizás

permitiera percibir señales a través de las paredes, y después transmitirlas a una pantalla distante; pero dudaba que se usara ese recurso.

De pronto vi directamente en el centro del techo otro bulbo de energía, semejante a los que estaban encendidos en las paredes; pero éste se encontraba apagado. Un error de los Reyes Sacerdotes. Por supuesto, el artefacto podía estar oculto en cualquiera de los bulbos.

Trepé de un salto al centro de la plataforma de piedra. Y grité a la joven:

—Tráeme la jofaina.

Vika estaba convencida de que yo había enloquecido.

—¡Deprisa! —grité, y ella acató la orden.

Recibí la jofaina, y la arrojé contra el bulbo que, aunque aparentemente estaba quemado, se rompió con grandes llamaradas y desprendimiento de humo y chispas. Vika gritó y se agazapó detrás de la plataforma de piedra. En la cavidad donde había estado el bulbo de energía, ahora reventado y humeante, apareció una maraña de cables, un diafragma de metal y un receptáculo cónico que tal vez antes había contenido una lente.

—Ven aquí —dije a Vika; pero la pobre muchacha se encogió, temerosa. Impaciente, la aferré de un brazo, la subí a la plataforma y la sostuve en mis brazos. —¡Mira! —repetí.

—¿Qué hay? —gimió.

—Era un ojo —dije.

—¿Un ojo? —preguntó.

—Sí —dije—, algo como el “ojo” de la puerta. Deseaba que ella entendiese.

—¿El ojo de quién?

—El ojo de los Reyes Sacerdotes —contesté riendo—. Pero ahora lo he cerrado.

Vika tembló contra mi cuerpo; poseído por la alegría incliné el rostro y besé esos labios magníficos, y ella lloró, impotente en mis brazos, pero no se resistió.

Era el primer beso que recibía de los labios de mi esclava, y había sido un beso de absurda alegría, que la asombraba más que la complacía.

Descendí del diván de piedra y me acerqué al portal.

—Vika —grité—, ¿quieres salir de este cuarto?

—Por supuesto —dijo, con voz temblorosa.

—Muy bien —observé—, ahora lo harás.

Me reí y me acerqué al portal. De nuevo examiné los seis sensores rojos, tres a cada lado. En realidad, era una pena destruirlos, porque se veían bastante hermosos.

Extraje la espada.

—¡Alto! —gritó Vika, horrorizada.

Corrió hacia mí y trató de detenerme, pero con la mano izquierda la aparté y ella rodó hacia el costado del diván de piedra.

—¡No lo hagas! —gritó, arrodillada y con las manos extendidas.

Seis veces el pomo de mi espada cayó sobre los sensores, y seis veces se oyó un chirrido, como la explosión de un vidrio caliente, y saltaron chispas escarlatas. Los sensores estaban destruidos, las lentes quebradas y los cables que se hallaban detrás formaban una maraña de alambres negros y quemados.

Volví a envainar la espada y me enjugué el sudor de la frente con el dorso de la mano.

Sonreí a Vika. —Ahora, puedes salir de la habitación —dije—, si así lo deseas.

Se incorporó lentamente y me miró. —Mi amo está herido —dijo, aludiendo a los pequeños cortes provocados por los vidrios rotos.

—Soy Tarl Cabot, de Ko-ro-ba —le dije, porque quería que conociera mi nombre y mi ciudad.

—Mi ciudad es Treve —dijo la joven, y por primera vez me revelaba esa información.

De modo que Vika venía de Treve.

Eso explicaba muchas cosas.

Treve era una ciudad guerrera, levantada en cierto lugar de la ignota magnificencia de la Cordillera Voltai. No había estado allí, pero conocía su reputación. Se decía que sus guerreros eran fieros y valerosos, y sus mujeres orgullosas y bellas.

Vika regresó con la toalla y comenzó a limpiarme la cara. Rara vez una joven de Treve era vendida como esclava Yo imaginaba que Vika me habría resultado costosa si la hubiese comprado en Ar o en Ko-ro-ba. Incluso cuando no eran bellas, eran muy apreciadas por los coleccionistas a causa de su rareza.

Se decía que Treve estaba a cierta altura sobre Ar, a unos setecientos pasangs de distancia, en dirección a las Montañas Sardar. Nunca había visto la ciudad en un mapa, pero conocía el territorio que ella pretendía como dominio propio. La ubicación exacta de Treve no me era conocida, y quizá era un dato que excepto sus ciudadanos pocos sabían. Las rutas comerciales no llevaban a la ciudad, y los que se internaban en su territorio rara vez volvían.

Se decía que el único modo de llegar a Treve era utilizando las aves llamadas tarns, y eso sugería que debía tratarse de un baluarte montañés.

—¿Te duele? —preguntó Vika.

—No —contesté.

—Por supuesto, te duele —me corrigió.

Me pregunté si muchas de las mujeres de Treve eran tan bellas

como Vika. Si así era, me parecía sorprendente que los guerreros de todas las ciudades de Gor no hubiesen caído sobre el lugar para probar suerte.

—¿Todas las mujeres de Treve son tan bellas como tú? —pregunté.

—Claro que no —dijo, irritada.

—¿Eres la más bella? —pregunté.

—No lo sé —dijo sencillamente, y después sonrió y agregó:

—Quizás...

Con un movimiento elegante se puso de pie y retornó de nuevo a los armarios puestos contra la pared. Regresó con un pequeño tubo de ungüento.

—Son cortes más profundos que lo que yo creía —dijo.

Con la punta del dedo comenzó a extender el ungüento sobre las heridas. Me escoció bastante.

—¿Duele? —repitió la pregunta.

—No —contesté.

Se rió, y me agradó oír su risa.

—Espero que sepas lo que haces —dije.

—Mi padre —explicó— pertenecía a la Casta de los Médicos.

Sonreí para mis adentros. En efecto, no me había equivocado cuando pensé que pertenecía a la Casta de los Médicos o de los Constructores.

—No sabía que tenían médicos en Treve —observé.

—En Treve tenemos todas las castas superiores.

—¿Cómo vive la gente de Treve? —pregunté a Vika.

—Criamos el verro —contestó.

Sonreí. El verro era una cabra montañesa natural de las Voltai. Era una bestia salvaje, ágil y belicosa, de pelo largo y cuernos en espiral. En la Cordillera Voltai era bastante peligroso colocarse a menos de veinte metros de un verro.

—Entonces, sois gente sencilla y doméstica —comenté.

—Sí —dijo Vika.

—Pastores de la montaña —agregué.

—Sí —confirmó Vika.

Y ambos nos echamos a reír. Sí, yo conocía la reputación de Treve. Era una ciudad que en parte vivía del saqueo, inaccesible e inexpugnable como un nido de águilas. Una ciudadela arrogante e inconquistada, un baluarte de hombres cuyo modo de vida era el bandidaje, y cuyas mujeres vivían de los despojos de cien ciudades enemigas; y de allí había venido Vika, y yo creía en su palabra.

Esa noche ella se había mostrado gentil, y yo había sido amable con ella. Esa noche habíamos sido amigos.

—El ungüento pronto será absorbido —dijo la joven—. En pocos

minutos no quedarán rastros de la sustancia, ni de las heridas.

—Los médicos de Treve —comenté— tienen medicinas maravillosas.

—Es un ungüento de los Reyes Sacerdotes —me corrigió ella.

—En ese caso, ¿también los Reyes Sacerdotes pueden sufrir heridas? —pregunté.

—Las sufren sus esclavos —dijo Vika—. Pero no hablemos de los Reyes Sacerdotes.

—Vika —pregunté—, ¿es cierto que tu padre pertenecía a la Casta de los Médicos?

—Sí —replicó—. ¿Por qué lo preguntas?

—Oh, no importa.

—Dímelo —insistió la joven.

—Porque —dije al fin —pensé que quizá habías nacido esclava de placer.

Fue una tontería decirlo, y lo lamenté inmediatamente.

—Me halagas —dijo Vika, y me dio la espalda. La había ofendido.

Traté de acercarme, y sin volverse ella dijo:

—Por favor, no me toques.

Y entonces, pareció que se erguía y cuando se volvió para mirarme su rostro era el mismo de antes, desdeñoso y hostil.

—Aunque por supuesto, puedes tocarme —dijo—, pues eres mi amo.

—Perdóname —dije.

Se rió amarga y desdeñosamente.

En verdad, tenía ante mí a una mujer de Treve.

Y ella, que estaba acostumbrada a vivir en el lujo, y a aprovechar el saqueo de las caravanas y los buques de otras ciudades, se había convertido en propiedad ajena. Mi propiedad.

Sus ojos me miraron con furia. En una actitud insolente se me acercó, con movimientos lentos y elegantes, sinuosos como los de un larl hembra, y después me asombró porque se arrodilló, las manos sobre los muslos, las rodillas en la posición de la esclava de placer, la cabeza inclinada en desdeñosa sumisión.

Alzó la cabeza, y sus ojos azules me miraron audazmente.

—Aquí, amo —dijo—, está tu esclava de placer.

—Levántate —dije.

Se incorporó con movimientos gráciles, y rodeó mi cuello con sus brazos y acercó sus labios a los míos. —Antes me besaste —dijo—. Ahora yo te besaré.

Sus labios magníficos rozaron los míos.

—Aquí —dijo con voz suave pero imperiosa— recibiste el beso de tu esclava de placer.

Desprendí sus brazos de mi cuello.

Me miró, desconcertada.

Pasé de la habitación al corredor mal iluminado. Desde allí extendí la mano hacia Vika, indicándole que se acercara.

—¿No te agrado? —preguntó.

—Vika —dije—, ven aquí y estrecha la mano de un tonto.

Cuando vio lo que yo deseaba meneó lentamente la cabeza, con humildad. —No —dijo—. No puedo salir de esta cámara.

—Por favor —dije—. Ven, estrecha mi mano.

Temblando, como en un sueño, la joven se aproximó al portal, y esta vez los sensores no se encendieron.

Ella fijó los ojos en los sensores, y parecían ojos muertos y vacíos.

—Ya no pueden herirte —dije.

Vika dio otro paso, y pareció que se le doblaban las rodillas. Extendió la mano hacia mí. Tenía los ojos agrandados por el miedo.

—Las mujeres de Treve —dije—, son valerosas además de bellas y altivas.

Cruzó el portal y cayó desmayada en mis brazos.

La alcé y la llevé al diván de piedra. Miré los sensores destrozados y los restos del artefacto de vigilancia disimulado en el bulbo de energía. Probablemente no tendría que esperar mucho a los Reyes Sacerdotes de Gor.

Vika había dicho que cuando quisieran verme, vendrían a buscarme. Sonreí.

Quizá ahora se diesen más prisa.

Con movimientos suaves deposité a Vika sobre el gran diván de piedra.

9. El Rey Sacerdote

Estaba dispuesto a permitir a Vika que compartiese el gran diván de piedra, con sus pieles y sus sábanas de seda.

Era una actitud desacostumbrada, pues normalmente la esclava goreana duerme a los pies del diván de su amo, sobre una estera de paja, cubierta apenas por una fina manta de algodón que no la protege del frío.

Si no complace a su amo, es posible que como medida disciplinaria se la encadene desnuda al anillo de hierro empotrado al costado del diván, sin mantas ni ropas. Las noches goreanas son frías, y pocas son las jóvenes que cuando han sido encadenadas, después no se esfuercen por complacer debidamente a su amo.

Cuando un amo desea usar a una muchacha esclava le ordena que encienda la lámpara del amor, y ella obedece y deposita la lámpara en la ventana de la cámara, de modo que nadie los moleste. Después, él se acuesta sobre las pieles extendidas sobre el piso de piedra de la cámara, y ordena a la joven que se acerque.

Yo había depositado a Vika sobre el gran diván de piedra. La besé suavemente en la frente. Abrió los ojos.

—¿Salí de la cámara? —preguntó.

—Sí —contesté.

Me miró largo rato. —¿Cómo puedo conquistarte? —preguntó—. Te amo, Tarl Cabot.

—Sólo estás agradecida —dije.

—No —dijo—. Te amo.

—No debes hacerlo —dije.

—Aun así, es cierto —me respondió.

Me pregunté cómo debía hablarle, porque en todo caso tenía que disipar la ilusión de que podía haber amor entre nosotros. En la casa de los Reyes Sacerdotes no podía haber amor, y tampoco ella estaba en condiciones de definir sus sentimientos. Además, tenía que pensar en Talena, cuya imagen nunca se apartaría de mi corazón.

—Pero eres una mujer de Treve —dije, sonriendo.

—Creíste que yo era una esclava de pasión —se burló—. Y en cierto sentido tenías razón.

—¿Por qué lo dices? —pregunté.

Me miró en los ojos. —Mi madre —dijo con amargura— fue una esclava de pasión... criada en los corrales de Ar.

—Sin duda, fue muy hermosa —observé.

Vika me miró, extrañada. —Sí —confirmó—. Imagino que lo fue.

—¿No la recuerdas? —pregunté.

—No —dijo—, porque murió cuando yo era muy joven.

—Lo siento —dije.

—Poco importa —agregó Vika—, porque no era más que un animal criado en los corrales de Ar.

—¿Tanto la desprecias? —pregunté.

—Había nacido esclava —explicó Vika—. Pero mi padre, que era su amo, y que pertenecía a la Casta de Médicos de Treve, la amaba mucho, y le pidió que fuese su Compañera Libre —Vika se rió por lo bajo—: Durante tres años ella se negó.

—¿Por qué?

—Porque lo amaba —dijo Vika—, y no quería que la Compañera Libre de mi padre fuese una esclava de pasión, un ser inferior.

—Era una mujer muy profunda y muy noble —observé.

—Era una estúpida —replicó Vika con disgusto—. ¿Acaso a menudo se ofrece a una esclava esa oportunidad de liberarse?

—Pocas veces —reconocí.

—Pero finalmente —continuó Vika—, como temía que él se suicidase, aceptó ser su Compañera Libre. Y yo nací libre. Es mejor que lo comprendas bien. No nací esclava.

—¿Qué me dices de tu padre? —pregunté.

—En cierto sentido —contestó Vika—, también él ha muerto.

—¿Por qué dices en cierto sentido? —pregunté.

—Por nada —contestó la joven.

Contemplé la habitación, los armarios dispuestos contra la pared, apenas iluminados por los bulbos de energía, y el artefacto destruido en el techo, y los sensores destrozados, y el gran portal que conducía al corredor.

—Seguramente él te quiso mucho —observé—, después de la muerte de tu madre.

—Sí —contestó Vika—. Tal vez sí... pero era estúpido.

—¿Por qué lo dices? —pregunté.

—Me siguió a las Montañas Sardar, tratando de salvarme —dijo.

—Ciertamente, un hombre muy valeroso —comenté.

Hablaba con palabras crueles y despectivas.

—Un hombrecito tonto y pomposo —dijo—, que incluso tenía miedo del rugido de un larl.

De pronto, se volvió hacia mí:

—¿Cómo es posible —preguntó— que mi madre lo amase? No era más que un tonto pomposo.

—Quizá fue bueno con ella —sugerí—, y otros hombres nunca lo fueron.

—¿Por qué nadie tiene que ser bueno con una esclava de pasión? —preguntó Vika.

—Quizá fue bueno con ella —repetí—, cuando otros no lo fueron.

—Me gustaría saberlo —dijo—. Muchas veces me lo he

preguntado.

—¿Qué fue de él —pregunté— cuando entró en las Montañas Sardar? ¿Lo sabes?

—Sí —dijo ella.

—¿No me lo dirás? —insistí.

Meneó la cabeza. —No me preguntes —pidió.

—¿Cómo es posible que te permitiera venir a las Montañas Sardar?

—No me lo permitió —aclaró Vika—. Trató de impedirlo, pero yo hablé con los Iniciados de Treve, y me ofrecí como ofrenda a los Reyes Sacerdotes. No les expliqué la verdadera razón de mi actitud. Naturalmente, mi padre no quiso saber nada. Me encerró en mis habitaciones, pero el Supremo Iniciado de la ciudad llegó con guerreros, entraron en mi cuarto, y golpearon a mi padre hasta que no pudo moverse siquiera, y yo los acompañé de buena gana. —Volvió a reírse—. Oh, cuánto me agradó cuando lo golpearon y él gritó —dijo —, pues yo lo odiaba... pues no era un verdadero hombre, y aunque pertenecía a la Casta de los Médicos no podía soportar el dolor. Ni siquiera era capaz de oír el grito de un larl.

—Quizá —sugerí—, precisamente porque no podía soportar el dolor era miembro de la Casta de los Médicos.

—Es posible —admitió Vika—. Siempre deseaba evitar el sufrimiento, tanto en los animales como en los esclavos.

Sonreí.

—Ya lo ves —agregó Vika—, era un hombre débil.

—Sí, veo —dije.

Vika se recostó sobre las sedas y las pieles. —Eres el primero de los hombres que estuvo en la cámara —dijo—, que habla conmigo de estas cosas.

No contesté.

—Te amo, Tarl Cabot —dijo.

—No lo creo —contesté amablemente.

—¡Es cierto! —insistió.

—Un día —dije— amarás... pero no creo que el privilegiado sea un guerrero de Ko-ro-ba.

—¿Crees que no sé amar? —me desafió.

—Creo que un día amarás —insistí—, y que amarás profundamente.

—¿Tú no puedes amar?

—No lo sé —sonreí—. Cierta vez... hace mucho... creí amar.

—¿Quién era ella? —preguntó Vika, con expresión hostil.

—Una joven esbelta y morena —dije—, llamada Talena.

—¿Era hermosa? —preguntó Vika.

—Sí —contesté.

—¿Tan hermosa como yo? —insistió Vika.

—Ambas sois hermosas —dije.

—¿Era esclava?

—No... —contesté— era hija de un Ubar.

La cólera transformó los rasgos de Vika; saltó del diván y caminó hacia el fondo de la habitación, manipulando el collar con sus dedos, como si quisiera arrancárselo del cuello.

—¡Ya entiendo! —dijo—. Y yo, Vika... ¡No soy más que una esclava!

—No te enfades.

—¿Dónde está? —preguntó Vika.

—No lo sé —reconocí.

—¿Cuánto hace que no la ves?

—Más de siete años.

Vika se rió cruelmente. —Entonces —exclamó satisfecha— ya está en las Ciudades del Polvo.

—Es posible —reconocí.

—Y yo, Vika, estoy aquí.

Me aparté de ella. Oí su voz que decía:

—Yo conseguiré que la olvides.

Me volví para mirarla; ya no estaba ante la joven esclava, sino ante una mujer de la casta superior, del reino pirata de Treve, ante una mujer insolente e imperiosa, aunque sometida.

Vika llevó la mano al broche del hombro izquierdo, lo soltó y la túnica cayó al suelo.

—Creíste que era una esclava de pasión —dijo. Miré a la mujer que estaba de pie ante mí, los ojos con expresión hostil, los labios apretados, el collar, la marca.

—¿No soy tan bella —preguntó— que pueda compararseme con la hija de un Ubar?

—Sí —contesté—, eres tan bella.

Me miró, burlona. —¿Sabes qué es una esclava de pasión? —preguntó.

—Sí.

—Es una mujer de la especie humana, pero educada como una bestia por su belleza y su pasión.

—Lo sé —dije.

—Es un animal —insistió—, criado para el placer de los hombres, para el placer del amo. En mis venas fluye la sangre de ese animal. Por mis venas fluye la sangre de una esclava de pasión. —Se echó a reír—. Y tú, Tarl Cabot eres el amo. Tú, eres mi amo.

—No.

Se acercó, insinuante y tentadora. —Seré tu esclava de pasión —dijo.

—No.

—Sí —dijo Vika—, para ti seré una obediente esclava de pasión.

Acercó sus labios a los míos pero la aparté de mí.

—Pruébame —dijo.

—No.

—No permitiré que me rechaces —insistió—. Mira, Tarl Cabot, he decidido que serás mi esclavo.

Me alejé un paso.

—Muy bien —gritó, los ojos llameantes— Muy bien, Cabot. ¡Entonces te conquistaré!

Y sostuvo mi cabeza con sus manos y apretó sus labios contra los míos.

En ese instante percibí de nuevo el aroma ligeramente acre que había olido en los corredores, y apreté fuertemente mi boca contra la de Vika, hasta que le herí los labios; pero de pronto la aparté bruscamente, y la arrojé sobre la estera de paja que estaba a los pies del diván de piedra.

Ahora me pareció entender; pero en realidad se habían apresurado demasiado. Vika no había podido hacer su trabajo. Las consecuencias serían graves para ella, pero eso no me preocupaba.

Aun así, no me volví hacia el gran portal. Ahora, el aroma era muy intenso.

Vika se agazapaba aterrorizada sobre la estera de paja, al pie del diván, a pocos centímetros del anillo de hierro destinado a las esclavas.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Qué ocurre?

—De modo que tenías que conquistarme para ellos, ¿verdad? —pregunté.

—No entiendo —balbuceó.

—Eres una cómplice de los Reyes Sacerdotes —dije.

—No —negó—. ¡No!

—¿A cuántos hombres has conquistado para los Reyes Sacerdotes? —pregunté. La aferré por los cabellos y la obligué a mirarme. —¿A cuántos? —grité.

—¡Por favor! —gimió.

Sentí deseos de romperle la cabeza contra la base del diván de piedra, porque era una mujer indigna, traicionera y seductora, cruel y maligna, digna únicamente del collar, los hierros y el látigo.

Meneó la cabeza sin hablar, como negando las acusaciones que yo le formulaba.

—No me comprendes —dijo—. ¡Te amo!

Pero ni siquiera ahora me volví para mirar el portal. El aroma era intenso. Comprendí que estaba cerca. ¿Por qué la joven no lo percibía? ¿Cómo era posible que no lo supiera? ¿No era parte de su

plan?

—Por favor —dijo, y me miró alzando una mano. Tenía el rostro surcado de lágrimas, y su voz era un sollozo. —Te amo —dijo.

—Silencio, esclava —ordené.

Sabía que "eso" estaba allí. El aroma era abrumador, inequívoco.

Miré a Vika, y de pronto pareció que también ella lo sabía, y los ojos se le abrieron horrorizados, y se puso de rodillas, cubriéndose el rostro con las manos como para protegerse, y se estremeció y de pronto emitió un grito salvaje y terrible de miedo abyecto.

Desenfundé la espada y me volví.

Estaba allí, de pie en el umbral.

A su modo era muy hermoso, dorado y alto, más alto que yo, enmarcado por el portal macizo. No tenía más de una yarda de ancho, pero la cabeza tocaba casi el borde superior del portal y yo calculaba que debía medir casi seis metros de altura.

Tenía seis piernas y una cabeza como un globo dorado, con ojos que parecían grandes discos luminosos. Las dos patas delanteras, equilibradas y alertas, se elevaban delicadamente frente al cuerpo. Las mandíbulas se abrieron y cerraron una vez. Se movía lateralmente.

De la cabeza salían dos apéndices frágiles y articulados, largos y cubiertos con temblorosos hilos dorados. Esos dos apéndices, como ojos, barrieron una vez la habitación y después parecieron concentrarse en mí.

Se curvaron en mi dirección como delicadas pinzas doradas, y cada uno de los innumerables hilos de oro de los apéndices se enderezaban y apuntaban hacia mí como una aguja estremecida.

No podía imaginar el carácter de la experiencia de la criatura, pero supe que estaba en el centro de su campo sensorial.

Alrededor del cuello colgaba un pequeño artefacto circular, un traductor de algún tipo, similar a los que yo ya había visto, pero más compacto.

Percibí una nueva serie de olores, secretados por el ser que estaba ante mí.

Casi al mismo tiempo, una voz reproducida mecánicamente comenzó a brotar del traductor.

Hablaba en goreano.

—Lo Sardar —dijo—. Soy un Rey Sacerdote.

—Yo soy Tarl Cabot, de Ko-ro-ba —contesté.

Un momento después que hablé, percibí otra serie de olores, que emanaban quizá del artefacto colgado alrededor del cuello.

Sus dos apéndices sensoriales parecieron registrar la información.

—Sígueme —dijo la voz reproducida mecánicamente, y la criatura se retiró. Me acerqué al portal, y vi que esa cosa avanzaba por el corredor con pasos largos y delicados.

Miré de nuevo a Vika, que me hizo un gesto. —No vayas —dijo.

La miré desdeñosamente y seguí a la criatura.

Era mejor que llorase, pensé, porque había fracasado y el castigo de los Reyes Sacerdotes no sería leve.

Si no hubiera tenido asuntos más urgentes que resolver, me hubiera ocupado personalmente de castigarla, y le hubiera enseñado sin compasión qué significaba el collar.

Pero aparté de mi mente esos pensamientos y continué por el corredor.

Odiaba a Vika.

Caminé detrás del Rey Sacerdote.

10. Misk, el Rey Sacerdote

Los Reyes Sacerdotes tienen un olor que apenas puede ser percibido por el olfato humano, aunque hay un olor individual que les permite identificarse entre sí.

Lo que había advertido en los corredores y que creía era el olor de los Reyes Sacerdotes, en realidad era el residuo de señales odoríferas que los Reyes Sacerdotes, como ciertos animales sociales de nuestro mundo, utilizan para comunicarse.

El olor levemente acre que yo había percibido es una propiedad común de todas esas señales, del mismo modo que hay una propiedad común en el sonido de una voz humana sin que importe si quien habla es inglés, africano, chino o goreano; un rasgo que la distingue del gruñido de los animales, el silbido de las serpientes o el canto de los pájaros.

Los Reyes Sacerdotes tienen ojos compuestos y multifacéticos, pero no usan mucho esos órganos. Para ellos son algo así como nuestros oídos y nuestra nariz, sensores secundarios que utilizan cuando la información más importante del ambiente no viene por la visión, o en el caso de los Reyes Sacerdotes, por el olor. Por eso, los dos apéndices articulados con vellos dorados, sobre los ojos redondos parecidos a discos, son los órganos sensoriales primarios. Entiendo que esos apéndices son sensibles no sólo a los olores sino que, a causa de una modificación de algunos de los vellos dorados, también pueden transformar las vibraciones sonoras en algo significativo para la experiencia del sujeto. Por lo tanto, si uno lo desea, puede hablarles no sólo a través del olor sino de la audición. Pero parece que la audición no es muy importante para ellos, en vista del pequeño número de vellos modificados con ese fin. La distinción de los dos tipos de experiencia no es muy clara para los propios Reyes Sacerdotes, o por lo menos eso deduje de las conversaciones sostenidas con ellos.

Por ejemplo: ¿un Rey Sacerdote tiene la misma experiencia cualitativa mía cuando ambos percibimos el mismo olor? Me inclino a dudarlo, pues su música, que consiste en rapsodias de olores producidos por instrumentos fabricados con ese fin, y a menudo ejecutados por Reyes Sacerdotes, es intolerable para mi oído, o quizás debiera decir con más propiedad para mi olfato.

La comunicación mediante señales odoríferas en ciertas circunstancias puede ser muy eficiente, y desventajosa en otras. Por ejemplo: el olor que llega a los apéndices sensoriales de un Rey Sacerdote puede proceder desde mucho más lejos que el grito o la llamada de un hombre a otro. Más aún, si no transcurre mucho

tiempo, un Rey Sacerdote puede dejar un mensaje en su cámara o en un corredor, y otro puede llegar después e interpretarlo. La desventaja de este modo de comunicación es que los extraños pueden entender el mensaje. Se debe tener cuidado cuando se habla en los túneles de los Reyes Sacerdotes, pues las palabras pueden perdurar después que uno se haya ido... por lo menos hasta que pase bastante tiempo y todo se convierta en un olor confuso y difícilmente identificable.

Si se prevén lapsos más prolongados, hay diferentes modos de registrar un mensaje. El más sencillo y uno de los más fascinantes es una cuerda de lienzo tratada químicamente. El Rey Sacerdote comienza por un extremo que tiene cierto olor, y satura la cuerda con los olores de su mensaje. Esta cuerda retiene mucho tiempo los olores, y cuando otro Rey Sacerdote quiere leer el mensaje, la desenrolla lentamente, explorándola con sus apéndices sensoriales articulados.

Supe que los fonemas del lenguaje de los Reyes Sacerdotes, o mejor dicho lo que en su lenguaje correspondería a nuestros fonemas, suman setenta y tres. Por supuesto, el número puede llegar a ser infinito, como sería el caso del número de fonemas posibles en cualquiera de los idiomas modernos, pero del mismo modo que nosotros tomamos un conjunto de sonidos que son la base de nuestro idioma, ellos aceptan un conjunto de olores como base de su propio lenguaje.

Los morfemas del lenguaje de los Reyes Sacerdotes, esos fragmentos muy pequeños de información inteligible, con raíces y afijos especiales, se asemejan a los morfemas de cualquier idioma, y son muy numerosos.

En su lenguaje, el morfema normal está formado por una secuencia de fonemas. Por ejemplo: en el idioma de los Reyes Sacerdotes, los setenta y tres “fonemas” u olores básicos se usan para formar las unidades significativas del lenguaje, y un solo morfema de los Reyes Sacerdotes puede consistir en un conjunto complejo de olores.

El idioma de los Reyes Sacerdotes parece bastante rico, pero algunas expresiones comunes en el nuestro no tienen su equivalente. Por ejemplo, por extraño que parezca, la palabra “amistad” y otras afines no pueden traducirse al idioma de estos seres. Sin embargo, suelen interpretarla con la expresión “confianza en los semejantes”, una idea que aparentemente representa el mismo papel en su pensamiento. Creo que la confianza y la amistad tienen que ver con la confianza y el afecto directo entre dos o más individuos; en cambio el concepto de “confianza en los semejantes” se relaciona más bien como un sentido comunitario, con la tendencia a apoyarse en las prácticas y las tradiciones de una institución.

Caminé largo rato por los corredores detrás del Rey Sacerdote.

A pesar de su tamaño, se movía con una elegancia delicada y predatoria. Quizás fuera muy liviano para su tamaño, o muy fuerte; o tal vez ambas cosas.

Se desplazaba sobre cuatro patas extremadamente largas y delgadas, cada una con cuatro articulaciones, y llevaba muy altos los apéndices o tentáculos más musculares, y también con cuatro articulaciones; estas últimas estaban casi al mismo nivel que la mandíbula situada frente al cuerpo. Cada uno de estos apéndices tentaculares terminaba en cuatro ganchos más pequeños y delicados, destinados a aprehender. Después me enteraría de que sobre el extremo de las patas delanteras, de donde partían los apéndices más pequeños, había una estructura curva y afilada, parecida a un cuerno, que podía lanzarse hacia adelante; este movimiento sobreviene espontáneamente cuando se invierte el extremo de la pata, un movimiento que al mismo tiempo que desnuda el filo parecido a un cuerno, retrae los cuatro apéndices prensiles hacia la zona protegida.

El Rey Sacerdote se detuvo frente a lo que aparentaba ser una pared impenetrable.

Alzó una pata delantera y tocó algo que estaba a gran altura en la pared, y que yo no podía ver.

Se deslizó un panel y el Rey Sacerdote entró en lo que parecía ser un cuarto cerrado.

Lo seguí, y el panel se cerró.

El suelo pareció descender bajo mis pies; mi mano empuñó la espada. El Rey Sacerdote me miró, y las antenas se estremecieron, en un gesto de curiosidad.

Estaba en un ascensor.

Después de cuatro o cinco minutos, el ascensor se detuvo y descendimos.

—Estos son los túneles de los Reyes Sacerdotes —dijo.

Miré alrededor, y me encontré en una plataforma elevada que dominaba un amplio cañón circular artificial, salpicado de puentes y terrazas. En las profundidades del cañón y sobre las terrazas que se elevaban a los costados había innumerables estructuras; la mayoría con la forma de sólidos geométricos: conos, cilindros, altos cubos, cúpulas, esferas y objetos por el estilo de diferentes tamaños, colores e iluminación, muchos con ventanas y con varios pisos. Algunos se elevaban hasta el nivel de la plataforma en que me encontraba, y otros llegaban aún más alto, alcanzando los lugares más elevados de la vasta cúpula que cubría el cañón como un cielo de piedra.

Permanecí de pie en la plataforma, las manos aferradas a una baranda, abrumado por lo que veía.

La luz de los bulbos de energía insertos en los muros y en la cúpula, como estrellas, iluminaba todo el cañón con luz brillante.

—Esto —dijo el Rey Sacerdote, moviendo las antenas— es el vestíbulo de nuestro dominio.

Desde la plataforma podía ver numerosos túneles en muchos niveles, que partían del cañón quizá para comunicar con otras cavidades monstruosas, atestadas de estructuras.

Me pregunté cuál sería la función de las estructuras. Quizás fueran cuarteles, fábricas y depósitos.

—Observa los bulbos de energía —dijo el Rey Sacerdote—. Están destinados a beneficiar a especies como la tuya. Los Reyes Sacerdotes no los necesitan.

—Entonces, aquí viven otras criaturas, además de los Reyes Sacerdotes —comenté.

—Por supuesto —replicó.

En ese momento, vi horrorizado un gran artrópodo, de unos tres metros de largo y un metro de alto, con muchas patas y el cuerpo formado por varios segmentos, los ojos oscilando sobre pedúnculos.

—Es inofensivo —dijo el Rey Sacerdote.

El artrópodo se detuvo, los ojos viraron hacia nosotros, y después las pinzas golpearon dos veces.

Eché mano a la espada.

Sin volverse, la criatura retrocedió, y las placas del cuerpo emitieron un ruido semejante al de una armadura de plástico.

—Mira lo que has hecho —dijo el Rey Sacerdote—. Le has asustado.

Solté el pomo de la espada, y me enjugué el sudor de la frente.

—Son criaturas tímidas —afirmó el Rey Sacerdote—, y me temo que nunca han podido acostumbrarse a ver individuos como tú.

Las antenas del Rey Sacerdote se estremecieron un poco mientras me miraba.

—Su especie es horriblemente fea —dije.

Me reí, no tanto por lo absurdo de lo que decía, sino porque imaginaba que desde el punto de vista de un Rey Sacerdote sus palabras eran sinceras.

—Es interesante —dijo el Rey Sacerdote—. Lo que acabas de decir no tiene traducción.

—Fue una risa —afirmé.

—¿Qué es una risa? —preguntó el Rey Sacerdote.

—Es algo que muestran los hombres cuando se divierten —afirmé.

La criatura pareció desconcertada.

Me dije que quizá los hombres no reían mucho en los túneles de los Reyes Sacerdotes, y por eso no estaba acostumbrado a esa práctica humana. O tal vez un Rey Sacerdote, sencillamente, no podía comprender el concepto de diversión.

De todos modos pensé que los Reyes Sacerdotes eran inteligentes, y me pareció difícil creer que pudiese existir una raza inteligente sin humor.

—Creo que entiendo —dijo—. ¿Se parece a lo que hacemos cuando nos agitamos y enroscamos las antenas?

—Quizá —dije, tal vez más desconcertado que el Rey Sacerdote.

—Qué estúpido soy —contestó.

Y entonces, con gran asombro de mi parte, se apoyó en los apéndices posteriores, y comenzó a estremecerse, comenzando por el abdomen, prosiguiendo hacia arriba, por el tronco, el tórax y la cabeza, y por último, sus antenas comenzaron a temblar y a enroscarse.

Un momento después, el Rey Sacerdote dejó de moverse y desenroscó las antenas, creo que de mala gana, y de nuevo permaneció inmóvil, sostenido por los apéndices posteriores y me miró.

De pronto, dirigió hacia mí sus antenas.

—Gracias —dijo— por no atacarme en el ascensor.

Me quedé atónito.

—No hay nada que agradecer —contesté.

—No pensé que sería necesaria la anestesia.

—Habría sido tonto atacarte.

—Sí, irracional —convino el Rey Sacerdote—, pero las especies a menudo son irracionales.

—Ahora —agregó—, quizá todavía pueda esperar el momento de gozar de los placeres del Escarabajo de Oro.

No hice ningún comentario.

—Sarm creyó que la anestesia sería necesaria —dijo.

—¿Sarm es un Rey Sacerdote? —pregunté.

—Sí —replicó.

—En tal caso, un Rey Sacerdote puede equivocarse —dije. El asunto me pareció importante, mucho más que el mero hecho de que un Rey Sacerdote pudiese no entender una risa humana.

—Por supuesto.

—¿Pude haberte matado? —pregunté.

—Quizás —respondió.

Contemplé la maravillosa complejidad de estructuras que se desplegaban ante mí.

—Pero no habría importado —dijo el Rey Sacerdote.

—¿No? —pregunté.

—No —dijo—. Sólo importa el Nido.

Mis ojos no se apartaban del dominio que se extendía ante mí. Calculaba su diámetro en unos diez pasangs.

—¿Este es el Nido? —pregunté.

—Es el comienzo del Nido —dijo el Rey Sacerdote.
—¿Cómo te llamas?
—Misk —contestó.

11. Sarm, el Rey Sacerdote

Me aparté de la baranda para observar la gran rampa que se extendía varios pasangs, formando una espiral que se acercaba a la plataforma sobre la cual estábamos.

Otro Rey Sacerdote, montado en un disco bajo y ovalado, que pareció deslizarse sobre la rampa, estaba acercándose.

El nuevo Rey Sacerdote se parecía mucho a Misk, salvo que era mucho más grande. Me pregunté si los hombres de mi especie tendrían dificultades para distinguir a los Reyes Sacerdotes. Después aprendería a hacerlo fácilmente, pero al principio a menudo me sentía confundido. Los Reyes Sacerdotes se distinguen entre ellos por el olor, pero yo dependía de la visión, naturalmente.

El disco ovalado llegó a unos quince metros de donde estábamos, y la criatura dorada que venía allí pasó delicadamente a la rampa.

Se acercó a mí, y sus antenas me examinaron cuidadosamente. Después retrocedió unos seis o siete metros.

Pensé que era muy parecido a Misk, salvo en el tamaño, y a semejanza de éste, no tenía ropas ni portaba armas, y su único adorno era un traductor que colgaba del cuello.

Después sabría que con el olor manifestaba su rango, su casta y su situación, con la misma claridad con que un oficial del ejército en la Tierra exhibía sus charreteras y sus insignias de metal.

—¿Por qué no se le anestesió? —preguntó la nueva criatura, dirigiendo sus antenas hacia Misk.

—No lo creí necesario —dijo Misk.

—Mi recomendación fue que le anestesiaran —insistió el recién llegado.

—Lo sé —afirmó Misk.

—Eso quedará registrado —dijo el recién llegado.

Me pareció que Misk se encogía de hombros.

—El Nido no ha corrido peligro —dijo el traductor de Misk.

Entonces, las antenas del recién llegado temblaron, a causa de la cólera.

Movió una perilla de su propio traductor, y un momento después el aire se llenó con unos olores acres, lo que interpreté como una reprimenda.

No oí nada, pues la criatura había desconectado el traductor.

Cuando Misk replicó, a su vez también desconectó su traductor.

Contemplé las antenas y la postura y la actitud general de los cuerpos largos y elegantes.

Avanzaban y retrocedían, y algunos movimientos eran como los de un látigo. A veces, sin duda como signo de irritación, invertían los

extremos de las patas delanteras, y entonces pude ver por primera vez las estructuras afiladas, en forma de cuerno, que hasta ahora habían permanecido ocultas.

Poco a poco aprendería a interpretar los sentimientos y los estados de ánimo de los Reyes Sacerdotes. Muchos signos eran menos evidentes que los que se manifestaban por impulso de la cólera. Por ejemplo: la impaciencia se indica a menudo con un temblor de los vellos táctiles de los tentáculos, como si la criatura no pudiese contenerse; la distracción puede manifestarse con el movimiento inconsciente de los ganchos prensiles que están detrás de la tercera articulación de las patas delanteras, órganos que habitualmente usan con fines de limpieza.

Digamos de paso, que los Reyes Sacerdotes consideran al humano como a un animal especialmente sucio, y en los túneles suelen confinarlo en áreas bien delimitadas, para evitar la contaminación. Por lo demás, que estos signos pueden ser muy sutiles lo muestra el hecho de que cuando un Rey Sacerdote está bien dispuesto hacia otra criatura de su especie o, para el caso, de cualquier especie, también mueve su aparato de limpieza. En este caso, el movimiento indica que el Rey Sacerdote está dispuesto a poner sus ganchos de limpieza a disposición de su interlocutor, que está dispuesto a higienizarlo. El hambre, en cambio, se expresa mediante un exudado ácido que se forma en los bordes de las mandíbulas, y que les confiere cierto grado de humedad; es interesante observar que la sed se indica con cierta rigidez de los apéndices, evidente en los movimientos, y con una coloración pardusca que parece teñir el oro del tórax y el abdomen. Por supuesto, los indicadores más sensibles del ánimo y la tensión son los movimientos y la actitud de las antenas.

Sí el traductor está encendido suministra únicamente la traducción de lo que se ha dicho, y a menos que el volumen de control sea manipulado durante el mensaje, las palabras se pronuncian siempre en el mismo nivel de sonido. El traductor puede decirnos, a través de las ideas expresadas, que quien habla está enojado, pero no nos demuestra en el tono dicho enojo.

Después de un minuto o dos, los Reyes Sacerdotes dejaron de moverse en círculo, uno alrededor del otro, y se volvieron para mirarme. Casi al mismo tiempo los dos conectaron los traductores.

—Tú eres Tarl Cabot, de la ciudad de Ko-ro-ba —dijo el más grande.

—Sí —contesté.

—Yo soy Sarm —dijo—, amado por la Madre, y Primogénito.

—¿Eres el jefe de los Reyes Sacerdotes? —pregunté.

—Sí —dijo Sarm.

—No —dijo Misk.

Las antenas de Sarm viraron en dirección a Misk.

—La más grande del Nido es la Madre —dijo Misk.

Las antenas de Sarm se aflojaron. —Cierto —dijo Sarm.

—Tengo mucho que hablar con los Reyes Sacerdotes —afirmé—. Si el ser al que ustedes llaman la Madre ocupa el lugar principal, deseo verla.

Sarm descansó sobre los apéndices posteriores. Sus antenas se tocaron en un movimiento muy suave.

—Nadie puede ver a la Madre... salvo los servidores de su casta y los Altos Reyes Sacerdotes —afirmó Sarm—, el Primero, el Segundo, el Tercero, el Cuarto y el Quintogénito.

—Excepto en las tres grandes festividades —intervino Misk.

Las antenas de Sarm se movieron irritadas.

—¿Cuáles son las tres grandes festividades? —pregunté.

—El Ciclo de la Fiesta del Nido —afirmó Misk—: Tola, Tolam y Tolama.

—¿Qué son esas fiestas?

—El Aniversario del Vuelo Nupcial —explicó Misk, la Fiesta de la Deposición del Huevo y la Celebración de la Apertura del Primer Huevo.

—¿Están próximas esas fiestas? —pregunté.

—Sí —respondió Misk.

—Pero —intervino Sarm— incluso durante esas fiestas ningún miembro de las órdenes inferiores puede ver a la Madre... sólo los Reyes Sacerdotes.

—Cierto —convino Misk.

La cólera me dominó.

Sarm pareció no advertir el cambio, pero las antenas de Misk se irguieron inmediatamente. Quizá había tenido alguna experiencia con la cólera humana.

—No pienses mal de nosotros, Tarl Cabot —dijo Misk—, pues durante la fiesta los miembros de las órdenes inferiores que trabajan para nosotros, incluso los que trabajan en las llanuras o los criaderos de hongos, pueden descansar de sus labores.

—Los Reyes Sacerdotes son generosos —opiné.

—¿Los hombres que viven al pie de las montañas hacen lo mismo por sus animales? —preguntó Misk.

—No —repliqué—. Pero los hombres no son animales.

—¿Los hombres son Reyes Sacerdotes? —preguntó Sarm.

—No.

—Entonces, son animales.

Extraje la espada y encaré a Sarm. El movimiento fue muy rápido, y sin duda le sobresaltó.

De todos modos, Sarm retrocedió con una rapidez casi increíble.

Ahora estaba a unos quince metros de distancia.

—Si no puedo hablar con la que llaman la Madre —dije—, quizás pueda hablar contigo.

Avancé un paso hacía Sarm.

Sarm retrocedió irritado, y sus antenas vibraron intensamente.

Observé que había invertido los extremos de sus patas delanteras revelando los dos filos curvos en forma de cuerno.

Nos miramos atentamente.

Oí detrás de mí la voz mecánica del traductor de Misk:

—Pero ella es la Madre —dijo—, y todos los habitantes del Nido somos sus hijos.

Sarm comprendió que no me proponía continuar avanzando, y su agitación se calmó, aunque sin abandonar su actitud general de alerta.

Entonces vi por primera vez cómo respiraban los Reyes Sacerdotes, probablemente porque los movimientos respiratorios de Sarm ahora eran más acentuados. Hay contracciones musculares del abdomen, y así entra aire en el sistema por cuatro pequeños orificios dispuestos a cada lado del abdomen; los mismos orificios sirven como vías de salida.

En general, a menos que uno esté muy cerca y escuche con atención, no puede oírse el ciclo respiratorio; pero en este caso yo lo oía muy claramente desde una distancia de varios metros, a causa de la rápida absorción de aire por las ocho minúsculas bocas tubulares del abdomen de Sarm.

Poco después, las contracciones musculares del abdomen de Sarm se atenuaron, y ya no pude oír su ciclo respiratorio. Los extremos de sus patas delanteras ya no estaban invertidos, y las estructuras afiladas también habían desaparecido. Las antenas de Sarm se calmaron. Me miró sin moverse.

Nunca lograría adaptarme del todo a la increíble inmovilidad que puede mantener un Rey Sacerdote.

De pronto las antenas de Sarm apuntaron a Misk. —Debiste anestesiarlo —dijo.

—Quizá —admitió Misk.

No sé por qué, la respuesta me dolió. Sentí que había traicionado la confianza que Misk depositaba en mí, que me había comportado como una criatura no del todo racional, es decir como Sarm había esperado que hiciera.

—Lo siento —le dije a Sarm, y volví a envainar la espada.

—Ya lo ves —dijo Misk.

—Es peligroso —insistió Sarm.

Me eché a reír.

—¿Qué significa eso? —preguntó Sarm, alzando las antenas.

—Es lo mismo que agitarse y enroscar las antenas —dijo.

Cuando recibió la información, Sarm no se agitó ni enroscó las antenas; más bien puede decirse que éstas se agitaron irritadas.

—Sube al disco, Tarl Cabot de Ko-ro-ba —dijo Misk—. Con una pata delantera señaló el disco chato y ovalado que había traído a Sarm.

—Tiene miedo —dijo Sarm.

—Tiene mucho por qué temer —observó Misk.

—No tengo miedo —dije.

—En tal caso, sube al disco —insistió Misk.

Así lo hice, y los dos Reyes Sacerdotes se reunieron conmigo, de tal modo que había uno a cada lado, a cierta distancia detrás de mí. Apenas habían descargado su peso sobre el disco cuando éste comenzó a acelerar suavemente, descendiendo la larga rampa que conducía al fondo del cañón.

El disco se desplazaba a gran velocidad, y con cierta dificultad conseguía mantenerme de pie. Me fastidió bastante ver cómo los Reyes Sacerdotes parecían inmóviles, inclinados contra el viento, las patas delanteras en alto, las antenas echadas hacia atrás.

12. Dos muls

El disco ovalado aminoró la velocidad y se detuvo sobre un círculo de mármol que tendría un ancho aproximado de medio pasang, y que estaba en el fondo del amplío e iluminado cañón artificial.

Me encontré en una especie de plaza, rodeado por la arquitectura fantástica del Nido de los Reyes Sacerdotes. La plaza estaba ocupada, no sólo por los Reyes Sacerdotes, sino aún más por distintas criaturas de diferentes formas y naturaleza. Entre ellas había hombres y mujeres, descalzos y con las cabezas afeitadas, ataviados con una túnica corta de color púrpura que reflejaba las diferentes luces de la plaza, como si estuviese fabricada con un plástico brillante.

Me hice a un lado cuando una criatura chata, parecida a un gusano, aferrada por varias patas a un pequeño disco de transporte, pasó a gran velocidad.

—Debemos darnos prisa —dijo Sarm.

—Veo a seres humanos —dije a Misk—. ¿Son esclavos?

—Sí —respondió Misk.

—No llevan collar.

—En el Nido no es necesario distinguir a los esclavos de los libres —explicó Misk—, porque en el Nido todos los humanos son esclavos.

—¿Por qué están afeitados y vestidos así? —pregunté.

—Es más higiénico —dijo Misk.

—Salgamos de la plaza —insistió Sarm.

Después sabría que su agitación respondía principalmente al temor de contaminarse con la suciedad de ese lugar público. Allí había seres humanos.

—¿Por qué los esclavos visten de púrpura? —pregunté a Misk—. Es el color de las vestiduras de un Ubar.

—Porque es un gran honor ser esclavo de los Reyes Sacerdotes —contestó.

—¿Ustedes se proponen —pregunté— que yo me afeite y vista del mismo modo?

Llevé la mano al puño de la espada.

—Quizás no —observó Sarm—. Tal vez decidamos destruirte inmediatamente. Debo verificar las cuerdas olorosas.

—No será destruido inmediatamente —intervino Misk—, ni se le afeitará y vestirá como esclavo.

—¿Por qué no? —preguntó Sarm.

—Es el deseo de la Madre —informó Misk.

—¿Qué tiene que ver ella con esto? —preguntó Sarm.

—Mucho —dijo Misk.

Sarm pareció desconcertado. —¿Lo trajeron a los túneles con cierto fin?

—Vine por propia voluntad —dije.

—No seas absurdo —me dijo Misk.

—¿Con qué propósito le trajeron a los túneles? —preguntó Sarm.

—El propósito lo conoce la Madre.

—Yo soy el Primogénito —dijo Sarm.

—Ella es la Madre.

—Muy bien —admitió Sarm, y se apartó.

Percibí que no se sentía muy complacido.

En ese momento una joven humana se acercó, y con los ojos muy abiertos describió un círculo alrededor, sin apartar la mirada de mi persona. Aunque tenía la cabeza afeitada era bonita, y la breve túnica de plástico que usaba no ocultaba sus encantos.

Me pareció que Sarm se estremecía de repulsión.

—Deprisa —dijo—, y lo seguimos mientras atravesaba la plaza rápidamente.

—Tu espada —dijo Misk, y extendió hacia mí una de sus patas delanteras.

—Jamás —dije—, y retrocedí.

—Por favor —insistió Misk.

De mala gana, me desprendí el cinturón con la espada y entregué el arma a Misk.

Sarm pareció satisfecho con mi actitud. Se volvió hacia las paredes que estaban detrás y que estaban cubiertas por miles de pequeñas perfilas iluminadas. Tiró de varias, y me pareció que estaban unidas a finas cuerdas, las que él pasó entre sus antenas. Consagró quizá un ahn a esta actividad, y después, exasperado, se volvió para mirarme.

Yo me paseaba de un extremo al otro de la larga habitación, nervioso porque no sentía la espada de acero sobre mi muslo.

—Las cuerdas olorosas guardan silencio —dijo Sarm.

—Por supuesto —observó Misk.

—¿Qué se hará con esta criatura? —preguntó Sarm.

—Por el momento —explicó Misk—, la Madre desea que se le permita vivir como un matok.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Hablas mucho para ser miembro de las órdenes inferiores —dijo Sarm.

—¿Qué es un matok? —pregunté.

—Una criatura que está en el Nido pero no pertenece a él —dijo Misk.

—¿Como el artrópodo?

—Exactamente.

—Si se hiciera mi voluntad —afirmó Sarm—, le enviarían al Vivero o a las cámaras de disección.

—Pero no es el deseo de la Madre —insistió Misk—. Por lo tanto, no es el deseo del Nido.

Finalmente, Sarm se volvió para mirarme. —De todos modos —aclaró—, hablaré de todo esto con la Madre.

—Por supuesto —dijo Misk.

Sarm me miró. Creo que no me había perdonado por el susto que le había dado en la plataforma, cerca del ascensor.

—Es peligroso. Hay que destruirlo.

—Tal vez —repitió Misk.

Sarm se apartó de mí, y con el apéndice izquierdo oprimió un botón escondido en el tablero frente al cual estaba.

Apenas lo tocó, se deslizó un panel y dos hombres muy apuestos, de formas absolutamente simétricas, con las cabezas afeitadas y vestidos con la túnica púrpura de los esclavos, entraron en la habitación y se postraron ante el estrado.

A una señal de Sarm, se incorporaron bruscamente y se dispusieron a los lados del estrado, las piernas abiertas, las cabezas levantadas, los brazos cruzados.

—Mira a esos dos —dijo Sarm.

Aparentemente, ninguno de los dos hombres que había entrado en el cuarto me había visto.

Ahora me acerqué a ellos.

—Yo soy Tarl Cabot, de Ko-ro-ba —les dije.

Les ofrecí mi mano.

Si la vieron, no hicieron el más mínimo esfuerzo para aceptarla.

Imaginé que debían ser gemelos idénticos. Tenían la cabeza bien formada, y el cuerpo fuerte y ancho así como una apostura que sugería serenidad y fuerza.

Ambos eran un poco más bajos que yo, pero quizás un poco más anchos.

—Podéis hablar —dijo Sarm.

—Yo soy Mul-Al-Ka —dijo uno—, digno esclavo de los gloriosos Reyes Sacerdotes.

—Yo soy Mul-Ba-Ta —dijo el otro—, digno esclavo de los Reyes Sacerdotes.

—En el Nido —explicó Misk—, la expresión “mul” se usa para designar a un esclavo humano.

Asentí. No necesitaba que me explicaran el resto. Las expresiones “Al-Ka” y “Ba-Ta” son las dos primeras letras del alfabeto goreano. De hecho, esos hombres no tenían nombre. Eran simplemente el esclavo A y el esclavo B.

—Entiendo —dije— que tienen más de veintiocho esclavos

humanos. El alfabeto goreano tiene veintiocho caracteres.

Mi intención había sido herirlos con la observación, pero Sarm no se ofendió.

—Los restantes están numerados —dijo—. Cuando uno muere o lo destruimos, asignamos a otro su número.

—Alguno de los números bajos —afirmó Misk— fueron asignados millares de veces.

—¿Por qué estos esclavos no tienen número? —pregunté.

—Son especiales —dijo Misk.

Los examiné atentamente. Parecían ejemplares espléndidos de la humanidad. Quizá Misk había querido decir que eran representantes excelentes del tipo humano.

—¿Eres capaz de adivinar —preguntó Sarm— cuál fue sintetizado?

Casi me sobresaltó.

Las antenas de Sarm mostraron su regocijo.

—Sí —aclaró Sarm—. Uno fue sintetizado, a partir de la síntesis de las moléculas de proteína, y fue formado molécula por molécula. Es un ser humano artificial. No tiene mucho interés científico, pero sí un valor considerable como curiosidad. Lo fabricó durante un período de más de dos siglos nada menos que Kusk, el Rey Sacerdote, como distracción en sus horas de ocio, mientras descansaba de los trabajos más serios de investigación biológica.

Me estremecí.

—¿Y el otro? —pregunté.

—Tampoco él —dijo Sarm— carece de interés, y es otro fruto de los caprichos profesionales de Kusk, uno de los seres más grandes de nuestro Nido.

—¿También está sintetizado? —pregunté.

—No —explicó Sarm—, es el producto de la manipulación genética, el control artificial y la modificación de los elementos hereditarios de los gametos.

—Uno de los aspectos más interesantes del asunto —dijo Sarm— es la unión. Es la prueba de fuego de la habilidad del manipulador.

—Kusk —afirmó Misk— es uno de los seres más grandes del Nido.

—¿Cuál de estos esclavos —pregunté— fue sintetizado?

—¿No lo adivinas? —preguntó Sarm.

—No.

Las antenas de Sarm se estremecieron y se enroscaron. El cuerpo se le agitó, con los signos que, según sabía ahora, eran resultados de la diversión.

—No te lo diré —afirmó.

—Está haciéndose tarde —dijo Misk—, y es necesario procesar al matok si queremos que continúe en el Nido.

Me pregunté qué querría decir Misk con la palabra “procesar”, pero la actitud de Sarm me irritó, y lo mismo puedo decir de los dos individuos tan graves y apuestos, que se habían alineado delante del estrado.

—¿Por qué dice eso? —pregunté a Sarm.

—¿No es evidente? —contestó.

—No —dije.

—Están formados simétricamente —dijo Sarm—. Más aún, son inteligentes, fuertes, y gozan de buena salud. Y además viven de hongos y agua, y se lavan doce veces por día.

Me eché a reír. —¡Por los Reyes Sacerdotes! —rugí. Pero ninguna de las dos criaturas pareció conmovida por mi juramento, que habría arrancado lágrimas a los ojos de un miembro de la Casta de los Iniciados.

—¿Por qué enroscas tus antenas? —preguntó Sarm.

—¿Te parecen perfectos estos seres humanos? —pregunté, señalando a los dos esclavos.

—Por supuesto —afirmó Sarm.

—Por supuesto —dijo Misk.

—¡Perfectos esclavos! —afirmé.

—Naturalmente, el ser humano más perfecto es el esclavo más perfecto —argumentó Sarm.

—El ser humano más perfecto —dije— es libre.

Los dos esclavos me miraron asombrados.

—No desean ser libres —observó Misk. Se dirigió a los esclavos. —Muls, ¿cuál es la alegría más grande que habéis sentido? —preguntó.

—Ser esclavos de los Reyes Sacerdotes —dijeron.

—¿Ves? —preguntó Misk.

—Sí —dije—, ahora veo que no son hombres.

Las antenas de Sarm se movieron irritadas.

—¿Por qué —los desafié— no invitan a ese Kusk a sintetizar a un Rey Sacerdote?

Sarm pareció estremecerse de cólera. Pero Misk no se movió.

—Sería inmoral —dijo.

Sarm se volvió hacia Misk. —¿La Madre objetaría si quebrase los brazos y las piernas del matok?

—Sí —dijo Misk.

—¿La Madre objetaría si dañase sus órganos? —preguntó Sarm.

—Sin duda —respondió Misk.

—Pero es necesario castigarlo.

—Sí —convino Misk—, sin duda, habrá que disciplinarlo.

—Muy bien —dijo Sarm, y dirigió sus antenas hacía los dos esclavos de cabeza afeitada. —Castigad al matok —ordenó Sarm—,

pero no le rompáis los huesos ni le hiráis los órganos.

Apenas pronunció esas palabras, los dos esclavos se arrojaron sobre mí para aferrarme.

Al instante salté hacia ellos, tomándolos por sorpresa y sumando mi impulso al que ellos ya traían. Con el brazo izquierdo aparté a uno y descargué el puño sobre el rostro del segundo. Se le dobló la cabeza y cayó de rodillas. Antes de que el primero pudiese recuperar el equilibrio, había saltado sobre él y aferrándolo lo alcé sobre la cabeza y le arrojé de espaldas al suelo de piedra de la espaciosa cámara. Si hubiese sido un combate a muerte, en ese mismo instante lo hubiese acabado saltando sobre él, hundiéndole los talones en el estómago para desgarrarle el diafragma. Pero no deseaba matarlo, y en realidad tampoco herirlo gravemente. Consiguió rodar sobre el estómago. Entonces habría podido romperle el cuello con el talón. Pensé que esos esclavos no estaban bien adiestrados para administrar disciplina. Aparentemente no sabían luchar. Ahora, el hombre estaba de rodillas, jadeante, sosteniéndose con la palma de la mano derecha apoyada en el suelo. Si era diestro, eso parecía absurdo; además no hacía nada para proteger su cuello.

Miré a Sarm y a Misk, que observaban con su calma habitual.

—No los lastimes más —dijo Misk.

—No lo haré.

—Quizá el matok esté en lo cierto —dijo Misk a Sarm—. Tal vez no son seres humanos perfectos.

—Tal vez —reconoció Sarm.

Entonces, el esclavo que había conservado la conciencia alzó una mano hacia los Reyes Sacerdotes. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Por favor —rogó—, vayamos a las cámaras de disección.

Yo escuchaba atónito.

El otro esclavo había recuperado el conocimiento, y de rodillas se unió a su compañero. —Por favor —exclamó—, vayamos a las cámaras de disección.

—Creen que han fallado a los Reyes Sacerdotes, y desean morir.

Sarm miró a los dos esclavos. —Soy bondadoso —dijo—, y se aproxima la Fiesta de Tola. Alzó la pata delantera con un movimiento suave y tolerante, casi como si impartiera una bendición. Podéis ir a las cámaras de disección.

Sorprendido, vi que la gratitud transfiguraba los rostros de los dos esclavos, y que ayudándose se disponían a salir de la habitación.

—¡Alto! —grité.

Los dos esclavos se detuvieron y me miraron.

—No pueden enviarlos a la muerte —dije a Sarm y a Misk.

Sarm pareció desconcertado. Las antenas de Misk se movieron inquietas.

Busqué una objeción plausible. —No dudo que Kusk se sentiría desagradado si destruyeran a sus criaturas —dije.

—El matok está en lo cierto —dijo Misk.

—Es verdad —dijo Sarm.

Sarm se volvió hacia los dos esclavos. —No podéis ir a las cámaras de disección —afirmó.

Ahora, los dos esclavos inclinaron la cabeza, en actitud de obediencia, y cruzaron los brazos. Ninguno mostró gratitud por haberse salvado, ni demostró resentimiento porque yo había impedido la ejecución.

—Debes entender, Tarl Cabot de Ko-ro-ba —dijo Misk, que aparentemente había percibido mi desconcierto—, que la mayor alegría de los muls es amar y servir a los Reyes Sacerdotes. Si un Rey Sacerdote desea que mueran, ellos mueren alegremente; si el Rey Sacerdote desea que vivan, eso los complace igualmente.

Advertí que ninguno de los dos esclavos parecía especialmente complacido.

—Mira —continuó Misk—, estos muls han sido creados para amar y servir a los Reyes Sacerdotes.

—Los crearon así —dije.

—Exactamente —confirmó Misk.

—Y sin embargo, ustedes dicen que son humanos.

—Por supuesto —intervino Sarm.

Y entonces, con gran sorpresa por mi parte, uno de los esclavos me miró y dijo:

—Somos humanos.

Me aproximé y le extendí mi mano. —Espero no haberte lastimado —dije.

Aceptó mi mano y la retuvo torpemente, porque en realidad no sabía cómo estrecharla.

—Yo también soy humano —dijo el otro, mirándome en los ojos.

Extendió la mano con el dorso hacia arriba. La tomé, lo obligué a girarla y la estreché.

—Tengo sentimientos —dijo el primer hombre.

—Yo también los tengo —dijo el segundo.

—Todos los tenemos —observé.

—Por supuesto —dijo el primer hombre——, porque somos humanos.

Los miré muy atentamente. —¿Cuál de ustedes —pregunté— ha sido sintetizado?

—No lo sabemos —dijo el primero.

—No —confirmó el segundo—. Nunca nos dijeron eso.

Los dos Reyes Sacerdotes habían contemplado interesados ese breve diálogo, pero ahora la voz de Sarm brotó por el traductor:

—Está haciéndose tarde —dijo—, que procesen al matok.

—Sígueme —dijo el primer hombre y se volvió; yo fui tras él, y el segundo hombre me siguió.

13. El gusano del lodo

Caminé detrás de Mul-Al-Ka y Mul-Ba-Ta; atravesamos varias habitaciones y descendimos por un largo corredor.

—Este es el Salón de Procesamiento —dijo uno de ellos.

Pasamos frente a varios portales de acero altos, y en cada uno de ellos, a unos siete metros de altura, al nivel de las antenas de un Rey Sacerdote, había ciertos puntos, que según supe después eran puntos olorosos.

Uno podría suponer que un Rey Sacerdote rodeado por puntos olorosos se vería sometido a una cacofonía de estímulos, como podría ser el caso si nosotros nos viésemos rodeados por docenas de radios y televisores a todo volumen; pero parece que no ocurre así. La mejor analogía sería la de la experiencia que realizamos cuando atravesamos una ciudad o una calle tranquila rodeados por signos impresos, a los cuales no prestamos excesiva atención.

—Probablemente no le interesará mucho el procesamiento —dijo uno de mis guías.

—Pero le hará bien —agregó el otro.

—¿Por qué tienen que procesarme? —pregunté.

—Para proteger al Nido de la contaminación —dijo el primero.

Con el tiempo los olores se disipan, pero los productos sintéticos especialmente preparados de los Reyes Sacerdotes pueden durar miles de años, y a la larga seguramente sobreviven a la letra impresa de los libros humanos, al celuloide de nuestros filmes que se desintegra, y quizás, incluso, a las piedras talladas que sufren la acción del tiempo y que son los testigos de las glorias incomparables de nuestros reyes, conquistadores y potentados.

Digamos, de paso, que los puntos olorosos están distribuidos en hileras que forman un cuadrado geométrico, y se leen a partir de la hilera más alta, de izquierda a derecha, y después de derecha a izquierda, más tarde de izquierda a derecha y así sucesivamente.

Puedo señalar que el goreano es bastante parecido, y aunque lo hablo fluidamente tengo dificultades para escribirlo, sobre todo a causa de las líneas que deben escribirse en sentido retrógrado. Torm, mi amigo de la Casta de los Escribas, nunca me perdonó ese defecto, y es indudable que incluso hoy, si aún vive, me considera en parte analfabeto.

El silabario de los Reyes Sacerdotes, que no debe confundirse con el conjunto de setenta y tres “fonemas”, consiste en una suma de cuatrocientos once caracteres, a mi juicio engorroso, cada uno de los cuales representa un fonema o una combinación de fonemas. Ciertas yuxtaposiciones de estos fonemas y combinaciones, por supuesto,

forman palabras. Con respecto al silabario bastante complejo, pensé al principio que nunca se había simplificado porque los Reyes Sacerdotes, con su inteligencia, podían absorber los cuatrocientos once caracteres del silabario más rápidamente que un niño humano su alfabeto de menos de treinta letras; por eso, para ellos la diferencia entre más de cuatrocientos once signos y menos de treinta debía ser despreciable.

Estas conjeturas que me formulaba no eran infundadas, pero había otras razones más hondas.

En primer lugar, en ese momento desconocía cómo aprendían los Reyes Sacerdotes. No lo hacen como lo hacemos nosotros. En segundo lugar, en muchos asuntos tienden a la complejidad, porque la consideran más elegante que la sencillez. En consecuencia, nunca se sintieron tentados de simplificar la realidad física, los procesos biológicos o el funcionamiento de la mente. Conciben la naturaleza como una serie de procesos continuos interrelacionados, y no como tiende a hacerlo un organismo orientado hacia la visión, es decir, como una red de objetos discretos que de un modo más o menos misterioso se relacionan entre sí. Digamos de pasada que su matemática básica comienza con los números ordinales y no con los cardinales, y la matemática de los números cardinales es a sus ojos un caso límite, impuesto a elementos ordinales intuitivamente más aceptables. Creo que lo más importante es que el silabario de los Reyes Sacerdotes continúa siendo complejo, y que nunca se realizaron experimentos con grafemas no olorosos, porque salvo ciertos agregados lexicográficos, desean mantener su lenguaje tal como era en la antigüedad. A pesar de su inteligencia, el Rey Sacerdote tiende a gustar de las formas establecidas, por lo menos en asuntos culturales esenciales como las costumbres y el lenguaje del Nido, y adhiere a todo esto, no por necesidad genética, sino más bien por cierta referencia basada genéticamente, sin duda, acerca de lo que es cómodo y conocido. Un poco como los hombres, el Rey Sacerdote puede cambiar sus costumbres, pero rara vez le agrada hacerlo.

Cierta vez pregunté a Misk por qué el silabario de los Reyes Sacerdotes no se simplificaba, y contestó:

—Si lo hiciéramos, tendríamos que renunciar a ciertos signos, y no podemos soportar esa perspectiva porque todos son muy bellos.

Bajo los puntos olorosos de cada portal frente a los cuales pasábamos Mul-Al-Ka, Mul-Ba-Ta y yo había, quizás para beneficio de los seres humanos o de otras especies, una imagen estilizada de una forma de criatura.

Pero en ninguna de las puertas vi la imagen estilizada de un ser humano.

Por el corredor venía hacia nosotros, caminando con paso

mesurado, una joven humana que tendría quizá unos dieciocho años, la cabeza afeitada y vestida con la misma túnica plástica de un mul.

—No le cierren el paso —dijo uno de mis guías.

Me aparté a un costado.

Casi sin mirarnos, y sosteniendo dos cuerdas olorosas en sus manos, la joven pasó entre nosotros.

—¿Quién es? —pregunté.

—Una mul —dijo uno de los esclavos.

—Por supuesto —observé.

—Entonces, ¿por qué preguntas?

Descubrí que deseaba profundamente que él fuera el individuo sintetizado.

—Es una mensajera —explicó el otro—, que lleva cuerdas olorosas entre distintos portales del Salón de Procesamiento.

—Oh —dijo el primer esclavo—. De modo que esas cosas le interesan.

—Es nuevo en los túneles —explicó el segundo esclavo.

Experimentaba cierta curiosidad. Miré de reojo al primer esclavo:

—Tenía hermosas piernas, ¿verdad? —dije.

Pareció desconcertado. —Sí —admitió—, muy fuertes.

—Era atractiva —dije al segundo.

—¿Atractiva?

—Sí.

—Sí —confirmó—, una muchacha sana.

—¿Quizá es compañera de alguien? —pregunté.

—No —aclaró el primer esclavo.

—¿Cómo lo sabes?

—No está en las cajas de crianza.

No sé por qué, esas respuestas lacónicas y la aceptación lisa y llana de las normas impuestas por la regla de los Reyes Sacerdotes me enfureció.

—Me gustaría saber cómo se sentiría en mis brazos —dije.

Los dos hombres me miraron y se miraron entre sí.

—Uno no debe pensar en esas cosas —dijo uno.

—¿Por qué no?

—Está prohibido.

—Pero seguramente ustedes se lo han preguntado.

Uno de los hombres me dirigió una sonrisa. —Sí —confesó—, a veces me lo he preguntado.

—También yo —dijo el otro.

Entonces, los tres nos volvimos para mirar a la joven, que ya era apenas un punto azul bajo los bulbos de energía del corredor.

—¿Por qué corre ahora? —pregunté.

—Los tiempos entre dos portales están medidos —dijo el primer

esclavo—, y si se demora queda registrado.

—Sí —dijo el otro—, cinco notas en el registro y la destruyen.

—¿Una nota en el registro es una especie de marca?

—Sí —afirmó el primer esclavo—. La inscriben en la cinta olorosa de cada uno, y también, en forma de olor, en la túnica.

—La túnica —explicó el otro— tiene mucha información, y gracias a ella los Reyes Sacerdotes pueden identificarnos.

—En efecto —continuó el primer esclavo—. De lo contrario, creerían que todos somos iguales.

—Bien —dije, sin apartar los ojos del corredor—, había imaginado que los poderosos Reyes Sacerdotes tendrían un modo más rápido de transportar mensajes.

—Por supuesto —respondió el primer esclavo—, pero no es el modo mejor, porque los muls son muy baratos, y se los reemplaza fácilmente.

—En estas cosas la velocidad —dijo uno— interesa poco a los Reyes Sacerdotes.

—Sí —agregó el otro—, son muy pacientes.

—¿Y por qué no ofrecen a esa joven un aparato de transporte? —pregunté.

—No es más que una mul —explicó el primer esclavo.

—Pero es una mul muy sana —dijo uno.

—Sí —confirmó el otro—, y tiene piernas fuertes.

No habíamos avanzado mucho cuando nos cruzamos con un animal largo y sin ojos, con forma de gusano, provisto de una pequeña boca roja, que avanzaba por el corredor.

Ninguno de mis dos guías prestó atención al animal.

Yo mismo, después de mi experiencia con el artrópodo al que había visto sobre la plataforma, y con la bestia chata que atravesaba la plaza en un disco de transporte, comenzaba a acostumbrarme a encontrar criaturas extrañas en el Nido de los Reyes Sacerdotes.

—¿Qué es? —pregunté.

—Un matok —dijo uno de los esclavos.

—Sí —confirmó el otro— pertenece al Nido.

—Pero creía que yo era un matok —dije.

—Lo eres —afirmó uno de los esclavos.

—¿Y cómo lo llaman? —pregunté.

—Oh, es un gusano resbaladizo.

—¿Qué hace?

—Funcionaba en el Nido —dijo uno de los esclavos— como un elemento de eliminación de los residuos, pero hace muchos miles de años que ya no cumple esa función.

—Sin embargo, permanece en el Nido.

—Los Reyes Sacerdotes —dijo uno de los esclavos— son tolerantes.

—Sí —agregó el otro—, y quieren a esos animales, y respetan la tradición.

—El gusano resbaladizo tiene su lugar en el Nido —dijo el otro.

—¿Cómo vive? —pregunté.

—Aprovecha los restos de las presas dejados por el Escarabajo de Oro —dijo el primer esclavo.

—¿A quién mata el Escarabajo de Oro? —pregunté.

—A los Reyes Sacerdotes —dijo el segundo esclavo.

Sin duda habría insistido con otras preguntas, pero entonces llegamos a un alto portal de acero.

Elevé los ojos, y vi bajo el cuadrado de puntos olorosos la figura estilizada de un ser humano.

—Aquí es —dijo uno de mis compañeros—. Aquí te procesarán.

—Te esperaremos —dijo el otro.

14. La cámara secreta de Misk

Los brazos del artefacto de metal se apoderaron de mí y me encontré sostenido a varios metros sobre el nivel del suelo.

Detrás, el panel se había cerrado nuevamente.

Estaba en una habitación bastante grande, sombría y revestida de plástico. En un extremo había varios discos de metal fijados a la pared, y a bastante altura sobre ésta un escudo transparente. Contemplándome antisépticamente a través de este escudo, vi el rostro de un Rey Sacerdote.

—Ojalá te bañes en el estiércol de los gusanos resbaladizos —le dije. Abrigaba la esperanza de que tuviera un traductor.

Dos placas metálicas circulares aplicadas a la pared, bajo el escudo, se elevaron y de pronto emergieron largos brazos de metal, buscando mi cuerpo.

Durante un instante consideré la posibilidad de evitar el contacto, pero después comprendí que no tenía modo de escapar de la habitación en la cual me encontraba.

Los brazos de metal se cerraron sobre mí y me levaron.

El Rey Sacerdote que estaba detrás del escudo aparentemente no tomó nota de mi observación. Quizá no tuviera traductor.

Mientras me debatía, irritado, otros elementos manipulados por el Rey Sacerdote emergieron de la pared y avanzaron hacia mí.

Uno de ellos me quitó delicadamente las ropas, e incluso cortó las ligaduras de mis sandalias. Otro introdujo en mi garganta una píldora grande y fea.

—¡Que tus antenas se empapen de grasa! —grité a mi torturador.

Las antenas se irguieron, y después se enroscaron un poco en las puntas.

El hecho me agradó. Aparentemente, tenía traductor.

Estaba ideando el próximo insulto cuando los dos brazos que me sostenían me llevaron sobre un recipiente de metal con doble fondo; el superior formado por angostas barras que constituían un ancho tejido, y el interior formado sencillamente por una bandeja de plástico blanco.

Los apéndices de metal que me sostenían se abrieron de pronto y caí en el recipiente.

Me incorporé enseguida, pero encima se había cerrado la tapa de la caja.

Quise forzar las barras, pero no me sentía bien, y me dejé caer sobre el fondo.

Ya no me interesaba insultar a los Reyes Sacerdotes.

Recuerdo que miré hacia arriba y vi cómo se enroscaban sus

antenas.

Pasaron unos dos o tres minutos y la píldora hizo su efecto; y esos minutos no los recuerdo con placer.

Finalmente, la bandeja de plástico se retiró de la caja y desapareció rápidamente por un panel bajo y ancho abierto en la pared de la izquierda.

Me agradó su partida.

Después, todo el recipiente, que corría sobre un riel, comenzó a avanzar hacia una abertura que se abrió en la pared de la derecha.

En el trayecto, la caja se vio sumergida sucesivamente en diferentes soluciones a distintas temperaturas y densidades, y algunos líquidos, quizá porque aún me sentía bastante mal, me parecieron muy desagradables.

Finalmente, jadeando y escupiendo, fui lavado y enjuagado varias veces, la caja comenzó a desplazarse lenta y compasivamente entre aberturas por las cuales brotaban golpes de aire caliente; y más tarde desfiló entre dos filas de grifos por donde brotaban anchos rayos, algunos visibles porque eran amarillos, rojos y verde intenso.

Después me enteraría de que esos rayos, que atravesaban mi cuerpo sin hacerle el más mínimo daño, estaban sincronizados con la fisiología metabólica de distintos organismos que pueden infectar a los Reyes Sacerdotes. También sabía que el último caso en que uno de esos organismos había aparecido se remontaba a cuatro mil años antes. Durante las semanas siguientes en el Nido a veces pude ver a muls enfermos. Los organismos que los afectan al parecer son inofensivos para los Reyes Sacerdotes, y por lo tanto se les permite sobrevivir. Por supuesto, se los considera matoks, es decir, están en el Nido, pero no pertenecen a él, y por lo tanto se los tolera con ecuanimidad.

Me sentí bastante mal cuando, ataviado con una túnica de plástico rojo, me reuní con los dos esclavos que me esperaban en el corredor, frente a la puerta.

—Tienes mucho mejor aspecto —dijo uno de ellos.

—Te dejaron los hilos que crecen en tu cabeza —dijo el otro.

—Cabellos —dije, apoyándome en el marco del portal.

—Qué extraño —comentó uno de ellos—. Los únicos crecimientos fibrosos permitidos a los muls son las pestañas de los párpados.

—Pero es un matok —dijo uno.

—Muy cierto —confirmó el otro.

Me alegré de que la túnica que me habían puesto no tuviese el color púrpura de los Ubares, porque eso habría proclamado que yo era esclavo de los Reyes Sacerdotes.

—Quizá si te aplicas —dijo uno—, puedas llegar a ser un mul.

—Sí —observó el otro—, y en ese caso no sólo estarás en el Nido,

sino que serás del Nido.

Me recosté sobre el marco del portal, los ojos cerrados, y varias veces respiré hondo.

—Te asignaron habitaciones —dijo uno de los dos esclavos— en un cajón de la cámara de Misk. Y te llevaremos allí.

—Te llevaremos allí —dijo el segundo esclavo.

Los miré con ojos inexpresivos. —¿Un cajón? —pregunté.

—Es muy cómodo —dijo uno de los esclavos—, con hongos y agua.

Cerré de nuevo los ojos. Sentí que me tomaban suavemente de los brazos, y los acompañé por el corredor.

—Te sentirás mucho mejor —dijo uno de ellos— cuando hayas comido algunos hongos.

—Sí —confirmó el otro.

No es difícil acostumbrarse a los hongos de los muls, porque casi no tienen sabor; es una sustancia muy blanda, blancuzca y fibrosa, de aspecto vegetal. En realidad, se los ingiere con la misma falta de atención con que normalmente se respira.

Los muls comen cuatro veces al día. En la primera comida, los hongos aparecen molidos y mezclados con agua, y forman una especie de pasta; en la segunda la sustancia está dividida en cubos de unos cinco centímetros de lado; en la tercera, se mezclan con píldoras muls, y se sirven como un plato frío. Es indudable que las píldoras son un complemento dietético. En la última comida, los hongos forman una especie de torta ancha y chata, condimentada con algunos granos de sal.

Según me dijo Misk, y le creo, a veces los muls se matan entre sí por un puñado de sal.

Según he podido comprobar, el hongo de los muls no es muy distinto del que se cría en condiciones ideales con esporas especialmente seleccionadas y que sirven para alimentar a los propios Reyes Sacerdotes. Quizás sea un poco menos tosco que el hongo de los muls. Misk se mostró muy fastidiado cuando me dio a probar un poco y yo no pude percibir ninguna diferencia. Por mi parte, también me irrité mucho cuando más tarde descubrí que la principal diferencia entre el hongo de elevada calidad y el de los muls es simplemente el olor.

Cuanto más tiempo permanecía en el Nido, más se agudizaba mi sentido del olfato. Misk me entregó un traductor, y yo pronunciaba frases en goreano frente al aparato, y después esperaba la traducción al lenguaje de los Reyes Sacerdotes; de este modo, después de un tiempo pude identificar muchos olores significativos. El primer olor que llegué a reconocer fue el nombre de Misk, lo cual le complació

mucho.

Una de las cosas que hice fue pasar el traductor sobre la túnica de plástico rojo que me habían entregado, y escuchar la información registrada en ella. No había gran cosa, salvo mi nombre, mi ciudad, que yo era un matok bajo la supervisión de Misk, que no tenía antecedentes registrados y que podía ser peligroso.

Sonreí ante esta última observación.

Ni siquiera tenía espada, y estaba seguro de que en un combate con los Reyes Sacerdotes sería vencido en pocos instantes por sus fieras mandíbulas y los salientes afilados de sus patas delanteras.

El cajón que debía ocupar en la cámara de Misk no era tan desagradable como había pensado al principio.

Más aún, me pareció mucho más lujoso que la propia cama de Misk, cuyos únicos adornos eran la artesa de los alimentos y numerosos compartimentos, esferas, llaves y enchufes instalados en una pared. Los Reyes Sacerdotes duermen y comen de pie, y se acuestan quizá únicamente para morir.

Pero la desnudez de la cámara de Misk en realidad era aparente, y ofrecía esa característica sólo a un organismo como el mío, orientado visualmente. En realidad, las paredes, el techo y el suelo estaban cubiertos con sistemas de olores, algo que para un Rey Sacerdote debía ser profundamente bello. En efecto, Misk me informó que los sistemas de olor en su cámara habían sido concebidos por algunos de los principales artistas del Nido.

Mi cajón era un cubo de plástico transparente, de unos ocho pies cuadrados, con orificios de ventilación y puertas deslizables de plástico. La puerta no tenía cerradura, y por lo tanto podía entrar y salir a voluntad.

En el interior del cubo había grifos de hongos de los muls, un jarro, una palangana, un cuchillo con hoja de madera; un martillo para aplastar hongos, también de madera; un tubo de píldoras de los muls, que entregaba su contenido una por vez, cuando se oprimía una palanca puesta en la base del cubo; y un gran jarro de agua, invertido, con el cual podía llenar un recipiente.

En un rincón del cajón había un gran retazo circular de musgo rojizo, de varios centímetros de espesor, era bastante cómodo y se cambiaba diariamente.

Anexo al cubo, y comunicado con él por varios paneles deslizables, había una ducha y un retrete.

La ducha se parecía bastante a las que todos conocemos, excepto que no se puede regular la salida del fluido. El individuo provoca la salida del fluido entrando en la cabina, y el flujo y la temperatura se controlan automáticamente. Había imaginado que el fluido era simplemente agua, y una vez intenté llenar mi palangana para

preparar la comida de la mañana, en lugar de utilizar el líquido del frasco correspondiente. Pero apenas probé la sustancia, comencé a ahogarme y sentí que me ardía la boca.

—Tuviste suerte —dijo Misk—, porque no lo tragaste. El fluido para higienizarse contiene un aditivo que es muy tóxico para la fisiología humana.

Después de algunos roces iniciales, Misk y yo nos llevábamos bastante bien y las fricciones tuvieron que ver sobre todo con la ración de sal y el número de veces por día que yo tenía que utilizar la ducha. Si hubiera sido un mul, me habrían castigado con una anotación en mi registro por cada día en el que no me lavara perfectamente doce veces.

Diré de pasada que se encuentran duchas en todos los cajones de los muls y a menudo, por razones de comodidad, en los túneles y los lugares públicos, por ejemplo: las plazas, las peluquerías, los dispensarios que distribuyen las píldoras y los comisariatos que administran los hongos. Como yo era un matok, insistí en que debía eximírseme del Deber de las Doce Alegrías, que es el nombre por el cual se conoce esta práctica. Al principio, sostuve que una ducha diaria era suficiente, pero el pobre Misk pareció tan conmovido que amplié mi práctica a dos. Tampoco quiso saber nada con ese número de duchas, e insistió en que no debían ser menos de diez. Por último, movido por la idea de que debía algo a Misk, ya que me había aceptado en su cámara, propuse un compromiso: cinco duchas, y por un paquete suplementario de sal, seis, día por medio. Finalmente, Misk sugirió dos paquetes suplementarios de sal por día, y yo acepté seis baños. Por supuesto, el propio Misk no usaba ducha, pero se limpiaba y arreglaba de acuerdo con las seculares costumbres de los Reyes Sacerdotes. A veces, cuando llegamos a conocemos mejor, incluso me permitía acicalarlo, y la primera vez que me autorizó a atusar sus antenas, comprendí que confiaba en mí y que le agradaba, aunque yo mismo nunca pude saber por qué.

Por mi parte, tenía bastante aprecio a Misk.

—¿Sabes —me dijo una vez Misk— que los humanos se cuentan entre los más inteligentes de las órdenes inferiores?

—Me alegro de saberlo.

Misk se mostraba sereno, y sus antenas se estremecían nostálgicamente.

—Cierta vez tuve un mul a quien quería mucho —dijo.

Miré mi cajón.

—No —dijo Misk—, cuando un mul a quien uno favorece muere, siempre se destruye el cajón para evitar la contaminación.

—¿Qué le ocurrió? —pregunté.

—Era una pequeña hembra —dijo Misk—. Sarm la mató.

Sentí una tensión en la pata delantera de Misk, la que yo estaba limpiando, como si involuntariamente se preparase para proyectar el filo.

—¿Por qué? —pregunté.

Durante largo rato Misk no dijo nada, y después bajó la cabeza y extendió delicadamente sus antenas, ofreciéndolas a mis cuidados. Después que trabajé un rato, sentí que él estaba dispuesto a hablar.

—Fue mi culpa —dijo Misk—. Ella deseaba que crecieran los hilos de su cabeza, pues no se había criado en el Nido. La voz de Misk brotaba por el traductor con el mismo acento mecánico de siempre, pero le temblaba todo el cuerpo. Retiré el peine de sus antenas, no fuese que llegara a lastimar sus vellos sensoriales. —Me mostré indulgente —dijo Misk, y se irguió, de modo que su largo cuerpo ahora se elevaba sobre mí, inclinado ligeramente hacia adelante, en la actitud característica de los Reyes Sacerdotes. De modo que en realidad yo la maté.

—No lo creo —dije—. Tú trataste de ser bondadoso.

—Y ocurrió el día en que ella me salvó la vida —dijo Misk.

—Cuéntame —pedí.

—Fui a cumplir una misión encomendada por Sarm —dijo Misk —, y tuve que recorrer túneles poco frecuentados, y llevé a la muchacha porque deseaba tener compañía. Encontramos a un Escarabajo de Oro, a pesar de que nunca se había visto ninguno en ese lugar, y quise acercarme él. Bajé la cabeza y me aproximé, pero la muchacha me aferró las antenas y me arrastró fuera de allí. Así me salvó la vida.

Misk bajó nuevamente la cabeza y extendió las antenas para ponerlas al alcance de mis manos.

—El dolor era terrible —dijo Misk—, y no tuve más remedio que seguirla, a pesar de que quería enfrentarme al Escarabajo de Oro. Por supuesto, un ahn después ya no deseaba hacer lo mismo, y entonces comprendí que ella me había salvado. El mismo día Sarm ordenó que le aplicasen cinco anotaciones en el registro a causa de los hilos que crecían en su cabeza, y que la destruyesen.

—¿Siempre se aplican cinco anotaciones por una falta así? —pregunté.

—No —dijo Misk—. No sé por qué Sarm procedió de ese modo.

—Creo —dije— que debes atribuir a Sarm la culpa de la muerte de la joven.

—No —dijo Misk—. Me mostré excesivamente indulgente.

—¿No es posible —pregunté— que Sarm desease tu muerte cuando te encontraste con el Escarabajo de Oro?

—Por supuesto —dijo Misk—. No hay duda de que ésa fue su intención.

Me pregunté por qué Sarm podría desear la muerte de Misk. Era indudable que entre ellos había cierta rivalidad. Para mi mente humana nada tenía de extraño que una criatura concibiese un plan tan cruel. Pero esa reacción era incomprensible para los Reyes Sacerdotes; y así, Misk, aunque aceptara fácilmente el asunto como una actitud por así decirlo mental, no podía experimentar reacciones emotivas. En efecto, ¿acaso él y Sarm no pertenecían al Nido, y un acto semejante no implicaba la violación de la Confianza de los miembros del Nido?

—Sarm es Primogénito —dijo Misk—. Y en cambio yo soy Quintogénito. Los primeros cinco nacidos de la Madre forman el Supremo Consejo del Nido. El Segundo, el Tercero y el Cuartogénito han sucumbido uno tras otro a los placeres del Escarabajo de Oro. Sarm y yo somos los únicos que restan de los cinco.

—En ese caso —sugerí—, quiere que tú mueras de modo que él sea el único miembro del Consejo, y pueda ejercer un poder absoluto.

—La Madre es más grande que él —dijo Misk.

—Aun así —sugerí— su poder aumentaría mucho.

Misk me miró, y pareció que sus antenas y su vello dorado perdían parte del brillo.

—Estás triste —dije.

Misk se inclinó hacia mí. Apoyó suavemente las antenas en mis hombros, casi como hubiera hecho un hombre que hubiera deseado descansar las manos sobre ellos.

—No debes interpretar estas cosas —dijo Misk—, desde el punto de vista de los hombres. Es diferente.

—A mí no me parece diferente —afirmé.

—Estas cosas —insistió Misk— son más profundas y más grandes de lo que tú sabes, que lo que tú puedes comprender ahora.

Después, el Rey Sacerdote se irguió y caminó hacia mi cajón. Con las dos patas delanteras, lo alzó suavemente y lo movió hacia un costado. La facilidad con que hizo esto me asombró, porque estoy seguro de que el objeto debía pesar varios centenares de kilos. Bajo el cajón vi una piedra chata con un anillo empotrado. Misk se inclinó y levantó el anillo.

—Yo mismo construí esta cámara —dijo—, y día tras día, durante las vidas de muchos muls, extraje un poco de polvo de roca y lo arrojé aquí y allá en los túneles, sin ser visto.

Contemplé la caverna que Misk me mostraba.

—En lo posible, utilicé mis propias fuerzas —dijo Misk—. Incluso el portal debe moverse mediante la fuerza mecánica.

Después, se acercó a un compartimento en la pared y extrajo una delgada varilla negra. Rompió el extremo de la varilla, y ésta comenzó a arder con una llama azulada.

—Esta es una antorcha de mul —dijo Misk—, usada por los muls

que crían hongos en las cámaras oscuras. La necesitarás para ver.

Comprendí que el Rey Sacerdote no necesitaba antorcha.

—Por favor —dijo Misk, e hizo un gesto en dirección a la abertura.

15. En la cámara secreta

Sosteniendo en alto la delgada antorcha mul, espié el interior de la caverna que se abría en el suelo de la cámara de Misk. De un anillo empotrado en el suelo, que formaba el techo de la caverna, colgaba una cuerda de nudos.

Sostuve la antorcha con los dientes, y me descolgué poco a poco, sosteniendo la cuerda con las manos.

Comencé a sudar. Cerré el ojo derecho.

Un círculo de luz azul parpadeó en los muros del pasaje por el cual yo descendía. Varios metros bajo el nivel de la cámara de Misk, las paredes estaban húmedas. La temperatura descendió varios grados. Aquí y allá un hilo de agua trazaba su dibujo oscuro, descendiendo hacia el suelo, para desde allí continuar su trayecto y desaparecer en alguna grieta.

Cuando llegué al final de la cuerda, doce o trece metros más abajo, sostuve la antorcha sobre la cabeza y me encontré en un recinto desnudo.

Miré hacia arriba y vi a Misk, que despreciaba la cuerda y descendía tranquilamente por la pared cortada a pico.

Un momento después llegó donde yo estaba.

—Nunca hablarás de lo que voy a mostrarte —dijo Misk.

No dije nada, y Misk vaciló.

—Que haya entre nosotros la Confianza del Nido —dije.

—Pero tú no perteneces al Nido —objetó Misk.

—De todos modos —insistí—, que exista entre nosotros la Confianza del Nido.

—Muy bien —replicó Misk, y se inclinó hacia adelante, hacia mí, me ofreció sus antenas extendiéndolas, y con suma suavidad, casi con ternura, el Rey Sacerdote tocó con ellas las palmas de mis manos.

—Que entre nosotros haya la Confianza del Nido —dijo.

—Sí —contesté—. Entre nosotros, la Confianza del Nido.

De pronto, Misk se irguió.

—Por aquí —dijo—, pero desprovisto de olor y cerca del suelo, de modo que no es probable que un Rey Sacerdote lo encuentre, hay un pequeño picaporte que se parece mucho a un guijarro; encuéntralo y muévelo.

Fue trabajo de un momento apenas encontrar el picaporte que él había mencionado, aunque por lo que había dicho en realidad estaba muy bien disimulado para evitar la típica observación sensorial de un Rey Sacerdote.

Moví el picaporte, y una parte de la pared se retiró.

—Entra —dijo Misk, y yo obedecí.

Apenas entramos, Misk tocó un botón que yo no podía ver, a varios metros sobre mi cabeza, y la puerta volvió a cerrarse.

La única luz de la cámara era la que provenía de mi antorcha azulada.

Vi paneles e instrumentos, aparatos y alambres e hilos que se entrecruzaban. A un costado, pilas de cintas con olores; algunas giraban lentamente. Todas las cintas a su vez se conectaban con un artefacto grande, que parecía una caja. A veces se encendían luces, y de pronto saltaba un disco, reemplazado inmediatamente por otro. Ocho cables partían de esa caja y penetraban en el cuerpo de un Rey Sacerdote, que yacía de espaldas, inerte, sobre un diván de piedra, en el centro de la habitación.

Tenía el cuerpo bastante pequeño para tratarse de un Rey Sacerdote, pues medía sólo cuatro metros.

Lo que me asombró más fue que tenía alas, largas y elegantes alas doradas plegadas sobre la espalda. No estaba maniatado, y parecía completamente inconsciente.

—Yo mismo tuve que diseñar el equipo —dijo Misk—, y por eso es muy primitivo. No podía pedir el material estándar. Fabriqué mi propio material mnemotécnico, y concebí un traductor para leer las cintas. De ese modo pude producir impulsos que generan y regulan los necesarios impulsos neurales.

—¿Es un mutante? —pregunté, los ojos fijos en la figura.

—Un varón —replicó Misk—. El primero nacido en el Nido en ocho mil años.

—¿Tú no eres varón? —pregunté a Misk.

—No, y tampoco lo son los demás. Tampoco soy hembra. En el Nido sólo la Madre es hembra. A veces ha aparecido un huevo que resultó ser hembra, pero Sarm ordenó su destrucción.

—¿Cuánto vive un Rey Sacerdote? —pregunté.

—Hace mucho —replicó Misk— los Reyes Sacerdotes descubrieron el secreto de la sustitución de las células sin deterioro de los tejidos, y por eso, salvo herida o accidente, vivimos hasta que nos encuentra el Escarabajo de Oro.

—¿Qué edad tienes? —pregunté a Misk.

—Yo fui incubado antes de que nuestro mundo llegase a tu sistema solar. Es decir, hace más de dos millones de años.

—Entonces —dije— el Nido nunca morirá.

—Ahora está muriendo —corrigió Misk—. Uno por uno perecemos, víctimas de los placeres del Escarabajo de Oro. Envejecemos, y ahora hasta la curiosidad científica está amortiguándose en nosotros. Incluso eso.

—¿Por qué no matan a los Escarabajos de Oro? —pregunté.

—Eso no estaría bien —replicó Misk.

—Pero ellos matan a los Reyes Sacerdotes.

—Conviene que muramos —dijo Misk—, porque el Nido no debe ser eterno. Si así fuera, no podríamos amarlo. Por mi parte, estoy dispuesto a morir, pero la raza de los Reyes Sacerdotes no debe morir.

—Si Sarm supiera de este varón, ¿lo mataría?

—Sí —replicó Misk—, porque él no desea perecer.

Miré asombrado los aparatos y los alambres que penetraban por ocho lugares en el cuerpo del Rey Sacerdote.

—¿Qué le haces? —pregunté.

—Le enseño. El saber depende de las cargas y los microestados de su tejido neural, y el saber se origina en estímulos externos. Lo que aquí ves es un sistema para producir dichos estímulos sin necesidad del proceso de la experiencia externa, que lleva demasiado tiempo.

Alcé la antorcha y miré sobrecogido el cuerpo inerte del joven Rey Sacerdote sobre la mesa de piedra.

Pensé en los impulsos transmitidos por los ocho cables al cuerpo de la criatura postrada ante mí.

—Entonces, de hecho estás modificando su cerebro —murmuré.

—Es un Rey Sacerdote —dijo Misk—, y tiene ocho cerebros, modificaciones de la red ganglionar, mientras que una criatura como tú, limitada por vértebras, probablemente tendrá un solo cerebro.

—¿Quién decide lo que él aprende? —pregunté.

—Normalmente —respondió Misk— los Guardianes de la Tradición, cuyo jefe es Sarm, estandarizan las placas mnemónicas. Como comprenderás, no podía pedir un juego de placas, de modo que preparé mi propia serie, apelando a mi juicio personal.

—No me agrada la idea de modificar su cerebro —dije.

—Cerebros —me corrigió Misk.

—No me agrada —repetí.

—No seas tonto —afirmó Misk—. El aprendizaje es siempre un modo de alterar el cerebro. Este sistema es eficaz y al mismo tiempo racional.

—Me molesta —insistí.

—Comprendo —dijo Misk—. Temes que se convierta en una especie de máquina.

—En efecto.

—Olvidas que es un Rey Sacerdote. No podríamos convertirlo en máquina sin anular ciertas zonas perceptivas esenciales, sin las cuales ya no sería un Rey Sacerdote.

—Entonces, será una máquina que se autogobierne —dije.

—Todos lo somos... con mayor o menor número de elementos casuales. Hacemos lo que es necesario, y el control final no está nunca en el disco mnemónico.

—No sé si lo que dices es cierto.

—Tampoco yo —dijo Misk—. Es un problema difícil y oscuro.

—¿Y qué hacen mientras? —pregunté.

—Antes gozábamos y vivíamos, pero ahora tenemos el cuerpo joven y la mente anciana, y a menudo pensamos en los placeres del Escarabajo de Oro.

—¿Los Reyes Sacerdotes creen en la vida después de la muerte? —pregunté.

—Por supuesto —afirmó Misk—, porque después que uno muere el Nido continúa.

—No —dije—. Me refiero a la vida individual.

—Parece que la conciencia —dijo Misk— es función de la red ganglionar.

Volví los ojos hacia el joven Rey Sacerdote que yacía sobre la mesa de piedra.

—¿Recordará que aprendió estas cosas? —pregunté.

—No —replicó Misk—, porque ahora no está utilizando sus sensores externos, pero comprenderá que aprendió cosas de este modo, ya que se preparó con ese fin un disco mnemotécnico.

—¿Qué se le enseña?

—Naturalmente, la información fundamental se relaciona con el lenguaje, la matemática y las ciencias, pero también se le enseña la historia y la literatura de los Reyes Sacerdotes, las costumbres del Nido, y elementos de mecánica, agricultura y ganadería, así como otros tipos de información.

—¿Pero después continuará aprendiendo?

—Por supuesto —contestó Misk—, pero ya poseerá un conocimiento bastante completo de lo que sus antepasados aprendieron antaño. Cuando se descubre información nueva, también se la incluye en los discos mnemotécnicos.

—¿Y si esos discos contienen información falsa? —pregunté.

—No dudo que a veces ocurra tal cosa —dijo Misk—, pero constantemente se revisan y actualizan los discos.

16. El plan de Misk

—Misk, debo decirte —empecé— que vine a las Montañas Sardar para matar a los Reyes Sacerdotes, para vengarme de la destrucción de mi ciudad y su pueblo.

—No —dijo Misk—. Viniste a los Sardos para salvar a la raza de los Reyes Sacerdotes.

Le miré, atónito.

—Con ese fin fuiste atraído aquí —afirmó Misk.

—¡Vine por mi propia voluntad! —exclamé—. ¡Porque mi ciudad fue destruida!

—Por eso tu ciudad fue destruida —observó Misk—. Con el fin de que tú vinieras a los Sardos.

Me volví enfurecido y de pronto miré la figura inerte del joven Rey Sacerdote.

—Si tuviese mi espada —dije, señalando la figura que yacía sobre la mesa de piedra—, lo mataría.

—No, no lo harías —replicó Misk—, y por eso tú y no otro fuiste elegido para venir a los Sardos.

Corrí hacia la figura que estaba sobre la mesa, con la antorcha en alto, para descargar un golpe.

Pero no pude hacerlo.

—No le dañarás, porque es inocente —dijo Misk—. Lo sé.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Porque perteneces a los Cabot, y los conocemos. Durante más de cuatrocientos años los hemos conocido, y desde que naciste te hemos observado.

—¡Mataron a mi padre! —exclamé.

—No —corrigió Misk—, está vivo, lo mismo que otros habitantes de tu ciudad, pero se les dispersó hacia los confines de Gor.

—¿Y Talena?

—Por lo que sé, aún vive —afirmó Misk—, pero no podemos buscarla, ni buscar a otros habitantes de Ko-ro-ba sin despertar la sospecha de que te dispensamos privilegios especiales... o de que regateamos contigo.

—¿Por qué no podían traerme aquí sin apelar a esos recursos? —pregunté— ¿Por qué destruir una ciudad?

—Para ocultar nuestro plan a los ojos de Sarm —afirmó Misk.

—No entiendo.

—A veces destruimos una ciudad, y la elegimos mediante una especie de sorteo. De este modo las órdenes inferiores tienen una prueba de la fuerza de los Reyes Sacerdotes, y respetan nuestras leyes.

—Pero, ¿si la ciudad no les hizo ningún daño? —pregunté.

—Tanto mejor —explicó Misk—, porque los hombres que viven al pie de la montaña se sienten confundidos, y nos temen todavía más...

—¿Por qué la primera vez que vine a Gor, hace más de siete años, no me abordaron? —pregunté.

—Era necesario probarte.

—¿Y el sitio de Ar —pregunté—, y el imperio de Marlenus?

—Representaron una prueba eficaz —dijo Misk—. Desde el punto de vista de Sarm, desde luego. En ese caso tú serviste sencillamente para evitar que se extendiese el Imperio de Ar, porque preferimos que los humanos vivan en comunidades aisladas. De ese modo podemos observarlos mejor, y es más seguro que vivan desunidos, porque siendo racionales pueden crear una ciencia, y si son subracionales pueden ser peligrosos para nosotros.

—¿Por eso ustedes limitan las armas y la tecnología de los humanos?

—Por supuesto —afirmó Misk—, pero les hemos permitido cierto desarrollo en algunos sectores... por ejemplo, en medicina, donde han descubierto algo que se parece a los Sueros Estabilizadores.

—¿Qué es eso?

—Sin duda no habrás dejado de observar —dijo Misk—, que aunque viniste a la Contratierra hace más de siete años, en ese período no sufriste ninguna modificación física importante.

—Lo advertí —dije—, y me llamó la atención.

—Naturalmente —dijo Misk—. Los sueros que ellos utilizan no son tan eficaces como los nuestros y a veces no funcionan, y en ocasiones los efectos se pierden después de unos pocos centenares de años.

—¡Qué amables fueron ustedes! —afirmé irónicamente.

—Quizá —dijo Misk—. Es un tema discutible. Me examinó atentamente. —En general —continuó— los Reyes Sacerdotes no nos entrometernos en los asuntos de los humanos.

—Pero, ¿y los Viajes de Adquisición? —pregunté.

—Mantenemos contacto con la Tierra —dijo Misk—, porque con el tiempo puede ser una amenaza, y en ese caso tendremos que limitarla, o destruirla, o abandonar el sistema solar.

—¿Y qué prefieren? —pregunté.

—Sospecho que ninguna de esas alternativas —contestó Misk—. De acuerdo con nuestros cálculos, los cuales por supuesto pueden errar, la vida tal como ustedes la conocen en la Tierra se autodestruirá en los próximos mil años.

Meneé la cabeza con tristeza.

—Como ya dije —continuó Misk—, el hombre es subracional. Piensa en lo que ocurriría si le permitiésemos un desarrollo tecnológico sin trabas.

Asentí. Desde el punto de vista de los Reyes Sacerdotes eso hubiera sido más peligroso que entregar armas automáticas a los chimpancés y los gorilas. A juicio de los Reyes Sacerdotes, el hombre no era digno de una tecnología superior.

—En efecto —dijo Misk—, en parte a causa de esa tendencia trajimos al hombre a la Contratierra, porque es una especie interesante y sería lamentable para nosotros que desapareciese del universo.

—Imagino que debemos mostrarnos agradecidos —afirmé.

—No —dijo Misk—, del mismo modo hemos traído a la Contratierra otras especies de diferentes lugares.

—En realidad, no puedo decir que las haya visto —dije.

Misk realizó con sus antenas el equivalente a un encogimiento de hombros.

—Pero ahora recuerdo —continué— a una araña en los Bosques Pantanosos de Ar.

—El pueblo de las arañas es muy amable —dijo Misk—, excepto la hembra en la época del apareamiento.

—Se llamaba Nar —dije—, y hubiera preferido morir antes que herir a una criatura racional.

—El pueblo de las arañas es blando —dijo Misk—. No son Reyes Sacerdotes.

—Comprendo —dije.

—Los Viajes de Adquisición —explicó Misk— ocurren normalmente cuando necesitamos material fresco de la Tierra, para nuestros fines especiales.

—Yo fui el objeto de uno de esos viajes —dije.

—Evidentemente —afirmó Misk.

—Se afirma al pie de las montañas que los Reyes Sacerdotes saben todo lo que ocurre en Gor.

—Tonterías —dijo Misk—. Pero quizá un día te muestre la Sala de Observación. Cuatrocientos Reyes Sacerdotes manejan los tableros, y por lo tanto estamos bien informados. Por ejemplo, si se violan nuestras leyes acerca de las armas, más tarde o más temprano lo sabremos, y después de determinar las coordenadas aplicamos el mecanismo de la Muerte Llameante.

Una vez vi morir de ese modo a un hombre; era el Supremo Iniciado de Ar, y estaba sobre el techo del Cilindro de la Justicia de Ar. Me estremecí involuntariamente.

—Si —me limité a decir—, me agradaría ver la Sala de Observación.

—Pero gran parte de nuestro saber viene de nuestros implantes —explicó Misk—. Implantamos en los humanos un artefacto de control y transmisión. Las lentes de nuestros ojos están modificados de tal modo

que lo que ven se registra mediante traductores en pantallas olorosas de la Sala de Observación. También podemos actuar de ese modo, cuando en los Sardos se activa la red de control.

—¿Los ojos tienen un aspecto distinto? —pregunté.

—A veces no —dijo Misk—, y otras sí.

—¿La criatura Parp fue implantada de ese modo? —pregunté, pues en ese momento recordé sus ojos.

—Sí —contestó Misk—, al igual que el hombre de Ar a quien encontraste hace mucho en el camino, cerca de Ko-ro-ba.

—Pero él se desprendió de la red de control —dije—, y habló como quiso.

—Quizás el mecanismo era defectuoso —sugirió Misk.

—¿Y si ése no era el caso?

—Entonces, fue un individuo muy notable —dijo Misk—. Muy notable.

—Dijiste que conocéis a los Cabot desde hace cuatrocientos años.

—Sí —respondió Misk—, y tu padre, que es un hombre valeroso y noble, a veces nos sirvió; aunque sin saberlo sólo trató con seres implantados. Vino por primera vez a Gor hace más de seiscientos años.

—¡Imposible!

—No si recuerdas el efecto de los sueros estabilizadores —observó Misk.

La información me impresionó profundamente.

—Hace milenios que trabajo contra Sarm y el resto —explicó Misk—, y al final, hace más de trescientos años que conseguí formar el huevo de donde emergió este varón. Luego, mediante un Agente Implantado, que no tenía conciencia del mensaje que transmitía, ordené a tu padre que escribiese la carta que tú encontraste en las montañas de tu mundo.

—¡Pero entonces yo aún no había nacido! —exclamé.

—Se ordenó a tu padre que te llamase Tarl, y para evitar el peligro de que te hablase de la Contratierra o intentase disuadirte de nuestro propósito, se le devolvió a Gor antes de que tuvieses edad suficiente para comprender.

—Creí que él había abandonado a mi madre —dije.

—Ella lo sabía —afirmó Misk— pues aunque era una mujer de la Tierra, había estado en Gor.

—Nunca me habló de estas cosas.

—Matthew Cabot, en Gor —observó Misk—, era la prenda de su silencio.

—Mi madre —dije— murió cuando yo era muy pequeño...

—Sí, a causa de un minúsculo bacilo de tu atmósfera contaminada, una víctima de las deficiencias de tu bacteriología en

pañales. No pudimos preverlo, y en verdad lo lamento profundamente.

—¿Por qué ella no permaneció en Gor? —pregunté.

—La atemorizaba —respondió Misk—, y tu padre pidió que se le permitiese retornar a la Tierra, pues como la amaba deseaba que fuese feliz; y quizá también quería que tú conocieras algo de su antiguo mundo.

—Pero yo encontré la carta en las montañas, donde había acampado por casualidad.

—Cuando supimos dónde acamparías, dejamos allí la carta —explicó Misk.

—Entonces, ¿no estuvo allí esperando más de trescientos años?

—Claro que no —dijo Misk—, el riesgo de que la descubriesen habría sido excesivo.

Después, me sentí profundamente atemorizado y recuerdo que me extravié; al fin llegué a la nave, y caí desmayado —dije.

—Estabas anestesiado —dijo Misk.

—¿La nave estaba controlada desde los Sardos? —pregunté.

—Podríamos haberlo hecho así —dijo Misk—, pero era demasiado arriesgado.

—Entonces, ¿tenía tripulación?

—Sí.

Lo miré.

—Sí —repitió Misk—. Yo la tripulaba. Me miró fijamente:

—Ya es tarde y es hora de dormir. Estás fatigado.

Meneé la cabeza:

—Muy poco se dejó a la casualidad —observé.

—La casualidad no existe —dijo Misk—, existe la ignorancia.

—Tú no puedes saberlo —objeté.

—No —admitió Misk—, no puedo saberlo. Los extremos de las antenas de Misk se inclinaron suavemente hacia mí. —Ahora tienes que descansar —repitió.

—No —dije—. ¿Fue casualidad que me pusieran en la cámara de la joven Vika?

—Sarm sospechaba —dijo Misk—, y él dispuso que te enviaran allí, para que sucumbieses a los encantos de Vika, con el fin de que ella te sometiera y redujese a la impotencia, como hizo con cien hombres antes que tú... todos guerreros valerosos y dignos... todos convertidos en esclavos de una esclava, en esclavos de una joven que no los merecía.

—¿Qué fue de ellos? —pregunté.

—Se les usó como muls —dijo Misk—. Cuando destruiste el equipo de vigilancia de la cámara pensé que tenía que actuar deprisa. En realidad, no queríamos correr riesgos.

—¿Queríamos?

—Sí.

—¿Y quién es el otro? —pregunté.

—El más grande del Nido —dijo Misk.

—¿La Madre?

—Naturalmente.

Misk me rozó el hombro con las antenas. —Ahora, ven —dijo—. Regresemos a la cámara superior.

—¿Por qué —pregunté— me devolvieron a la Tierra después del sitio de Ar?

—Con el fin de que odiases a los Reyes Sacerdotes —dijo Misk—. De ese modo te mostrarías más dispuesto a venir a las Montañas Sardar.

—Pero, ¿por qué siete años? —pregunté—. Fueron años prolongados, crueles y solitarios.

—Esperábamos.

—Pero, ¿para qué? —pregunté.

—Con el fin de que hubiese un huevo femenino.

—¿Ahora existe dicho huevo?

—Sí —contestó Misk—, pero no sé dónde está.

—¿Quién lo sabe?

—La Madre —dijo Misk.

—Pero, ¿qué tengo que ver con todo esto? —pregunté.

—No perteneces al Nido, y por lo tanto puedes hacer lo que sea necesario.

—¿Qué es necesario?

—Sarm tiene que morir.

—No deseo matar a Sarm.

—Muy bien —dijo Misk.

Me asombraba el hecho de que Misk me hubiera dicho tantas cosas, y entonces le miré, alzando la antorcha para contemplar mejor esa cabeza grande, con sus ojos luminosos en forma de disco.

—¿Por qué ese huevo es tan importante? —pregunté— Ustedes tienen los sueros estabilizadores. Seguramente habrá muchos huevos, y obtendrán más hembras.

—Es el último huevo —dijo Misk.

—¿Por qué?

—La Madre nació y realizó su Vuelo Nupcial mucho antes del descubrimiento de los sueros estabilizadores —explicó Misk—. Hemos conseguido retrasar mucho su envejecimiento, pero eón por eón ha sido evidente que nuestros esfuerzos tienen cada vez menos éxito, y ahora no hay más huevos.

—No comprendo.

—La Madre está muriendo —dijo Misk.

Guardé silencio y Misk no habló, y el único sonido que se oía en

el laboratorio metálico, cuna de un Rey Sacerdote, era el del crepitar de la antorcha azul que sostenía en la mano.

—Sí —dijo Misk—, es el fin del Nido.

—Este asunto no me interesa —objeté.

—Eso es muy cierto.

Nos enfrentamos.

—Bien —dije —, ¿no piensas amenazarme?

—No —replicó Misk.

—¿No matarás a mi padre o a mi Compañera Libre si no te sirvo?

—No.

—¿Por qué no? —pregunté—. ¿Acaso no eres un Rey Sacerdote?

—Porque soy un Rey Sacerdote —afirmó Misk.

La respuesta me impresionó.

—No todos los Reyes Sacerdotes se parecen a Sarm. —Me miró. —Ven —dijo—, es tarde y estarás fatigado. Volvamos a la cámara.

Misk salió de la habitación y sosteniendo en alto la antorcha le seguí.

17. La sala de observación

Aunque el musgo del cajón era suave, esa noche tuve dificultad para dormirme, pues me inquietaban las revelaciones de Misk, el Rey Sacerdote. No conseguía olvidar la figura alada inerte sobre la mesa de piedra. No podía olvidar la conspiración de Misk, y la amenaza que se cernía sobre el Nido de los Reyes Sacerdotes. En mi sueño febril me parecía ver la gran cabeza de Sarm con sus poderosas mandíbulas, y oía el grito de los larls, y veía las pupilas ardientes de los ojos de Parp, y me encontraba encadenado a los pies del diván de Vika, y la oía reír.

—Estás despierto —dijo una voz que brotaba de un traductor.

Me froté los ojos y me incorporé, y a través del plástico transparente del cajón vi a un Rey Sacerdote. Abrí la puerta deslizable y salí a la habitación.

—Salud, Noble Sarm —dije.

—Salud, matok —dijo Sarm.

—¿Dónde está Misk? —pregunté.

—Cumpliendo sus obligaciones en otro lugar —dijo Sarm.

—¿Qué haces aquí?

—Se aproxima la Fiesta de Tola —contestó Sarm—, y es un tiempo de placer y hospitalidad en el Nido de los Reyes Sacerdotes, un tiempo en que éstos se muestran bien dispuestos hacia todos los seres vivos, sea cual fuere su jerarquía.

—Me agrada saberlo —contesté—. ¿Qué obligaciones afronta Misk que le obligan a abandonar esta cámara?

—En honor a la Fiesta de Tola —dijo Sarm—, ahora le complace retener Gur.

—No entiendo.

Sarm miró a su alrededor. —Misk tiene un hermoso compartimento —dijo, mientras examinaba las paredes con sus antenas, y admiraba los dibujos olorosos que adornaban los muros.

—¿Qué deseas? —pregunté.

—Quiero ser tu amigo —contestó Sarm.

Me sorprendió oír la expresión goreana que significa “amigo” que brotaba del traductor de Sarm. Como en el lenguaje de los Reyes Sacerdotes no había un término que representase un equivalente satisfactorio de esa expresión, el hecho significaba que Sarm se había tomado un trabajo considerable —probablemente con la ayuda de los ingenieros de traducción— para encontrar una expresión que representase aproximadamente dicho concepto. Incluso era factible que no comprendiese muy bien lo que estaba diciendo, y que hubiera incorporado la palabra sólo con el fin de suscitar en mí una impresión favorable. De todos modos, no manifesté mi sorpresa, y me comporté

como si no hubiese sabido que la expresión representaba un agregado al léxico de su traductor.

—Me siento muy cansado —dije.

Sarm miró el cajón. —Pertenecías a la Casta de los Guerreros —dijo—. ¿No deseas que te entreguen una hembra mul?

—No.

—Puedes tener más de una, si lo deseas.

—Sarm es generoso —dije—, pero declino su amable oferta.

—¿Quizá te agrade una provisión de piedras y metales raros?

—No.

—¿Querrías ser el supervisor de los muls en un depósito de hongos?

—No.

—¿Qué querrías? —preguntó Sarm.

—Mi libertad —dije —, la restauración de la ciudad de Ko-ro-ba, la seguridad de sus habitantes, ver de nuevo a mi padre, a mis amigos, a mi Compañera Libre.

—Quizá sea posible resolver todo eso —contestó Sarm.

—¿Qué debo hacer? —pregunté.

—Dime por qué te trajeron al Nido —sugirió Sarm.

De pronto sus antenas se volvieron bruscamente hacia mí, rígidas, y en ese momento más que antenas parecían armas.

—No tengo la menor idea —dije.

Las antenas se estremecieron brevemente, por impulso de la cólera, y los filos curvos se asomaron. Pero después pareció que Sarm controlaba su propio arrebato. —Comprendo —dijo la voz que brotaba de su propio traductor.

—¿Deseas un poco de hongos? —pregunté.

—Misk ha tenido tiempo de hablarte —dijo Sarm—. ¿Qué te dijo?

—Entre nosotros rige la Confianza del Nido.

—¿La Confianza del Nido con un humano? —preguntó.

—Sí.

—Un concepto interesante.

—¿Me disculparás si me lavo? —pregunté.

—Por supuesto —dijo Sarm—. Hazlo.

Estuve largo rato en la ducha, y después dediqué bastante tiempo a preparar el potaje de hongos mul porque deseaba obtener una consistencia que lo haría menos desagradable. Luego me dediqué a saborear la comida.

Si estas tácticas pretendían producir cierto efecto en Sarm, creo que fracasaron miserablemente, porque mientras estuve ocupado, él permaneció inmóvil en el centro de la habitación.

Finalmente, salí del cajón.

—Quiero ser tu amigo —dijo Sarm.

Guardé silencio.
—¿Quizá deseas conocer el Nido? —preguntó Sarm.
—Sí —contesté—, me agradaría.
—Muy bien —observó Sarm.

No pedí ver a la Madre, porque sabía que eso estaba prohibido a los humanos, pero comprobé que Sarm era un guía muy atento y amable, dispuesto a responder a mis preguntas y a sugerir lugares interesantes. Parte del tiempo viajamos en un disco de transporte, y me enseñó el modo manejarlo. El disco se desplaza sobre una masa de gas volátil y es muy liviano porque en su construcción se emplea un metal que tiene cierta resistencia a la gravitación. Se controla la velocidad con los pies apoyados en dobles fajas de aceleración; la dirección está determinada por la postura del cuerpo del viajero, y en este sentido sus principios son más o menos los mismos que se utilizaban antaño en los patines de los niños. Para detener el disco, es suficiente retirar los pies de las fajas de aceleración, y el aparato se detiene suavemente, si dispone de espacio suficiente. En la parte delantera del disco hay una célula que emite un rayo invisible; si el área de detención es reducida, la frenada es más brusca. Pero la célula no funciona si se presionan las fajas de aceleración.

Atendiendo a mi pedido, Sarm me llevó a la Sala de Observación, donde los Reyes Sacerdotes mantienen vigilada la superficie de Gor.

Grupos de pequeñas naves, no satélites, invisibles desde el suelo y manejadas por control remoto, transportan las lentes y los receptores que transmiten información a los Sardos. Le dije a Sarm que los satélites serían menos costosos, pero lo negó. Yo no habría formulado la misma pregunta tiempo después, pero en ese momento no comprendía cómo los Reyes Sacerdotes usaban la gravedad.

—La razón que nos mueve a observar desde el interior de la atmósfera —explicó Sarm— es que resulta más sencillo definir mejor la señal gracias a la mayor proximidad de la fuente. Para obtener la misma definición con un artefacto de vigilancia extra atmosférico necesitaríamos equipos más refinados.

Los receptores de la nave de vigilancia estaban equipados de modo que podían recibir señales luminosas, sonoras y olorosas, y éstas, reunidas y concentradas selectivamente, se transmitían a los Sardos, donde se las procesaba y analizaba.

—Utilizamos sistemas de rastreo al azar —dijo Sarm— a lo largo de siglos hemos descubierto que son más eficaces que la aplicación de programas rígidos. Por supuesto si sabemos que hay algo interesante o importante en terminado lugar, concentramos los esfuerzos en la vigilancia del sector correspondiente.

—¿Registraron una cinta —pregunté— de la destrucción de la

ciudad de Ko-ro-ba?

—No —respondió Sarm—, no nos pareció tan interesante ni le atribuimos importancia.

Apreté los puños, y vi que las antenas de Sarm se enroscaban lentamente.

—He visto morir a hombres por la Muerte Llameante —dije—, ¿ese mecanismo también está en esta sala?

—Sí —dijo Sarm, y con una pata delantera señaló un gabinete metálico con varios diales y perillas—. Los puntos de observación que originan la Muerte Llameante están instalados en la nave de vigilancia —agregó Sarm—, pero desde aquí se fijan las coordenadas y se da la señal de disparar.

Miré alrededor. Era un salón muy espacioso, con cuatro niveles. En cada uno de ellos, separados por pocos metros, estaban los cubos de observación, que parecían cubos de vidrio transparente y tenían unos cuatro metros cuadrados. Sarm me dijo que había cuatrocientos cubos, y frente a cada uno vigilaba un Rey Sacerdote, alto, alerta, inmóvil. Recorrí uno de los niveles, los ojos fijos en los cubos. En la mayoría sólo pude ver paisajes de Gor; vi una ciudad, pero no pude identificarla.

—Quizá esto te interese —dijo Sarm—, indicando uno de los cubos de observación.

El ángulo de la lente en este caso era diferente al de la mayoría de los restantes cubos. En lugar de dominar la escena, parecía correr paralela a ella.

Vi un camino, bordeado por árboles, que parecían aproximarse lentamente a la lente, y después quedar detrás.

—Está mirando por los ojos de un Implantado —aclaró Sarm.

Las antenas de Sarm se enroscaron.

—Sí —agregó—, hemos reemplazado las pupilas de los ojos por lentes, y se ha combinado con su tejido cerebral una red de control y un aparato transmisor. Ahora él está inconsciente, porque la red de control ha sido activada. Después, le permitiremos descansar y volverá a ver y oír por sí mismo.

Me vino a la mente el recuerdo de Parp. De nuevo contemplé el cubo de observación.

—Sin duda —dije con amargura—, los Reyes Sacerdotes que tanto saben y pueden, habrían logrado construir un aparato mecánico, un autómata, que se asemejara a un hombre e hiciese su trabajo.

—Por supuesto —convino Sarm—. Pero un instrumento así tendría que ser sumamente complejo, y en definitiva a lo sumo se parecería a un organismo humanoide. En cambio, hay abundancia de humanos, de modo que la construcción de un artefacto como el que tú sugieres sería un despilfarro irracional de nuestros recursos.

—¿Ese hombre puede desobedecer? —pregunté.

—A veces hay cierta lucha y resistencia a la red, o intentos de recuperar la conciencia.

—¿Un hombre puede resistir de tal modo que se salve del poder de la red?

—Lo dudo —contestó Sarm—, a menos que la red fuese defectuosa.

—En ese caso, ¿qué harían ustedes?

—Es muy sencillo —respondió Sarm—, sobrecargar la capacidad de la red.

—¿Matar al hombre?

—No es más que un humano.

—¿Eso es lo que hicieron cierta vez en el camino a Ko-ro-ba, en perjuicio de un hombre de Ar, que me habló en nombre de los Reyes Sacerdotes?

—Por supuesto.

—¿Su red era defectuosa?

—Imagino que sí —respondió Sarm.

—Eres un asesino —dije.

—No —replicó Sarm—, soy un Rey Sacerdote.

De pronto, uno de los cubos frente a los cuales pasamos se detuvo en cierta escena, y pareció que ésta se convertía en un cuerpo tridimensional. La ampliación aumentó súbitamente, y el aire se llenó de olores más intensos.

En un campo verde, quién sabe dónde, un hombre que vestía el atuendo de la Casta de los Constructores emergió de una caverna subterránea. Miró furtivamente alrededor, como si temiese ser visto. Después, satisfecho porque estaba solo, regresó a la caverna y salió otra vez llevando lo que parecía un tubo hueco. Del extremo del tubo emergía un objeto que se asemejaba a una mecha.

El hombre extrajo de un bolso colgado de su cintura, un minúsculo encendedor cilíndrico, un pequeño artefacto plateado usado comúnmente por los goreanos para encender fuego. Desenroscó la tapa y en el aire se dibujó una llama rojiza. Acercó la llama a la mecha del tubo hueco, y ésta comenzó a arder lentamente. En ese instante, el hombre se puso de pie y sosteniendo el tubo con ambas manos apuntó hacia una roca cercana. Hubo un súbito resplandor y se oyó un estallido proveniente del tubo hueco, mientras un proyectil golpeaba contra la roca. La cara de la roca se ennegreció, y de su superficie cayeron varios fragmentos. El golpe de una flecha la habría dañado más.

—Arma prohibida —dijo Sarm.

El Rey Sacerdote que controlaba el cubo de observación tocó una

perilla del panel de control.

—Alto —grité.

Ante mis ojos horrorizados, el hombre pareció disolverse súbitamente en un brusco estallido de fuego azul. El hombre había desaparecido. Otro breve resplandor incandescente destruyó el tubo primitivo que él llevaba. Y después, la misma escena pacífica que había visto al comienzo.

—Mataron a ese hombre —dije.

—Quizá estuvo años enteros realizando experimentos prohibidos —dijo Sarm—. Felizmente, lo hemos descubierto. A veces tenemos que esperar que otros usen el artefacto con fines bélicos, y entonces destruimos a muchos hombres. Así es mejor, porque economizamos material.

—Pero lo habéis matado.

—Por supuesto —dijo Sarm—. Infringió la ley de los Reyes Sacerdotes.

—¿Qué derecho tienen a imponerle su ley? —pregunté.

—El derecho de un organismo superior a controlar a un organismo inferior —dijo Sarm—. El derecho que ustedes tienen de matar al bosko y al tabuk, para alimentarse de la carne.

—Pero ésos no son animales racionales.

—Tienen sensibilidad —objetó Sarm.

—Los matamos rápidamente —argumenté.

Las antenas de Sarm se enroscaron:

—Y también nosotros, los Reyes Sacerdotes, matamos rápidamente —dijo—, y sin embargo ustedes se quejan.

—Necesitamos alimento —dije.

—Podrían comer hongos y otros vegetales.

Guardé silencio.

—La verdad es —dijo Sarm— que los humanos forman una especie peligrosa y predatoria.

—Pero ésos no son animales racionales.

—¿Eso es tan importante?

—No lo sé —dije—. ¿Y si yo lo afirmara?

—Entonces, yo contestaría que sólo un Rey Sacerdote es realmente racional —me miró altivamente—. Recuerde que ustedes tratan al bosko y a otros animales como nosotros los tratamos a ustedes —hizo una pausa—. Pero creo que nuestra Sala de Observación te inquieta. Debes recordar que te traje aquí porque lo pediste. No deseo que te sientas mal. Tampoco deseo que te formes una opinión negativa de los Reyes Sacerdotes. Quiero que seas mi amigo.

18. Conversación con Sarm

Durante los días siguientes, cuando no estaba con Sarm exploraba solo el Nido, utilizando un disco de transporte, suministrado por Sarm. Busqué a Misk, pero no pude encontrarlo. Sólo sabía que, como decía Sarm, le complacía retener Gur.

Ninguno de los seres con quienes hablé, la mayoría muls, quiso explicarme el significado de esa expresión. Llegué a la conclusión de que los muls sencillamente no sabían qué decirme, pese a que varios de ellos habían nacido en el Nido. Incluso pregunté a varios Reyes Sacerdotes, y como yo era un matok y no un mul, me escucharon, pero rehusaron cortésmente suministrarme la información pedida.

—Se relaciona con la Fiesta de Tola —decían—, y no es asunto que concierna a los humanos.

A veces, Mul-Al-Ka y Mul-Ba-Ta me acompañaban en estas excursiones. La primera vez que lo hicieron llevé un lápiz de marcar, usado por los empleados muls en distintos comisariatos y depósitos, y escribí las letras correspondientes sobre el hombro izquierdo de las túnicas de plástico de cada uno. Ahora podía distinguirlos. La marca era muy visible para los ojos humanos, pero apenas sería advertida por los Reyes Sacerdotes, del mismo modo que un sonido insignificante probablemente no llame la atención de un ser humano que no lo escucha y que se ocupa de otras cosas.

Una tarde, Mul-Al-Ka, Mul-Ba-Ta y yo nos desplazábamos rápidamente por un túnel en mi disco de transporte.

—Cabot, es agradable viajar así —dijo Mul-Al-Ka.

—Sí, es muy grato —convino Mul-Ba-Ta.

—Hablan casi del mismo modo —observé.

—Somos muy parecidos —señaló Mul-Al-Ka.

—¿Son los muls del biólogo Kusk? —pregunté.

—No —dijo Mul-Al-Ka—, Kusk nos regaló a Sarm.

—En ese caso —dije a los muls que viajaban conmigo— están aquí para espiarme e informar a Sarm.

—Sí —dijo Mul-Al-Ka.

—Es nuestra obligación —dijo Mul-Ba-Ta.

—Pero —agregó Mul-Al-Ka—, si deseas hacer algo y no quieres que Sarm lo sepa, no tienes más que decirlo y miraremos hacia otra parte.

—Sí —dijo Mul-Ba-Ta—, o puedes detener el disco y nosotros descendemos, y te esperamos. Cuando vuelvas, puedes recogernos.

—Me parece justo —comenté.

—Bien —dijo Mul-Al-Ka.

—¿Es humano ser justo? —preguntó Mul-Ba-Ta.

—A veces —contesté.

—Bien —dijo Mul-Al-Ka.

—Sí —dijo Mul-Ba-Ta—, deseamos ser humanos.

—¿Un día nos enseñarás a ser humanos? —preguntó Mul-Al-Ka.

El disco de transporte aceleró la marcha, y durante un rato ninguno habló.

—No sé muy bien si yo comprendo lo que significa ser humano —dije.

—Seguramente es muy difícil —observó Mul-Al-Ka.

—Sí —dije—, es muy difícil.

—¿Un Rey Sacerdote debe aprender a ser Rey Sacerdote? —preguntó Mul-Ba-Ta.

—Sí —repliqué.

—Eso incluso es más difícil —dijo Mul-Al-Ka.

—Probablemente —comenté—. En realidad, no lo sé.

Desvié el disco de transporte para evitar el choque con un organismo parecido a un cangrejo y después hice otro tanto para esquivar a un Rey Sacerdote que alzó las antenas, extrañado, cuando pasamos junto a él.

—El que no era Rey Sacerdote —dijo Mul-Al-Ka—, era un matok, y se llama Toos y vive de hongos que nadie quiere.

—Sabemos que esas cosas te interesan —dijo Mul-Ba-Ta.

—Sí, me interesan —dije—. Gracias.

Durante un rato viajamos en silencio.

—Pero, ¿nos enseñarás a ser humanos, verdad? —preguntó Mul-Al-Ka.

—No sé mucho de eso —dije.

—En todo caso, más que nosotros —agregó Mul-Ba-Ta.

Se me ocurrió la idea de realizar cierta maniobra.

—¡Miren esto! —dije, e inclinando el cuerpo al costado, obligué al disco de transporte a describir un súbito y brusco circulo, para continuar después en la misma dirección que traíamos.

Los tres casi nos caemos del disco.

—Maravilloso —exclamó Mul-Al-Ka.

—Eres muy hábil —dijo Mul-Ba-Ta.

—Nunca vi hacer esto a un Rey Sacerdote —dijo Mul-Al-Ka con expresión de respeto.

—¿Les agradaría guiar el disco de transporte? —pregunté.

—¡Sí! —dijeron al unísono Mul-Al-Ka y Mul-Ba-Ta.

—Pero primero —preguntó Mul-Al-Ka—, ¿nos enseñarás a ser humanos?

—¡Qué tonto eres! —le reprendió Mul-Ba-Ta—. Ya está enseñándonos.

—Si es así —dijo Mul-Al-Ka, mirando con verdadera fascinación

las fajas aceleradoras del disco de transporte—, concentremos la atención en el manejo de esta máquina.

—Sí —dijo Mul-Ba-Ta—, por el momento bastará con que aprendamos esto... Tarl Cabot.

Sin embargo, no me oponía a perder tiempo con Sarm, porque acerca del Nido me enseñaba más y en menos tiempo que lo que hubiera sido posible de cualquier otro modo. Acompañado por él, podía entrar en muchos sectores que estaban vedados a los humanos.

Uno de ellos era la fuente de energía de los Reyes Sacerdotes, la gran fábrica donde se genera la energía básica de sus muchos edificios y máquinas.

—Yo creía —dije— que el foco de energía del Nido era la Madre.

Sarm se detuvo en el estrecho corredor de hierro que rodeaba la enorme cúpula de vidrio azul, y se enderezó para mirarme. Con un movimiento de la pata delantera, hubiera podido enviarme a la muerte, varios centenares de metros más abajo. Durante un instante las antenas se achataron sobre la cabeza, y las proyecciones afiladas emergieron, pero después pareció que Sarm controlaba su cólera.

—Esto es muy distinto —dijo Sarm.

—Sí, es diferente —convine.

Sarm me miró un momento, y después continué avanzando.

Finalmente llegamos al vértice de la gran cúpula azul, y desde allí pude ver el hemisferio refulgente, azulado y reticular que estaba muchos metros más abajo.

Rodeando la cúpula azul, en grandes líneas concéntricas de piedra, vi corredor tras corredor de paneles de instrumentos. Aquí y allá se movían Reyes Sacerdotes, vigilando los controles, y a veces ajustando delicadamente un dial con los minúsculos apéndices de las patas delanteras.

Imaginé que la cúpula era en realidad un reactor.

Miré hacia abajo:

—De modo que ésta es la fuente del poder de los Reyes Sacerdotes —comenté.

—No —dijo Sarm.

Lo miré.

Movió las patas delanteras con un gesto extraño, y se tocó su propio cuerpo con cada pata que rozó tres lugares del tórax y uno detrás de los ojos.

—Aquí —dijo— está la verdadera fuente de nuestro poder.

Comprendí entonces que se había tocado los puntos de entrada de los cables que había visto antes unidos al cuerpo del joven Rey Sacerdote, sobre la mesa de piedra del compartimento secreto, bajo la cámara de Misk. Sarm había señalado sus ocho cerebros.

—Sí —dije—, tienes razón.

Sarm me miró. —Entonces, ¿conoces las modificaciones de la red ganglionar?

—Sí. Misk me lo explicó.

—Está bien —dijo Sarm—. Quiero que sepas más sobre los Reyes Sacerdotes.

—Todos estos días —comenté— me enseñaste mucho, y estoy agradecido.

—Sin embargo —dijo Sarm—, hay quienes desean destruir todo esto.

Pensé que arrojando todo el peso de mi cuerpo contra Sarm podría lanzarlo desde esa plataforma a su propia muerte, muchos metros más abajo.

—Sé por qué te trajeron al Nido —dijo Sarm.

—En ese caso, sabes más que yo —comenté.

—Te trajeron para que me mates —dijo Sarm, mirando hacia abajo.

Me sobresalté.

—Hay quienes —agregó— no aman el Nido, y desean destruirlo.

No dije nada.

—El Nido es eterno —dijo Sarm—. No puede morir. No permitiremos que muera.

—No entiendo —contesté.

—Entiendes, Tarl Cabot —dijo Sarm—. No me mientas.

Miré alrededor, contemplé la increíble complejidad que allí se desplegaba. —No sé qué decirte —observé—. Imagino que si yo fuera Rey Sacerdote no desearía que todo esto pereciera.

—Exactamente —dijo Sarm—, y sin embargo uno de los nuestros quiere traicionar a su propia especie, y está dispuesto a contemplar la destrucción de esta maravilla.

—¿Conoces su nombre?

—Por supuesto —dijo Sarm—. Ambos lo conocemos. Es Misk.

—Nada sé de todo eso.

—Ya lo veo —comentó Sarm. Hizo una pausa—. Misk cree que te trajo al Nido para cumplir sus propios fines, y yo le permití que lo creyese. Le permití imaginar que yo sospechaba... pero no que conocía su conspiración. En efecto: te envié a la cámara de Vika de Treve, y allí demostró su culpabilidad, porque acudió deprisa a protegerte.

—¿Y si él no hubiese entrado en la cámara? —pregunté.

—La joven Vika de Treve jamás me falló —dijo Sarm.

—¿De qué te habría servido estando encadenado al anillo de una esclava? —pregunté.

—Después de un tiempo, quizá un año —dijo Sarm—, cuando estuvieras preparado, te habría liberado, con la condición de que

hicieras mi voluntad.

—¿Y en qué habría consistido tu voluntad? —pregunté.

—En que mataras a Misk —dijo Sarm.

—¿Por qué no lo matas tú mismo?

—Eso sería asesinato —dijo Sarm—. Pese a su culpa y su traición todavía es un Rey Sacerdote.

—Entre Misk y yo existe la Confianza del Nido —objeté.

—No puede existir la Confianza del Nido entre un Rey Sacerdote y un humano.

—Comprendo —dije—. Miré a Sarm. —Y si yo aceptara tu propuesta, ¿cuál sería mi recompensa?

—Vika de Treve —dijo Sarm—. La pondría a tus pies, desnuda y encadenada.

—No es muy agradable para Vika de Treve.

—No es más que una mul hembra —dijo Sarm.

Pensé en Vika y en el odio que me inspiraba.

—¿Todavía deseas que mate a Misk? —pregunté.

—Sí —dijo Sarm—. Con ese Fin te traje al Nido.

—En ese caso, dame mi espada —dije —, y llévame con él.

—Bien —convino Sarm, y comenzamos a descender alrededor del globo azulado donde residía la energía de los Reyes Sacerdotes.

19. Muere, Tarl Cabot

Recuperaría mi espada, y podría buscar a Misk, cuya seguridad me inspiraba temor.

Fuera de eso, no tenía un plan definido.

Pasé una noche inquieta, tendido sobre el musgo. Por la mañana, después de la primera comida, Sarm entró en el compartimento de Misk, donde yo lo esperaba. Vi sorprendido que iba coronado por una diadema aromática de hojas verdes, la primera planta verde que había visto en el Nido. Alrededor de su cuello colgaba, además del invariable traductor, un collar aparentemente formado por adornos, pedacitos de metal, algunos huecos y redondeados, otros puntiagudos, otros afilados. Vi también que todo él estaba impregnado de ungüentos de fragancias penetrantes.

—Es la Fiesta de Tola... La Fiesta del Vuelo Nupcial —explicó Sarm—. Hoy es un día apropiado para que realices tu trabajo. ¿Estás listo?

—Sí —contesté.

—Bien —dijo Sarm y se acercó a uno de los altos gabinetes de la cámara de Misk; después de tocar un botón la puerta del gabinete se abrió. Aparentemente, Sarm estaba familiarizado con el compartimento de Misk. Del interior del gabinete Sarm extrajo el cinturón de mi espada, la vaina y la hoja de acero goreano que había entregado antes por pedido de Misk.

Calculé la distancia existente entre mi persona y Sarm, y me pregunté si podría alcanzarlo y matarlo antes de que accionara sus mandíbulas o los filos formidables de las patas delanteras. ¿Dónde había que herir a un Rey Sacerdote?

Advertí, sorprendido, que Sarm se inclinaba hacia la puerta del compartimento del que había extraído mi espada. Atacó el borde interior del gabinete con uno de los objetos metálicos de su collar.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

—Me aseguro —dijo Sarm— de que nadie volverá a guardar tu espada en este compartimento. Soy tu amigo.

—Me alegro de tener un amigo como tú —comenté. Era evidente que el compartimento estaba siendo modificado de tal modo que a simple vista todos comprendiesen que había sido violado.

—¿Por qué —pregunté— estás adornado de ese modo?

—Es la Fiesta de Tola —contestó Sarm—, la Fiesta del Vuelo Nupcial.

—¿Dónde conseguiste esas hojas verdes? —pregunté.

—Las cultivamos en cámaras especiales —contestó Sarm—. En la Fiesta de Tola todos los Reyes Sacerdotes las usan en recuerdo del

Vuelo Nupcial, porque éste se realiza a la luz del sol, cuando la superficie está cubierta de verde.

Las patas delanteras de Sarm tocaron los metales que colgaban de su cuello. —También estos objetos —dijo— tienen importancia.

—Son un adorno —sugerí— en honor de la Fiesta de Tola.

—Más que eso —dijo Sarm—, míralos bien.

Me acerqué a Sarm y contemplé los pedazos de metal. Algunos me parecieron cucharas huecas, otros escoplos y otros cuchillos.

—Son herramientas —dije.

—Hace mucho —dijo Sarm—, en ciertos nidos que existieron antaño, en tiempos que tú ni siquiera imaginas, con estos pequeños objetos mi pueblo comenzó el viaje que con el tiempo condujo a los Reyes Sacerdotes.

—Pero, ¿qué me dices de las modificaciones de la red ganglionar? —pregunté.

—Estas cosas —dijo Sarm— quizá incluso son más viejas que las modificaciones de la red. Es posible que de no ser por ellas y las modificaciones que introdujeron en la antigua forma de vida nuestra especie no hubiera podido perpetuarse.

—En ese caso —dije con cierta malicia—, contrariamente a tu sugerencia de ayer, esos minúsculos pedazos de metal, y no las modificaciones de la red ganglionar, son la verdadera y real fuente del poder de los Reyes Sacerdotes.

Las antenas de Sarm se movieron, irritadas.

—Tuvimos que hallarlas y usarlas, y después reproducirlas —dijo Sarm.

—Pero es posible que existieran antes de la modificación de la red —le recordé.

—El asunto no está aclarado —contestó Sarm.

—Sí, imagino que así es.

Los bordes afilados de Sarm emergieron y luego desaparecieron.

—Muy bien —dijo Sarm—, la verdadera fuente del poder de los Reyes Sacerdotes reside en las micropartículas del universo.

—De acuerdo —dije.

Me complacía ver que únicamente con mucho esfuerzo Sarm conseguía controlarse. Todo su cuerpo parecía temblar de cólera. Oprimió una contra otra las patas delanteras, para impedir que las proyecciones afiladas emergieran espontáneamente.

—A propósito —pregunté— ¿cómo se mata a un Rey Sacerdote?

Mientras decía estas palabras, descubrí que inconscientemente media la distancia que me separaba de Sarm.

—No será fácil con tu arma —dijo—, pero Misk no podrá resistirse, y tú podrás tomarte todo el tiempo que desees.

—¿Quieres decir que puedo hacer con él una simple carnicería?

—Ataca los nódulos cerebrales del tórax y la cabeza —dijo Sarm —. Probablemente no necesitarás más de medio centenar de golpes para llegar a los centros vitales.

Se me oprimió el corazón.

Desde el punto de vista práctico, ahora parecía que los Reyes Sacerdotes eran invulnerables a mi espada, aunque yo imaginaba que podía lesionarlos gravemente si les cortaba los vellos sensoriales de las patas, o el punto de unión del tórax y el abdomen, o los ojos y las antenas.

Entonces, se me ocurrió que debía existir algún centro vital no mencionado por Sarm, probablemente un órgano que bombeara los fluidos corporales de los Reyes Sacerdotes, algo parecido a nuestro corazón. Desde luego él no estaba dispuesto a suministrarme esa información. Por lo demás, yo no pensaba atacar a Misk, no sólo por el afecto que le tenía; incluso si hubiera pensado matarlo, no lo hubiera hecho como quien ataca a un enemigo a garrotazos, porque ésa no es la manera de actuar de un buen guerrero.

—¿Me acompañarás —pregunté— cuando vaya a matar a Misk?

—No —replicó Sarm—, porque es la Fiesta de Tola y debo dar Gur a la Madre.

—¿Qué significa eso? —pregunté.

—No es asunto que concierna a los humanos —replicó Sarm.

—Muy bien.

—Fuera —dijo Sarm— encontrarás un disco de transporte, y a los dos muls, Mul-Al-Ka y Mul-Ba-Ta. Te llevarán donde está Misk, y después te indicarán cómo eliminar el cuerpo.

—¿Y la joven? —pregunté.

—¿Vika de Treve?

—Por supuesto.

—Mul-Al-Ka y Mul-Ba-Ta te dirán dónde encontrarla.

—¿No es peligroso que los dos muls conozcan el asunto?

—No —dijo Sarm—, porque les he ordenado presentarse en las cámaras de disección después de terminado el trabajo.

Durante un momento permanecí callado, y me limité a mirar al Rey Sacerdote.

—Te deseo buena suerte —dijo Sarm—. Al cumplir esta misión, prestarás un gran servicio al Nido y a los Reyes Sacerdotes, conquistarás mucha gloria para ti, tendrás una vida de honor y riquezas, y serás el dueño de la esclava Vika de Treve.

—Sarm es muy generoso.

—Sarm es tu amigo —dijo el traductor del Rey Sacerdote.

Mientras me volvía para salir de la habitación pude ver cómo Sarm desconectaba el traductor con los apéndices de la pata derecha.

Alzó un tentáculo en lo que parecía un saludo benévolo y

magnánimo, un augurio de buena suerte.

Alcé el brazo derecho, en actitud irónica, para retribuir el gesto.

A mi olfato, ahora alerta a las señales de los Reyes Sacerdotes y adiestrado por mi práctica con el traductor que Misk me había entregado, llegó cierto olor, cuyos ingredientes identifiqué sin dificultad. Era un mensaje muy sencillo, y por supuesto no lo emitió el traductor de Sarm. Decía: “Muere, Tarl Cabot”.

Sonreí para mis adentros, y salí de la habitación.

20. El collar 708

Fuera de la habitación encontré a Mul-Al-Ka y Mul-Ba-Ta.

Aunque viajábamos en un disco de transporte, y el hecho bastaba para alegrarlos, esta vez no parecían de buen humor. Yo conocía muy bien la razón.

—Tenemos órdenes —dijo Mul-Al-Ka— de llevarte adonde está el Rey Sacerdote Misk, a quien matarás.

—Además nos ordenaron —dijo Mul-Ba-Ta— que te ayudáramos a eliminar el cadáver.

—También tenemos instrucciones —dijo Mul-Al-Ka— de alentarte en esta terrible hazaña, y de recordarte los honores y las riquezas que te esperan.

Sonreí y abordé el disco de transporte.

Mul-Al-Ka y Mul-Ba-Ta ocuparon sus lugares delante de mí, dándome la espalda. Hubiera sido fácil arrojarlos a la muerte despidiéndolos fuera del disco. El disco se deslizaba silencioso por el túnel, flotando sobre su colchón de gases.

—Me parece —dije—, que ambos cumplieron bien sus órdenes. —Les di varias palmadas en la espalda. —Ahora, díganme qué desean realmente.

—Ojalá pudiéramos, Tarl Cabot —dijo Mul-Al-Ka.

—Pero estamos seguros de que sería impropio —dijo Mul-Ba-Ta.

Viajamos en silencio durante un rato más.

—Observarás —dijo Mul-Al-Ka—, que hemos ocupado posiciones tales que podrías arrojarnos fuera del disco de transporte.

—Sí —dije—, lo he observado.

—Aumenta la velocidad del disco —dijo Mul-Ba-Ta—, y así tu gesto será más eficaz.

—No deseo despedirlos fuera del disco —contesté.

—Oh —exclamó Mul-Al-Ka.

—Nos parecía una buena idea —dijo Mul-Ba-Ta.

—Quizá —comenté—, pero ¿por qué querría mataros?

—Bien, Tarl Cabot —dijo Mul-Ba-Ta—, así podrías huir y ocultarte. Por supuesto, finalmente te hallarían, pero podrías sobrevivir un tiempo más.

—Pero entiendo que me darán honores y riquezas —les recordé.

Durante un rato, ninguno de los dos muls volvió a hablar.

—Mira, Tarl Cabot —dijo de pronto Mul-Al-Ka—, queremos mostrarte algo.

Mul-Al-Ka llevó el disco hacia un túnel lateral, y acelerando todo lo posible pasó frente a varios portales; por último detuvo el artefacto frente a una alta entrada de acero. Admiré su habilidad.

—¿Qué desean mostrarme? —pregunté.

Mul-Al-Ka y Mul-Ba-Ta nada dijeron, y descendieron del disco de transporte y abrieron el portal de acero. Los seguí.

—¿Les ordenaron traerme aquí? —pregunté.

—No —dijo Mul-Ba-Ta.

—Entonces, ¿por qué lo hicieron?

—Nos pareció que sería conveniente —explicó Mul-Al-Ka.

—Sí —agregó Mul-Ba-Ta—. Esto se relaciona con los honores y las riquezas y los Reyes Sacerdotes.

La habitación en la cual estábamos se hallaba prácticamente vacía, y por el tamaño y la forma no era muy distinta de aquella en que se había realizado mi procesamiento. Sin embargo, no había pantalla de observación ni discos en la pared.

En la habitación el único objeto era un artefacto pesado, parecido a una esfera, con un conjunto de extensiones aseguradas al techo de la cámara. Debajo, la esfera tenía una abertura ajustable, que ahora alcanzaba un diámetro de unos quince centímetros. Muchos cables partían del globo y luego entraban en un panel del techo. En la propia esfera había distintos instrumentos, llaves, bobinas, discos y luces.

Desde otra cámara nos llegó el grito de una muchacha. Llevé la mano a la espada.

—No —dijo Mul-Al-Ka, apoyando la mano sobre mí muñeca.

Ahora sabía el propósito del artefacto, pero ¿por qué Mul-Al-Ka y Mul-Ba-Ta me habían traído aquí?

Se deslizó un panel lateral, y entraron otros dos muls. Empujaban un disco grande, chato y circular. Pusieron el disco directamente bajo la esfera. Sobre el disco estaba montado un estrecho cilindro de plástico transparente. Tenía más o menos cuarenta y cinco centímetros de diámetro, y podía abrirse sobre un eje vertical, aunque entonces se encontraba totalmente cerrado. En el cilindro, salvo la cabeza sostenida por una abertura circular, estaba una joven vestida con el atavío tradicional, incluso el velo, y con las manos enguantadas que presionaban impotentes sobre la pared interior del cilindro.

Su mirada de terror recayó en nosotros. —¡Sálvenme! —gritó.

—Salud, honorables muls —dijo uno de los dos servidores.

—Salud —dijo Mul-Al-Ka.

—¿Quién es él? —preguntó uno de los asistentes.

—Tarl Cabot, de la ciudad de Ko-ro-ba —dijo Mul-Ba-Ta.

—Nunca oí hablar de eso —dijo el otro servidor.

—Está en la superficie —dijo Mul-Al-Ka—, y es nuestro amigo.

—Está prohibida la amistad entre muls —dijo el primer ayudante.

—Lo sabemos —dijo Mul-Al-Ka—, pero de todos modos iremos a las cámaras de disección.

—Lamento que así sea —dijo el otro ayudante.

Miré asombrado a mis compañeros.

—Por otra parte —dijo Mul-Ba-Ta—, es el deseo de un Rey Sacerdote, y por lo tanto debemos alegrarnos.

—Por supuesto —dijo el primer ayudante.

—¿Cuál fue tu delito? —preguntó el segundo ayudante.

—No lo sabemos —contestó Mul-Al-Ka.

—Eso es muy fastidioso —dijo el primer ayudante.

—Sí —confirmó Mul-Ba-Ta—, pero no es importante.

Entonces, los ayudantes se consagraron a su trabajo. Uno de ellos subió al disco puesto cerca del cilindro de plástico. El otro se aproximó a un panel del costado de la habitación, y después de oprimir algunos botones y mover un dial, comenzó a bajar la esfera en dirección a la cabeza de la joven.

La compadecía cuando ella movió la cabeza y vio el objeto que con un zumbido electrónico descendía lentamente. Emitió un grito histérico y aterrorizado, y se movió en el cilindro golpeando inútilmente con sus pequeños puños enguantados las paredes de fuerte plástico que la confinaban.

El ayudante que estaba cerca del disco retiró la capucha de la joven y los hermosos velos que disimulaban sus rasgos, descubriéndole la cara con el mismo aire indiferente con que uno hubiera podido retirar un pañuelo.

El último grito apenas se oyó porque el ayudante ajustó sobre la cabeza de la joven la pesada esfera, y la aseguró bien. Entonces su compañero ajustó una llave del panel y la esfera pareció cobrar vida, zumbando y chasqueando, mientras se encendían las bobinas y señales luminosas minúsculas surgían y desaparecían.

Me pregunté si la joven sabría que estaban preparando un registro de su cerebro, y que el resultado sería correlacionado con los sensores que protegían las habitaciones de una esclava de cámara.

Mientras la esfera hacía su trabajo, el ayudante que estaba cerca del cilindro desató los cinco cierres que lo aseguraban y lo abrió bruscamente. Con rapidez y eficiencia ató las muñecas a varios soportes montados en el cilindro, y con un pequeño cuchillo curvo rasgó las ropas de la joven y las retiró. Inclinado sobre un panel del disco, tomó tres objetos: el largo y clásico atavío blanco de una esclava de cámara, un collar también de esclava, y un objeto cuya importancia no percibí inmediatamente —una cosa pequeña y chata, que tenía grabada, con la clásica escritura cursiva goreana, la primera letra de la palabra que significa “muchacha esclava”—.

Sobre este último objeto aplicó una llave, y casi inmediatamente una parte del metal se tornó blanca a causa del calor.

Avancé un paso, pero Mul-Al-Ka y Mul-Ba-Ta me aferraron, y antes de que pudiera apartarlos de mi camino oí el grito sofocado pero

doloroso de la esclava marcada.

Era demasiado tarde.

—¿Tu compañero está bien? —preguntó el ayudante que estaba frente a la pared.

—Sí —dijo Mul-Al-Ka—, está muy bien, gracias.

—Si no está bien —insistió el individuo—, debe ir a la enfermería, que se encargará de destruirlo.

—Está muy bien —dijo Mul-Ba-Ta.

—¿Por qué habló de destrucción? —pregunté a Mul-Al-Ka.

—Se elimina a los muls infectados —dijo Mul-Al-Ka—. Es mejor para el Nido.

Concluida la operación, retiraron la esfera y aseguraron el collar de esclava al cuello de la muchacha, que lloraba desconsoladamente.

—Ahora, eres esclava —dijo el ayudante.

La joven gritó.

—Llévensela —dijo el ayudante que estaba frente al panel de la pared.

Obediente, el segundo ayudante comenzó a empujar el disco con el cilindro y la joven, y salió de la habitación.

Cerré la mano sobre el pomo de mi espada.

—No puedes hacer nada —dijo Mul-Al-Ka.

Quizás tuviera razón. ¿Tendría que matar a los inocentes ayudantes, sencillos muls que ejecutaban las tareas asignadas por los Reyes Sacerdotes? ¿Tendría que matar también a Mul-Al-Ka y a Mul-Ba-Ta? ¿Y qué podía hacer con la joven en el Nido de los Reyes Sacerdotes? ¿Y qué ocurriría con Misk? ¿Se me ofrecería otra oportunidad de salvarlo?

Estaba irritado con Mul-Al-Ka y Mul-Ba-Ta.

—¿Por qué me trajeron aquí? —pregunté.

—¿Acaso no viste su collar? —preguntó Mul-Al-Ka.

—Un collar de esclava —dije.

—Pero el número grabado era muy claro —insistió.

—¿No lo viste? —preguntó Mul-Ba-Ta.

—No —contesté irritado—. No lo vi.

—Era el número “setecientos ocho” —dijo Mul-Al-Ka.

Me sobresalté, pero nada dije. Setecientos ocho era el número del collar de Vika. Ahora se había asignado otra esclava a su cámara. ¿Qué significaba eso?

—Era el número de Vika de Treve —dije.

—Exactamente —confirmó Mul-Al-Ka—, la mujer que Sarm te prometió como parte de las riquezas, por tu papel en su plan para matar a Misk.

—Como ves —explicó Mul-Ba-Ta— se le dio el mismo número a otra esclava.

—¿Qué significa? —pregunté.

—Significa —dijo Mul-Al-Ka— que Vika de Treve ya no existe.

Sentí como si hubiese recibido un martillazo, porque aunque odiaba a Vika de Treve no deseaba su muerte. Comencé a sudar y a temblar.

—Quizás le han dado un collar nuevo —sugerí.

—No —dijo Mul-Al-Ka.

—Entonces, ¿ha muerto?

—De hecho, es como si hubiera muerto —contestó Mul-Ba-Ta.

—¡Qué quieres decir! —exclamé, tomándolo por los hombros y sacudiéndolo.

—Quiero decir —dijo Mul-Al-Ka— que la enviaron a los túneles del Escarabajo de Oro.

—¿Por qué?

—Ya no era útil para los Reyes Sacerdotes —dijo Mul-Ba-Ta.

—¿Porqué? —insistí.

—Creo que hemos dicho bastante —sugirió Mul-Al-Ka.

—En efecto —concluyó Mul-Ba-Ta—. Tal vez no hubiéramos debido decirte tanto.

Apoyé suavemente las manos en los hombros de los dos muls.

—Gracias, amigos míos —dije—. Comprendo lo que acaban de hacer. Me demostraron que Sarm no piensa cumplir sus promesas, y que planeó traicionarme.

—Recuerda —dijo Mul-Al-Ka— que no te dijimos eso.

—Es cierto —observé—, pero me lo demostraron.

—Solamente prometimos a Sarm —dijo Mul-Ba-Ta que no te lo diríamos.

Sonreí a los dos muls, mis amigos.

—Entonces, después que yo haya acabado con Misk, ¿ustedes tienen que matarme? —pregunté.

—No —dijo Mul-Al-Ka—, sencillamente te diremos que Vika de Treve te espera en los túneles del Escarabajo de Oro.

—Es la parte débil del plan de Sarm —dijo Mul-Ba-Ta, porque tú nunca irás a los túneles del Escarabajo de Oro a buscar a una mul hembra.

—Sin embargo, iré —dije.

Los dos muls se miraron con tristeza y menearon la cabeza.

—Sarm es más sabio que nosotros —dijo Mul-Al-Ka.

Sonreí para mis adentros, pues me parecía increíble que sin pensarlo dos veces hubiera decidido ir a rescatar a la indigna y pérfida Vika de Treve.

Sin embargo, no era tan extraño, sobre todo en Gor, donde se aprecia mucho el valor, y salvar la vida de una mujer equivale a conquistarla, pues el varón goreano tiene derecho a esclavizar a la

mujer cuya vida salvó; y los ciudadanos de la ciudad de la joven o su familia rara vez le niegan ese privilegio.

—Creí que la odiabas —dijo Mul-Al-Ka.

—La odio —dije.

—¿Es humano proceder así? —preguntó Mul-Ba-Ta.

—Sí —dije—, un hombre debe proteger a una hembra de la especie humana, sin importarle lo que ella pueda hacer.

—¿Es suficiente que sea una hembra de nuestra especie —preguntó Mul-Ba-Ta?

—Sí —contesté.

—¿Incluso si es una hembra mul? —preguntó Mul-Al-Ka.

—Sí —contesté.

—Qué interesante —observó Mul-Ba-Ta—. En ese caso, tendremos que acompañarte, porque también deseamos aprender a ser hombres.

—No —dije—, no tienen que acompañarme.

—Ah —dijo amargamente Mul-Al-Ka—, todavía no crees que seamos verdaderos hombres.

—Lo creo —dije—. Me lo demostraron informándome de las intenciones de Sarm.

—Entonces, ¿podemos acompañarte? —preguntó Mul-Ba-Ta.

—No —dije—, pues creo que podrán ayudarme en otras cosas.

—Nos agradará —dijo Mul-Al-Ka.

—Pero no tendremos mucho tiempo —agregó Mul-Ba-Ta.

—Es cierto —dijo Mul-Al-Ka—, pues pronto tendremos que ir a las cámaras de disección.

Los miré un instante, con una expresión de aguda decepción.

—Vayan, si lo desean —dije—, pero ésa no es una actitud muy humana.

—¿No? —preguntó Mul-Al-Ka, irguiendo la cabeza.

—¿No? —preguntó Mul-Ba-Ta, con súbito interés.

—No —dije—, no lo es.

—¿Estás seguro? —preguntaron ambos.

—Absolutamente seguro —dije—. Sencillamente no es humano presentarse por propia voluntad en las cámaras de disección.

Los dos muls me miraron un largo rato, se miraron entre ellos, volvieron a mirarme de nuevo, y parecieron llegar a cierto acuerdo.

—Muy bien —dijo Mul-Al-Ka—, no iremos.

—No —dijo Mul-Ba-Ta, con bastante firmeza.

—Bien —observé.

—¿Qué harás ahora, Tarl Cabot? —preguntó Mul-Al-Ka.

—Llévenme donde está Misk —pedí.

21. Encuentro a Misk

Fui con los dos muls y descendimos a una cámara abovedada, húmeda y alta, que no tenía bulbos de energía. Los costados de la cámara estaban formados por una sustancia áspera, en la que muchas rocas de diferentes formas y tamaños constituían un conglomerado.

Mul-Al-Ka tenía una antorcha, y con ella iluminaba buena parte de la cámara.

—Es un sector muy viejo del Nido —dijo Mul-Al-Ka.

—¿Dónde está Misk? —pregunté.

—Por aquí —dijo Mul-Ba-Ta—, pues así lo dijo Sarm.

Me pareció que la cámara estaba vacía. Impaciente, manipulé la cadena del traductor que los dos muls me habían conseguido en el trayecto hasta la prisión donde se encontraba Misk. No estaba seguro de que hubieran permitido a Misk conservar su traductor, y deseaba comunicarme con él.

Alcé los ojos, y durante un instante permanecí inmóvil, y al fin toqué el brazo de Mul-Ba-Ta.

—Allí arriba —murmuré.

Mul-Al-Ka elevó todo lo posible la antorcha.

Colgando del techo de la cámara había numerosas formas oscuras y alargadas, al parecer Reyes Sacerdotes con el abdomen hinchado grotescamente. No se movían.

—Misk —dije acercando los labios al traductor.

Casi instantáneamente reconocí el olor de mi amigo.

Pero no hubo respuesta.

—No está aquí —dijo Mul-Al-Ka.

—Quizá no —afirmó Mul-Ba-Ta—, pues si él hubiese contestado, tu traductor habría recogido la respuesta.

—Busquemos —propuso Mul-Al-Ka.

—Dame la antorcha —dije.

Tomé la antorcha y recorrí los límites de la habitación. Cerca de la puerta vi una serie de barras cortas que salían de la pared y que podían usarse como escala. Me puse la antorcha entre los dientes y me preparé para trepar.

De pronto me detuve, las manos apoyadas en una de las barras.

—¿Qué pasa? —preguntó Mul-Al-Ka.

—Escucha —dije.

Llegó a nuestros oídos el canto fúnebre y muy lejano de voces humanas, como un coro de muchos hombres que se acercaban poco a poco.

—Quizá vengan hacia aquí —dijo Mul-Al-Ka.

—Será mejor que nos ocultemos —propuso Mul-Ba-Ta.

Dejé las barras y conduje a los dos muls hacia el fondo de la sala. Les ordené que se ocultasen lo mejor posible. Apagué la antorcha y me agazapé detrás de una pila de restos. Así, juntos, vigilamos la puerta.

El canto sonó más fuerte.

Las palabras eran en goreano arcaico, y para mí era muy difícil entenderlas. En la superficie suelen hablarlo únicamente los miembros de la Casta de los Iniciados, que las emplean en sus variados y complejos ritos. Por lo que pude entender, era una especie de himno a los Reyes Sacerdotes, y mencionaba la fiesta de Tola y el Gur. El estribillo era más o menos éste:

> Hemos venido a buscar el Gur.
> En la Fiesta de Tola hemos venido a buscar el Gur.
> Alegrémonos porque en la Fiesta de Tola venimos por el Gur.

Se abrieron de par en par las puertas de la habitación, y vimos dos largas líneas de hombres que marchaban llevando cada uno una antorcha en una mano y en la otra lo que parecía un odre vacío de cuero dorado.

Mul-Al-Ka contuvo una exclamación.

—Mira, Tarl Cabot —murmuró Mul-Ba-Ta.

—Sí —dije, y le ordené que guardase silencio—. Veo.

Los hombres que formaban la procesión parecían humanos. Estaban afeitados y revestidos de plástico, como todos los muls del Nido, pero tenían el torso más pequeño y redondo que el de un ser humano, los brazos y las piernas parecían demasiado largos comparados con el tamaño del tronco, y las manos y los pies eran sumamente anchos. Los pies no tenían dedos, y exhibían una forma parecida a un disco, con rebordes carnosos y acolchados que les permitían caminar en silencio; también las palmas de las anchas manos eran una suerte de disco carnoso, que resplandecía a la luz azul de las antorchas. Pero sobre todo, me llamó la atención la forma y el tamaño de los ojos, porque eran muy grandes; tendrían siete u ocho centímetros de ancho, y eran redondos, oscuros y brillantes, como los ojos de un animal nocturno.

A medida que aumentaba el número de individuos que entraba en la sala, cada uno con su antorcha, pude ver más claramente lo que había allí. Podía distinguir las siluetas de los Reyes Sacerdotes colgados cabeza abajo del techo, los grandes abdómenes hinchados empequeñeciendo el tórax y la cabeza.

Entonces pude ver, asombrado, que las extrañas criaturas que habían entrado despreciaban las barras que estaban cerca de la puerta, y comenzaban a subir sencillamente caminando por las paredes casi en forma vertical, hasta llegar a los Reyes Sacerdotes; y después lo

hacían por el techo, cabeza abajo. Donde ponían el pie, dejaban un disco brillante de sudor, un líquido seguramente producido por los rebordes carnosos que les servían de pies. Mientras las criaturas que estaban abajo continuaban su himno fúnebre, los que habían trepado por las paredes y el techo, siempre sosteniendo sus antorchas, comenzaron a llenar los recipientes extrayendo una sustancia de la boca de los Reyes Sacerdotes.

Parecía haber un número muy elevado de muls, y los Reyes Sacerdotes colgados llegaban aproximadamente, al centenar. La extraña procesión entre el techo y el suelo continuó más de una hora. Mientras tanto los muls continuaron entonando su himno fúnebre.

Supuse que el exudado, o lo que fuere que los muls extraían de los Reyes Sacerdotes era el Gur; y ahora comprendí qué significaba retener el Gur.

Finalmente, el último de los extraños muls descendió al suelo.

Durante todo este episodio ninguno de ellos nos miró siquiera, tan absortos estaban en su tarea. Cuando no se ocupaban de recolectar Gur, los ojos redondos y oscuros se elevaban hacia los Reyes Sacerdotes, pendiendo del techo, a gran altura.

Por último, vi cómo un Rey Sacerdote se movía en el techo, y comenzaba a descender por la pared. Su abdomen ahora desprovisto de Gur, tenía proporciones normales, y caminó majestuosamente hacia la puerta, moviéndose con los pasos delicados que eran habituales en ellos. Una vez que llegó al suelo, varios muls lo flanquearon. Comenzaron a salir de la sala, cantando y sosteniendo las antorchas. Llevaban los recipientes colmados con una sustancia lechosa. Detrás del primer Rey Sacerdote siguió otro y después otro, hasta que todos menos uno habían abandonado el lugar. A la luz de las últimas antorchas que salieron de la cámara pude ver que quedaba un Rey Sacerdote. Aunque había entregado todo su Gur, todavía estaba aferrado al techo. Una fuerte cadena, unida a una argolla del techo, aseguraba una gruesa faja de metal que aferraba su estrecho tronco, entre el tórax y el abdomen.

Era Misk.

Me apoderé de una antorcha, la encendí y caminé hacia el centro de la cámara. La alcé todo lo posible.

—Bienvenido Tarl Cabot —dijo una voz que brotó de mi traductor —. Estoy preparado para morir.

22. Viaje a los túneles del Escarabajo de Oro

Me acerqué a las barras cercanas a la puerta. Sostuve la antorcha con los dientes, y comencé a trepar. Una o dos barras se me rompieron en las manos, y casi me caigo al suelo de rocas que me esperaba abajo. Aparentemente, las barras eran muy antiguas y nunca se las había reparado o reemplazado.

Cuando llegué al techo comprobé aliviado que con otras barras se formaba un camino, y que el extremo de cada una estaba curvado formando un saliente chato y horizontal, donde se podían apoyar los pies. Sosteniendo la antorcha con los dientes, porque quería tener las manos libres, comencé a avanzar hacia Misk.

Distinguía las figuras de Mul-Al-Ka y Mul-Ba-Ta, a unos cincuenta metros más abajo, aproximadamente.

Con movimientos lentos fui pasando de una a otra. Miré hacia abajo, y vi a Mul-Al-Ka y a Mul-Ba-Ta, con sus ojos fijos en mí. Sus rostros expresaban inquietud.

Un momento después estaba al lado de Misk.

Me saqué la antorcha de la boca y escupí algunas partículas de carbón; la alcé y miré a Misk.

Este, pendiendo cabeza abajo, iluminado por la luz azul de la antorcha, me miró serenamente.

—Salud, Tarl Cabot —dijo Misk.

—Salud, Misk —contesté.

—Hiciste mucho ruido —dijo Misk.

—Sí.

—Sarm debería inspeccionar esas barras —sugirió Misk.

—Imagino que sí —dije.

—Pero es difícil pensar en todo —agregó Misk.

—Sí, es difícil.

—Bien —dijo Misk—. Quizás deberías matarme ahora.

—Ni siquiera sé cómo hacerlo.

—Sí —admitió Misk—, será difícil pero si perseveras lo conseguirás.

—¿Hay un órgano central que yo pueda atacar? —pregunté—. ¿Por ejemplo, un corazón?

—Nada que sea muy útil —explicó Misk—. En el abdomen inferior hay un órgano dorsal que facilita la circulación de los fluidos corporales, pero como en general nuestros tejidos están directamente bañados en fluido corporal, destruir ese centro no acarrea una muerte inmediata.

—Sí —dije— en actitud comprensiva.

—Por mi parte —dijo Misk—, recomiendo los nódulos cerebrales.

—Entonces, ¿no es posible matar rápidamente a un Rey Sacerdote?

—Con tus armas es muy difícil —afirmó Misk—. Sin embargo, después de un tiempo lograrías cortar el tronco o la cabeza.

—Abrigaba la esperanza —comenté— de que hubiera un modo más rápido de matar a los Reyes Sacerdotes.

—Lo lamento —dijo Misk.

—En fin, creo que esto no tiene remedio.

—No —concordó Misk. Y agregó—. Y dadas las circunstancias, ojalá fuese posible encontrar una solución.

Observé un objeto de metal, una varilla cuadrada con unas minúsculas proyecciones en un extremo, que colgaba de un gancho, más o menos a medio metro de Misk.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Una llave de mi cadena —informó Misk.

—Bien —dije, y me apoderé del objeto y volví donde estaba Misk. Después de unos momentos, conseguí introducir la llave en la cerradura que aseguraba la faja metálica de Misk.

—Francamente —dijo Misk—, te recomiendo que me mates primero y después uses la llave. De lo contrario, sentiría la tentación de defenderme.

Moví la llave en la cerradura y la abrí.

—Pero yo no vine para matarte —expliqué.

—¿Acaso Sarm no te envió?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no me matas?

—No deseo hacerlo —dije—. Además, entre nosotros existe la Confianza del Nido.

—Es verdad —admitió Misk, y con las patas delanteras apartó la faja de metal, y dejó que colgase de la cadena—. Pero ahora Sarm te matará.

—Creo que eso habría ocurrido de todos modos —dije.

Pareció que Misk pensaba un momento.

—Sí —dijo— sin duda.

Luego Misk miró a Mul-Al-Ka y a Mul-Ba-Ta:

—También a ellos Sarm los matará —observó.

—Sarm les ordenó que se presentasen en las cámaras de disección —dije, y agregué—: pero decidieron no hacerlo.

—Notable —dijo Misk.

—Están mostrándose humanos —observé.

—Imagino que es su privilegio —dijo Misk.

Después, casi tiernamente, Misk me aferró con sus tentáculos y

me apretó contra su tórax, y de ese modo caminó por el techo y descendió por la pared vertical.

Cuando estuvimos en el suelo, con los dos muls, me volví hacia el Rey Sacerdote:

—Debes ocultarte —dije.

—Sí —agregó Mul-Al-Ka—, encuentra un lugar secreto, y quizás un día Sarm sucumba a los placeres del Escarabajo de Oro y tu puedas vivir tranquilo.

—Te traeremos alimentos y agua —propuso Mul-Ba-Ta.

—Ustedes son muy amables —respondió Misk mirándolos—. Pero eso es imposible.

—¿Por qué? —pregunté, desconcertado.

—Es la Fiesta de Tola —explicó—. Y por lo tanto, debo dar Gur a la Madre.

—Te descubrirán y matarán —dije—. Cuando Sarm sepa que estás vivo, tratará de destruirte.

—Naturalmente —dijo Misk.

—Entonces, ¿te ocultarás?

—No seas tonto —dijo Misk—, es la Fiesta de Tola, y debo dar Gur a la Madre.

—Lo lamento —dije.

—Lo que me entristecía —dijo Misk— era el hecho de no poder dar Gur a la Madre, y esa preocupación me agobió todos estos días; pero ahora, gracias a ustedes, podré cumplir con mi deber, hasta que Sarm me mate o yo sucumba a los placeres del Escarabajo de Oro.

—Estamos dispuestos a morir por ti —dijo Mul-Al-Ka.

—Sí, estamos dispuestos —agregó Mul-Ba-Ta.

—No —dijo Misk—, deben ocultarse y tratar de vivir.

Los muls me miraron, impresionados, y yo asentí. —Sí —dije—, ocúltense y enseñen a otros miembros a ser de la especie humana.

—¿Qué les enseñaremos? —preguntó Mul-Al-Ka.

—A ser humanos.

—Pero, ¿qué significa ser humano? —intervino Mul-Ba-Ta—. Tú no nos lo enseñaste.

—Eso debe decidirlo cada uno por sí mismo —expliqué—. Ustedes tienen que decidir qué significa ser humano.

—Es lo mismo con un Rey Sacerdote —intervino Misk.

—Iremos contigo, Tarl Cabot —dijo Mul-Al-Ka—, para luchar contra el Escarabajo de Oro.

—¿Qué significa esto? —preguntó Misk.

—La joven Vika de Treve está en los túneles del Escarabajo de Oro —dije—. Y voy a socorrerla.

—Llegarás demasiado tarde —observó Misk—, porque ya estamos en el tiempo de la incubación.

Nos miramos.

—No vayas, Tarl Cabot —dijo—. Morirás.

—Debo ir —dije.

—Comprendo —afirmó Misk—. Es como dar Gur a la Madre.

—Iremos contigo —afirmó Mul-Al-Ka.

—No —dije—, ustedes deben ocuparse de la especie humana.

—¿También tenemos que hablar a los que llevan Gur? —preguntó Mul-Ba-Ta, estremeciéndose ante el recuerdo de esos cuerpos redondos y pequeños, con brazos, piernas y ojos tan extraños.

—Sí —contesté—, donde quiera haya algún humano... sea lo que fuere, y donde se encuentre.

—Comprendo —dijo Mul-Al-Ka.

—Y yo también —dijo Mul-Ba-Ta.

—Muy bien —dije.

Después de estrecharme la mano, los dos hombres se volvieron y corrieron hacia la salida.

Misk y yo nos quedamos solos.

—Habrá dificultades —dijo Misk.

—Sí —convine—, imagino que sí.

—Y tú serás el responsable —agregó Misk.

—En parte —dije—, pero lo que ocurra finalmente será decidido por los Reyes Sacerdotes y los hombres.

Lo miré.

—Es absurdo —dije— que acudas a la Madre.

—Es absurdo —contestó— que vayas a los túneles del Escarabajo de Oro.

Desenfundé la espada corta y afilada, y la examiné con cuidado. Sí, pensé, podía confiar en ella.

—¿Dónde están los túneles del Escarabajo de Oro? —pregunté.

—Averígualo —dijo Misk—. Son bien conocidos por todos los habitantes del Nido.

—¿Matar a un Escarabajo de Oro es tan difícil como matar a un Rey Sacerdote? —pregunté.

—No lo sé —afirmó Misk—. Nunca matamos a un Escarabajo de Oro y tampoco los hemos estudiado.

—¿Por qué no? —pregunté.

—No lo hacemos —contestó Misk—. Y además, sería un grave delito matarlos.

—Comprendo.

Me volví para salir, pero di media vuelta para enfrentar de nuevo al Rey Sacerdote.

—Misk —pregunté—, con esos filos de tus patas delanteras, ¿podrías matar a un Rey Sacerdote?

Misk invirtió las patas delanteras y examinó los filos.

—Sí —dijo— Podría.

Pareció absorto en sus pensamientos.

—Pero nadie lo hizo en más de un millón de años —dijo.

Elevé mi brazo hacia Misk. —Te deseo bien —dije, utilizando la tradicional despedida goreana.

Misk alzó una pata delantera a modo de saludo, y la proyección afilada desapareció. Sus antenas se inclinaron hacia mí y los vellos dorados de las mismas se extendieron hacia delante.

—Te deseo bien.

Y así nos separamos el Rey Sacerdote y yo, para seguir cada uno su propio camino.

23. Encuentro a Vika

Pensé que había llegado demasiado tarde para salvar a Vika de Treve.

En los profundos túneles oscuros del Escarabajo de Oro, en esos corredores tortuosos excavados en la roca sólida, encontré su cuerpo.

Sostuve la antorcha sobre mi cabeza e iluminé la hedionda caverna donde ella yacía sobre un lecho de musgo sucio.

Estaba cubierta sólo por harapos, los restos de su atuendo otrora tan hermoso ahora desgarrados y manchados por lo que seguramente había sido una fuga terrible a través de esos túneles oscuros y rocosos, corriendo, tropezando y gritando, tratando inútilmente de escapar de las mandíbulas del implacable Escarabajo de Oro.

Me agradó ver que en su cuello ya no llevaba el collar de esclava.

La caverna en que yacía estaba impregnada del hedor del Escarabajo de Oro, al que aún no había encontrado. El contraste con los túneles escrupulosamente limpios del Nido de los Reyes Sacerdotes hacía aún más repulsivos el desorden y la suciedad.

En un rincón había huesos dispersos, y entre ellos astillas de un cráneo humano. Los huesos estaban triturados, y la bestia había devorado la médula.

No tenía modo de determinar cuánto tiempo hacía que Vika estaba muerta, aunque me maldije porque aparentemente su final había sobrevenido pocas horas antes. Su cuerpo estaba rígido, con la apariencia de la muerte reciente, pero no tan frío como yo hubiera esperado.

No se movía, y sus ojos parecían fijos en mí, con todo el horror del último instante en que las mandíbulas del Escarabajo de Oro se habían cerrado sobre ella. Su piel estaba bastante seca, pero no deshidratada.

Como el cuerpo no estaba frío, largo rato busqué el latido del corazón. Le sostuve la muñeca, tratando de hallar el más leve signo de pulso. No pude oír ni latidos ni el pulso.

Aunque había odiado a Vika de Treve, me dolía profundamente su destino. Y ahora que la veía muerta, comprendía que en cierto modo, oscuro, había sentido afecto por ella.

—Lo siento —dije—, lo siento, Vika de Treve.

Aunque era extraño, el cuerpo no tenía heridas graves.

Me pregunté si era posible que ella hubiese muerto de miedo.

Las laceraciones o las magulladuras podían haberse originado en su fuga a través de los túneles. El cuerpo, los brazos y las piernas estaban lastimados y rozados, pero no mostraban desgarros ni fracturas.

Lo único que vi, al principio, fue un pequeño pinchazo en el costado izquierdo; quizá le habían inyectado un veneno.

No obstante, descubrí en su cuerpo cinco grandes protuberancias redondas; pero no imaginaba que pudieran ser la causa de su muerte. Formaban una línea sobre el costado izquierdo, desde el interior del muslo hasta la cintura, y después hasta poco antes del hombro. Las protuberancias, duras, redondas y suaves parecían estar exactamente bajo la piel, y cada una tenía aproximadamente el tamaño de un puño. Pensé que se trataba de una reacción fisiológica ante el veneno que imaginaba le habían inyectado en el sistema.

Ahora, nada podía hacer por ella —salvo quizá buscar al Escarabajo de Oro—.

Me aparté de Vika de Treve, y sosteniendo la antorcha salí de la caverna. En ese instante me pareció oír un alarido silencioso, horrible, pero en realidad no hubo nada de eso. Regresé y acerqué la antorcha, el cuerpo estaba igual que antes, los ojos fijos con la misma expresión de frío horror, de modo que salí de la cámara.

Continué recorriendo los pasajes y los túneles del Escarabajo de Oro, pero no divisé signos de la criatura.

Sostenía la espada en la mano derecha, la antorcha en la izquierda.

Fue una búsqueda prolongada y macabra, a la luz azul de la antorcha, probando primero en un corredor y después en el siguiente.

Mientras recorría las cavernas, mi dolor por Vika de Treve luchaba con mi odio por el Escarabajo de Oro, hasta que me obligué a reprimir los sentimientos y a concentrar la mente en la tarea.

Pero a medida que la antorcha se consumía sin que yo viese signos de la bestia, mis pensamientos retornaban constantemente a la forma inmóvil de Vika, acostada en la caverna del Escarabajo de Oro.

Hacía varias semanas que no la veía, e imaginaba que la habían enviado a los túneles del Escarabajo de Oro varios días antes. ¿Por qué sólo ahora la criatura la había capturado? Y si era cierto que había sido capturada poco antes, ¿cómo había logrado sobrevivir todos esos días en la caverna? Quizá, me dije, al igual que el Gusano del Lodo, se había visto obligada a comer los restos de las víctimas anteriores del escarabajo; pero me parecía difícil creerlo, pues el estado de su cuerpo no indicaba una batalla prolongada y degradante contra el hambre.

¿Y cómo era posible, me preguntaba, que el Escarabajo de Oro no hubiese comenzado a devorar la carne delicada de la orgullosa belleza de Treve?

Comencé a pensar en las cinco extrañas protuberancias que anidaban tan grotescamente en ese hermoso cuerpo, y en lo que Misk me había dicho: que creía que sería demasiado tarde, porque se aproximaba el tiempo de la incubación.

Del fondo de mi corazón brotó un grito de horror, y me volví y corrí enloquecido desandando el camino.

Varias veces tropecé contra salientes rocosos, y me lastimé los hombros y los muslos, pero no disminuí la velocidad de mi carrera hacia la caverna del Escarabajo de Oro. Ni siquiera necesité detenerme para identificar las pequeñas marcas que había dejado en los muros de los corredores con el fin de guiar mis pasos, porque ahora me parecía que conocía cada recodo y cada recoveco de los túneles, como si hubiera tenido un mapa bien detallado, fijo en la memoria.

Irrumpí en la caverna del Escarabajo de Oro y sostuve en alto la antorcha.

—¡Perdóname, Vika de Treve! —grité—. ¡Perdóname!

Me arrodillé al lado del cuerpo de la joven, y hundí la antorcha en un espacio, entre dos piedras del suelo.

En un lugar de su carne, distinguí los ojos relucientes de un organismo pequeño, dorado y del tamaño de una pequeña tortuga, que trataba de salir de su cáscara correosa. Con la espada extraje el huevo y lo aplasté, y destruí a su ocupante con el talón de mi sandalia.

Con cuidado, metódicamente, retiré un segundo huevo. Lo acerqué al oído. En su interior podían oírse arañazos insistentes y horribles, el movimiento de un organismo minúsculo y vivaz. También rompí ese huevo, y no descansé, hasta que destruí lo que había dentro.

Hice lo mismo con los tres huevos siguientes.

Después, tomé la espada y limpié el aceite de un costado del filo, y apliqué el acero reluciente a los labios de la joven de Treve. Cuando lo retiré, grité feliz, al ver un poco de humedad sobre el filo.

La apreté en mis brazos, y la sostuve contra mi pecho.

—Oh, muchacha de Treve —dije—. Vives.

24. El Escarabajo de Oro

En ese instante oí un leve ruido y advertí que desde la oscuridad de uno de los túneles que partían de la caverna me miraban dos ojos llameantes y luminosos.

El Escarabajo de Oro no era tan alto como un Rey Sacerdote, pero probablemente era bastante más pesado. Tenía más o menos el tamaño de dos rinocerontes, y lo primero que observé después de los ojos llameantes fue la presencia de dos prolongaciones tubulares y huecas, como pinzas ganchudas, que se extendían cerca de un metro. Sin duda eran una mutación aberrante de las mandíbulas. A diferencia de las que tenían los Reyes Sacerdotes, las antenas eran muy cortas. Pero me llamaron la atención varios mechones largos y dorados, casi una melena, que se extendían desde su cabeza, sobre el lomo curvo y dorado, y rozaban el suelo. El lomo parecía dividido en dos gruesas capas, que quizá miles de años atrás eran alas córneas; pero ahora los tejidos se habían unido y formaban una suerte de cáscara gruesa e inmóvil, de color dorado.

Comprendí que el ser que tenía ante mí podía matar a los Reyes Sacerdotes.

Pero sobre todo temí por la seguridad de Vika de Treve.

Permanecí delante del cuerpo de la joven, la espada desenvainada.

Pareció desconcertado no intentó atacar. Era indudable que en su larga vida nunca había encontrado nada parecido en los túneles. Retrocedió un trecho, y escondió la cabeza bajo el caparazón dorado. Alzó las mandíbulas ganchudas y tubulares, como deseoso de proteger los ojos de la luz de mi antorcha.

Pensé que la llama, que ahora ardía en los túneles siempre oscuros del escarabajo, quizá lo había cegado o desorientado, temporalmente. Lo más probable era que el olor de los productos de la combustión de la antorcha que ahora impregnaba las delicadas antenas debía representar una cacofonía tan desagradable como hubiera podido ser para nosotros un estrépito de ruidos prolongados y discordantes.

Alcé la antorcha que había dejado en una grieta entre las piedras, y profiriendo un grito la arrojé al rostro de la criatura. Pero ésta no pareció intimidada. Era evidente que no me temía, ni temía al fuego.

Retrocedí un paso, y el escarabajo se adelantó sobre seis patas cortas. Me pareció que sería muy difícil herirlo, sobre todo cuando tenía la cabeza protegida por el caparazón. El hecho de que retirase la cabeza sin duda perjudicaba su visión, pero a semejanza de los Reyes Sacerdotes, era indudable que se sentía más cómodo en la oscuridad,

donde sus antenas podían funcionar perfectamente.

Guardé la espada en la vaina, y me arrodillé al lado del cuerpo de Vika, sin apartar los ojos que me vigilaban desde varios metros de distancia.

Vika aún tenía el cuerpo rígido a causa del veneno que la había paralizado, pero ahora, quizá como consecuencia de la eliminación de los cinco huevos, el cuerpo estaba un poco más tibio y flexible que antes.

Cuando toqué a la joven, el escarabajo avanzó otro paso y comenzó a silbar.

Con el brazo derecho puse a Vika sobre mi hombro, y me incorporé. El silbido se hizo más intenso.

Aparentemente, la fiera no deseaba que retirase a Vika de la caverna.

Caminando hacia atrás, con el cuerpo de Vika cargado al hombro, y la antorcha en una mano, me retiré lentamente de la caverna del Escarabajo de Oro.

Cuando el ser, que me seguía, avanzó hacia el montón de musgo sucio donde había yacido Vika, se detuvo y comenzó a revisar los restos de los huevos que yo había aplastado.

Transcurrieron unos minutos, durante los cuales continué alejándome de la caverna, y de pronto oí uno de los sonidos más extraños y horribles de mi vida, una especie de alarido prolongado, extraño y frenético, casi un grito de dolor, de comprensión y sufrimiento.

Me detuve un momento y escuché.

Comprendí que el Escarabajo de Oro se había lanzado por el túnel, tratando de alcanzarme.

Me volví y continué avanzando. Un rato después me detuve nuevamente y otra vez presté atención.

Al parecer, el Escarabajo de Oro no podía desplazarse con mucha rapidez. Pero yo sabía que avanzaba inexorablemente, y que no estaba dispuesto a abandonar fácilmente su presa. Se acercaba poco a poco, y estaba allí, en la oscuridad, paciente e implacable.

Deposité a Vika en el suelo, y apoyé la antorcha contra la pared del corredor.

Me parecía inconcebible que el escarabajo pudiese perseguir a su presa por esos túneles durante horas y quizá hasta días. Pero yo mismo había visto su cuerpo, y ahora sabía que era incapaz de movimientos rápidos y prolongados. Por eso mismo me extrañaba que una criatura tan lenta y torpe, aunque formidable de cerca, pudiese capturar y matar a un organismo tan vivaz y ágil como un Rey Sacerdote.

Le moví las piernas a Vika y le froté las manos, con el propósito

de restablecer su circulación.

Acerqué el oído a su corazón, y me complació percibir un débil latido. Le apreté una muñeca, y observé un leve movimiento de sangre en las venas.

No había mucho aire en los túneles del Escarabajo de Oro. Imaginé que no se ventilaban con la misma eficacia que los túneles de los Reyes Sacerdotes. Aquí prevalecía un hedor, quizá originado por las diferentes secreciones del animal. Antes no lo había advertido claramente, y de pronto comprendí que había pasado muchas horas en esos túneles, sin alimento, moviéndome sin descanso. Pero luego ya tendría tiempo de dormir. El escarabajo estaba lejos. Por lo menos podría adormecerme por un momento.

Desperté sobresaltado.

El hedor ahora era insufrible, y estaba muy cerca.

La antorcha era apenas un fragmento reluciente.

Percibí unos ojos que me espiaban.

Ahogué una exclamación de terror cuando dos objetos largos, duros y curvos se cerraron sobre mi cuerpo.

25. El vivero

Mis manos aferraron las mandíbulas estrechas y huecas del Escarabajo de Oro, y trataron de apartarlas, pero esos ganchos, implacables y quitinosos se cerraron con más fuerza que antes. Me habían desgarrado la piel, y sentí horrorizado que tiraban de mis tejidos; comprendí que el animal estaba sorbiendo por los tubos huecos; pero yo era un hombre, un mamífero, y no un Rey Sacerdote, y los fluidos de mi cuerpo estaban encerrados en un sistema circulatorio de forma diferente. Presioné sobre los tubos con toda la fuerza de mis músculos y conseguí separar mandíbulas un par de centímetros. La criatura comenzó a silbar y la presión se hizo aún más fuerte, pero logré separar los tubos de mi piel, y centímetro a centímetro los fui apartando, hasta que la distancia entre los dos tentáculos llegó a ser de casi dos metros. Realicé un esfuerzo supremo y de pronto oí un ruido similar al de una rama que se quiebra; los tentáculos se desprendieron de la cara del monstruo, y cayeron al suelo de piedra del corredor.

El silbido cesó.

El escarabajo vaciló, todo su cuerpo empezó a temblar, y la bestia escondió la cabeza bajo la protección del caparazón. Comenzó a retroceder moviendo las seis patas cortas. Di un salto hacia delante, metí la mano bajo el caparazón y a la vez que aferraba las dos antenas, y retorciéndolas con una mano y presionando con la otra bajo el caparazón, conseguí al fin volverlo de espaldas, mientras se debatía. Cuando yació así, las patas cortas retorciéndose impotentes, extraje la espada, y la hundí diez o doce veces en el vientre vulnerable y descubierto. Al fin, esa cosa dejó de agitarse y permaneció inmóvil.

Me estremecí.

El olor de los vellos dorados todavía flotaba en los corredores, y temeroso de sucumbir a la ponzoña que impregnaba el aire, decidí salir de allí cuanto antes.

No quería volver a envainar la espada porque estaba sucia de los fluidos corporales del Escarabajo de Oro.

Me pregunté cuántos seres análogos habitaban los corredores y las cavernas próximos a los túneles de los Reyes Sacerdotes.

La túnica de plástico que usaba no me ofrecía una superficie absorbente en donde poder limpiar la hoja de la espada.

Posé los ojos en Vika de Treve. Aún no me había ayudado en nada.

Arranqué un pedazo de tela de su vestido, y con él me limpié las manos y la espada.

Ahora, lo que importaba era sacarla de los túneles, buscarle un

lugar donde pudiese refugiarse segura, y darle tiempo para que se disiparan los efectos del veneno del Escarabajo de Oro.

¿Dónde podría encontrar un lugar así?

A esas horas, Sarm seguramente ya sabría que me había negado a matar a Misk, y el Nido no era un lugar seguro para mí, ni para nadie que estuviese relacionado conmigo.

Me agradara o no, mi actitud me había volcado del lado de Misk.

Alcé en brazos a la joven Vika de Treve. Sentía el movimiento de la vida en su cuerpo, y la tibieza de su aliento en mi mejilla.

La antorcha titiló por última vez y se apagó del todo.

Suavemente besé la mejilla de Vika. Me sentía feliz. Ambos estábamos vivos.

Me volví; y sosteniendo en brazos a la joven, comencé a avanzar lentamente por el corredor.

Aunque me llevó tiempo, no tuve mayor dificultad para volver a encontrar el lugar por donde había entrado a los túneles del Escarabajo de Oro.

Cuando llegué al portal lo encontré cerrado, exactamente como me había imaginado que sucedería. No vi picaporte ni perillas ni botones que me permitieran abrirlo; en realidad, de nada servirían porque teóricamente nadie regresaba de los túneles del Escarabajo de Oro. A veces, se abrían los portales para que el escarabajo entrara en el Nido, pero no sabía cuándo se celebraba ese tipo de ceremonia.

Aunque el portal era muy grueso, imaginé que si golpeaba con el pomo de la espada los que estaban del otro lado me oirían.

Por otra parte, los muls que cuidaban el portal me habían informado que no les estaba permitido abrirlo para facilitar mi reingreso. Tal era la ley de los Reyes Sacerdotes. En definitiva, no sabía si atenderían o no a mi llamada, pero me pareció más conveniente que ambos informaran sinceramente que me habían visto entrar en los túneles, y que eso era todo.

Al parecer, la intención de Sarm había sido que entrara en los túneles del Escarabajo de Oro y muriese. Por lo tanto, creí conveniente dejarlo que creyese que todo se había desarrollado de acuerdo con sus planes.

Sabía que los túneles del Escarabajo de Oro, al igual que los del Nido, estaban mal ventilados, y confiaba usar uno de los tubos de ventilación para salir de allí sin ser visto. Si tal cosa no era posible, exploraría los túneles para hallar otra salida, y en el peor de los casos estaba seguro de que Vika y yo, ahora que conocíamos las características y los peligros del Escarabajo de Oro podríamos arreglarnos para sobrevivir indefinidamente en ese mundo subterráneo; y quizá lográramos escapar, cuando se descorriese el

portal para dar paso a otro de los asesinos dorados de los Reyes Sacerdotes.

Recordé que cerca del portal había visto un tubo de ventilación que se abría después de recorrer veinte o treinta metros por el pasaje, a una altura de tres metros del suelo. Una verja de metal cerraba el conducto, pero era bastante liviana y no creía que fuese muy difícil de aflojar.

El problema sería Vika.

Ahora percibí una corriente de aire fresco, y en la oscuridad, llevando en brazos a Vika, caminé hasta que la corriente se acentuó y me pareció que me pegaba directamente en la cara. Entonces, dejé en el suelo a Vika, y me preparé a saltar para aferrar el enrejado.

Un golpe de energía me explotó en la cara, y me recorrió el cuerpo cuando toqué la argolla de metal con mis dedos.

Estremecido y atontado, caí al suelo.

Gracias al resplandor que yo mismo había provocado, pude ver claramente el tejido metálico, el tubo que se extendía después, y los anillos fijados a la pared, los mismos que los muls utilizaban para limpiar los conductos y rociarlos con bactericidas.

Subí y bajé por el conducto, frotándome los brazos y meneando la cabeza, hasta que consideré estar en condiciones para intentarlo otra vez.

Entonces tuve más suerte y conseguí enganchar los dedos a la verja y me dejé colgar.

Lancé un grito de dolor, y aparté el rostro para evitar el calor y el fuego que parecían transformar la superficie que tenia sobre la cabeza en una imagen de torturante y salvaje incandescencia. Después, aunque hubiese querido no habría podido soltar la reja, y así, torturado por las cargas de energía que me recorrían el cuerpo, caí de nuevo al suelo. La verja, desprendida definitivamente de su marco, golpeó también en la piedra.

Aparté las manos y me arrastré en la oscuridad hacia uno de los costados del corredor, y me apoyé contra la pared. El cuerpo me dolía y temblaba, y no podía controlar los movimientos involuntarios de los músculos. Cerré los ojos, pero no por eso conseguí atenuar el dolor y la sofocación que me abrumaban.

No sé si me desmayé, pero supongo que sí, porque después recuerdo que ya el dolor había desaparecido; estaba apoyado en la pared, débil, y con náuseas. Me arrastré apoyándome en las manos y las rodillas y subí por el pasaje.

Reuniendo fuerzas, di un salto y conseguí aferrar uno de los anillos interiores del conducto, lo sostuve un momento, luego lo solté y volví a caer al suelo.

Me acerqué a Vika.

Podía oír claramente los latidos de su corazón, y ahora el pulso era intenso. Probablemente el aire fresco, en la vecindad del conducto contribuía a revivirla.

La sacudí.

—Despierta —dije—, ¡Despierta! La sacudí de nuevo, ahora con más fuerza, pero no logré mi propósito. La acerqué al conducto y traté de sostenerla, pero se le doblaban las piernas.

Finalmente, la besé y de nuevo la deposité suavemente en el suelo.

No deseaba permanecer demasiado tiempo en el corredor y tampoco quería abandonar a la joven.

Aparentemente, sólo tenia una alternativa.

Desprendí el cinturón de la espada, y después de abrocharlo nuevamente lo enganché en el anillo más bajo del conducto. Luego me quité las cuerdas de las sandalias. Con una até las sandalias y las colgué al cuello; con la otra, aseguré las muñecas de Vika, y pasé sus brazos alrededor de mi garganta y el hombro izquierdo. De ese modo, la colgué de mi cuerpo, y ayudándome con el cinto de la espada, pronto alcancé el primer anillo. Una vez allí, desabroché el cinturón y volví a unirlo alrededor del segundo anillo, y así subí un anillo tras otro.

Después de elevarme unos sesenta metros por el conducto de aire, pude ver satisfecho que había llegado a dos ramales, que corrían horizontalmente a partir del conducto vertical.

Retiré los brazos de Vika, y sosteniéndola en vilo avancé por el conducto, que por lo que sabía se acercaba paulatinamente a los principales complejos del Nido. De sus labios escapó un leve gemido. Estaba recuperando el sentido.

Largo rato nos desplazamos por los conductos de ventilación; a veces marchábamos horizontalmente, y otras trepando. De tanto en tanto pasábamos bajo una abertura del conducto, y a través de una reja podía ver parte del Nido.

Por último, llegamos a una abertura que daba a un complejo bastante pequeño de construcciones, donde varios muls trabajaban. Pero no había ningún Rey Sacerdote.

También vi, contra la pared del fondo del sector muy iluminado, sucesivas hileras de cajas de plástico, muy semejantes a la que yo había ocupado en el compartimento de Misk. Algunas cajas estaban ocupadas por muls, varones o hembras. A diferencia de la caja que había usado y de otras que había visto, éstas parecían cerradas con llave.

Al parecer, los ocupantes de estas cajas recibían hongos, agua, píldoras y todo lo que necesitaban, de manos de los muls que los servían.

Además de las formas humanas o humanoides que habitaban las cajas, había una variedad de animales e incluso criaturas extrañas, cuyo carácter no atinaba a definir.

Mientras miraba la extraña reunión de los seres de las cajas, me pareció evidente que había llegado a uno de los Viveros, de los cuales había oído hablar a Sarm. Este complejo era ideal para los propósitos que me preocupaban entonces.

Oí un gemido de Vika, y me volví para mirarla.

Yacía de costado, contra la pared del conducto, a cuatro o cinco metros del enrejado.

Ahora comenzaba a moverse, y debatiéndose al fin consiguió apoyarse en las manos y las rodillas, la cabeza inclinada, los cabellos colgando de modo que rozaban el suelo del conducto. Lentamente alzó la cabeza y la sacudió —un movimiento breve y elegante con el que echó hacia atrás los cabellos—. Entonces me vio, y abrió los ojos asombrada. Le temblaron los labios, pero no habló.

—¿Es costumbre de las orgullosas mujeres de Treve —pregunté— comparecer ante los hombres con ropas tan breves?

Se miró los harapos que vestía, escasos incluso para una esclava, y las muñecas atadas.

Me observó, y cuando habló lo hizo en un murmullo:

—Me trajiste —dijo— de los túneles del Escarabajo de Oro.

—Sí —confirmé.

Ahora que Vika había despertado, comprendí de pronto las dificultades de la situación. La última vez que había visto a esta mujer había sido en la cámara donde ella intentara seducirme con su belleza en beneficio de mi enemigo, Sarm, el Rey Sacerdote. Sabía que era infiel, maligna y traicionera, y a causa de su belleza mil veces más peligrosa que un enemigo común.

Mientras me miraba, en sus ojos había una luz extraña, cuyo significado no alcanzaba a entender del todo.

—Me agrada saber que vives —murmuró.

—Y a mí —dije secamente—, también me agrada saber que tú vives.

—Corriste grandes peligros —dijo—, para atar las muñecas de una muchacha.

No contesté nada.

—¿Te propones matarme? —preguntó.

Me eché a reír.

—Comprendo —dijo.

—Te salvé la vida.

—Te obedeceré.

Extendí las manos hacía Vika, y sus ojos se encontraron con los míos. Alzó las muñecas sujetas, las apoyó en mis manos y

arrodillándose ante mí inclinó la cabeza y dijo en voz baja pero muy clara:

—Yo, la joven Vika de Treve, me someto... por completo... al hombre Tarl Cabot, de Ko-ro-ba.

Alzó los ojos hacia mí.

—Ahora, Tarl Cabot —continuó—, soy tu esclava, debo hacer lo que tú desees.

Sonreí. Si hubiera tenido un collar, lo habría cerrado sobre ese hermoso cuello.

—No tengo collar —dije.

—De todos modos, Tarl Cabot —contestó Vika—, uso tu collar.

—No comprendo —dije—. Habla y explícate, esclava.

No tenía más remedio que obedecer.

Habló en voz muy baja, muy lentamente, como si le costara emitir cada palabra. Ese era sin duda su caso, en vista del enorme orgullo de la joven de Treve.

—He soñado —dijo—, desde la primera vez que te vi, Tarl Cabot, que usaba tu collar y tus cadenas. Soñé con eso desde la primera vez que te conocí... soñé que estaba encadenada a los pies de tu diván.

—No comprendo —dije.

Meneó tristemente la cabeza. —No importa.

Apoyé las manos sobre sus cabellos y la obligué a levantar la cara.

—¿Sí, amo? —preguntó.

Mi mirada severa exigía respuesta.

Sonrió, y sus ojos estaban húmedos. —Significa únicamente —dijo— que soy tu esclava... para siempre.

De nuevo alzó los ojos. —Significa, Tarl Cabot —dijo con los ojos empañados por las lágrimas—, que te amo.

Le desaté las muñecas y la besé.

26. La seguridad de Vika de Treve

Era difícil creer que la gentil y obediente joven que se refugiaba en mis brazos, y que ahora sollozaba de placer, era la orgullosa Vika de Treve.

Pero yo todavía no estaba seguro si podía confiar en ella, y no quería correr riesgos. Sabía quién era, la princesa pirata de la altiva y saqueadora Treve, en la Cordillera Voltai.

No, no quería correr riesgos con esta joven, porque sabía que era traicionera y maligna como las nocturnas aves predadoras.

—Cabot —rogó la joven—, ¿qué debo hacer para que me creas?

—Te conozco —repliqué.

—No, Cabot —dijo—, no me conoces. Meneó la cabeza con tristeza.

Comencé a retirar la reja, de modo que pudiésemos dejarnos caer al suelo de la cámara del Vivero. Felizmente, esa argolla no estaba cargada de energía.

—Te amo —dijo, y me tocó el hombro.

La aparté bruscamente.

—Aun así, es cierto —dijo.

Me volví y la miré fríamente:

—Representas bien tu papel —dije—, y casi me engañaste, Vika de Treve.

—No entiendo —balbuceó.

Estaba irritado. Qué convincente había sido su papel de esclava enamorada, dispuesta a satisfacer mis menores caprichos, mientras esperaba una oportunidad para traicionarme.

—Guarda silencio, esclava —ordené.

Enrojeció de vergüenza e inclinó la cabeza, hundió la cara entre las manos, y se arrodilló, gimiendo suavemente.

Finalmente, conseguí retirar una parte del ancho enrejado, lo necesario para pasar a la cámara; y poco después, Vika me siguió y yo la ayudé a descender.

La verja volvió a ocupar su lugar.

Me agradaba bastante haber descubierto la red de tubos de ventilación, porque representaba una ancha y complicada red de vías de acceso a todos los lugares del Nido a los que yo deseaba llegar.

Vika aún lloraba un poco, pero yo la sacudí rudamente y le dije que acabase de una vez. Se mordió los labios y contuvo un sollozo; cuando al fin dejó de llorar, todavía tenía los ojos llenos de lágrimas.

Miré su atuendo, que aunque sucio y desgarrado era aún, visiblemente, el de una esclava de las cámaras; una pista que revelaba su identidad. Sin duda produciría curiosidad, y hasta sospechas.

Tracé un plan temerario.

Miré severamente a Vika. —Debes hacer lo que te ordene —dije— y deprisa, y sin discutir.

Inclinó la cabeza. —Obedeceré —dijo en voz baja... amo.

—Serás una muchacha traída de la superficie —dije—, pues todavía tienes tus cabellos, y diré que te llevo al Vivero por orden de Sarm, el Rey Sacerdote.

—No entiendo.

—Pero obedecerás.

—Sí —afirmó.

—Yo seré tu guardián —expliqué—, y te llevo para que seas una nueva hembra mul en las cajas de reproducción.

—¿Una mul? —preguntó—. ¿Las cajas de reproducción?

—Quítate esas ropas —ordené—, y pon las manos detrás de la espalda.

Vika me miró sorprendida.

—¡Deprisa!

Hizo lo que le ordenaba, y le até las muñecas a la espalda.

Tomé los harapos que vestía y los arrojé a un eliminador de residuos.

Poco después, adoptando un aire autoritario, presenté a Vika al jefe del Vivero.

Contempló con desagrado la cabeza sin afeitar y los cabellos largos y bellos. —Qué fea es —dijo.

Supuse que había nacido en el Nido, y allí se había formado su concepto de la belleza femenina.

Me complació comprobar que esa opinión impresionaba mucho a Vika, e imaginé que era la primera vez que un hombre la miraba con desagrado.

—¿No es un error? —preguntó el jefe.

—No —contesté—. Es una nueva hembra mul, y viene de la superficie. Por orden de Sarm aféitenla y vístanla como corresponde. Después, deben asignarle una caja de reproducción, donde quedará sola y encerrada. Más adelante ustedes recibirán nuevas órdenes.

Vika de Treve fue introducida en una caja de plástico, pequeña pero cómoda, en la cuarta hilera del Vivero. Vestía la breve túnica de plástico púrpura asignada a las muls hembras en el Nido, y salvo las pestañas todos sus cabellos habían sido eliminados por completo.

Vio reflejada su imagen en el costado de la caja, lanzó un grito, y se tapó la cara con las manos.

Gimió, y se inclinó contra la pared de la caja, los ojos cerrados.

La abracé un instante; pareció sorprendida.

—¿Qué me hiciste? —murmuró.

La miré severamente y contesté:

—Lo que deseaba.

—Por supuesto —dijo Vika, apartando los ojos—, no soy más que una esclava

Retrocedió un paso. —Ah, sí —dijo—, lo olvidaba... tu venganza.

Me miró. —Antes, pensé que... —no concluyó la frase, y los ojos se le llenaron de lágrimas—: Mi amo es astuto —dijo, irguiéndose orgullosa—, sabe cómo castigar a una esclava traicionera.

Se volvió.

Un instante después volví a oír su voz. —¿Me abandonarás? —preguntó—. ¿O aún no has terminado conmigo?

Aunque en el fondo era una actitud insensata, hubiera deseado explicarle mi intención de liberarla apenas fuese posible; pero era absurdo informarla, en vista de su traición anterior, y felizmente no tuve oportunidad de hacerlo, porque en ese momento el jefe se acercó y me entregó un bolso de cuero donde estaba la llave de la caja de Vika.

—La mantendré con alimento y agua abundante —dijo el individuo.

Entonces, Vika se volvió súbitamente, de espaldas a la caja de plástico, las manos apoyadas en la superficie del recipiente.

—Te lo ruego, Cabot —dijo—, no me dejes aquí.

—Aquí te quedarás —respondí.

Meneó lentamente la cabeza. —No, Cabot —dijo—, por favor.

Había tomado mí decisión, y no deseaba discutir con la muchacha, de modo que no respondí.

De pronto, cayó de rodillas, y con los ojos llenos de lágrimas extendió las manos hacia mí. —Mira, guerrero de Ko-ro-ba —dijo—, una mujer de la casta superior de la alta ciudad de Treve se arrodilla ante ti y te ruega que no la dejes en este sitio.

—Veo a mis pies —dije— sólo una esclava. Y aquí se quedará.

—No, no —exclamó Vika.

—He tomado mi decisión —dije.

—En realidad, es bastante bella —dijo el jefe, modificando su juicio anterior.

—Sí, bastante bella —confirmé.

—Es notable cómo mejora una hembra mul cuando se la viste bien y se afeitan esos hilos que parecen gusanos —observó el jefe.

—Sí —dije—, de veras es sorprendente.

Vika inclinó la cabeza hacia el suelo, y gimió.

—¿Hay otra llave? —pregunté al jefe.

—No.

—¿Y si pierdo ésta? —pregunté.

—El plástico de la caja —explicó el jefe— es el que se utiliza en las jaulas, y la cerradura es especial, por lo tanto, será mejor que no la

pierdas.

—¿Pero si así fuera?

—Creo que podríamos abrir la caja con soplete —dijo el jefe.

—Comprendo. ¿Ocurrió alguna vez? —pregunté.

—Una sola vez —dijo el jefe—, y tardamos varios meses; pero no hay peligro porque podemos introducir desde afuera alimento y agua.

—Muy bien.

—Además —dijo el jefe—; jamás se pierde una llave. En el Nido nada se pierde. Se echó a reír. Ni siquiera un mul.

Entré en la caja, y examiné los recipientes de hongos.

Ahora, Vika se había incorporado, y se enjugaba los ojos con la mano.

—Cabot, no puedes abandonarme aquí —dijo, como si estuviera muy segura de lo que afirmaba.

—¿Por qué no?

Me miró. —Por otra parte —dijo—, te pertenezco.

—Creo que mi propiedad está segura aquí.

—Bromeas.

Me miró mientras yo alzaba las tapas de los recipientes de hongos. Las sustancias contenidas en ellos parecían frescas y de buena calidad.

—¿Qué hay en esos recipientes? —preguntó.

—Hongos.

—¿Para qué?

—Para comerlos.

—Jamás. Prefiero morir de hambre.

—Ya los comerás —dije—, cuando tengas suficiente apetito.

Vika me miró un momento, horrorizada, y después se echó a reír. Se apoyó contra el costado de la caja, incapaz de contener la risa. —¡Oh, Cabot! —exclamó aliviada—, cuánto miedo tuve. —Se acercó a mí y suavemente apoyó su mano sobre mi brazo. —Ahora comprendo —dijo, casi llorando de alivio—, pero me atemorizaste.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

Se echó a reír. —¡Nada menos que hongos! —gimió.

—No son tan malos cuando te acostumbras —dije—, y por otra parte, tampoco son muy agradables.

Meneó la cabeza. —Por favor, Cabot —dijo—, tu broma ha llegado demasiado lejos —sonrió—. Ten compasión —dijo—, si no de Vika de Treve... por lo menos de una pobre joven que no es más que tu esclava.

—No estoy bromeando —contesté.

No me creyó.

Examiné el tubo de píldoras y la jarra invertida de agua. —Aquí no existen los lujos del Nido que se te ofrecían en tu cámara —dije—,

pero creo que te arreglarás bastante bien.

—Cabot —dijo—, ¡por favor!

Me volví hacia el jefe. —Habrá que darle todas las noches doble ración de sal —dije.

—Muy bien —replicó.

—¿Le explicarás el asunto de los lavados? —pregunté.

—Por supuesto —dijo—, y los ejercicios.

Vika se acercó por detrás y me rodeó con sus brazos. Me besó la nuca. Se rió por lo bajo. —Ya bromeaste bastante, Cabot —dijo—, ahora salgamos de aquí, porque este lugar no me agrada.

En la caja no había musgo escarlata, sino una estera de paja a un costado. Era mejor que la que ella tenía en su propia cámara.

Me acerqué a la puerta y Vika, tomada de mi brazo sonreía y me miraba en los ojos, mientras me acompañaba.

En la puerta me detuve, y como ella intentó pasar se lo impedí con el brazo.

—No —dije—, te quedarás aquí.

—Bromeas.

—No —insistí—, no bromeo. Y suelta mi brazo.

—No querrás abandonarme aquí —dijo, meneando la cabeza—. No, no puedes... no puedes abandonar así a Vika de Treve. —Rió y me miró a los ojos. —No lo permitiré.

—¿No me lo permitirás? —pregunté.

Mi voz era la voz del amo goreano.

Me soltó el brazo y retrocedió un paso, temblorosa, con una expresión de temor. Había palidecido intensamente.

Desconcertada, me miró, con lágrimas en los ojos. —Golpéame si lo deseas —rogó—, pero por favor... llévame contigo.

—Te dije que ya había tomado una decisión.

—Pero amo, puedes cambiar tu decisión por mí —insistió.

—No lo haré.

Vika trató de contener las lágrimas. Me pregunté si era la primera vez en su vida que en un asunto importante para ella no se salía con la suya.

—¿Puedo hacerte una pregunta, amo? —preguntó.

—Sí.

—¿Por qué tengo que quedarme aquí?

—Porque no confío en ti.

—Oh, Cabot —gimió—, Cabot...

Sin decir una palabra más, salí de la habitación.

Vika meneó lentamente la cabeza y miró alrededor, incrédula... la estera, el jarro de agua, los recipientes a lo largo de la pared.

Alcé una mano para cerrar la puerta de plástico.

El gesto pareció despertar a Vika, y todo su cuerpo tembló de

pronto con el pánico de un hermoso animal atrapado.

—¡No! —gritó—. ¡Por favor, amo!

Corrió hacia mis brazos. La sostuve un momento y la besé, y sus labios se unieron con los míos, húmedos y cálidos dulces, ardientes y salados a causa de las lágrimas que había derramado, y después la aparté de mí, y cayó cerca de la caja, contra la pared. Se volvió para mirarme, apoyada en las manos y las rodillas. Meneó la cabeza, como negándose a creer lo que le ocurría. Alzó las manos hacia mí.

—No, Cabot —dijo—. No.

Cerré la puerta de plástico y la aseguré. Moví la llave en la cerradura y oí el golpe firme y seco del mecanismo.

Vika de Treve era mi prisionera.

Con un grito se incorporó y se arrojó contra la pared de la caja, golpeando salvajemente con sus pequeños puños. —¡Amo! ¡Amo!

Metí la llave en el bolso de cuero, y me lo colgué del cuello.

—Adiós, Vika de Treve —dije.

Dejó de golpear la división de plástico, y me miró fijamente, el rostro surcado de lágrimas.

Después, me asombró ver que sonreía, enjugaba una lágrima, y meneaba la cabeza, sonriendo ante el absurdo de su propia reacción.

—De veras te marchas —dijo.

—Sí —contesté.

—Sabía —dijo— que en realidad era tu esclava, pero hasta ahora no he sabido que en realidad eras mi amo. Me miró a través del plástico transparente, conmovida. —Es extraño sentir —continuó— y saber que alguien es realmente nuestro amo, saber que sólo él tiene derecho a hacer con una lo que le plazca, pero que nuestra voluntad no cuenta, que una es impotente y debe y quiere hacer lo que él manda, porque es necesario obedecer.

De pronto, Vika me sonrió. —Es bueno pertenecerte, Tarl Cabot —dijo—, me agrada pertenecerte.

—No comprendo —dije.

—Soy mujer —dijo—, y eres hombre, y eres más fuerte que yo, y soy tuya, algo que tú sabías y que ahora también yo aprendí.

Vika inclinó la cabeza. —En el fondo de su corazón —dijo Vika— la mujer siempre desea soportar las cadenas un hombre.

La afirmación me pareció bastante dudosa.

Vika alzó los ojos y sonrió. —Por supuesto deseamos elegir al hombre.

Eso me pareció menos dudoso.

—Y yo te prefiero, Cabot —agregó.

—Las mujeres desean ser libres —repliqué.

—Sí —convino la muchacha—, también deseamos ser libres. En todas las mujeres hay algo de la Compañera Libre y algo de la esclava.

La contemplé, ahora sin rencor. —Debo marcharme —insistí.

—Cabot, cuando te vi por primera vez —dijo—, supe que me poseías. —Fijó sus ojos en los míos:

—Deseaba ser libre, pero sabía que tú eras mi dueño... a pesar de que no me habías tocado ni besado. Supe que desde ese momento era tu esclava; tus ojos me dijeron que te habías adueñado de mí, y mi instinto más secreto así lo reconoció.

Me volví para salir.

—Te amo, Cabot —dijo de pronto, y como confundida, y tal vez atemorizada, de pronto inclinó humildemente la cabeza—, Quiero decir... que te amo, señor.

Sonreí ante la rectificación de Vika, pues una esclava rara vez puede dirigirse al amo por su nombre, sólo está autorizada a mencionar el título. El privilegio de usar el nombre, de acuerdo con la costumbre más usual, está reservado a la mujer libre, y sobre todo a la Compañera Libre.

Los ojos de Vika expresaban inquietud, y sus manos se movían como si deseara tocarme a través del plástico.

—¿Puedo preguntar —inquirió— adónde va mi amo?

—Voy a dar Gur a la Madre.

—¿Qué significa eso? —preguntó, asombrada.

—No lo sé —contesté—, pero me propongo averiguarlo.

—¿Es necesario que vayas? —preguntó.

—Sí —repliqué—, tengo un amigo que puede estar en peligro.

Me volví para salir, y oí su voz que decía:

—Amo, te deseo bien.

Era una joven extraña.

Si yo no hubiera sabido cuán maligna y engañosa era, qué cruel y traicionera, podría haberme permitido dirigirle una palabra amable.

Su desempeño había sido soberbio, casi convincente, y hasta me vi inducido a creer que yo le importaba.

—Sí —dije—, Vika de Treve... esclava... representas bien tu papel.

—No —dijo—, no... amo... ¡Te he entregado mi corazón!

Me reí de ella.

Me volví porque tenía cosas más importantes que atender que ocuparme de la infiel mujerzuela de Treve.

—Proveeré alimento y agua a la hembra mul —dijo el jefe de los ayudantes.

—Si así lo deseas —dije, y, me retiré.

27. En la cámara de la Madre

Continuaba la Fiesta de Tola.

Pero ya había quedado atrás la cuarta comida.

Habían transcurrido casi ocho ahns goreanos, es decir unas diez horas terrestres desde que yo me había separado de Misk y de Mul-Al-Ka y Mul-Ba-Ta, temprano por la mañana.

Antes de alejarme mucho del Vivero ya tenía idea de la orientación general del Nido, y mientras avanzaba impaciente vi un disco de transporte estacionado, por así decirlo, balanceándose sobre su colchón de gas, frente a uno de los altos portales de acero del Salón de los Comisarios.

Por supuesto, el disco no estaba vigilado, porque en la vida tan reglamentada del Nido el robo era desconocido, si se exceptuaba el hurto ocasional de un puñado de sal.

Ascendí al disco y poco después me deslizaba rápidamente por el corredor. Habría recorrido a lo sumo un pasang o cosa así, cuando detuve el disco frente a otro portal del Salón de Comisarios. Atravesé el portal, y pocos momentos después salí vestido con el atavío púrpura de un mul.

El empleado, que atendiendo a mi pedido imputó el gasto a Sarm, me informó que muy pronto debería imprimir en la nueva túnica los olores correspondientes a mi identidad, mis antecedentes, etcétera. Le aseguré que no olvidaría el asunto, y partí después de recibir sus felicitaciones porque ahora me había convertido en mul, y había abandonado la condición inferior de matok.

Arrojé la túnica de plástico rojo que había usado hasta ese momento, en el primer gabinete de residuos que encontré; de allí iría a parar hasta los distantes incineradores que funcionaban en algún lugar bajo el Nido.

Salté de nuevo al disco de transporte, y enfilé hacia el compartimento de Misk; dediqué unos minutos a reponer energías con los recipientes de hongos, y bebí un largo trago de agua del jarro invertido de mi cajón. Mientras comía los hongos y descansaba sentado en el cajón, consideré mi acción futura. Debía tratar de hallar a Misk. Probablemente moriría con él, o moriría en el intento de vengarlo.

Me pregunté qué sería de Mul-Al-Ka y Mul-Ba-Ta. Como yo, habían desobedecido a Sarm, y ahora eran proscritos en el Nido. Abrigaba la esperanza de que pudieran ocultarse y tuviesen alimento suficiente para vivir. No les asignaba muchas posibilidades. De todos modos, si podía hacerse algo para evitar las cámaras de disección, más valía intentarlo.

Recordé la figura del joven Rey Sacerdote que estaba en la cámara secreta, bajo el compartimento de Misk. Creía que el mejor modo de servir a Misk quizá fuera abandonarlo a su suerte, y tratar de proteger al joven varón; pero en realidad, todas esas cosas me interesaban poco. Desconocía la ubicación del huevo femenino, y aunque hubiera sabido a qué atenerme no habría podido protegerlo.

Por otra parte la raza de los Reyes Sacerdotes no me importaba demasiado, sobre todo cuando recordaba cómo los odiaba, y el sentimiento de rechazo que me inspiraba su tendencia a dirigir muchos aspectos importantes de la vida de los hombres en ese mundo. ¿Acaso no habían destruido mi ciudad? ¿No habían dispersado a su pueblo? ¿No habían destruido a muchos hombres con la Muerte Llameante y los habían llevado a las Montañas Sardar en los Viajes de Adquisición? ¿No nos consideraban animales inferiores, muy apropiados para servir a sus excelencias? No, me dije, más vale que los Reyes Sacerdotes mueran. Pero Misk era diferente, porque se trataba de mi amigo. Entre nosotros existía la Confianza del Nido, y por lo tanto, en mi condición de guerrero y hombre, estaba dispuesto a dar la vida por él.

Salí del compartimento de Misk, me instalé en el disco de transporte y me desplacé por el túnel, en silencio, buscando el lugar donde, según sabía, estaba la Cámara de la Madre.

Poco después, llegué a una barricada formada por gruesas barras de acero, que separaban los sectores del Nido abiertos a los muls de aquellos a los que se les prohibía entrar.

Montaba guardia un Rey Sacerdote, cuyas antenas se agitaron extrañadas cuando detuve el disco a cuatro o cinco metros de distancia. Tenía en la cabeza una guirnalda de hojas verdes, como la de Sarm; y además, a semejanza de éste también, del cuello pendía, además del traductor, el collar ceremonial de minúsculas herramientas de metal.

Necesité un momento para comprender la extrañeza del Rey Sacerdote.

Mi túnica no tenía señales olorosas, y durante un momento él había creído que el disco de transporte se desplazaba sin conductor.

Sus reacciones eran casi las mismas que las que un ser humano puede tener cuando en la habitación oye algo, pero no alcanza a ver de qué se trata.

Finalmente, sus antenas se desviaron hacia mí, pero sin duda el Rey Sacerdote estaba fastidiado porque no recibía las intensas señales olorosas que necesitaba para identificarme. El único Rey Sacerdote del Nido que hubiera podido reconocerme inmediatamente, y quizá desde lejos, era Misk, que sabía que yo no era un mul sino un amigo.

—Eres sin duda el Noble Guardia de la Cámara, adonde debo

acudir para que apliquen señales olorosas a mi túnica —dije amablemente.

—No —contestó—, guardo la entrada a los túneles de la Madre y tú no puedes entrar.

Bien, me dije, al fin lo encontré.

—¿Dónde puedo marcar mi túnica? —pregunté.

—Regresa al lugar de donde viniste, y pregunta —dijo el Rey Sacerdote.

—¡Gracias, Noble Guardia! —exclamé. Obligué al disco de transporte a virar en redondo.

Poco después entré por un túnel lateral, y comencé a buscar un conducto de ventilación.

Después de recorrer algunos metros, encontré uno que me pareció apropiado. Detuve el disco a medio pasang de distancia, y lo dejé cerca, de un portal abierto, por donde entraban y salían muchos muls con cubos de plástico y enormes palas de madera.

Volví caminando al tubo, retiré la reja que lo cubría, me deslicé en su interior y poco después avanzaba rápidamente por el sistema de ventilación, en dirección a la Cámara de la Madre.

De tanto en tanto miraba por las aberturas laterales; por una de ellas pude ver que ya me hallaba detrás de la barricada de acero con su Rey Sacerdote de guardia.

No se oía nada que indicara la celebración de la Fiesta de Tola, pero no tuve mayor dificultad para encontrar la escena de la celebración, pues pronto hallé un conducto saturado de aromas extraños y penetrantes, los mismos que según me había señalado Misk eran considerados muy atractivos por los Reyes Sacerdotes.

Seguí la dirección de dichos olores, y pronto me encontré espiando el interior de una inmensa cámara. El techo estaba a sólo treinta metros más o menos, pero el largo y el ancho eran considerables, y el lugar estaba ocupado por muchos Reyes Sacerdotes, adornados con guirnaldas verdes que les colgaban del cuello, y collares relucientes que representaban minúsculas herramientas de plata.

En el Nido habría un millar de Reyes Sacerdotes e imaginé que formaban casi toda la población del mismo; quizá faltaran los que obligadamente tenían que montar guardia en algunos lugares clave.

Los Reyes Sacerdotes se mantenían inmóviles, formando un enorme círculo y distribuidos en sucesivas hileras que se extendían concéntricas, como rodeando el escenario de un anfiteatro. A un costado, había cuatro Reyes Sacerdotes, que manipulaban las perillas de un gran artefacto productor de olores. En cada lado del artefacto habría como un centenar de perillas, y los cuatro ejecutantes maniobraban el artefacto con considerable virtuosismo, y tocaban

diferentes perillas en una complicada sucesión de movimientos.

Las antenas de los mil Reyes Sacerdotes parecían casi inmóviles, tan atentos estaban a la belleza de su música. Me adelanté y vi, sobre una plataforma elevada en un extremo de la sala, a la Madre.

Durante un momento no supe si estaba viva o muerta.

Sin duda, pertenecía a la especie de los Reyes Sacerdotes, y ahora carecía de alas, pero el rasgo más notable era el fantástico volumen del abdomen. La cabeza era un poco más grande que la de un Rey Sacerdote común, y lo mismo podía decirse del tórax, pero el tronco estaba unido a un abdomen lleno de huevos, y esa parte apenas era menor que un autobús urbano. Pero ahora, ese abdomen monstruoso, medio fláccido y arrugado, ya no mostraba la superficie flexible y tensa que sin duda había tenido antes, y parecía un saco vacío de cuero color castaño muy antiguo y manchado.

Pese a que el abdomen estaba hueco, las patas no podían sostener el peso, y la Madre yacía sobre el estrado, las patas traseras plegadas bajo el cuerpo.

La coloración no era la propia a un Rey Sacerdote normal, sino más oscura, más pardusca, y aquí y allá se veían manchas oscuras que descoloraban el tórax y el abdomen.

Las antenas no estaban alertas, y parecían muy rígidas, invertidas sobre su cabeza.

Los ojos, mortecinos y oscuros.

Tenía frente a mí a una criatura muy antigua: la Madre del Nido.

Era difícil imaginarla, muchas generaciones antes, con alas doradas, volando por los aires, en el cielo azul de Gor.

No vi al macho, al Padre del Nido, e imaginé que había muerto, o había vivido poco después del apareamiento. Me pregunté si él la habría ayudado, o si por sí sola ella había descendido a tierra para desprenderse de las alas y hundirse bajo las montañas, e iniciar el trabajo solitario de la Madre, es decir la creación del Nuevo Nido.

También me pregunté por qué no habían tenido más hembras.

Si Sarm las había destruido, ¿cómo era posible que la Madre no se hubiese enterado y ordenado que destruyesen a su hijo? ¿O era ella quien deseaba que no hubiese otras?

Pero si eso era cierto, ¿cómo podía haber sido cómplice de los planes de Misk para perpetuar la raza de los Reyes Sacerdotes?

Mientras los músicos continuaban produciendo sus ritmos rapsódicos de aromas, un Rey Sacerdote por vez, uno tras otro, avanzaba lentamente y se aproximaba a la plataforma de la Madre.

Allí, de un gran cuenco dorado de un metro y medio de profundidad y un diámetro quizá de seis o siete metros, depositado sobre un pesado trípode, extraía un poco de cierto líquido blancuzco, sin duda el Gur, y se lo ponían en su boca.

Después, se aproximaba a la Madre y con movimientos muy lentos inclinaba la cabeza y la tocaba con sus antenas. La Madre a su vez acercaba la suya, y entonces, con movimientos muy precisos pero leves, él depositaba una minúscula gota del precioso fluido en la boca de la Madre. Luego se retiraba y regresaba a su lugar, donde adoptaba la misma postura inmóvil que había observado antes.

Había dado Gur a la Madre.

Entonces no lo sabía, pero después aprendí que el Gur es un producto secretado inicialmente por grandes artrópodos grises de forma hemisférica, animales domesticados que por las mañanas van a pastorear en lugares donde crecen plantas especiales, cultivadas con el exclusivo propósito de alimentarlos, y de noche retornan a los establos donde los ordeñan los muls. El Gur especial usado en la Fiesta de Tola se conserva durante semanas en los estómagos sociales de Reyes Sacerdotes elegidos especialmente. Esa costumbre implicaba la frase que yo había oído varias veces: “Retener el Gur”.

En vista del número de Reyes Sacerdotes y del tiempo que cada uno necesitaba para dar Gur a la Madre, supuse que la ceremonia había comenzado varias horas antes.

Ya me había familiarizado con la asombrosa paciencia que caracterizaba a los Reyes Sacerdotes, y no me sorprendió la inmovilidad casi total de los que esperaban su turno. Pero ahora comprendí, mientras observaba el temblor leve y casi absorto de las antenas que respondían a la música olorosa, que esta no era una mera demostración de paciencia, sino un momento de exaltación, una concentración de todas las fuerzas del Nido, la rememoración de sus orígenes comunes y su historia compartida, la conciencia de su propio ser, los únicos que podían denominarse Reyes Sacerdotes en todo el universo.

Sarm había dicho que el Nido era eterno.

Pero en la plataforma a la que se acercaban esas criaturas doradas yacía la Madre, quizá ciega, casi insensible, el enorme y débil ser al que todos reverenciaban: una pobre criatura, pardusca, arrugada, el cuerpo enorme al fin agostado y vacío.

Pensé que se aproximaba la muerte de los Reyes Sacerdotes.

Traté de distinguir a Sarm y a Misk en las filas de doradas criaturas.

Una hora después, cuando me pareció que la ceremonia se aproximaba a su fin, los divisé casi al mismo tiempo.

Las filas de Reyes Sacerdotes se separaron para formar un corredor en mitad de la cámara, y por ese camino descendieron juntos Sarm y Misk.

Quizás fuera la culminación de la Fiesta de Tola, la entrega de Gur por los principales Reyes Sacerdotes, el Primogénito y el

Quintogénito, Sarm y Misk.

Por supuesto, Misk no tenía la corona de hojas verdes ni colgaba de su cuello la cadena de minúsculas herramientas.

Si Sarm se sentía desconcertado de ver a Misk, a quien creía muerto, en todo caso no mostró signos de inquietud. Los dos Reyes Sacerdotes se aproximaron a la Madre, y observé que Misk se acercaba, adelantaba la boca al gran cuenco dorado sobre el trípode, y después se aproximaba a la Madre.

Entregó su Gur, con idéntica suavidad que habían demostrado quienes lo habían precedido, y después retrocedió.

Ahora Sarm, el Primogénito, se aproximó a la Madre y también él hundió las mandíbulas en el cuenco dorado y se acercó a la criatura inmóvil y apoyó suavemente las antenas sobre la cabeza de la Madre, y de nuevo ella se movió apenas, pero esta vez pareció que después de un primer contacto retraía las antenas.

Sarm acercó sus mandíbulas a la boca de la Madre, pero ella no alzó la cabeza.

Al contrario, desvió la cara. La música de olores se interrumpió bruscamente, y las filas de Reyes Sacerdotes se agitaron, como si un viento invisible hubiese pasado sobre las criaturas que ocupaban la cámara.

Eran muy evidentes los signos de consternación en las filas de Reyes Sacerdotes, el sobresalto que se manifestaba en las antenas, el movimiento de los apéndices, la tensión súbita de la cabeza y el cuerpo, las antenas dirigidas hacia la Plataforma de la Madre.

De nuevo Sarm acercó sus mandíbulas a la cara de la Madre, y nuevamente ella se apartó.

Había rehusado aceptar el Gur. Misk estaba cerca, el cuerpo completamente inmóvil.

Sarm retrocedió unos pasos. Parecía aturdido. Se hubiera dicho que toda su estructura larga, delgada y áurea, estaba estremeciéndose.

Entonces, sin la más mínima delicadeza, con inusitada tosquedad trató de acercarse otra vez a la Madre. Pero, antes siquiera de que él se acercase, ella de nuevo apartó la cabeza, esa cabeza antigua, pardusca y descolorida.

De nuevo Sarm se retiró.

Luego, con movimientos lentos Sarm se volvió hacia Misk.

Ahora ya no temblaba ni estaba conmovido; en cambio su cuerpo se irguió hasta alcanzar la altura máxima.

Ante la Plataforma de la Madre, enfrentando a Misk, tal vez medio metro más alto, Sarm se alzó en lo que parecía una terrorífica quietud.

Durante un momento las antenas de los dos Reyes Sacerdotes casi se tocaron, y después, las de Sarm se aplastaron contra la cabeza, y

otro tanto hicieron las de Misk.

Casi simultáneamente emergieron las afiladas proyecciones de las patas delanteras.

Con movimientos lentos, los Reyes Sacerdotes comenzaron a describir círculos, en un rito quizá más antiguo que la propia Fiesta de Tola.

Con una velocidad que todavía ahora me parece casi inconcebible, Sarm se arrojó sobre Misk, y después de un momento de confusión los apéndices posteriores de ambas criaturas se entrelazaban, y los dos cuerpos iniciaban un lento movimiento de vaivén.

Conocía la extraordinaria fuerza de los Reyes Sacerdotes y comprendía perfectamente las tensiones y presiones que alentaban en los cuerpos de esas criaturas enlazadas, cada una de las cuales intentaba derribar a la otra para acabar con ella de una vez.

Sarm se desprendió, y de nuevo comenzó a describir un círculo. Mientras tanto Misk se volvió lentamente, contemplándolo, las antenas pegadas al cuerpo.

De pronto, Sarm atacó a Misk y descargó sobre él una de las proyecciones afiladas de las patas delanteras, y retrocedió de un salto, incluso antes de que yo alcanzara a ver la herida empapada de una sustancia verde en el costado izquierdo de uno de los grandes discos luminosos de la cabeza de Misk.

De nuevo Sarm cargó, y otra vez se formó una herida larga y humedecida con un líquido verde sobre el costado de la enorme cabeza dorada de Misk; nuevamente Sarm, que se movía con una velocidad increíble, se apartó antes de que Misk pudiese tocarlo.

Sarm atacó por tercera vez, y ahora se formó una herida en el costado derecho del tórax de Misk, cerca de uno de los nódulos cerebrales.

Misk parecía aturdido y sus movimientos eran lentos. Inclinó la cabeza, y pareció que las antenas se movían vacilantes, y se ofrecían al ataque de su adversario.

La secreción verde que fluía de las heridas de Misk se convertía en una costra sólida y verdosa que le cubría el cuerpo y le rodeaba las heridas.

Pensé que a pesar de su aparente debilidad, Misk en realidad había perdido muy escaso fluido corporal.

Cautelosamente, Sarm observó las antenas debilitadas y vacilantes de Misk. Después, pareció que una de las patas de Misk cedía bajo el peso del cuerpo y se doblaba a un costado. Supuse que en el frenesí de la batalla no había conseguido ver la herida en la pierna. Y supuse que Sarm opinó lo mismo.

Por cuarta vez Sarm se arrojó sobre su enemigo, la proyección

afilada alzada para herir; pero esta vez Misk se enderezó repentinamente, apoyándose en la misma pierna que en apariencia ya no lo sostenía, y aplastó las antenas al costado de la cabeza un instante antes de recibir el golpe del filo de Sarm. Cuando Sarm al fin descargó la proyección afilada, encontró que su apéndice estaba aferrado por los tentáculos del extremo de la pata delantera de Misk.

Sarm tembló, y atacó con la segunda pata delantera, pero Misk la aferró con sus tentáculos, y de nuevo comenzaron a hamacarse y balancearse, porque Misk, que carecía de la velocidad de Sarm, había decidido que le convenía más la lucha cuerpo a cuerpo.

De pronto, con terrible fuerza, las mandíbulas de Misk se cerraron y describieron un movimiento primero a derecha y después a izquierda. Sarm cayó de espaldas, y cuando tocó el suelo, y las mandíbulas de Misk rozaron el grueso tubo que separaba la cabeza del tórax de éste —que en un humano hubiera representado el cuello— las mandíbulas de Sarm comenzaron a cerrarse.

En ese instante, vi las proyecciones afiladas desaparecer de los extremos de las patas delanteras de Sarm, éste plegó las patas delanteras contra el cuerpo y cesó su resistencia, e incluso movió la cabeza para ofrecer mejor el tubo que unía el tórax con la cabeza.

Las mandíbulas de Misk no continuaron cerrándose, y él permaneció inmóvil, como indeciso.

Podía matar a Sarm.

Por el traductor que colgaba del cuello de Sarm llegó una voz y una desesperada señal olorosa emitida por el Primogénito. El significado era muy claro: “Soy un Rey Sacerdote”.

Misk retiró las mandíbulas del cuello de Sarm, y retrocedió un paso.

No podía matar a un Rey Sacerdote.

Misk se apartó lentamente de Sarm, y con pasos lentos se aproximó a la Madre, ante la cual compareció, con grandes manchas de fluido verdoso coagulado que le cubrían las heridas del cuerpo.

Si le habló o ella lo hizo, en todo caso yo no pude percibir las señales.

Quizás, sencillamente, se miraron.

Yo tenía los ojos fijos en Sarm, que con movimientos lentos y apoyándose en los cuatro apéndices posteriores comenzaba a incorporarse. Vi horrorizado cómo se quitaba del cuello el traductor, y esgrimiéndolo como una maza corría hacia Misk y lo golpeaba perversamente, a traición.

Las patas de Misk cedieron lentamente, y el cuerpo se desplomó.

Ahora Sarm estaba detrás de Misk, y frente a la madre.

Percibí una señal de la Madre, y el sonido era apenas audible. Dijo:

—No.

Pero Sarm miró alrededor, contempló las hileras doradas de Reyes Sacerdotes inmóviles que lo miraban. Después, satisfecho, abrió las grandes mandíbulas y avanzó lentamente hacia Misk.

En ese instante, retiré de un puntapié la reja del tubo de ventilación, y emitiendo el grito de guerra de Ko-ro-ba salté a la Plataforma de la Madre, y un instante después estaba entre Sarm y Misk, blandiendo la espada.

—¡Alto, Rey Sacerdote! —grité.

Jamás un humano había pisado la cámara, y yo no sabía si estaba cometiendo sacrilegio; pero no me importaba, porque mi amigo corría peligro.

Un sentimiento de horror estremeció las filas de los Reyes Sacerdotes reunidos, quienes agitaron nerviosamente las antenas, y sus cuerpos dorados se estremecieron de cólera. No dudo que centenares conectaron al mismo tiempo sus traductores, porque en mi aparato comenzaron a resonar las amenazas y protestas:

—Tiene que morir. Mátenlo. Maten al mul.

Pero de pronto la propia Madre emitió nuevamente su negativa, y por todas partes surgió la sencilla expresión:

—No.

No era el mensaje de los Reyes Sacerdotes, sino el de la Madre que yacía pardusca y arrugada tras de mí:

—No.

Las hileras de Reyes Sacerdotes parecieron agitarse durante un instante presas de la confusión y la angustia; y por extraño que parezca, se mantenían tan inmóviles como siempre, como si fueran estatuas doradas, mirándome.

Del traductor de Sarm llegó un mensaje:

—Morirá —dijo.

—No —insistió la Madre.

—Sí —dijo Sarm—, morirá.

—No —dijo la Madre, y el mensaje brotó nuevamente del traductor de Sarm.

—Soy el Primogénito.

—Soy la Madre.

—Hago lo que quiero —afirmó Sarm.

Miró alrededor, y contempló las hileras de Reyes Sacerdotes silenciosos e inmóviles, y nadie se opuso. Ahora, hasta la propia Madre guardaba silencio.

—Hago lo que quiero —repitió el traductor de Sarm. Sus antenas se volvieron hacia mí, como si intentara reconocerme. Examinaron mi túnica, pero no encontraron marcas olorosas.

—Usa tus ojos —le dije.

Los discos dorados de la gran cabeza globular parecieron parpadear y se fijaron en mí.

—¿Quién eres?

—Soy Tarl Cabot, de Ko-ro-ba.

Las proyecciones afiladas de Sarm emergieron malignamente, y así permanecieron.

Había visto actuar a Sarm, y sabía que su velocidad era increíble. Confiaba en que lograría ver a tiempo la dirección de su ataque. Pensé que apuntaría a mi cabeza o a mi cuello, porque eran los lugares que tenía más cerca.

—¿Cómo es posible —preguntó Sarm— que te hayas atrevido a venir aquí?

—Hago lo que quiero —dije.

Sarm se irguió. No había retraído las proyecciones afiladas

—Parece que uno de nosotros debe morir —afirmó Sarm.

—Quizás.

—¿Y el Escarabajo de Oro? —preguntó Sarm.

—Lo maté —dije— Ven, luchemos.

Sarm retrocedió un paso.

—No está bien —dijo repitiendo lo que siempre había oído decir a Misk—: es un grave delito matar al Escarabajo de Oro.

—Está muerto —dije—. Vamos, luchemos.

Sarm retrocedió otro paso.

Se volvió hacia uno de los Reyes Sacerdotes. —Traedme un tubo de plata.

—¿Un tubo de plata para matar a un mul? —preguntó el Rey Sacerdote.

—Fue sólo una broma —explicó Sarm al Rey Sacerdote, que en lugar de contestar se limitó a mirarlo.

Sarm volvió a hablarme.

—Es un grave delito amenazar a un Rey Sacerdote —dijo—. Te mataré enseguida, porque de lo contrario tendré que enviar a un millar de muls a las cámaras de disección.

—Si estás muerto —pregunté— ¿cómo los enviarás a las cámaras de disección?

—Es delito matar a un Rey Sacerdote —insistió Sarm.

—Pero tú quisiste matar a Misk.

—Es traidor al Nido —arguyó Sarm.

—Sarm —repliqué— es el traidor al Nido, porque este Nido morirá, y él no permitió que se fundase otro.

—El Nido es inmortal —afirmó Sarm.

—No —intervino la Madre.

De pronto, con velocidad incalculable, la proyección afilada de Sarm cayó sobre mi cabeza. Apenas la vi llegar, pero un instante antes

había visto que le temblaba una fibra del hombro, y comprendí que había transmitido la señal de atacar.

Cuando el filo de Sarm estaba todavía a menos de un metro de mi cuello encontró el acero centelleante de una espada goreana que antes ya había estado en el sitio de Ar, que había enfrentado y vencido al acero de Pa-Kur.

Un chorro horrible de fluido verdoso me bañó la cara y salté a un costado; con el mismo movimiento sacudí la cabeza y con el dorso de la mano me froté los ojos.

Un instante después estaba otra vez en guardia, pero vi que ahora Sarm se hallaba a diez o más metros de distancia y se revolvía lentamente en lo que sin duda era una primitiva danza de agonía. Alcancé a percibir los intensos y extraños olores del dolor.

A un costado yacía la proyección afilada, al pie de uno de los estrados de piedra donde se alineaban los Reyes Sacerdotes.

Varios Reyes Sacerdotes, que estaban detrás de Sarm, comenzaron a avanzar.

Alcé el filo de la espada, dispuesto a morir con honor. Pero detrás de mí percibí algo.

Mirando por encima del hombro, vi la figura dorada de Misk, que se había incorporado.

Apoyó en mi hombro una pata delantera. Miró a Sarm y a sus aliados y las grandes mandíbulas laterales se abrieron y cerraron una vez.

Los Reyes Sacerdotes partidarios de Sarm se detuvieron. El mensaje de Misk a Sarm brotó por el mismo traductor de Sarm:

—Desobedeciste a la Madre —dijo Misk.

Sarm no contestó.

—Tu Gur ha sido rechazado —dijo Misk—. Vete.

—Traeremos tubos de plata —amenazó Sarm.

—Vete —repitió Misk.

De pronto, una voz muy extraña resonó en todos los traductores de la sala, y pronunció estas palabras:

—Lo recuerdo... nunca lo olvidé... en el cielo... en el cielo... tenía alas como una lluvia de oro.

No pude entender el sentido de las palabras, pero Misk sin prestar atención a Sarm y a sus secuaces, o a los restantes Reyes Sacerdotes, corrió hacia la Plataforma de la Madre.

Otro Rey Sacerdote y después otro, se acercaron, y yo los acompañé hasta la plataforma.

—Como lluvia de oro —repitió la Madre. La anciana criatura yacente en la plataforma, pardusca y arrugada, alzó las antenas y miró la cámara, y contempló a sus hijos. —Sí —dijo—, él tenía alas como lluvia de oro.

—La Madre se muere —dijo Misk.

Los Reyes Sacerdotes reunidos en la sala repitieron incrédulos el mensaje.

—No puede ser —dijo uno.

—El Nido es eterno —dijo otro.

Las débiles antenas temblaron. —Hablaré —dijo— con quien salvó a mi hijo.

Me pareció extraño que ella hablase así de ese poderoso ser dorado que era Misk.

Me acerqué a la antigua criatura.

—Yo soy —dije.

—¿Eres un mul? —preguntó.

—No, soy libre —dije.

En ese momento dos Reyes Sacerdotes que llevaban jeringas pasaron entre sus hermanos y trataron de aproximarse a la plataforma.

Cuando quisieron inyectar en el antiguo cuerpo alguno más de los muchos líquidos que sin duda le habían aplicado mil veces, ella meneó las antenas y lo impidió.

—No —dijo.

Uno de los Reyes Sacerdotes se dispuso a inyectar el suero a pesar de la negativa, pero Misk se lo impidió con su pata delantera.

El otro Rey Sacerdote que había llegado con una jeringa examinó las antenas y los ojos pardos y apagados.

Indicó a su compañero que no insistiese. —A lo sumo, sólo retrasará el fin —dijo.

Oí detrás la voz de uno de los Reyes Sacerdotes que repetía: El Nido es eterno.

Misk depositó un traductor sobre la plataforma, junto a la criatura moribunda.

—Sólo él —dijo la Madre.

Misk apartó a los médicos y depositó el traductor sobre la plataforma. Acerqué el oído al artefacto.

Alcancé a escuchar el mensaje, que dicho con voz muy débil no llegaba a los restantes traductores de la sala.

—Fui perversa —dijo la Madre—. Quería ser la única Madre de los Reyes Sacerdotes y escuché a mi Primogénito, que quiso ser el único Primogénito de una Madre de Reyes Sacerdotes.

El cuerpo anciano se estremeció, no sé si a causa del dolor o la pena.

—Ahora —dijo—, muero, y la raza de los Reyes Sacerdotes no debe morir conmigo.

Apenas alcanzaba a oír las palabras del traductor.

—Hace mucho —continuó—, mi hijo Misk robó el huevo de un varón, y lo ocultó para evitar que lo encuentren Sarm y otros que no

desean que haya otro Nido.

—Lo sé —dije en voz baja.

—No hace mucho, quizá no más de cuatro de tus siglos, me dijo lo que había hecho y sus razones para hacerlo. Medité lo que él había dicho, y finalmente... uniéndome al Segundogénito que después sucumbió a los placeres del Escarabajo de Oro, separé un huevo femenino y lo oculté de Sarm, fuera del Nido.

—¿Dónde está ese huevo? —pregunté.

Pareció que no entendía mi pregunta, y su cuerpo pardo comenzó a sufrir temblores espasmódicos, y temí que allí mismo terminara su vida.

Uno de los médicos se acercó y clavó su jeringa de modo que el contenido llegase a los fluidos del tórax. Un momento después, los temblores se calmaron.

De nuevo oí la voz que brotaba del traductor. —Dos humanos retiraron del Nido ese huevo —dijo ella—, hombres libres... como tú... y lo ocultaron.

—¿Dónde?

—Esos hombres volvieron a sus ciudades sin revelar a nadie la verdad, como se les había ordenado. Afrontaron peligros y privaciones, e hicieron bien su trabajo.

—¿Dónde está el huevo? —insistí.

—Pero sus ciudades se declararon la guerra —dijo la voz anciana —, y en la batalla esos hombres se mataron, y con ellos se perdió el secreto. Tu especie es muy extraña —dijo la Madre—. Medio larl medio Rey Sacerdote.

—No —dije—, medio larl, medio hombre.

Durante un momento no dijo nada, y después volvió a oírse la voz.

—Tú eres Tarl Cabot, de Ko-ro-ba —dijo.

—Sí.

—Me agradas.

Las viejas antenas se inclinaron hacia mí y yo las sostuve suavemente en las manos.

—Dame Gur —dijo.

Sorprendido, me aparté de ella y me acerqué al gran cuenco dorado, extraje unas gotas del precioso líquido sobre la palma de la mano, y regresé a ella.

Intentó alzar la cabeza, pero no pudo hacerlo. Las grandes mandíbulas se separaron lentamente, mostrando la lengua larga y suave.

—Quieres saber del huevo —dijo.

—Si deseas decírmelo.

—¿Lo destruirás?

—No lo sé.

—Dame Gur.

Metí la mano entre las antiguas mandíbulas suavemente, y con la palma le toqué la lengua, de modo que ella pudiese saborear la sustancia adherida.

—Acude a los Pueblos del Carro, Tarl de Ko-ro-ba —dijo—. Acude a los Pueblos del Carro.

—Pero, ¿dónde están?

Ante mis ojos horrorizados el cuerpo de la antigua Madre comenzó a temblar; yo retrocedí varios pasos mientras ella se incorporaba y alcanzaba la altura propia de un Rey Sacerdote, y sus antenas se extendían y enroscaban, tratando de sentir algo. Y de pronto, agobiada por el delirio y el sentimiento de poder, sentí que ella era la Madre de una gran raza, muy bella y fuerte y espléndida.

Y de los mil traductores distribuidos en la sala brotó el último mensaje de la Madre a sus hijos.

—Lo veo, lo veo, y sus alas son como lluvias doradas —dijo.

Después, lentamente, la enorme forma se desplomó sobre la plataforma y el cuerpo dejó de temblar; las antenas yacieron inertes sobre la piedra.

Misk se acercó y la rozó suavemente con las antenas.

Se volvió hacia los Reyes Sacerdotes.

—La Madre ha muerto —dijo.

28. Destrucción gravitatoria

Corría la quinta semana de la Guerra en el Nido, y el resultado aún estaba indeciso.

Después de la muerte de la Madre, Sarm y sus partidarios —la mayoría de los Reyes Sacerdotes porque él era el Primogénito— se alejaron velozmente de la cámara para apoderarse de los tubos de plata.

Eran armas cilíndricas, que se operaban manualmente, pero que incorporaban principios muy semejantes a los de la Muerte Llameante. Durante muchos siglos no se habían usado, y se guardaban envueltas en recipientes de plástico; pero cuando se abrieron esos recipientes y los irritados Reyes Sacerdotes comenzaron a manipularlas, se hallaban en perfectas condiciones para ejecutar su siniestro trabajo.

A lo sumo un centenar de Reyes Sacerdotes acudieron a la llamada de Misk, y esa tropa contaba sólo con poco más de una docena de tubos de plata.

El cuartel general de las fuerzas de Misk estaba en el compartimento de mi amigo, y desde allí él organizaba la defensa.

Las fuerzas de Sarm creyeron que nos derrotarían fácilmente, y avanzaron en sus discos de transporte, a través de túneles y plazas; pero los Reyes Sacerdotes de Misk, ocultos en las habitaciones, atrincherados detrás de los portales, y haciendo fuego desde las rampas y los techos de los edificios, pronto obligaron a retroceder a las tropas excesivamente confiadas de Sarm.

En esta guerra, las fuerzas mucho más numerosas del Primogénito podían ser neutralizadas, y comenzó a crearse una situación de infiltración y contrainfiltración, con frecuentes tiroteos y ocasionales escaramuzas.

El segundo día de la batalla, después que las fuerzas de Sarm se habían retirado, ocupé un disco de transporte y atravesé la tierra de nadie, dirigiéndome al Vivero.

De pronto, sorprendido, oí un canto lejano en el túnel y un canto que a medida que me aproximaba cobraba mayor volumen. Detuve el disco de transporte y esperé, el arma preparada.

Mientras esperaba, el túnel, y según supe después, todo el complejo, quedó sumido en sombras. Por primera vez quizá en siglos los bulbos de energía estaban apagados.

Pero el canto continuaba. Era como si la oscuridad no hubiese variado la situación. De pronto, en el túnel vi el súbito resplandor azul de una antorcha, y después otra y otra más.

Eran los portadores de Gur, que habían salido de sus cámaras. Contemplé atónito la larga procesión de criaturas humanoides, que

marchaban de a dos, los pies pegados al techo del túnel.

—Salud, Tarl Cabot —dijo una voz que venía del suelo.

Hasta ese momento no había visto a quien me saludaba, tan absorto estaba en la extraña procesión que marchaba con los pies pegados al techo.

—¡Mul-Al-Ka! —exclamé.

Se acercó al disco y me estrechó firmemente la mano.

—Al-Ka —dijo—. He decidido que ya no seré un mul.

Al-Ka alzó un brazo y señaló las criaturas que pendían del techo.

—También ellos —dijo— han decidido liberarse.

Una voz fina pero firme, como proveniente de un ser al mismo tiempo anciano y niño, resonó desde lo alto.

—Hemos esperado quince mil años este momento —dijo.

Y otra voz pidió:

—Dinos qué debemos hacer.

—Ahora no traen Gur —explicó Al-Ka— sino agua y hongos.

—Bien —dije—, pero explícales que esta guerra no es su guerra, sino una disputa entre los Reyes Sacerdotes, y que si lo desean pueden regresar a la seguridad de sus cámaras.

—El Nido se muere —dijo una de las criaturas— y hemos decidido que moriremos libres.

Al-Ka me miró a la luz de las antorchas. —Los admiro —dijo Al-Ka—, porque pueden ver a mil metros en la oscuridad, a la luz de una sola antorcha, y pueden vivir con un puñado de hongos y un trago de agua por día, y porque son valerosos y dignos.

Miré a Al-Ka. —¿Dónde está Mul-Ba-Ta? —pregunté. Era la primera vez que veía separados a los dos hombres.

—Fue a los Prados y las Cámaras de Hongos —dijo Al-Ka.

—¿Solo?

—Por supuesto —dijo Al-Ka—, de ese modo podemos realizar doble tarea.

—Espero verlo pronto —dije.

—Así será —contestó Al-Ka—, pues las luces se apagaron. Los Reyes Sacerdotes no necesitan luz, pero los humanos se ven en dificultades cuando reinan las sombras.

—En ese caso —dije— apagaron las luces a causa de los muls.

—Los muls están rebelándose —dijo sencillamente Al-Ka.

—Necesitarán luz —dije.

—En el Nido hay humanos que saben de esto —sostuvo Al-Ka—. Tendremos luz apenas pueda armarse el equipo necesario.

Al-Ka había hablado con absoluta seguridad y firmeza, como quien está muy seguro de lo que dice.

—¿Adónde vas? —preguntó Al-Ka.

—A uno de los Viveros —dije— en busca de una mul hembra.

—Excelente idea —dijo Al-Ka—. Quizá también yo un día de estos vaya a buscar a una mul hembra.

Y así, se formó una extraña procesión que caminó detrás del disco de transporte, ahora pilotado por Al-Ka en dirección al Vivero.

Allí, en la hilera correspondiente, encontré la caja de Vika de Treve. Ella estaba agazapada en un rincón, lejos de la puerta, en la oscuridad, y la vi a través del plástico, iluminada por la luz azul de la antorcha.

Aún con la cabeza afeitada me pareció increíblemente bella, y muy atemorizada, ataviada apenas con la túnica de plástico que era el único atuendo permitido a las muls hembras.

Retiré de mi cuello la llave de metal, y la introduje en el pesado mecanismo de la cerradura.

Abrí la caja.

—¿Amo? —preguntó.

—Sí.

De sus labios brotó un tierno grito de alegría. Pero sus ojos al mismo tiempo mostraban desconfianza pues no sabía cuáles eran mis intenciones, y por qué había regresado a buscarla.

La presencia de las extrañas criaturas colgadas del techo no contribuía a aliviar su temor.

—¿Quiénes son? —murmuró.

—Hombres con extrañas características —dije.

Vika contempló los cuerpos redondos y pequeños, las piernas largas de pies acolchados, y las manos de dedos largos con anchas palmas.

Centenares de ojos grandes, redondos y oscuros estaban fijos en ella, y Vika se estremeció.

Pensé si valdría la pena retirarla de la caja. Los hombros le temblaban mientras esperaba mi decisión definitiva.

No deseaba que continuase confinada allí, en vista de la situación que prevalecía en el Nido. A pesar de la caja de plástico estaría más segura con las fuerzas de Misk. Por otra parte, los ayudantes del Vivero habían desaparecido y las restantes cajas estaban vacías, de modo que en poco tiempo más comenzaría a pasar hambre y sed. No deseaba regresar periódicamente al Vivero para alimentarla, e imaginaba que si era necesario podía encontrarle un encierro apropiado cerca del cuartel general de Misk. Si no hallaba otra solución, pensé que siempre podría tenerla encadenada en mi propia habitación.

Deseaba confiar en ella, pero al mismo tiempo sabía que eso no era posible.

—Vika de Treve, esclava, vine a buscarte —dije con voz severa—, y a retirarte de la caja.

—Gracias, amo —dijo con voz baja, humildemente. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Llámame Cabot —ordené—, como hacías antes.

—Muy bien, Cabot, mi amo —dijo Vika.

Después de unos minutos le dije con voz severa:

—Ahora, debemos salir de aquí.

Me volví y salí de la caja, y como correspondía Vika me siguió a dos pasos de distancia.

Descendimos la rampa y nos acercamos al disco de transporte. Al-Ka examinó atentamente a Vika.

—Es muy sana —dijo.

—Sus piernas no parecen muy fuertes —observó Al-Ka después de examinar atentamente los muslos, las pantorrillas y los tobillos de la esclava.

—Pero eso no me preocupa —expliqué.

—Tampoco a mí —dijo Al-Ka—. Después de todo, uno puede ordenarle que suba y baje escaleras para fortalecerlas.

—Muy cierto —contesté.

—Creo que uno de estos días —explicó Al-Ka—, también yo me buscaré una mul hembra. —Después agregó—: Pero con las piernas más fuertes.

—Una excelente idea —comenté.

Al-Ka guió el disco de transporte y los tres iniciamos el viaje hacia el compartimento de Misk. Detrás marchaban los portadores de Gur.

Pasé el brazo sobre los hombros de Vika. —¿Sabías —pregunté— que volvería a buscarte?

Se estremeció y miró hacia delante, hacia el túnel en sombras. —No —dijo—, sabía únicamente que harías lo que se te antojara.

Alzó los ojos hacia mí.

—¿Una pobre esclava puede rogar —murmuró en voz baja—, que se le ordene acercar sus labios a los tuyos?

—Así se le ordena —dije, y sus labios buscaron ansiosamente los míos.

Esa misma tarde, poco después, Mul-Ba-Ta, que ahora era sencillamente Ba-Ta, apareció a la cabeza de largas líneas de antiguos muls. Venían de los Prados y las Cámaras de Hongos, y también ellos llegaron cantando. Algunos hombres de las Cámaras de Hongos cargaban grandes sacos de esporas selectas, otros llevaban enormes canastos de hongos recién cosechados; y los que venían de los Prados traían grandes artrópodos, grises, el ganado de los Reyes Sacerdotes.

—Pronto encenderemos lámparas —dijo Ba-Ta.

—Tenemos hongos suficientes para vivir —dijo uno de los cultivadores— hasta que plantemos estas esporas y recojamos la

próxima cosecha.

—Hemos quemado lo que no trajimos —dijo otro.

Misk contempló asombrado a los hombres que desfilaban ante mí.

—Agradecemos tanta ayuda —dijo—, pero tienen que obedecer a los Reyes Sacerdotes.

—No —dijo uno de ellos—, ya no obedecemos a los Reyes Sacerdotes.

—Pero —agregó otro— aceptaremos órdenes de Tarl Cabot, de Ko-ro-ba.

—Creo que les convendría —dije— mantenerse fuera de esta guerra entre Reyes Sacerdotes.

—Tu guerra es nuestra guerra —dijo Ba-Ta.

—Sí —agregó un hombre de los Prados, que traía una estaca puntiaguda que podía usar a modo de lanza.

Uno de los cultivadores de hongos miró a Misk. —Nacimos en este Nido —le dijo—, y es nuestro, tanto como de los Reyes Sacerdotes.

—Creo que este hombre dice la verdad —afirmé.

—Sí —continuó Misk—, yo también creo que dice la verdad.

De esta manera los antiguos muls, que eran humanos, comenzaron a unirse al bando del Rey Sacerdote Misk y sus escasos partidarios.

Por mi parte, creía que en vista de los depósitos de alimentos que Sarm y sus fuerzas tenían, la batalla dependería en definitiva de la capacidad de fuego de los tubos de plata, que escaseaban bastante en el bando de Misk; aun así, imaginaba que la habilidad y el coraje de los antiguos muls todavía podían representar un papel en los fieros combates que se avecinaban.

Como Al-Ka había previsto, los bulbos de energía del Nido volvieron a encenderse excepto, por supuesto, los casos en que el fuego de los tubos de plata de Sarm habían destruido por completo.

Los ingenieros muls, instruidos por los Reyes Sacerdotes, habían organizado una unidad auxiliar, y aplicado su energía al sistema principal.

Intrigado por la dureza del plástico usado en las cajas del Vivero, hablé con Misk, y ambos, con la colaboración de otros Reyes Sacerdotes y otros humanos, construimos una flota de discos de transporte, que era muy eficaz si se montaban en ella los tubos de plata. Estos discos incluso sin armamento eran bastante aceptables como vehículos de exploración o transporte, relativamente seguros. Las intensas descargas de los tubos de plata podían chamuscar y rasgar el plástico, pero a menos que la exposición fuese bastante prolongada no conseguían penetrarlo.

Durante la tercera semana de la guerra, equipados con los discos de transporte blindado, comenzamos a llevar la batalla al terreno de las fuerzas de Sarm, pese a que éstas todavía nos superaban holgadamente en número.

Nuestro servicio de inteligencia era muy superior al de Sarm, y la red de tubos de ventilación permitían que los ágiles hombres de las cámaras de hongos y los extraños portadores de Gur pudieran llegar a todos los lugares del Nido. Además, todos los antiguos muls que luchaban en nuestro bando vestían túnicas sin olor, y así tenían un camuflaje muy eficaz en el Nido.

En general, los humanos y los Reyes Sacerdotes de Misk formaban una fuerza de combate bastante eficaz. Los datos sensoriales que escapaban a las antenas podían ser descubiertos por los humanos de ojos agudos, y los olores sutiles que los humanos no percibían probablemente eran recogidos por el Rey Sacerdote que formaba parte del grupo. A medida que se iban sucediendo los combates, los miembros de grupos acabaron respetándose, confiando unos en otros, e incluso hasta llegaron a ser amigos. Cierta vez, un valeroso Rey Sacerdote de las fuerzas de Misk fue muerto, y los humanos que habían luchado con él lloraron. En otra ocasión, un Rey Sacerdote desafió el fuego de una docena de tubos de plata para rescatar a uno de los portadores de Gur que había sido herido.

Incluso diré que, en mi opinión, el peor error de Sarm en la Guerra del Nido fue su actitud frente a los muls.

Cuando comprendió que los muls de todas las categorías se unían a Misk llegó a la conclusión de que debía considerar enemigos a todos los muls del Nido. Por eso, emprendió el exterminio sistemático de todos los que caían en sus manos, y de ese modo muchos muls que sin duda le habían servido se pasaron al bando de Misk.

Con estos nuevos muls, que no venían de las cámaras de hongos y los prados, sino de los complejos del propio Nido, llegó una multitud de cualidades y talentos. Comenzó a correr el rumor de que los únicos muls a quienes Sarm no había destruido eran los Implantados, entre los cuales había criaturas como Parp, a quien yo había conocido mucho tiempo atrás, el primer día que entré en el mundo de los Reyes Sacerdotes.

Una de las ideas más notables destinadas a promover nuestra causa se originó en Misk, que me explicó algo de lo cual antes yo sólo había oído rumores: el dominio que los Reyes Sacerdotes ejercían sobre el fenómeno general de la gravedad.

—¿No sería útil —preguntó— que los discos de transporte blindado pudiesen volar?

Creí que bromeaba, pero contesté:

—Sí, a veces sería muy útil.

—En tal caso, lo haremos —dijo Misk, moviendo las antenas.

—¿Cómo? —pregunté.

—¿Habrás comprobado la notable liviandad del disco de transporte? —preguntó, a su vez.

—Sí.

—En realidad, lo construimos con un metal que en parte resiste la gravitación.

Reconozco que me eché a reír. Misk me miró desconcertado.

—¿Por qué enroscas las antenas? —preguntó.

—Porque no existe eso que tú llamas un metal resistente a la gravitación.

—¿Y el disco de transporte? —preguntó.

—El efecto de la gravedad —le dije— es una característica de los objetos materiales, lo mismo que el tamaño y la forma.

—No.

—Por lo tanto, no existe un metal resistente a la gravitación.

—¿Y el disco de transporte? —volvió a preguntar.

Me pareció que Misk se mostraba muy irritado. —Sí —dije—, el disco existe.

—En tu antiguo mundo —explicó Misk—, la gravedad es todavía un fenómeno natural tan inexplorado como era antes el caso de la electricidad y el magnetismo, y sin embargo ustedes consiguieron dominar relativamente ambos fenómenos... y nosotros, los Reyes Sacerdotes, hasta cierto punto hemos conseguido dominar la gravedad.

—La gravedad es diferente.

—Sí, lo es —dijo—, y por eso quizá ustedes todavía no la conocen bien. El trabajo de los humanos acerca de la gravedad todavía está en la etapa matemática descriptiva, no en la del control y la manipulación.

—No es posible controlar la gravedad —afirmé—, los principios son diferentes, y se trata de una fuerza que actúa sobre todo lo que existe.

—¿Qué es la gravedad? —preguntó Misk.

—No lo sé —reconocí.

—Yo sí lo sé —observó Misk—. Por lo tanto, vamos a trabajar.

Durante la cuarta semana de la guerra en el Nido armamos y blindamos nuestra nave. Era un tanto primitiva, pero de todos modos los principios básicos eran mucho más avanzados que todo lo que hasta ahora se conoce en la Tierra. Se trataba sencillamente de un disco de transporte, cuyo fondo estaba revestido del mismo plástico que se utilizaba en las cajas, y el revestimiento superior era una cúpula transparente de idéntico material. Había controles en el sector delantero de la nave, y en los costados orificios para disparar los tubos

de plata. No había hélices ni cohetes ni turbinas, y yo mismo no entiendo muy bien y no puedo explicar cuál era la fuerza impulsora; a lo sumo diré que usaba la fuerza de la gravedad de tal modo que la masa de "ur" gravitatoria, que es la expresión goreana correspondiente, permanece constante aunque se redistribuye. No creo que las palabras "fuerza" o "carga" o cualquiera de las restantes expresiones que acostumbramos expresar sea buena traducción de "ur" y prefiero considerar esta expresión que más vale no traducir, aunque quizás podría decirse que "ur" es aquello que satisface las ecuaciones de Misk acerca de la gravitación.

En resumen: el impulso combinado y el sistema de orientación del disco funcionaban mediante la orientación de sensores gravitatorios sobre objetos materiales, utilizando la atracción gravitatoria de estos objetos, al mismo tiempo que se bloqueaba la atracción de otros. Antes de construirla no hubiera creído que la nave fuera posible, pero me parece difícil esgrimir los argumentos de la física de mi viejo mundo ante el éxito de Misk.

El vuelo del disco es increíblemente suave, y se tiene la sensación de que lo que se mueve es el mundo, y no uno mismo. Cuando uno eleva la nave, parece que la tierra se desplaza debajo; cuando la adelanta, se diría que el horizonte viene a su encuentro; si acciona la marcha atrás, parece que el horizonte se aleja. Es más o menos como si uno estuviera sentado en una habitación, y el mundo se moviese y girase alrededor. Es, sin duda, el efecto de la falta de resistencia de las fuerzas gravitatorias que normalmente explican los efectos a veces desagradables, pero en todo caso tranquilizadores, de la aceleración y la desaceleración.

No necesito decir que la primera nave que construimos tuvo propósitos bélicos. Estaba tripulada por mí mismo, Al-Ka y Ba-Ta. Misk la pilotaba a veces, pero en realidad había muy poco espacio para él, y no podía estar de pie en su interior, circunstancia que a un Rey Sacerdote siempre le desagradaba mucho. Por otra parte, como Misk no había construido la nave de modo que tuviera espacio suficiente para él, sospecho que en realidad no deseaba intervenir en sus aventuras.

Misk no deseaba combatir directamente contra sus antiguos amigos; intelectualmente aceptaba la necesidad de matar, pero en la práctica no podía oprimir el disparador del tubo de plata. Los secuaces de Sarm y felizmente la mayoría de los que acompañaban a Misk no padecían esa peligrosa inhibición.

Una vez terminada la nave pensamos que ahora teníamos la que podría llegar a ser el arma decisiva en esa extraña guerra subterránea. Por lo tanto, Misk opinó, y yo coincidí, en que debía enviarse un ultimátum a las tropas de Sarm, y en que si tal cosa era posible no se

utilizaría la nave en batalla. Si la hubiéramos usado inmediatamente podría no haber provocado muchos daños, pero ninguno de nosotros deseaba sorprender y destruir al enemigo si podía conquistarse la victoria sin derramamiento de sangre.

Estábamos considerando el asunto cuando de pronto, sin aviso previo, pareció que una pared del compartimento de Misk volaba por los aires convertida en polvo. Misk me aferró y con la vertiginosa velocidad de los Reyes Sacerdotes, atravesó a saltos la habitación, abrió la caja que yo había ocupado un tiempo antes, retiró la trampilla, y llevándome consigo se zambulló en el pasaje subterráneo.

Estaba aturdido, pero a lo lejos podía oír gritos y exclamaciones, los gemidos de los moribundos, y los horribles quejidos de los fracturados, los destrozados y los heridos.

Misk se pegó a la pared, bajo la trampilla, apretándome contra su torso.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Destrucción gravitatoria —dijo Misk—. Un arma prohibida incluso para los Reyes Sacerdotes.

Todo el cuerpo se le estremeció de horror.

—Sarm podría destruir el Nido —dijo Misk—, e incluso el planeta.

Escuchamos los gritos y los alaridos. No oíamos la caída de los edificios ni el rumor de los escombros, sólo sonidos humanos; y la amplitud y la intensidad de los gritos reflejaban la intensidad también de la destrucción que estaban sufriendo arriba.

29. Anestesia

—Sarm está destruyendo la unión Ur —dijo Misk—. ¡Sácame de aquí! —exclamé.

—Te matarán —afirmó Misk.

—¡Deprisa! —exclamé.

Misk obedeció; salí del escondrijo y asombrado contemplé la desolación que se ofrecía a mis ojos. El compartimento de Misk había desaparecido, y donde antes se levantaban las paredes, sólo había manchas de polvo. En la piedra misma del túnel que corría frente a la construcción de Misk se abría ahora una especie de profunda ventana, y más allá pude ver el complejo contiguo del Nido. Corrí por el túnel, y a través del enorme orificio practicado en la piedra examiné el complejo. En el aire flotaban diez naves, quizás del tipo usado para vigilar la superficie, y en la nariz de cada una de esas naves se había instalado un saliente de forma cónica.

De estas progresiones no brotaban rayos, pero en el lugar al que apuntaban los objetos materiales parecían conmoverse y temblar, y después desaparecían en una nube de polvo. Los conos recortaban metódicamente formas geométricas en la sustancia material del complejo. Aquí y allá, donde un humano o un Rey Sacerdote se atreviera a salir de sus refugios, el cono más próximo le apuntaba y aquéllos, a semejanza de las paredes y los techos, parecían convertirse en polvo.

Corrí hacia el taller donde Misk y yo habíamos dejado la nave construida sobre la base del disco de transporte.

De un salto salvé un ancho foso, y pronto reanudé la carrera en dirección al taller de Misk.

Pasé cerca de un grupo de humanos acurrucados, escondidos detrás de los restos de una pared, que había sido arrancada del suelo en una extensión aproximada de treinta metros.

Tropecé con un hombre que había perdido un brazo, acostado en el suelo y gimiendo:

—Mis dedos —gritaba—. ¡Me duelen los dedos! Una joven, arrodillada junto al herido, con una venda en la mano trataba de contener la hemorragia. Era Vika. Corrí al lado de la muchacha. —¡Deprisa, Cabot! —exclamó—. ¡Debo aplicarle un torniquete! Ayudé a Vika a retrasar la hemorragia. Ella terminó de asegurar el torniquete, y pude ver, entonces, que la hija del médico sabía trabajar con rapidez y destreza. Me incorporé para continuar la marcha.

—Tengo que irme —dije.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó.

—Te necesitan aquí —dije.

—Sí, Cabot, tienes razón.

Mientras me volvía para reanudar la carrera, alzó una mano. No preguntó adónde iba, ni insistió en acompañarme.

—Cuídate —dijo.

—Eso haré —contesté. Del hombre herido partió otro gemido, y la joven se volvió para reconfortarlo.

¿Era realmente Vika de Treve?

Corrí hacia el taller de Misk, de un puntapié abrí las puertas dobles, salté al interior de la nave y un momento después parecía que el suelo descendía bruscamente, y las puertas se abrían para darme paso.

En pocos instantes más ya había llevado mi nave al gran complejo del Nido donde los diez navíos de Sarm continuaban realizando su matemática tarea de destrucción, con la misma tranquilidad e idéntico método que si hubieran estado pintando líneas sobre una superficie o segando un prado.

No sabía nada del armamento de las naves de Sarm, y en mi propio navío tenía solamente el tubo de plata, un arma muy inferior a la capacidad destructiva de los artefactos gravitatorios instalados en las naves de Sarm. Además, sabía que las paredes de plástico de mi nave eran una protección muy endeble contra las armas de Sarm, que no penetraban ni fundían la materia, y por el contrario tendían a usar la fuerza de la gravitación, desintegrando todo lo que tocaban.

Salí al descubierto, y el suelo del complejo pareció alejarse velozmente, y pronto me encontré cerca de los bulbos de energía de la cima de la cúpula. Al parecer, ninguna de las naves de Sarm me había visto.

Apunté hacia la nave que encabezaba la flotilla, y maniobrando los controles me acerqué todo lo posible para aumentar la eficacia del tubo de plata. Estaba a unos ciento cincuenta metros cuando abrí fuego atacando por detrás, de modo que el cono destructivo de la proa no pudiera alcanzarme.

Con gran alegría pude observar que el metal se oscurecía y volaba como si hubiese sido estaño recalentado, mientras mi nave pasaba por debajo y comenzaba a ascender velozmente hacia el vientre de la segunda nave, a la que desgarré con una llamarada de extremo a extremo. La primera nave comenzó a virar lenta e incontrolablemente en el aire, y después se desplomó. La segunda nave se elevó sin control hacia el techo del complejo, y se destrozó contra la piedra.

Las ocho naves restantes interrumpieron de pronto su labor destructiva, y parecieron vacilar, indecisas. Mientras estaban en eso, me zambullí a través y la tercera nave se desintegró como si hubiera sido un juguete alcanzado por un chorro de fuego. Ascendí de nuevo, y la llama del tubo de plata alcanzó a la cuarta nave, en medio de su

estructura, la derribó envuelta en llamas a unos cien metros de mi línea de vuelo.

Entonces, las seis naves restantes se agruparon, y los conos giraron en diferentes direcciones. Pero yo estaba sobre ellas.

Sabía que si ahora me zambullía otra vez ya no podría disimular mi posición, y por lo menos una de las naves alcanzaría a cubrirme con su cono.

Dos de las naves estaban cambiando de posición, de modo que una cubría la zona debajo de la pequeña flota, y otra el sector que se extendía encima. En un momento no dispondría de una línea de ataque que no implicase una muerte segura.

De pronto, la nave que estaba inmediatamente debajo de la mía pareció temblar y un instante después explotó en el aire y desapareció.

¡Fuego desde el suelo!

Imaginé que Misk se había apresurado a acudir a los instrumentos de su taller, o quizás había enviado a uno de los Reyes Sacerdotes a cierto arsenal secreto donde guardaba armas prohibidas, las mismas que este Misk nunca habría usado de no haber sido por el perverso precedente de Sarm.

Casi inmediatamente las cinco naves restantes formaron una línea y huyeron hacia uno de los túneles que partían del complejo.

La primera nave que se acercó a la boca del túnel pareció disolverse en una nube de polvo, pero las cuatro naves siguientes, y yo mismo, que me había alineado detrás de la última, atravesamos la masa de polvo y nos encontramos en el túnel, enfilando hacia los dominios de Sarm.

Ahora, cuatro naves huían adelante. Advertí satisfecho que el ancho del túnel no les permitía virar para enfrentarse a mí.

Decidido, apreté el disparador del tubo de plata, y se oyó una explosión. Sentí el repiqueteo de los pedazos de acero que golpeaban las paredes de mi disco de transporte.

Algunos fragmentos tocaron mi nave con tanta fuerza, que desgarraron la sólida pared de plástico; ésta se balanceó y durante un momento temí perder el control de mis movimientos en la corriente de aire del estrecho túnel.

Las tres naves estaban lejos; aceleré todo lo posible el disco de transporte para alcanzarlas.

En el mismo instante en que las tres naves salieron del túnel y se internaron en otro complejo enorme, las alcancé y abrí fuego sobre la tercera, pero esta vez mis disparos parecieron menos eficaces, y llegué a la conclusión de que las cargas del tubo se habían agotado casi por completo.

La tercera nave se balanceó con movimientos desordenados pero un instante después pareció responder a sus controles, y como una

rata acorralada se volvió para enfrentarme. Unos segundos más, y yo entraría en la zona de fuego del cono enemigo. Elevé la mía e intenté otro disparo, que resultó todavía más débil que el anterior. Traté de mantenerme a cierta altura sobre la nave enemiga, lejos del cono desintegrador instalado en la proa. Apenas podía prestar atención a las dos naves restantes, que ahora viraban para apuntarme con sus conos.

En ese momento vi que se abría la escotilla de la nave enemiga dañada, y emergía la cabeza de un Rey Sacerdote. Sus antenas barrieron el área y me percibieron en el instante mismo en que yo apretaba el disparador del tubo de plata. Parecía que la cabeza y las antenas doradas se convertían en cenizas, y el cuerpo se desplomaba hacia el interior de la escotilla. El tubo de plata estaba casi vacío, pero aún era un arma temible contra un enemigo desprovisto de protección.

Como una avispa irritada me acerqué a la escotilla abierta de la nave enemiga, y disparé hacia el interior, distribuyendo fuego en todas direcciones. Se inclinó como un globo y explotó en el aire, al mismo tiempo que yo descendía bruscamente en mi nave. Los restos de la explosión desequilibraron violentamente mi artefacto, y me esforcé por recuperar el control. El tubo de plata todavía estaba intacto, pero su capacidad de combate había disminuido considerablemente, y ya no era una amenaza para las naves de Sarm. A pocos metros del suelo de la plaza conseguí estabilizar mi nave, y acelerando me interné en un complejo de edificios, donde me detuve, planeando cerca de la calle que separaba dos hileras de construcciones.

La nave de Sarm se aproximó y un instante después un edificio que estaba a mi izquierda pareció volar por los aires y convertirse en polvo.

Elevé mi nave hasta colocarme bajo el vientre de la embarcación enemiga, tan cerca que no podría usar contra mí su cono desintegrador. Pero entonces vi que la segunda nave de Sarm viraba lentamente, para describir un círculo alrededor de su compañera.

Me pareció increíble, pero lo que veían mis ojos era cierto: la segunda nave apuntaba con su cono a la primera. La nave que estaba sobre mí pareció temblar y trató de virar y huir; y después, como si hubiese comprendido la inutilidad del intento, se volvió de nuevo y apuntó su propio cono sobre la compañera.

Descendí casi hasta el nivel del suelo, apenas un instante antes de que la nave que estaba sobre mí explotase silenciosamente formando una nube de polvo metálico, que resplandecía en la luz de los bulbos de energía.

La segunda nave comenzó a maniobrar y su cono desintegrador me apuntó implacable. Comprendí que no tenía salvación. De pronto,

una mitad de mi nave se desintegró en el aire, y la otra mitad cayó al suelo de la calle, entre dos edificios. Pero en el último instante conseguí apoderarme del tubo de plata y salté a la cubierta de la nave enemiga.

Apoyándome en las manos y las rodillas me acerqué a la escotilla, y traté de abrirla. Estaba cerrada.

La nave comenzó a inclinarse lateralmente. Quizás los pilotos habían oído el ruido provocado por los restos que chocaban contra las paredes de su nave, y estaban inclinando el artefacto de modo que los fragmentos cayeran a la calle; o tal vez habían advertido mi presencia.

Acerqué el borde de plata a los goznes de la escotilla, y oprimí el disparador.

El tubo estaba casi vacío, pero el disparo a corta distancia consiguió fundir los goznes.

Abrí la escotilla y me dejé caer, en una mano el tubo de plata y la otra aferrada del reborde, mientras la nave se inclinaba a un costado. La nave había invertido su posición, y yo estaba de pie sobre su techo; pero después volvió a enderezarse, y recuperé el tubo de plata. El interior de la nave estaba en sombras, porque sus únicos ocupantes eran Reyes Sacerdotes, pero la escotilla abierta permitía que entrara un poco de luz.

Se abrió una puerta y apareció un Rey Sacerdote, desconcertado al ver la escotilla abierta.

Oprimí el disparador del tubo de plata y brotó un disparo corto y débil, pero el cuerpo dorado Rey Sacerdote se ennegreció, fue a golpear la pared compartimento y finalmente se desplomó.

Otro Rey Sacerdote siguió al primero, y volví a presionar el disparador, pero esta vez sin ningún resultado.

En la semioscuridad vi enroscarse las antenas del recién llegado. Le arrojé el tubo inútil, que rebotó contra su tórax.

Abrió y cerró una vez las enormes mandíbulas. Las proyecciones afiladas de los apéndices aparecieron bruscamente.

Alcé la espada, de la cual no me había desprendido un solo instante, y después de emitir el grito de guerra de Ko-ro-ba me abalancé sobre mi enemigo, pero en el último instante me arrojé al suelo, esquivando los salientes afilados, y descargué la espada sobre los apéndices posteriores del Rey Sacerdote.

Mi antagonista emitió una bocanada de olor, el equivalente a un grito súbito, y se inclinó a un costado y trató de aferrarme con sus apéndices.

Salté, aprovechando el espacio entre los discos afilados, y hundí la espada en su cráneo.

Comenzó a temblar y retrocedió.

De modo que así podía matarse a un Rey Sacerdote. La cuestión

era infligir una herida mortal a la red de ganglios.

Entonces, como si yo hubiera sido su mul favorito, el Rey Sacerdote extendió hacia mí sus antenas. El gesto me pareció lamentable. ¿Deseaba que le peinase las antenas? ¿Significaba que el dolor lo enloquecía?

Permanecí de pie, sin comprender la actitud de mi antagonista, y de pronto el Rey Sacerdote apoyó las antenas en el filo de mi espada y de ese modo las cortó. Un momento después, sumergido en el mundo de su propio dolor, se desplomó sobre el suelo de acero de la nave. Había muerto.

Comprobé que la nave estaba tripulada sólo por dos Reyes Sacerdotes; probablemente uno en los controles y el otro con el arma. Todo estaba a oscuras; la única luz provenía de la escotilla abierta. De todos modos, avanzando a tientas, conseguí acercarme a los controles.

Allí descubrí, complacido, la existencia de dos tubos de plata, completamente cargados.

Busqué un lugar del techo donde no hubiera aparatos de control y dirigí un disparo; de ese modo, abrí un agujero en la nave, por donde pudo entrar un poco de luz.

Estaba en condiciones de examinar los controles.

Encontré muchas agujas, llaves, botones y diales, y de cada uno se desprendía un olor específico; pero todo eso no tenía mucho sentido para mí. En mi nave los controles habían sido diseñados para una criatura que usara principalmente los ojos. De todos modos, conseguí identificar la esfera de navegación, mediante la cual se elige determinada dirección a partir de un punto; y también hallé los diales que regulaban la altura y la velocidad. Puesto que no podía determinar con exactitud el rumbo, ni usar los instrumentos de los Reyes Sacerdotes sin perforar más orificios en la nave, con lo cual quizá podía provocar un incendio o una explosión, decidí abandonarla. No me agradaba la idea de retornar con ella por el túnel. Más aún; si lograba llevarla al Complejo del Nido, era probable que Misk la destruyese apenas alcanzara a verla. Por lo tanto, me pareció más seguro abandonar el artefacto, buscar un conducto de ventilación y regresar por ese camino a la región dominada por Misk.

Salí de la nave por la escotilla, y me dejé caer al suelo.

Los edificios del complejo estaban desiertos.

Examiné las calles vacías, las ventanas, el silencio del complejo otrora tan activo.

Me pareció oír un ruido, y durante un rato presté atención, pero no ocurrió nada.

Tenía la sensación de que me seguían.

De pronto oí una voz mecánica:

—Tarl Cabot, eres mi prisionero.

Me volví bruscamente, el tubo de plata preparado para disparar.

Percibí un extraño olor antes de presionar el disparador del tubo. A pocos metros de distancia estaba Sarm, detrás Parp, el individuo cuyos ojos me habían parecido discos de cobre.

Aunque tenía el dedo sobre el disparador, no pude moverlo.

—Ha sido bien anestesiado —dijo la voz de Parp.

Caí a los pies de mis dos enemigos.

30. El plan de Sarm

—Has sido implantado.

Las palabras me llegaron confusas y lejanas, y traté moverme pero no pude hacerlo.

Abrí los ojos, y vi los ojos siniestros del regordete Parp. Detrás, una batería de bulbos de energía, que parecían quemarme los ojos. A un costado, un Rey Sacerdote pardusco, muy delgado y angular, en apariencia bastante anciano, si bien sus antenas estaban tan alertas como las de cualquiera de las criaturas doradas.

Me encontraba con los brazos y las piernas asegurados una ancha plataforma montada sobre ruedas; el cuello y la cintura estaban inmovilizados del mismo modo.

—Te presento al Rey Sacerdote Kusk —dijo Parp, y con un gesto indicó a la figura alta y angular que tenía al lado.

De modo que éste era el biólogo de más elevada jerarquía en el Nido, el que había creado a Al-Ka y Ba-Ta.

Examiné la habitación, moviendo con dificultad la cabeza.

Era una suerte de sala de operaciones, y había muchos instrumentos, e hileras de delicados cuchillos y tenazas.

—Yo soy Tarl Cabot, de Ko-ro-ba —dije con voz débil, como si hubiera querido tener la certeza de mi propia identidad.

—Ya no —sonrió Parp—. Ahora tienes el honor de ser como yo una criatura de los Reyes Sacerdotes.

—Fuiste implantado —dijo la voz que brotó del traductor de la figura alta que estaba al lado de Parp.

Comprendí que habían introducido en los tejidos de mi cerebro una de las redes de control que podían operarse desde la Cámara de Observación de los Reyes Sacerdotes. Recordé al hombre de Ar, a quien había visto hacía mucho en el solitario camino que lleva a Ko-ro-ba, que se había visto forzado a obedecer las señales de los Reyes Sacerdotes, y al que habían destruido, cuando quiso rebelarse, quemándole el interior del cráneo.

Me horrorizó la idea de encontrarme en esa misma situación, bajo el control de los Reyes Sacerdotes. Pero sobre todo temí que me usaran para perjudicar a Misk y a mis amigos. Tal vez decidieran devolverme a mi bando, con el fin de que los espiase y desorganizara sus planes, e incluso hasta con la orden de matar a Misk. Me estremecí, horrorizado, mientras Parp sonreía alegremente. Hubiera deseado estrangularlo.

—¿Quién hizo esto? —pregunté.

—Yo —contestó Parp—. La operación no es tan difícil como podría creerse, y la ejecuté muchas veces.

—Es miembro de la Casta de los Médicos —explicó Kusk—, y su destreza manual es superior incluso a la de los Reyes Sacerdotes.

—¿De qué ciudad viene? —pregunté.

Parp me miró atentamente:

—De Treve —dijo.

Pensé que quizá el suicidio era la única salida que se me ofrecía. Kusk, que era una criatura sabia, y que quizá conocía la psicología de los humanos, se volvió hacia Parp.

—No debe permitírsele que acabe con su propia vida antes de que activemos la red de control —dijo.

—Por supuesto —convino Parp.

Parp sacó de la habitación la plataforma sobre la cual yo estaba acostado.

—Eres hombre —le dije—. Mátame.

Se limitó a reír.

Mi cárcel era un disco de goma, de unos treinta centímetros de espesor y alrededor de tres metros de diámetro. En el centro del disco, un anillo de hierro. A ese anillo estaba asegurada una gruesa cadena que terminaba en collar metálico cerrado alrededor de mi cuello. Además tenia esposados los tobillos y las muñecas.

El disco había sido depositado en la sala de mando de Sarm, y creo que él se sentía complacido de tenerme allí. A veces se acercaba para vanagloriarse del éxito de sus planes y tácticas de batalla.

Vi que el apéndice que yo le había cortado con la espada en la cámara de la Madre había vuelto a crecer.

—Otro factor de superioridad de los Reyes Sacerdotes sobre los humanos —dijo enroscando las antenas.

Pasé muchos días, dominado por una furia impotente, arrodillado o acostado, en ese disco que era mi prisión, mientras a cierta distancia se libraban batallas sucesivas.

No sé por qué, Sarm aún no había activado la llave de control, y tampoco me había impartido órdenes.

La criatura Parp pasaba mucho tiempo en la sala de mando, fumando su pequeña pipa, y encendiéndola a cada momento con el minúsculo encendedor de plata que la primera vez yo había confundido con un arma.

En esa guerra ya no se usaba la destrucción gravitatoria. Se comprobó que Misk, que nunca había confiado en Sarm, había preparado sus propias armas de destrucción, las que no habría usado si Sarm no hubiese dado el ejemplo. Pero ahora que las fuerzas de Misk poseían armas análogas, el temor indujo a Sarm a abstenerse.

Pude saber que en el Nido se utilizaban flotillas de diferentes naves, algunas construidas por los hombres de Misk, y también discos

blindados que empleaban las fuerzas de Sarm. En general, las naves de los antagonistas tendían a neutralizarse, y la guerra en el aire, lejos de ser decisiva, como Misk y yo habíamos creído, comenzaba a prolongarse sin resultados definidos.

Poco después del fracaso del arma gravitatoria, Sarm había ordenado que se arrojasen organismos productores de enfermedades en el sector de Misk. Pero la higiene habitual de los Reyes Sacerdotes y los muls, unida al empleo de rayos bactericidas, liquidaron la nueva amenaza.

Pero el recurso más perverso, por lo menos para la mente de un Rey Sacerdote, fue la liberación de los Escarabajos de Oro, que comenzaron a merodear en los diferentes túneles del Nido. Estos, en un número aproximado a los doscientos, fueron llevados a los sectores del Nido controlados por Misk y sus fuerzas.

La secreción de los pelos del Escarabajo de Oro, que tanto me había molestado en el ambiente viciado del túnel, al parecer tiene un efecto intenso e incomprensible sobre las antenas tan sensibles de los Reyes Sacerdotes, y los induce a acercarse —como si estuviesen hipnotizados—, a las mandíbulas del escarabajo, el cual penetra con sus apéndices huecos en el cuerpo de la víctima y la mata extrayéndole todos los fluidos corporales.

Así, todos los Reyes Sacerdotes de Misk comenzaron a abandonar sus escondrijos, y entregarse inermes a la voracidad de los escarabajos. De pronto una mujer valerosa, que antes había sido mul, comprendió la situación y apoderándose de una picana de las que utilizaban los cuidadores de los rebaños, había atacado a los escarabajos, y pinchándolos y golpeándolos los había obligado a volverse y a huir por donde habían venido.

Ahora, los escarabajos merodeaban por todo el Nido, y representaban una amenaza más grave para las fuerzas de Sarm que para las de Misk, porque ninguno de los Reyes Sacerdotes de Misk se aventuraba a salir si no iba acompañado por un humano que lo protegiera en caso de que apareciera un Escarabajo de Oro.

Durante los días siguientes los Escarabajos de Oro comenzaron a derivar hacia los sectores del Nido ocupados por los Reyes Sacerdotes de Sarm, porque allí no tropezaban con humanos que los espantasen a gritos y golpes de picana.

Los Escarabajos de Oro obligaron a Sarm a volverse hacia los humanos para pedir ayuda. En efecto, en las áreas bien ventiladas del Nido los humanos son relativamente inmunes al olor narcótico de la cabellera del escarabajo, que al parecer es abrumador para el aparato sensorial de los Reyes Sacerdotes.

Por lo tanto, Sarm difundió en todo el Nido la noticia de que otorgaba una amnistía general a antiguos muls, y que les ofrecía la

oportunidad de convertirse en esclavos de los Reyes Sacerdotes. A esto agregó una oferta irresistible: un tubo de sal por hombre y dos hembras muls, las que serían entregadas después de la derrota de las fuerzas de Misk. A las hembras de las fuerzas de Misk les ofreció oro, joyas, hermosas sedas, el permiso para dejarse crecer los cabellos y esclavos varones; estos últimos también serían entregados después de la derrota de las fuerzas de Misk.

No hubiera debido sorprenderme, pero me impresionó el hecho de que el primer desertor de las fuerzas de Misk fuese precisamente la traicionera de Vika.

Tuve la primera noticia del hecho cuando una mañana me despertó el áspero latigazo de una correa de cuero.

—¡Despierta, esclavo! —gritó una voz.

Con un grito de cólera me incorporé, luchando dentro del collar de metal que me sujetaba. El látigo me golpeó varias veces, manejado por la mano enguantada de una muchacha.

Entonces, oí su risa y comprendí quién era mi torturadora.

La mujer que estaba frente a mí, manejando el látigo, la mujer ataviada con hermosas sedas, calzada con sandalias doradas y las manos protegidas por guantes púrpura, era Vika de Treve.

Volvió a golpearme.

—Ahora —silbó entre dientes— soy el Amo.

—No me equivoqué contigo —dije—. Abrigaba la esperanza de que no fuera así.

El rostro se le deformó a causa de la cólera, y de nuevo me golpeó, esta vez en el rostro.

—No lo lastimes gravemente —dijo Sarm, que estaba al lado de Vika.

—¡Es mi esclavo! —dijo la joven.

—Te lo entregaremos sólo después de la victoria —dijo Sarm—. Entretanto, lo necesito.

—Muy bien —contestó Vika—. Puedo esperar. Pero tú pagarás por lo que me hiciste. Pagarás como sólo yo, Vika de Treve, consigo que los hombres paguen.

Vika se volvió irritada y sin más palabras abandonó la sala del cuartel general.

Sarm se acercó a mí. —Ya lo ves, mul —dijo—, cómo los Reyes Sacerdotes usan contra ellos mismos los instintos humanos.

—Sí —dije—, ya lo veo.

Sarm se acercó a un panel en la pared. Movió una perilla. —Estoy activando tu red de control —dijo.

Sentí la tensión en todo mi cuerpo.

—Estas pruebas preliminares son sencillas —dijo Sarm—, y quizá te interesen.

Parp había entrado en la sala, y estaba de pie, cerca de mí, chupando su pipa. Vi que movía la llave de su traductor.

Sarm accionó un dial.

—Cierra los ojos —murmuró Parp.

No sentía dolor. Sarm me miraba atentamente.

—Quizá un poco más de energía —dijo Parp, alzando la voz de modo que sus palabras llegasen al traductor de Sarm.

Sarm aceptó la indicación, y tocó de nuevo la llave anterior. Después, extendió la mano hacia el dial.

—Cierra los ojos —murmuró Parp, ahora con voz más apremiante.

No sé por qué, pero acaté su indicación.

—Ábrelos —dijo Parp.

Así lo hice.

—Inclina la cabeza —dijo.

Hice lo que ordenaba.

—Mueve la cabeza en el sentido de las agujas del reloj —dijo Parp—. Ahora, a la inversa.

Desconcertado, hice lo que él me ordenaba.

—Estuviste inconsciente —me informó Parp—. Ahora, ya no estás controlado.

Miré alrededor. Vi que Sarm había desconectado la máquina.

—¿Qué recuerdas? —preguntó Sarm.

—Nada.

—Después comprobaremos los datos sensoriales —afirmó Sarm.

—Las respuestas iniciales —intervino Parp, elevando la voz— parecen bastante prometedoras.

—Sí —observó Sarm—, hiciste un trabajo excelente.

Sarm se volvió y salió de la sala.

Miré a Parp, que sonreía y fumaba su pipa.

—No me implantaste —afirmé.

—En efecto, no lo hice.

—¿Y Kusk? —pregunté.

—Es uno de los nuestros —dijo Parp.

—¿Por qué?

—Salvaste a sus hijos —explicó Parp.

—Pero él no tiene sexo, y por lo tanto tampoco hijos.

—Al-Ka y Ba-Ta —explicó Parp—. ¿Crees que un Rey Sacerdote es incapaz de amar?

Supe, gracias a las conversaciones oídas en la sala de mando, que no muchos humanos de las fuerzas de Misk habían respondido a las incitaciones de Sarm, si bien algunos, por ejemplo Vika de Treve, había preferido probar suerte con lo que ella misma creía era el bando ganador. Por lo que supe, sólo un puñado de humanos, algunos

hombres y mujeres, habían cruzado las líneas para unirse a Sarm.

Vika venía todos los días con el propósito de atormentarme, pero ya no le permitían que usara su látigo conmigo.

Tiempo después se le encomendó mi alimentación, y parecía complacerse arrojándome restos de hongos, o mirándome lamer el agua del recipiente que me acercaba al disco. Yo comía porque deseaba mantener mis fuerzas. Quizás llegara el momento de usarlas.

Sarm, que normalmente ocupaba su puesto en la sala, parecía complacerse mucho con la persecución de la cual me hacía objeto Vika. Cuando ella me insultaba y provocaba, él permanecía de pie bastante cerca, enroscando las antenas, en la peculiar inmovilidad de los Reyes Sacerdotes. Parecía agradarle la presencia de la hembra mul, y a veces le ordenaba que lo acicalara en mi presencia, una tarea que a Vika también parecía gustarle.

—¡Qué individuo más lamentable eres —me decía Vika—, y qué fuertes y bellos son los Reyes Sacerdotes!

Una vez le dije irritado:

—¡Muñequita mul!

—Silencio, esclavo —me respondió altanera. Después, me miró y rió alegremente. —Por eso, esta noche no comerás.

Recordé, sonriendo para mis adentros, que cuando yo era el amo una vez la había castigado negándole la cena. Ahora me tocaba el turno de pasar hambre, pero me dije que bien valía la pena.

Entretanto, poco a poco la guerra en el Nido comenzó a cobrar un sesgo desfavorable para Sarm. El hecho más notable fue una delegación de los Reyes Sacerdotes de Sarm, que dirigida por el propio Kusk se rindió a Misk, y juró fidelidad a su causa.

Al parecer, este episodio fue el resultado de muchas discusiones del grupo de Reyes Sacerdotes que había seguido a Sarm porque él era el Primogénito, pero que en distintas ocasiones se había opuesto a su dirección de la guerra, y sobre todo al trato que él había dispensado a los muls, al empleo de las armas gravitatorias, al intento de provocar enfermedades en el Nido; y por último, a juicio de los Reyes Sacerdotes lo peor de todo, la liberación de los Escarabajos de Oro. Poco después otros Reyes Sacerdotes, conmovidos por la decisión de Kusk, comenzaron a hablar de la necesidad de concluir la guerra, y las deserciones aumentaron. Desesperado, Sarm reagrupó sus fuerzas y brindó seis docenas de discos de transporte, que atacaron el dominio de Misk. Según parece, las fuerzas de Misk los esperaban y los detuvieron con barricadas y un intenso fuego desde los techos. De toda la flota sólo cuatro discos regresaron al cuartel general.

Ahora era evidente que Sarm estaba a la defensiva, pues lo escuché impartir órdenes de bloquear los túneles que conducían al sector del Nido que él controlaba.

Después, sobrevino un período de calma, y llegué a la conclusión de que las fuerzas de Misk se habían visto obligadas a retroceder.

Desde el día de mi captura mis raciones de hongos habían sido reducidas a la tercera parte. Y vi también que algunos de los Reyes Sacerdotes tenían un aspecto menos ágil que de costumbre. Además, el tórax y el abdomen mostraban un tono levemente pardusco, un signo que había aprendido a relacionar con la sed en estas criaturas.

Comenzaba a sentirse la falta de los suministros capturados o destruidos por los cultivadores de hongos y los pastores.

Finalmente, Sarm me reveló la razón por la cual me había mantenido vivo, el motivo de que no me hubiese destruido mucho antes.

—Dicen que entre tú y Misk se ha concertado la Confianza del Nido —dijo—. Ahora veremos si es así.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Si tal cosa es cierta —explicó Sarm, enroscando las antenas—, Misk estará dispuesto a morir por ti.

—No comprendo.

—Su vida por la tuya.

—Jamás —exclamé.

—No —gritó Vika, que se había acercado—. ¡Eres mío!

—No temas, pequeña mul —dijo Sarm—. Tendremos la vida de Misk, y tú conservarás a tu esclavo.

—Sarm es traicionero —afirmé.

—Sarm es un Rey Sacerdote —me corrigió.

31. La venganza de Sarm

Se convino el lugar de la reunión. Era una de las plazas del sector controlado por las fuerzas de Sarm.

Misk debía ir solo a la plaza, y allí se reuniría conmigo y con Sarm. Nadie debía portar armas. Misk tenía que rendirse a Sarm, y yo quedaría en libertad. Pero sabía que Sarm no tenía la más mínima intención de cumplir su palabra. Su plan era matar a Misk, destruyendo así la dirección del bando contrario, y después entregarme como esclavo a Vika, o lo más probable, también matarme.

Cuando abrieron mis cadenas, Sarm me informó que la cajita que él llevaba consigo activaba mi red del control, y que al primer signo de desobediencia o dificultad se limitaría a mover la llave de energía... es decir, quemaría mi cerebro.

Contesté que había entendido bien.

A pesar del acuerdo acerca de las armas, Sarm colgó de su traductor, oculto por este artefacto e invisible por lo tanto, un tubo de plata.

Comprobé sorprendido que Vika de Treve reclamaba el privilegio de acompañar a su amo. Quizá temía que me mataran, y así se la privase de la venganza que había esperado tanto tiempo. Sarm quería negarse, pero ella lo convenció. Su frase decisiva fue:

—¡Quiero ver el triunfo de mi amo!—. Ese argumento pareció persuadir a Sarm, y así Vika se incorporó a nuestro grupo.

Me obligaron a caminar diez o doce pasos delante de Sarm, que mantenía uno de sus apéndices cerca de la caja de control, la misma que según él creía podía activar la red que teóricamente estaba incorporada a mi tejido cerebral. Vika caminaba al lado de Sarm.

Poco después vi aparecer en la plaza la figura alta y mesurada de Misk.

Misk se detuvo, y nosotros hicimos lo mismo.

Reanudamos la marcha, y mientras él aún estaba fuera del alcance del tubo de plata de Sarm, pero ya podía oírme, corrí hacia adelante, con los brazos en alto. —¡Vuelve! —grité—. ¡Es una trampa! ¡Vuelve!

Misk se detuvo. Oí detrás del traductor de Sarm:

—Mul, por esto que hiciste morirás.

Me volví y vi a Sarm con el cuerpo contorsionado por la cólera. —Muere, mul —dijo Sarm.

Pero yo me mantenía de pie, sereno e ileso, frente a él.

Sarm comprendió inmediatamente que había sido engañado, y arrojó lejos la caja de control. Había decidido apelar al tubo de plata.

Todos mis músculos se pusieron en tensión, esperando el golpe súbito de la andanada, ese torrente incandescente, que me destruiría.

Oprimió el disparador, pero el tubo no produjo ningún disparo. De nuevo, desesperado, Sarm accionó el arma.

—¡No dispara! —dijo la voz del traductor de Sarm, y todo su rostro expresaba asombro.

—No —exclamó Vika—, lo descargué esta mañana.

La joven corrió hacia mí, y de sus sedas de muchos colores surgió mi espada, y Vika se arrodilló ante mí, inclinó la cabeza y depositó el arma en mis manos. —¡Cabot, mi amo! —exclamó.

Acepté la espada.

—Levántate —dije—, Vika de Treve... Ahora eres una mujer libre.

—No comprendo —repitió el traductor de Sarm.

—¡Vine aquí para ver triunfar a mi amo! —gritó Vika de Treve, con voz conmovida.

—Por eso has perdido la batalla —dije.

Sarm me arrojó a la cabeza el tubo de plata, y yo lo esquivé. Después, vi sorprendido cómo Sarm se volvía, y aunque yo no era más que un ser humano, él huía de la plaza.

Vika estaba en mis brazos, sollozando.

Un momento después Misk regresó con nosotros.

La guerra había concluido.

Sarm desapareció, y así se derrumbó la oposición a Misk. Los Reyes Sacerdotes que lo habían seguido, en general habían creído que esa actitud era necesaria para salvar el Nido. Pero ahora, con la desaparición de Sarm, Misk, aunque era sólo el Quintogénito, representaba la más elevada jerarquía, y por lo tanto todos le debían fidelidad.

Durante los últimos cinco días Misk y yo habíamos tratado de decidir cómo organizaríamos el Nido una vez concluida la guerra. En primer lugar, era necesario restablecer los servicios y su capacidad para asegurar la vida de los Reyes Sacerdotes y los humanos. El problema más difícil era crear un sistema político que permitiese que dos especies tan diferentes habitaran en paz en el mismo lugar. Misk estaba dispuesto a que los humanos tuviesen voz en los asuntos del Nido; y también a permitir el retorno a sus ciudades de aquellos que no desearan permanecer en el Nido.

Estábamos discutiendo estos asuntos cuando de pronto todo el suelo del compartimento pareció temblar y resquebrajarse.

—¡Un terremoto! —exclamé.

—Sarm no ha muerto —dijo Misk—. Llegó el estrépito lejano de los edificios que comenzaban a derrumbarse. Quiere destruir el Nido —afirmó Misk—, y quizá desintegrar el planeta.

—¿Dónde está? —pregunté.

—En la Planta de Energía —contestó Misk.

Avancé entre los escombros y ascendí al primer disco de transporte que pude hallar. Aunque el camino que el artefacto debía seguir estaba interrumpido y sembrado de escombros, el colchón de gas sobre el cual el disco se desplazaba le permitía esquivar los obstáculos y avanzar sin interrupción.

Poco después llegué a la Planta de Energía, descendí del disco y corrí hacia las puertas. Estaban cerradas con llave, pero en pocos minutos encontré un conducto de ventilación y arranqué la reja que cerraba el paso. Después de recorrer el conducto, de un puntapié eliminé otra reja, y descendí a la gran sala abovedada de la Planta de Energía. Allí no encontré a Sarm. Me acerqué a las puertas de la cámara central, y con un empujón de todo mi cuerpo conseguí abrirlas. Ahora, Misk y sus ingenieros podrían entrar en la habitación. Apenas acababa de asomar la cabeza cuando un chorro de fuego de un tubo de plata calcinó la puerta, pocos centímetros sobre mi cabeza. Alcé los ojos y vi a Sarm en el angosto pasaje que se elevaba alrededor de la gran cúpula azul que era la cubierta de la fuente de energía. Otro impacto de fuego tocó la puerta, esta vez más cerca, y envió al suelo un chorro de metal fundido. Corrí en zigzag esquivando los disparos, y llegué al costado de la cúpula, de tal modo que Sarm, que estaba a varios metros más arriba, no podía alcanzarme con su fuego.

Desde allí, alcanzaba a verlo, a un costado de la cúpula azul que cubría la fuente de energía —una figura dorada en la estrecha pasarela que estaba cerca de la cima—. Me disparó, pero sólo consiguió practicar un orificio en la cúpula, dejando al descubierto la fuente de energía, y el mismo chorro de energía destruyó el sector de la cúpula detrás de la cual yo me había refugiado. Un segundo disparo agravó el daño, de modo que cambié de posición. Ahora, Sarm pareció desinteresarse de mí, quizá porque creía que estaba muerto, y más probablemente para conservar la carga del tubo de plata, destinada a fines más importantes.

En efecto, comenzó a destruir metódicamente los paneles desplegados frente a la cúpula, y destrozó un área tras otra. Mientras estaba en eso, todo el Nido parecía conmoverse, y de los paneles brotaban lenguas de fuego. Después, disparó una andanada directamente a la fuente de energía, y ésta comenzó a agitarse y a emitir chorros de fuego púrpura que casi alcanzaban el orificio practicado por Sarm en la esfera. A un costado apareció una imprecisa forma dorada, uno de los Escarabajos, que sin duda confundido y aterrorizado había entrado en la Planta de Energía procedente de uno de los túneles, a través de la puerta que yo había abierto para Misk y su gente. ¿Dónde estaban? Cabía presumir que los túneles se habían

derrumbado, y que ahora Misk y sus Reyes Sacerdotes trataban de abrirse paso para llegar a la Cámara de la Planta de Energía.

Sarm continuaba disparando largas andanadas de fuego a los paneles distribuidos en los muros, sin duda para destruir los instrumentos.

Abandoné mi refugio y corrí hacia la pasarela. Poco después estaba subiendo por el estrecho sendero que rodeaba la superficie del globo, el mismo que ahora apenas contenía la furia frenética y burbujeante de la fuente de energía.

Ascendí rápidamente por el angosto camino, y pronto pude ver la figura de Sarm, que se recortaba en la cima misma de la cúpula, el lugar donde tiempo atrás me había mostrado la majestad de las realizaciones de los Reyes Sacerdotes, donde una vez había aludido a las modificaciones de la red ganglionar, gracias a las cuales su gente había conquistado el enorme poder que ahora poseía. No advirtió mi cercanía, quizá porque no creía que yo fuese tan tonto que sin armas me atreviese a enfrentarlo.

De pronto se volvió y me vio, y casi en el mismo instante disparó su arma. Rodé por el sendero, y después la curva de la cúpula se interpuso entre el Rey Sacerdote y yo. El arma disparó de nuevo, y practicó un orificio en la cúpula, varios metros más abajo. Dos veces más Sarm disparó y otras dos veces salté de un lado a otro, tratando de mantener la superficie del globo entre mi persona y el rayo. Después, vi que se volvía y reanudaba sus disparos contra los paneles. Entonces comencé el ascenso. Pude ver cómo se atenuaba la llama del tubo de plata y por último desaparecía; comprendí que al final había agotado la carga.

Me pregunté qué podría hacer ahora Sarm.

Con movimientos lentos continué subiendo, y evité con mucho cuidado las partes arruinadas del sendero que llevaba a la cima de la cúpula.

Aparentemente, Sarm no tenía prisa. Estaba dispuesto a esperarme. Lo vi arrojar el tubo de plata, y éste cayó por uno de los grandes orificios practicados en el globo y desapareció en la violenta y burbujeante masa púrpura que hervía debajo.

Finalmente, me detuve, a unos diez metros del Rey Sacerdote.

Estaba mirándome, y sus antenas se orientaron hacia mí, y se irguió cuan alto era.

—Sabía que vendrías —dijo.

A la izquierda, un muro comenzó a derrumbarse. Una nube de polvo envolvió durante un momento la figura de Sarm.

—Estoy destruyendo el planeta —dijo.

—Ya cumplió su propósito —dije. Me miró.

—Albergó al Nido de los Reyes Sacerdotes, pero ahora ellos ya no

existen... sólo quedo yo, Sarm.

—En el Nido todavía hay muchos Reyes Sacerdotes —dije.

—No —replicó—, hay sólo uno, el Primogénito, Sarm... aquel que no traicionó al Nido, el que fue bien amado de la Madre, el que conservó y honró las antiguas verdades de su pueblo.

Más piedras cayeron del techo de la cámara y rebotaron sobre la superficie de la desgarrada cúpula azul.

—Has destruido el Nido —dijo Sarm mirándome con ojos desorbitados—. Pero ahora, yo te destruiré.

Desenvainé la espada.

Sarm aferró la barra de acero que formaba la baranda a la izquierda del camino y con la fuerza increíble de los Reyes Sacerdotes, de un solo movimiento arrancó un pedazo de alrededor de seis metros.

Retrocedí un paso, y Sarm comenzó a avanzar.

—Primitivo —dijo Sarm, mirando la barra de acero que sostenía, y luego volvió los ojos hacia mí, enroscando las antenas—, pero apropiado.

Comprendí que no podía continuar retrocediendo, porque Sarm era mucho más veloz que yo, y estaría sobre mí antes de que pudiese dar media vuelta. No podía saltar a los costados porque allí encontraría únicamente la suave curva del globo azul, y la caída hasta el suelo significaba una muerte segura.

Y frente a mí estaba Sarm, el arma preparada para golpear. Si me hubiese atrevido a apartar los ojos de él, habría podido apreciar la maravilla del Nido y la destrucción que lo consumía. En el aire había nubes de polvo, las paredes se derrumbaban y las piedras caían al suelo, y el propio globo y el camino que lo rodeaba parecían estremecerse.

—Golpea —dije—, y acabemos de una vez.

Sarm alzó la barra de acero y yo percibí la asesina intensidad que transformaba todo su ser, y cómo cada una de esas fibras doradas se preparaba para entrar en acción, el momento en que la larga barra aplastaría mi cuerpo.

Me agazapé, empuñando la espada, esperando el golpe.

Pero Sarm no atacó.

Vi asombrado que descendía la barra de acero, y Sarm se inmovilizaba súbitamente en una actitud de profunda percepción. Se le movieron las antenas, y cada uno de los vellos sensoriales de su cuerpo se agitó y alargó. De pronto, pareció que se le debilitaban los miembros.

—Mátalo —dijo—. Mátalo.

Entonces, también yo percibí algo, y me volví.

Detrás, subiendo por el estrecho camino, apoyado en sus seis pequeñas patas, estaba el Escarabajo de Oro que yo había visto abajo.

Los pelos de la melena de su lomo estaban erguidos como antenas, y se movían con el mismo ritmo suave que las plantas submarinas cuando las agitan las corrientes de agua del mar.

El olor narcótico que emanaba de esa cabellera móvil llegó hasta mí, pese a que yo me encontraba en una atmósfera de aire fresca, cerca de la cima del gran globo azul.

—Mátalo, Cabot —dijo la voz del traductor de Sarm—. Cabot, por favor. El Rey Sacerdote no podía moverse. —Eres humano —continuó el traductor—. Puedes matarlo. Mátalo, Cabot, por favor.

Me aparté a un lado, y aferré la baranda del camino.

—No está bien —dije a Sarm—. Es un grave delito matar a un Escarabajo de Oro.

El cuerpo pesado de la criatura pasó a mi lado, las minúsculas antenas extendidas hacia Sarm, las pinzas huecas abiertas.

—Cabot —dijo el traductor de Sarm.

—De este modo —dije—, los hombres usan contra ellos los instintos de los Reyes Sacerdotes.

—Cabot... Cabot... Cabot... —dijo el traductor.

Entonces, cuando el escarabajo se aproximó a Sarm, el Rey Sacerdote se acostó en el suelo, casi como si estuviera de rodillas y súbitamente hundió el rostro y las antenas entre los pelos móviles del Escarabajo de Oro.

Vi cómo las mandíbulas huecas aferraban y herían el tórax del Rey Sacerdote.

Más polvo de rocas se interpuso entre mi persona y la pareja unida en el abrazo de la muerte.

Las antenas de Sarm estaban hundidas en los vellos dorados del escarabajo; los apéndices, con sus vellos sensoriales, acariciaban el vello dorado, e incluso Sarm tomó algunos de los pelos en su boca, y con la lengua trató de lamer la secreción que brotaba de ellos.

—El placer —dijo el traductor de Sarm—, el placer, el placer.

No pude cerrar los oídos al siniestro sonido de las mandíbulas succionadoras del escarabajo.

Ahora comprendía por qué se permitía que los Escarabajos de Oro viviesen en el Nido, por qué los Reyes Sacerdotes no los mataban, aunque eso a veces significaba su propia muerte.

Me pregunté si los vellos del Escarabajo de Oro, cargados con su secreción narcótica, eran adecuada recompensa para un Rey Sacerdote, para los milenios de ascetismo durante los cuales desvelaban los misterios de la ciencia. Si constituían una culminación aceptable para una de esas vidas prolongadas que dedicaban al Nido, a sus leyes, al deber, y a la búsqueda y la manipulación del poder.

Comprendí que los Reyes Sacerdotes tenían pocos placeres, y ahora pensé que el principal podía ser la muerte. Por una vez, como

fruto de un esfuerzo supremo de la voluntad, Sarm, que era un gran Rey Sacerdote, apartó la cabeza de los vellos dorados y me miró.

—Cabot —dijo su traductor.

—Muere, Rey Sacerdote —dije en voz baja.

El último sonido que brotó del traductor de Sarm fue:

—... el placer.

Después, con el último latido espasmódico de la muerte, el cuerpo de Sarm se desprendió de las mandíbulas del Escarabajo de Oro y de nuevo se irguió en toda su gloria, con sus seis o siete metros de cuerpo dorado.

Permaneció así un momento a un paso de la cima de la gran cúpula azul que ardía y silbaba con la fuente de energía de los Reyes Sacerdotes.

Por última vez miró alrededor, y sus antenas registraron la grandeza del Nido, y después cayó a un costado y se deslizó por la superficie del globo y se hundió en la masa hirviente que estaba debajo.

El Escarabajo, letárgico e hinchado se volvió lentamente para enfrentarme.

Con un golpe de la espada le abrí la cabeza.

Permanecí allí, cerca de la cima del globo, y miré el Nido que se derrumbaba.

Abajo, cerca de la puerta de la cámara, vi las figuras doradas de los Reyes Sacerdotes, entre ellos Misk.

Me volví y comencé a descender lentamente.

32. Hacia la superficie

—Es el fin —dijo Misk—, el fin. Ajustó frenético los controles de un gran panel, las antenas tensas a causa de la concentración, mientras trataba de interpretar los datos de los indicadores.

Al lado, otros Reyes Sacerdotes trabajaban intensamente.

Contemplé el cuerpo de Sarm, dorado y destrozado, tendido entre los escombros del suelo, manchado por el polvo que formaba una niebla en la sala.

Oí cerca la tos ahogada de una joven, y pasé el brazo sobre los hombros de Vika de Treve.

—Nos llevó bastante tiempo llegar aquí —dijo Misk—. Ahora es demasiado tarde.

—¿El planeta? —pregunté.

—El Nido... el mundo —afirmó Misk.

Ahora, la masa hirviente contenida en el globo púrpura comenzó a quemar las paredes que la contenían, y se oían crujidos y aparecían arroyuelos de una sustancia espesa, como lava azul, que presionaba constantemente pugnando por salir del globo.

—Debemos salir de la cámara —dijo Misk—, porque el globo no resistirá.

Señaló una aguja que se movía desordenadamente.

—Salgan —dijo el traductor de Misk.

Alcé en brazos a Vika y la retiré de la cámara, y detrás venían los Reyes Sacerdotes y los humanos que los habían acompañado.

Me volví a tiempo para ver a Misk que se apartaba del panel y corría hacia el cuerpo de Sarm, tendido entre los escombros. Se oyó un silbido y todo el costado del globo se resquebrajó y comenzó a derramarse una avalancha de espeso fluido que inundó la habitación.

Misk continuaba tirando del cuerpo destrozado de Sarm, entre los escombros.

—¡Deprisa! —le grité.

Pero el Rey Sacerdote no me prestó atención, y quería mover un gran bloque de piedra que había caído sobre uno de los apéndices del cadáver de Sarm.

Empujé hacia delante a Vika, y corrí donde estaba Misk.

—¡Vamos! —grité, descargando el puño sobre su tórax—. ¡Deprisa!

—No.

—Está muerto —dije—. ¡Déjalo!

—Es un Rey Sacerdote —afirmó Misk.

Misk y yo unimos nuestras fuerzas, mientras la masa de lava avanzaba implacable hacía nosotros, y conseguirnos apartar el gran

bloque de piedra; Misk recogió tiernamente el cuerpo deshecho de Sarm y ambos corrimos hacia la salida, mientras el río de lava fundida ocupaba el lugar donde habíamos estado un instante antes.

Misk, que llevaba el cuerpo de Sarm, y los restantes Reyes Sacerdotes y humanos, incluso Vika y yo, salimos de la Planta de Energía, y regresamos al complejo que había sido el centro del territorio de Sarm.

—¿Por qué? —pregunté a Misk.

—Porque es un Rey Sacerdote —contestó.

—Fue un traidor —dije—, y traicionó al Nido, y ahora ha destruido no sólo al Nido sino al mundo.

—Pero fue un Rey Sacerdote —insistió Misk, y tocó suavemente con sus antenas la figura maltrecha de Sarm. Y fue el Primogénito —agregó Misk—. Y el bienamado de la Madre.

Detrás sobrevino una terrible explosión, comprendí que el globo ahora había explotado, y que la cámara que lo albergaba estaba totalmente destruida.

El túnel por el cual avanzábamos tembló y se estremeció bajo nuestros pies. Llegamos al conducto que Misk, sus Reyes Sacerdotes y los humanos habían practicado a través de los escombros, y así llegamos nuevamente a uno de los complejos principales.

Hacía frío, y los humanos, e incluso yo, temblábamos con nuestras vestimentas tan simples.

—¡Miren! —exclamó Vika, señalando hacia arriba.

Y todos miramos, y vimos, quizá a más de un kilómetro de altura, el cielo azul de Gor. En el techo del complejo del Nido se había abierto una ancha grieta y así alcanzábamos a divisar el bello y sereno cielo del mundo superior.

Los Reyes Sacerdotes trataron de proteger sus antenas de la radiación del cielo bañado en luz de sol.

De pronto comprendí por qué necesitaban de los hombres y cómo dependían de nosotros.

¡Los Reyes Sacerdotes no podían soportar el sol!

—¡Qué bello es! —gritó Vika.

—Sí —dije—, es muy bello.

En ese momento, planeando sobre las construcciones del complejo, a pocos metros de los techos, apareció una de las naves de Misk, pilotada por Al-Ka, a quien acompañaba su mujer.

Descendió cerca de nuestro grupo. Un momento después otra nave pilotada por Ba-Ta, apareció y fue a posarse cerca de la primera. También él traía consigo a su mujer.

—Ahora ha llegado el momento de elegir —dijo Misk— dónde deseamos morir.

Por supuesto, los Reyes Sacerdotes no querían abandonar el Nido,

y comprobé sorprendido que muchos humanos, que habían nacido allí, y que consideraban su hogar al Nido, insistían también en permanecer en el complejo.

Pero otros abordaron entusiasmados las naves que debían llevarlos a la superficie.

—Hicimos muchos viajes —dijo Al-Ka—, y lo mismo ocurrió con otras naves, porque el Nido se abrió en una docena de lugares.

—¿Dónde quieres morir? —pregunté a Vika de Treve.

—A tu lado —se limitó a decir.

Al-Ka y Ba-Ta entregaron sus naves a otros, porque ellos preferían permanecer en el Nido. También sus mujeres eligieron libremente continuar con ellos, pese a que eran los hombres que habían oprimido collares dorados alrededor de sus cuellos.

Kusk estaba a cierta distancia, y tanto Al-Ka como Ba-Ta, seguidos por sus mujeres, comenzaron a acercarse al anciano Rey Sacerdote. Se encontraron a unos cien metros de donde yo estaba, y vi que el Rey Sacerdote apoyaba una pata delantera en el hombro de cada uno, y que juntos permanecían inmóviles, esperando el derrumbe final del Nido.

—Arriba no hay seguridad —afirmó Misk.

—Tampoco aquí —contesté.

—Es cierto —confirmó Misk.

En la distancia se oyeron explosiones sordas, y el estrépito de las rocas que caían.

—Todo el Nido está derrumbándose —dijo Misk.

—¿No es posible hacer nada? —pregunté.

—Nada —contestó Misk.

Vika me miró. —Cabot, ¿dónde prefieres morir? —preguntó.

La última nave se preparaba para volar pasando por la grieta abierta en el techo del complejo. Me habría agradado ver de nuevo la superficie del mundo, el cielo azul, los campos verdes, allende las Montañas Sardar, pero dije:

—Me quedaré aquí con Misk, que es mi amigo.

—Muy bien —observó Vika—. También yo permaneceré aquí.

Así, vimos elevarse la nave, que poco a poco se empequeñeció hasta convertirse en un punto blanco que desapareció en la distancia azul.

Kusk, Al-Ka y Ba-Ta y sus mujeres se acercaron lentamente a nuestro grupo.

Las piedras continuaban cayendo alrededor, y las nubes de polvo eran cada vez más espesas. El cuerpo de Misk estaba revestido de polvo, y yo lo sentía en los cabellos, los ojos y la garganta.

Sonreí para mí, porque ahora Misk estaba muy atareado tratando de limpiarse. Su mundo podía derrumbarse, pero él no descuidaba

acicalarse. Imaginé que la suciedad que se adhería a su tórax, al abdomen y a los vellos sensoriales de los apéndices, le inquietaba todavía más que el temor de morir aplastado por uno de los grandes bloques de piedra que de tanto en tanto llovían sobre nosotros.

—Es lamentable —me dijo Al-Ka— que la planta auxiliar de energía no esté terminada.

Misk dejó de acicalarse, y también Kusk miró a Al-Ka.

—¿Qué planta auxiliar? —pregunté.

—La planta de los muls —dijo Al-Ka—, la que estuvimos preparando durante quinientos años, según el plan de rebelión contra los Reyes Sacerdotes.

—Sí —confirmó Ba-Ta—, construida por ingenieros muls adiestrados por los Reyes Sacerdotes, con piezas robadas en el curso de siglos, y escondidas en el sector abandonado del Antiguo Nido.

—No sabía una palabra —dijo Misk.

—Los Reyes Sacerdotes a menudo subestiman a los muls —dijo Al-Ka.

—Estoy orgulloso de mis hijos —dijo Kusk.

—No somos ingenieros —explicó Al-Ka.

—No —dijo Kusk—, pero son humanos.

—En realidad —explicó Ba-Ta—, a lo sumo unos pocos muls sabían de la existencia de esa planta. Nosotros mismos nos enteramos cuando algunos técnicos se unieron a nuestro grupo, durante la Guerra del Nido.

—¿Dónde están ahora esos técnicos? —pregunté.

—Trabajando —contestó Al-Ka.

—¿Es posible que la planta funcione?

—No —contestó Al-Ka.

—Entonces, ¿por qué trabajan? —preguntó Misk.

—Es humano —dijo Ba-Ta.

—Absurdo —dijo Misk.

—Pero humano —dijo Ba-Ta.

—Sí, absurdo —dijo Misk, y sus antenas se enroscaron un poco, pero después rozó suavemente los hombros de Ba-Ta, para indicarle que no quería ofenderlo.

—¿Qué se necesita? —pregunté.

—No soy ingeniero —explicó Al-Ka—, no lo sé. Pero tiene que ver con la fuerza Ur.

—Ese secreto —agregó Ba-Ta— ha sido bien preservado por los Reyes Sacerdotes.

Misk alzó reflexivamente las antenas. —Está el destructor Ur que fabriqué durante la guerra —dijo su traductor.

Él y Kusk se tocaron las antenas, y después se separaron. —Los componentes del destructor pueden reorganizarse —continuó Misk—,

pero es poco probable que el vacío de poder pueda cerrarse satisfactoriamente.

—¿Por qué? —pregunté.

—Por una parte —dijo Misk—, la planta construida por los muls probablemente no sirva; por otra parte, está construida con piezas robadas en el curso de siglos, y no creo que pueda lograrse una satisfactoria integración de componentes con los elementos del destructor Ur.

—Sí —dijo Kusk, desconsolado—, las probabilidades no nos favorecen.

—¿Hay alguna posibilidad? —pregunté a Misk.

—No sé —contestó—, pues no he visto la planta que ellos construyeron.

—Pero lo más probable —intervino Kusk— es que no haya ninguna posibilidad.

—Una posibilidad muy pequeña, aunque quizá definida —conjeturó Misk.

—Eso mismo —reconoció Kusk.

—¡Si hay una sola posibilidad —grité a Misk—, deben intentarlo!

Misk me miró, y sus antenas parecieron alzarse sorprendidas.

—Soy un Rey Sacerdote —dijo—. La probabilidad no es tan importante como para que un Rey Sacerdote, que una criatura racional, pueda actuar sobre esa base.

—¡Tienen que hacerlo! —grité.

—Deseo morir dignamente —dijo Misk, y continuó su tarea de acicalarse. —No es justo que un Rey Sacerdote se agite como un humano... se mueva de aquí para allá cuando no hay probabilidades de éxito.

—Si no por ti —dije—, hazlo por el bien de los humanos... los que están en el Nido y los que viven fuera... eres su única esperanza.

Misk dejó de acicalarse y me miró.

—Tarl Cabot, ¿tú lo deseas? —preguntó.

—Sí.

Y Kusk miró a Al-Ka y a Ba-Ta.

—¿También ustedes lo desean? —preguntó.

—Sí —contestaron ambos.

En ese momento detrás de una gran piedra emergió el cuerpo grueso y redondeado de un Escarabajo de Oro.

—Somos afortunados —dijo la voz que venía del traductor de Kusk.

—Sí —dijo Misk—, ahora no será necesario buscar a uno de los Escarabajos de Oro.

—¡No deben entregarse al Escarabajo de Oro! —grité.

—Voy a morir —dijo Misk—. No me prives de este placer.

Kusk avanzó un paso hacia el escarabajo.

—Es el fin —dijo el traductor de Misk—. Intenté todo lo que era posible. Y ahora estoy fatigado. Perdóname, Tarl Cabot.

—¿Así prefiere morir nuestro padre? —preguntó Al-Ka a Kusk.

—Hijos míos, ustedes no entienden —dijo Kusk— lo que el Escarabajo de Oro significa para un Rey Sacerdote.

—Creo que entiendo —exclamé—, pero ustedes tienen que resistir.

—No es la costumbre de los Reyes Sacerdotes —afirmó Misk.

—¡Pues que lo sea desde ahora en adelante! —grité.

Me pareció que Misk se erguía, y que sus antenas se agitaban desordenadamente, mientras todas las fibras del cuerpo le temblaban.

Contempló a los humanos reunidos alrededor, y el pesado hemisferio del escarabajo que se aproximaba.

—Échenlo —dijo el traductor de Misk.

Con un grito de alegría, corrí hacia el escarabajo. Vika y Al-Ka y Ba-Ta y sus mujeres se unieron a mí, y evitando las mandíbulas tubulares y arrojando piedras y amenazándolo con varas obligamos a huir a la repugnante bestia.

Volvimos donde estaban Misk y Kusk, que se habían reunido y se tocaban las antenas.

—Llévennos a la planta de los muls —dijo Misk.

—Los guiaré —exclamó Al-Ka.

Misk se volvió hacia mí. —Te deseo bien, Tarl Cabot, humano —dijo.

—Espera —dije—, iré contigo.

—No puedes ayudarnos —contestó. Las antenas de Misk se inclinaron hacia mí. —Ve a la superficie. Recibe la caricia del viento, y contempla de nuevo el cielo y el sol.

Alcé las manos, y Misk me tocó suavemente las palmas con sus antenas.

—Deseo tu bien, Misk, Rey Sacerdote —dije.

Misk se volvió y salió deprisa, seguido por Kusk y el resto.

Vika y yo permanecimos solos en el complejo que se derrumbaba. Aferré a Vika, y ambos huimos de la cámara.

Llegamos a la entrada de un túnel y miré detrás, y vi que el techo descendía con increíble suavidad, casi como una lluvia de piedras.

Percibí la diferencia de gravitación del planeta. Me pregunté cuánto tiempo pasaría antes de que se desintegrara y se convirtiera en un cinturón de polvo perdido en el sistema solar.

Vika se había desmayado en mis brazos.

Corrí por los túneles, sin tener una idea clara de lo que podía hacer o adónde ir.

De pronto, me encontré en el primer Complejo del Nido, el lugar

donde había entrado el día de mi llegada.

Moviéndome como en un sueño, ascendí por la rampa circular que llevaba al ascensor.

Pero allí encontré únicamente el hueco vacío y oscuro.

Pensé que estábamos atrapados en el Nido; pero después vi, quizá a unos treinta metros de distancia, una puerta parecida, aunque más pequeña.

La abrí, salté al interior del artefacto y oprimí el disco que estaba al final de una serie. La puerta se cerró, y el artefacto ascendió velozmente.

Cuando se abrió la puerta, me encontré de nuevo en el Salón de los Reyes Sacerdotes, aunque la gran cúpula superior ahora estaba resquebrajada y algunas partes habían caído al suelo del recinto.

Vika yacía inconsciente en mis brazos, y yo había ocultado su rostro con varios pliegues de su propia vestidura, para proteger los ojos y la boca del polvo que caía por doquier.

Me acerqué al trono de los Reyes Sacerdotes.

—Salud, Cabot —dijo una voz.

Alcé los ojos y vi a Parp, fumando su pipa, sentado tranquilamente en el trono.

—No debes quedarte aquí —le dije—, contemplando inquieto los restos del trono.

—No tengo adónde ir —dijo Parp mientras fumaba satisfecho la pipa. Se recostó en el respaldo del trono. Una nube de humo emergió de la pipa, pero en lugar de elevarse pareció avanzar en línea recta. —Me había agradado una última pipa muy satisfactoria —dijo Parp. Me miró, y descendió del trono para acercarse. Apartó el pliegue de la vestidura de Vika y contempló el rostro de la joven.

—Es muy hermosa —dijo Parp—, muy parecida a su madre.

—Sí —dije.

—Ojalá hubiera podido conocerla mejor —continuó. Parp me sonrió—. Pero soy un padre indigno de una muchacha como ella.

—Eres un hombre muy bueno y valeroso —dije.

—Soy pequeño, feo y débil —dijo—, y merezco que una hija así me desprecie.

—Creo que ahora no te despreciaría.

—No le digas que la vi —pidió—. Que olvide a Parp, el tonto.

De un salto volvió al trono, y se instaló nuevamente.

—¿Por qué volviste aquí? —pregunté.

—Para sentarme una vez más en el trono de los Reyes Sacerdotes —dijo Parp, y sonrió—. Quizá fue un gesto de vanidad. Aunque también me agrada creer que lo hago porque es la silla más cómoda de todas las Montañas Sardar.

Me eché a reír.

—¿Vienes de la Tierra, verdad? —pregunté.

—Eso fue hace mucho, muchísimo tiempo —explicó—. En realidad, nunca me acostumbré a sentarme en el suelo. Tengo las rodillas muy duras.

—¿Te trajeron en uno de los Viajes de Adquisición?

—Por supuesto.

—¿Hace mucho? —pregunté.

—¿Qué sabes de estas cosas? —preguntó Parp, sin mirarme.

—Oí hablar de los Sueros de Estabilización —contesté.

El suelo se movió bajo mis pies, y cambié de posición. El trono se inclinó, y después recuperó su posición anterior.

Parp parecía más preocupado por su pipa, que amenazaba apagarse, que por el mundo que se derrumbaba alrededor de su persona.

—¿Sabías —preguntó— que Vika fue la mul hembra que expulsó a los Escarabajos de Oro cuando Sarm los envió contra las fuerzas de Misk?

—No —dije—, no lo sabía.

—Una joven valerosa —dijo Parp.

—Lo sé —contesté—. En verdad, es una mujer muy bella y digna.

—Sí, creo que así es —y agregó, creo que con expresión de tristeza—: Y así fue su madre.

Vika se agitó en mis brazos.

—Deprisa —dijo Parp, que de pronto pareció temeroso—, retírala de aquí antes de que recupere la conciencia. ¡No debe verme!

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque me desprecia.

—En ese caso, muéstrame el camino —pedí.

Llevando en brazos el cuerpo de Vika, seguí a Parp, cuyas vestiduras parecían elevarse y flotar blandamente alrededor de su cuerpo mientras avanzaba por el túnel, delante de mí.

Poco después llegamos a un portal de acero; Parp movió una llave y éste se elevó. Afuera, estaban los dos larls blancos, y ambos animales nos miraban. No estaban encadenados.

Horrorizado, Parp abrió muy grandes los ojos.

—Pensé que se habían ido —dijo—. Hace unas horas los solté para que no muriesen encadenados.

Accionó de nuevo la llave, y el portal comenzó a descender, pero uno de los larls consiguió meter la mitad del cuerpo y una pata larga y erizada de garras dando un salvaje rugido. El portal golpeó el lomo del animal, que retrocedió. Pero entonces, a pesar de los esfuerzos de Parp, el portal rehusó cerrarse.

—Usted fue bueno —dije.

—Fui un estúpido —dijo Parp—. ¡Siempre lo fui!

—No lo podía saber —dije.

Vika se quitó de la cara los pliegues del vestido, y vi que trataba de erguirse.

La ayudé a incorporarse, y Parp se volvió, cubriéndose el rostro con la túnica.

Ahora, Vika estaba de pie, y cuando vio a Parp contuvo una exclamación. Volvió los ojos hacia los larls, y nuevamente hacia la figura.

Vi cómo extendía amablemente la mano y se acercaba a Parp. Apartó los pliegues de la túnica de su padre, y le tocó la cara.

—¡Padre! —sollozó.

—Hija mía —dijo él, y tomó en sus brazos a la joven.

—Te quiero, padre mío —dijo.

Parp sollozó suavemente, la cabeza inclinada sobre el hombro de su hija.

Uno de los larls rugió, con el rugido que precede al ataque.

Era un sonido que yo conocía bien.

—Apártense —dijo Parp.

Apenas reconocí la voz.

Pero yo obedecí.

Parp se adelantó hacia la puerta, sosteniendo en la mano el minúsculo encendedor de plata con el cual le había visto encender mil veces la pipa, el pequeño cilindro que había confundido al principio con un arma.

Parp invirtió el cilindro y lo apuntó al pecho del larl más próximo. Oprimió el pequeño objeto del que se desprendió una llamarada que alcanzó a la bestia a la altura del corazón. El larl se desplomó en el suelo, y después de algunas convulsiones quedó inmóvil.

Parp arrojó lejos el minúsculo tubo.

Me miró:

—¿Puedes alcanzar el corazón de un larl? —preguntó.

Con la espada, tendría que ser un golpe afortunado.

—Si tuviese una oportunidad —dije.

El segundo larl, enfurecido, rugió y se agazapó para saltar.

—Bien —dijo Parp, sin conmoverse—. ¡Sígueme!

Vika gritó y yo traté de impedirlo, pero Parp se adelantó y se arrojó en las fauces del sorprendido larl, que lo aferró y comenzó a sacudirlo salvajemente. Me acerqué de un salto y hundí la espada en el costillar, apuntando al corazón.

El cuerpo de Parp, medio desgarrado, el cuello y los miembros quebrados cayó de las fauces del larl.

Vika corrió hacia su padre, llorando.

Extraje la espada y la hundí varias veces más en el corazón del

larl, hasta que la bestia yació inerte.

Me detuve detrás de Vika.

Arrodillada junto al cuerpo de Parp, se volvió y me miró.

—¡Temía tanto a los larls! —dijo.

—He conocido a muchos hombres valerosos —le dije—, pero a ninguno más valiente que Parp de Treve.

Vika inclinó la cabeza hacia el cuerpo destrozado, y la sangre manchó las sedas de su vestido.

—Cubriré con piedras el cuerpo —dije—. Y haré túnicas con la piel del larl. Tendremos que andar mucho y hará frío.

Ella me miró, y con los ojos llenos de lágrimas, asintió.

33. Salimos de los montes Sardos

Vika y yo, ataviados con vestiduras que habíamos confeccionado con la piel del larl, marchamos hacia el gran portón negro, en la sombría empalizada de madera que rodea a los Sardos. Fue un viaje extraño pero rápido. Los Reyes Sacerdotes y los humanos ingenieros del Nido estaban perdiendo la batalla que determinaría si los hombres y los Reyes Sacerdotes podían salvar a un mundo, o si en definitiva se impondría el sabotaje de Sarm, el Primogénito.

Me había llevado cuatro días subir a la guarida de los Reyes Sacerdotes en los Sardos, pero en la mañana del segundo día Vika y yo vimos los restos del gran portón, ahora caído, y la empalizada, convertida en poco más que una sucesión de maderos quebrados y desencajados.

La velocidad del viaje de regreso no se debió, principalmente, al hecho de que descendíamos, aunque eso ayudó, sino más bien a la disminución de la gravitación, que me permitió desplazarme con Vika en brazos, descuidando lo que, en condiciones más normales, habría sido un sendero difícil y peligroso. Más aún, varias veces simplemente salté un tramo del camino, y descendí flotando más de treinta metros. Otras, incluso, desdeñé del todo seguir el sendero, y pasé de un risco al otro, improvisando atajos. Avanzada la mañana del segundo día, más o menos a la hora en que vimos la puerta negra, el descenso de la gravitación alcanzó su máximo nivel.

—Llegamos al final del camino, Cabot —dijo Vika.

—Sí —repliqué—. Así lo creo.

Desde el lugar en que Vika y yo estábamos, podíamos ver grandes multitudes, ataviadas con los colores de todas las castas de Gor, reunidas frente a los restos de la empalizada, mirando temerosas el terreno que se desplegaba ante ellas. Imaginé que en medio de esa multitud atemorizada y movediza, seguramente había hombres de casi todas las ciudades de Gor. Hacia adelante, en varias líneas que se extendían hasta donde alcanzaba la vista, aparecían las túnicas blancas de los Iniciados. Incluso podía oler los innumerables fuegos de sus sacrificios, la carne quemada de los boskos, y la fragancia intensa del incienso que ardía en braseros colgados de cadenas; oía las letanías de sus rezos, y observaba sus permanentes postraciones y reverencias, con las que trataban de complacer a los Reyes Sacerdotes.

Tomé de nuevo en brazos a Vika, y medio caminando medio flotando, descendí hacia las ruinas de la puerta. De la multitud partió un enorme grito cuando la gente nos vio, y después se hizo un silencio profundo, y todos los ojos parecían fijos en nosotros.

De pronto, sentí que Vika me resultaba un poco más pesada que

antes, y me dije que sin duda estaba fatigándome.

Descendí con ella por el sendero y llegué al fondo de una pequeña grieta entre el sendero y la puerta. El borde superior de la grieta estaba apenas a diez metros de distancia. Pensé que me bastaba un salto para llegar allí, pero cuando hice el esfuerzo el salto me elevó sólo cinco o seis metros. Volví a intentarlo, otra vez con mayor ímpetu, y alcancé el borde de la hendidura.

Entonces, miré a través de las ruinas de la empalizada y la puerta caída, y pude ver el humo que se elevaba de los innumerables fuegos para sacrificios que allí ardían, y el de los braseros donde se quemaba incienso. Me pareció que ya no se dispersaba y disipaba, sino que parecía elevarse en delgados hilos hacia el cielo.

De mis labios escapó un grito de alegría.

—¿Qué ocurre, Cabot? —exclamó Vika.

—¡Misk ha triunfado! —grité—. ¡Hemos triunfado!

Corrí hacia la puerta. Apenas llegué, deposité a Vika en el suelo. Frente a la puerta, ante mí, estaba la multitud asombrada. Sabía que en el curso de la historia del planeta jamás un hombre había regresado de los Montes Sardos.

Los Iniciados formaban largas líneas que se detenían en el límite de los Sardos, y habían acudido a reverenciar a los Reyes Sacerdotes. Tenían las cabezas afeitadas, los rostros inquietos, la mirada colmada de temor, los cuerpos temblorosos. Llevaban túnicas blancas.

Quizás temieran que ante sus propios ojos la Muerte Llameante me destruyera.

Detrás de los Iniciados, de pie como corresponde a los hombres de otras castas, vi a individuos de cien ciudades, reunidos allí en el temor y el ruego comunes a los habitantes de los Sardos. Imaginaba claramente el terror y el sentimiento que había movilizado a estos hombres, normalmente divididos por disputas irreconciliables. Los terremotos, los huracanes incontrolables y las perturbaciones atmosféricas, así como la extraña desaparición de la fuerza de gravedad, habían sido los factores que los habían inducido a venir a este lugar.

Contemplé los rostros atemorizados de los Iniciados. Me pregunté si las cabezas afeitadas, tradicionales durante siglos en los Iniciados, tenían cierta relación, ahora olvidada, con las prácticas higiénicas del Nido.

Me agradó ver qué, a diferencia de los Iniciados, los hombres de otras castas no se prosternaban. Allí se habían reunido hombres de todas las ciudades, y quizá, incluso, sobrevivientes de la desaparecida Ko-ro-ba; y pertenecían a castas muy diferentes, algunas incluso tan bajas como la de los Campesinos, los Curtidores, los Tejedores, los Pastores, los Poetas y los Mercaderes. Pero ninguno se prosternaba

como hacían los Iniciados.

Un Iniciado se mantenía erguido, y eso me complació.

—¿Vienes del mundo de los Reyes Sacerdotes? —preguntó.

Era un hombre alto, bastante corpulento, pero tenía la voz muy profunda, y que sin duda impresionaba en uno de los templos de los Iniciados, construidos para acentuar todo lo posible los efectos acústicos. Tenía los ojos muy agudos y sagaces y en la mano izquierda un grueso anillo con una gran piedra blanca, tallada con el signo de Ar. Supuse que era el Supremo Iniciado de Ar.

—Vengo del país de los Reyes Sacerdotes —dije, alzando la voz de modo que me oyese el mayor número posible. No deseaba una conversación privada que después corriese deformada de boca en boca.

—¡Quiero hablar! —grité.

—Espera —dijo—, ¡oh bienvenido mensajero de los Reyes Sacerdotes!

El hombre hizo un gesto con la mano y trajeron un bosko blanco, un bello animal de pelaje largo y cuernos curvos. Le habían aceitado el pelaje, y de los cuernos colgaban cuentas de colores.

El Iniciado desenfundó un cuchillo, cortó un mechón de pelo del animal y lo arrojó a un fuego cercano. Después, impartió una orden, y uno de sus subordinados, armado de una espada cortó el cuello del animal que cayó de rodillas.

Mientras esperaba impaciente, otros dos hombres cortaron una pierna de la bestia sacrificada, y el miembro grasiento y ensangrentado fue puesto al fuego.

—¡Todo lo demás ha fracasado! —exclamó el Iniciado, agitando las manos en el aire. Después, comenzó a rezar en goreano arcaico, lenguaje utilizado por los Iniciados en sus diferente ceremonias. Cuando terminó su rezo, los Iniciados se reunieron alrededor, y él gritó:

—Oh, Reyes Sacerdotes, que este último sacrificio calme vuestra ira. Que este sacrificio os sea grato y así nuestros ruegos sean escuchados. ¡Lo ofrece Om, el primero de los Supremos Iniciados de Gor!

—No —gritaron otros Iniciados, los Supremos Iniciados de otras ciudades. Sabía que el principal sacerdote de Ar aspiraba a la hegemonía sobre los demás, pero por supuesto su pretensión era refutada por otros miembros de la casta, que a su vez se consideraban con derecho al cargo supremo en sus respectivas ciudades.

—¡Es el sacrificio que todos ofrecemos! —gritó uno de los enemigos de Om.

—¡Sí! —gritaron otros.

—¡Miren! —exclamó el Supremo Iniciado de Ar. Señaló el humo

que ahora se elevaba de un modo casi natural. —¡Mi sacrificio ha sido grato a las narices de los Reyes Sacerdotes! —exclamó.

—¡Nuestro sacrificio! —exclamaron alegremente los restantes Iniciados.

Un clamor salvaje brotó de las gargantas de la multitud reunida, porque los hombres comenzaron a entender de pronto que su mundo retornaba a la normalidad.

—¡Vean! —gritó el Supremo Iniciado de Ar.

Señaló el humo que, ahora que el viento había cambiado, derivaba hacia los Montes Sardos. —Los Reyes Sacerdotes inhalan el humo de mi sacrificio.

—¡Nuestro sacrificio! —insistieron los restantes sacerdotes.

Había abrigado la esperanza de usar esos momentos, esa oportunidad que se ofrecía antes de que los hombres de Gor advirtieran que se restablecían la gravedad y las condiciones normales, para exhortarlos a renunciar a sus guerras interiores, para pedirles que buscasen la paz y la fraternidad. Pero el Supremo Iniciado de Ar me había desplazado, y aprovechado la oportunidad para cumplir sus propios propósitos.

Entonces, mientras la multitud se regocijaba y comenzaba a dispersarse, comprendí que yo ya no era importante. A lo sumo, era otro indicio de la piedad de los Reyes Sacerdotes. Habían permitido que alguien regresara de los Sardos.

Pero también noté que los Iniciados me habían rodeado. Sus normas no les permitían matar, pero sabía que utilizaban con ese fin a hombres de otras castas.

Me volví hacia el Supremo Iniciado de Ar.

—¿Quién eres, forastero? —preguntó.

En goreano, se utiliza la misma palabra para expresar las dos ideas: “forastero” y “enemigo”.

Pero no estaba dispuesto a revelarle mi nombre, mi casta ni mi ciudad. Sus compañeros comenzaron a cerrar un círculo alrededor de mí.

—En realidad, no viene de los Sardos —dijo otro Iniciado.

—No —agregó otro—. Yo lo vi. Salió de la multitud, atravesó la empalizada y después vino hacia aquí. No vino de las montañas.

—Pero eso no es cierto —exclamó Vika—. Estuvimos en los Sardos. ¡Hemos visto a los Reyes Sacerdotes!

—Ella blasfema —dijo uno de los Iniciados.

De pronto, experimenté un sentimiento de profunda tristeza, y me pregunté cuál sería el destino de los humanos que venían del Nido si intentaban retornar a sus ciudades o al mundo de la superficie. Quizá si guardaban silencio lograrían salvar la vida, pero no por cierto en sus respectivas ciudades, porque los Iniciados locales sin duda

recordarían que habían ido a los Montes Sardos, y tal vez habían logrado entrar.

Comprendí que lo que sabía y lo que otros sabían poco importaba en el mundo de Gor.

—Es un impostor —dijo uno de los Iniciados.

—Debe morir —afirmó otro.

Formulé un ruego íntimo de que los humanos que retornaban del Nido no fueran perseguidos por los Iniciados y quemados o sacrificados como herejes y blasfemos.

Me sentí profundamente asombrado ante la pequeñez y la mezquindad del hombre. Después, avergonzado, comprendí que había estado a un paso de traicionar a mis semejantes. Había proyectado aprovechar ese momento, y fingir que traía un mensaje de los Reyes Sacerdotes, un mensaje que les recomendaba vivir como yo deseaba que ellos vivieran, que les recomendaba respetar a sus semejantes, ser buenos y dignos de la herencia de un ser racional. Sin embargo, ¿de qué valían todas esas cosas si provenían no del corazón del propio hombre, sino de su temor a los Reyes Sacerdotes o de su deseo de complacerlos? No, no intentaría reformar al hombre fingiendo que mis deseos eran los deseos de los Reyes Sacerdotes, pese a que eso podía ser eficaz un tiempo, porque los deseos de reforma, el anhelo de elevarse, deben ser los suyos propios y no los ajenos. Si el hombre se eleva, tiene que hacerlo únicamente con sus propias fuerzas.

Estaba agradecido al Supremo Iniciado de Ar por haber interferido.

El Supremo Iniciado de Ar hizo un gesto a sus compañeros, que se iban acercando cada vez más a mí.

—Retrocedan —dijo, y fue obedecido.

El sacerdote y yo nos miramos. De pronto, sentí que no era mí enemigo, y advertí que tampoco él me consideraba una amenaza o un enemigo.

—¿Sabes algo de los Sardos? —le pregunté.

—Bastante —dijo.

—Entonces, ¿por qué te comportas así? —pregunté.

—Difícilmente lo entenderías —dijo.

—Háblame —pedí.

—En la mayoría de los casos —explicó— es como tú piensas, son nada más que sencillos miembros de mi casta, individuos crédulos. Hay otros que sospechan la verdad y se sienten torturados, o que sospechan la verdad y fingen... pero yo, Om, Supremo Iniciado de Ar, y algunos de los Supremos Iniciados, no somos como ellos.

—¿Y en qué difieren?

—Yo, y otros —dijo—, esperamos la llegada del hombre. Me miró. Aún no está preparado.

—¿Para qué?

—Para creer en sí mismo —respondió Om—. Me sonrió. Yo y otros hemos intentado dejar cierto espacio, de modo que él lo vea y lo llene.

—¿De qué espacio hablas? —pregunté.

—No hablamos al corazón del hombre —dijo Om—, sólo a su miedo. No hablamos de amor y coraje, de lealtad y nobleza... sino de las reglas y el castigo de los Reyes Sacerdotes.

Miré largo rato al Iniciado, y me pregunté si decía la verdad. Eran observaciones muy extrañas por venir de los labios de un Iniciado. La mayoría de ellos parecía siempre enfrascado en los ritos de su casta, en la arrogancia y la pedantería de su especie.

—Por eso mismo —dijo— continúo siendo Iniciado.

—Hay Reyes Sacerdotes —dije al fin.

—Lo sé —contestó Om—, pero, ¿qué tienen ellos que ver con lo que es más importante para el hombre?

Medité un momento.

—Imagino —dije— que muy poco.

—Ve en paz —dijo el Iniciado, y se apartó.

Ofrecí la mano a Vika y ella se reunió conmigo.

El grupo de Iniciados se alejó, y Vika y yo pasamos entre ellos, y dejamos atrás la puerta y la empalizada en ruinas que otrora había rodeado los Montes Sardos.

34. Hombres de Ko-ro-ba

—¡Padre mío! —exclamé—. ¡Padre mío!

Corrí a los brazos de Matthew Cabot, que llorando me estrechó contra su cuerpo.

De nuevo vi el rostro fuerte y rugoso, la mandíbula cuadrada, la larga cabellera tan parecida a la mía, el cuerpo delgado y ágil, los ojos grises ahora perlados de lágrimas.

Sentí un golpe en la espalda, y cuando me volví tropecé con el gigantesco Tarl, mi antiguo Maestro de Armas.

Sentí que algo me tironeaba de la manga, y cuando miré hacia abajo encontré una figura diminuta vestida de azul.

—¡Torm! —exclamé.

Lo alcé en mis brazos, y Torm, de la Casta de los Escribas, gritó alegremente, sus cabellos color arena se agitaron al viento, y las lágrimas le surcaban las mejillas, pero ni por un instante soltó el rollo de papel que tenía en la mano, y con la que tenía libre comenzó a limpiarse la nariz, al fin yo lo deposité nuevamente en el suelo.

—¿Dónde está Talena? —pregunté a mi padre.

Cuando pronuncié ese nombre, Vika retrocedió un paso.

En ese mismo instante sentí que mi alegría se esfumaba porque el rostro de mi padre cobró una expresión grave.

—¿Dónde está? —insistí.

—No lo sabemos —dijo Torm, pues mi padre no atinaba a encontrar las palabras necesarias.

Mi padre me tomó por los hombros. —Hijo mío —dijo—, el pueblo de Ko-ro-ba se dispersó, y de la ciudad no quedó piedra sobre piedra.

—Pero aquí —dije— hay tres hombres de Ko-ro-ba.

—Nos hemos reunido —dijo Tarl—, pues como parecía que el mundo terminaba, decidimos agruparnos por última vez, a pesar de la voluntad de los Reyes Sacerdotes, para librar nuestro último combate como hombres de Ko-ro-ba.

Miré al pequeño escriba Torm, que había dejado de sollozar, y se limpiaba la nariz con la manga azul de su túnica:

—¿También tú, Torm? —pregunté.

—Por supuesto —dijo Torm—. Después de todo, un Rey Sacerdote no es más que un Rey Sacerdote. Aunque eso ya es bastante.

Se frotó reflexivamente la nariz y me miró. —Sí, creo que tengo coraje. Pero no debemos decírselo a otros miembros de la Casta de los Escribas —advirtió.

—Pues yo diré a todo el mundo —afirmó Tarl— que eres el miembro más valiente de la Casta de los Escribas.

—Bien —observó Torm—, formulada de ese modo quizá la información no sea perjudicial.

Miré a mi padre.

—¿Crees que Talena esté aquí? —pregunté.

—Lo dudo —dijo.

Sabía que era muy peligroso para una mujer viajar sola por el territorio de Gor.

Después, presenté a Vika, y expliqué del modo más sucinto posible mis aventuras en las Montañas Sardar.

Mi padre, Tarl y Torm escucharon asombrados el relato de mis peripecias.

Cuando concluí, los miré para comprobar si me creían.

—Sí —dijo mi padre—, te creo.

—Y yo también —afirmó Tarl.

—Bien —empezó Torm con aire reflexivo, porque los miembros de su casta jamás se apresuraban a opinar—, lo que afirmas no contradice ninguno de los textos que yo conozco.

Me eché a reír, aferré de la túnica al hombrecito y lo alcé en el aire.

—¿Me crees? —pregunté.

Lo sacudí dos veces en el aire.

—¡Sí! —gritó—. ¡Te creo! ¡Te creo!

Lo deposité en el suelo.

—De todos modos —afirmó Matthew Cabot—, creo que será sensato no hablar demasiado de estas cosas.

Todos concordaron en ello.

Miré a mi padre. —Lamento —dije— que Ko-ro-ba haya sido destruida.

Mi padre rió. —Ko-ro-ba no fue destruida —dijo. Sus palabras me desconcertaron, porque yo mismo había visto el valle de Ko-ro-ba, y las ruinas de la ciudad.

—Aquí —afirmó mi padre, metiendo la mano en un saco de cuero que colgaba de su hombro— está Ko-ro-ba.

Y extrajo la pequeña Piedra del Hogar de la Ciudad, en la cual de acuerdo con la costumbre goreana, estaba contenido todo el significado y la realidad del lugar habitado. —No es posible destruir Ko-ro-ba —continuó—, porque su Piedra del Hogar aún existe.

Recibí la pequeña piedra chata y la besé, porque era la Piedra del Hogar de la ciudad a la cual había jurado ser fiel, la ciudad donde había encontrado a mi padre después de un intervalo de más de veinte años, donde había conocido a mis amigos y adonde había llevado a Talena, la hija de Marlenus, otrora Ubar de Ar.

—Y también aquí está Ko-ro-ba —dije señalando al orgulloso gigante Tarl, y al menudo escriba Torm.

Los cuatro hombres de Ko-ro-ba nos estrechamos las manos.

—De lo que tú nos has dicho —afirmó mi padre— se desprende que de nuevo podemos construir, y que otra vez dos hombres de Ko-ro-ba pueden encontrarse.

—Sí —afirmé—, así es.

Mi padre, Tarl y Torm se miraron.

—Bien —dijo mi padre—, porque tenemos que reconstruir una ciudad.

—¿Cómo encontraremos otros sobrevivientes de Ko-ro-ba? —pregunté.

—La palabra se difundirá —dijo mi padre—, y de todos los rincones de Gor vendrán en pequeños grupos, para traernos su fuerza y su ayuda.

—Me alegro de que así sea —dije.

Sentí sobre mi brazo la mano de Vika.

—Cabot, sé lo que tienes que hacer —dijo—. Y es lo que deseo que hagas.

Contemplé a la joven de Treve. Sabía que yo tenía que buscar a Talena, y si era necesario, consagrar mi vida a la búsqueda de la mujer a la que había elegido como mi Compañera Libre.

La abracé, y ella sollozó. —Tendré que perderlo todo —gimió—, ¡todo!

—¿Deseas que me quede contigo? —pregunté.

—No —contestó—. Busca a la joven a la que amas.

—¿Qué harás?

—No lo sé —contestó Vika—. No hay futuro para mí.

—Puedes regresar a Ko-ro-ba —dije—. Mi padre y Tarl, el Maestro de Armas, son dos de las mejores espadas de Gor.

—No —replicó Vika— pues en tu ciudad sólo pensaría en ti, y cuando regreses con tu amada, ¿qué podría hacer?

—Tengo amigos en Ar —dije—, entre ellos Kazrak, el administrador de la ciudad. Puedes ir allí.

—Regresaré a Treve —afirmó Vika—. Allí continuaré el trabajo de un médico de Treve. Sé mucho de su ciencia y su arte, y aún aprenderé más.

—En Treve —observé—, quizás los miembros de la Casta de los Iniciados ordenen tu muerte. Ve a Ar —dije—. Allí estarás a salvo. Creo que para ti será mejor que Treve.

—Sí, Cabot —contestó Vika—, tienes razón. Ahora sería difícil vivir en Treve.

—Algún día —agregué— tal vez encuentres un compañero digno de ti.

Vika se echó a llorar, y de nuevo me hubiera abrazado, pero la empujé suavemente hacia los brazos de mi padre.

—Me ocuparé de que llegue sana y salva a Ar —dijo mi padre.

Vika me miró, y después se enjugó las lágrimas de los ojos.

—Te deseo bien, Cabot.

—Y yo, Vika, también te deseo bien.

Ahora, me esperaba un camino largo y solitario, y deseaba partir cuanto antes. Llegó el momento de despedirme de mis dos amigos. No deseaba saludar por última vez a mi padre, porque no tenía confianza en mí mismo. Ahora que había vuelto a verlo, después de tanto tiempo, no sabía si podría controlar mis sentimientos.

—¿Dónde irás? —preguntó Torm—. ¿Qué harás?

—No lo sé —respondí, y era sincero.

—Me parece —dijo Torm— que deberías venir a Ko-ro-ba y esperar allí. Quizá Talena encuentre el camino de regreso.

"Sí, me dije, era una posibilidad, pero no la creía muy probable. Era difícil que una mujer tan bella como Talena pudiese atravesar las ciudades de Gor y los caminos solitarios y los campos para regresar finalmente a Ko-ro-ba."

Quizá ahora mismo la amenazaban bestias salvajes, o bien hombres incluso más salvajes.

Quizá ella, mi Compañera Libre, estaba encadenada en uno de los carros azules y amarillos destinados a los esclavos, o era el adorno de los Jardines de Placer de algún guerrero. O se la ofrecía en venta en alguna de las ferias de Gor.

—Retornaré de tiempo en tiempo a Ko-ro-ba —dije—, para ver si ha vuelto.

—Quizá —dijo Tarl— intentó volver con su padre Marlenus a la Cordillera Voltai.

Era posible. En efecto, después de perder el trono de Ar, Marlenus había vivido como proscrito en las Voltai.

—¿Deseas que te acompañe? —preguntó Tarl.

Pensé que su espada podía serme muy útil, pero sabía que ante todo él tenía un deber hacia su ciudad. —No, contesté.

—Te deseo bien —dijo Tarl a modo de despedida.

—Lo mismo digo —afirmé.

Me alejé sin decir una palabra más. Por última vez contemplé las Montañas Sardar.

Otra vez estaba solo.

En Gor, pocas personas, tal vez ninguna, creerían mi relato.

Quizá fuera mejor así.

Si no hubiera vivido esas cosas, si no las hubiera conocido por experiencia, ¿las habría aceptado? Me dije que eso hubiera sido muy poco probable. Entonces, ¿qué sentido tiene haberlas escrito? No lo sé, salvo el hecho de que me pareció que valía la pena registrar todo lo que había vivido, al margen de que se me creyera o no.

Poco más queda por relatar.

Permanecí algunos días al pie de las Montañas Sardar, en el campamento de algunos hombres originarios de Tharna, a quienes había conocido varios meses antes. Por desgracia, entre ellos no estaba el magnífico Kron de Tharna, de la Casta de los Artesanos del Metal, que había sido mi amigo.

Interrogaba sistemáticamente a todos los hombres que se cruzaban en mi camino, y les preguntaba acerca del paradero de Talena de Ar, con la esperanza de hallar una pista que me llevase a ella. Pero a pesar de mis esfuerzos no pude descubrir el más mínimo rastro de mi amada.

Con esto puede decirse que ha concluido mi historia.

Pero es necesario que anoten el último incidente.

35. La noche del Rey Sacerdote

Ocurrió anoche, muy tarde.

Me había reunido con un grupo de hombres de Ar, alguno de los cuales me recordaba del sitio de esa ciudad, siete años antes.

Habíamos abandonado la Feria de Se'Var, y estábamos rodeando el perímetro de las Montañas Sardar, antes de cruzar el Vosk, de camino hacia Ar.

Habíamos acampado.

Era una noche ventosa y fría, y los pastos plateados de los campos se mecían a impulsos del viento helado. La noche anterior había sido muy fría. Y ésta era una áspera y bella noche otoñal.

—¡Por los Reyes Sacerdotes! —gritó un hombre, señalando hacia el peñasco—. ¿Qué es eso?

—Todos nos incorporamos de un salto, espada en mano, para ver de qué se trataba.

A unos doscientos metros del campamento, en dirección a los Sardos, cuyos riscos se elevaban contra la noche oscura y estrellada, aparecía una extraña figura, recortada contra las lunas blancas de Gor.

Salvo yo, todos profirieron exclamaciones de asombro y horror. Los hombres echaban mano a las armas.

—¡Vamos a matarlo! —gritó.

Envainé mi espada.

Lo que allí se recortaba como una silueta oscura era un Rey Sacerdote.

—¡Esperen! —grité, y atravesé corriendo el campo, y comencé a trepar entre las rocas.

Los ojos dorados y luminosos me contemplaron. Las antenas, agitadas por el viento, se orientaron hacia mí. Cerca del ojo izquierdo pude ver la cicatriz dejada por el filo de Sarm.

—¡Misk! —exclamé, y después de acercarme extendí la mano para recibir las antenas que me rozaron suavemente.

—Salud, Tarl Cabot —dijo la voz que partió del traductor de Misk.

—Salvaste a nuestro mundo —dije.

—Pero los Reyes Sacerdotes no pueden ocuparlo —contestó.

Permanecí de pie ante él, mirándolo.

—Vine a verte por última vez —dijo—, porque entre nosotros existe la Confianza del Nido. Eres mi amigo.

¡Sentí que mi corazón aceleraba sus latidos!

—Sí —dijo—, la palabra ahora es nuestra tanto como tuya, y tu nos enseñaste su sentido.

—Me alegro de ello —observé.

Esa noche Misk me explicó la situación del Nido. Pasaría mucho tiempo antes de que fuera posible reorganizarlo todo, y de que volviese a funcionar la Sala de Observación; pero los hombres y los Reyes Sacerdotes colaboraban ahora estrechamente.

Las naves que habían salido de los Sardos habían regresado, porque como yo había temido las ciudades de Gor no se habían mostrado muy acogedoras, y los humanos que regresaban no habían sido aceptados por éstas. Así, los pasajeros que ellas llevaban habían sufrido ataques en nombre de los mismos Reyes Sacerdotes que los habían autorizado a partir.

Supe que el cuerpo de Sarm había sido quemado en la Cámara de la Madre, de acuerdo con la costumbre de los Reyes Sacerdotes, porque él había sido el Primogénito y el bienamado de la Madre.

Al parecer, Misk no le había guardado el más mínimo rencor.

—Fue el más grande de los Reyes Sacerdotes —afirmó Misk.

—No —dije—, Sarm no fue el más grande de los Reyes Sacerdotes.

Misk me miró, extrañado. —La Madre —afirmó— no fue un Rey Sacerdote, era sencillamente la Madre.

—Lo sé —dije—. No me refería a la Madre.

—Sí —dijo Misk—, Kusk es quizá el más grande de los Reyes Sacerdotes.

—No hablaba de Kusk.

Misk me miró desconcertado:

—Jamás comprenderé a los humanos —dijo.

Me reí, porque ni por un instante Misk pensó que me refería a él. En efecto, Misk era el más grande de los Reyes Sacerdotes. Una criatura inteligente, valerosa, fiel y abnegada.

—¿Qué ocurrió con el joven varón? —pregunté—. ¿Lo destruyeron?

—No —contestó Misk—. Está a salvo.

—¿Ordenaste que los humanos mataran a los Escarabajos de Oro?

Misk se irguió. —Naturalmente, no lo hice —contestó.

—Pero matarán a otros Reyes Sacerdotes —objeté.

—¿Quién soy yo —preguntó Misk— para decidir cómo debe vivir... o morir un Rey Sacerdote? En realidad, según están las cosas sólo lamento no haber llegado nunca a saber dónde se encuentra el último huevo. Ese secreto murió con la Madre. Y ahora, también desaparecerá la raza de los Reyes Sacerdotes.

Lo miré. —La Madre me habló —dije—. Quiso decirme dónde estaba el huevo, pero murió antes.

—¿Y qué te dijo? —preguntó Misk.

—Lo único que alcanzó a decir fue que debía ir a los Pueblos del Carro.

—En ese caso —dijo Misk con expresión reflexiva—, el huevo debe estar con los Pueblos del Carro... o ellos saben dónde encontrarlo.

—A estas horas —objeté— probablemente ya fue destruido.

—Eso es indudable —dijo Misk.

—Y sin embargo, no puedes estar seguro.

—No —admitió Misk—, no estoy seguro.

—Podrías enviar implantados como espías —propuse.

—Ya no hay más implantados —explicó Misk—. Los llamamos y retiramos las redes de control. Pueden regresar a sus ciudades o permanecer en el Nido, como les plazca.

—En ese caso, han renunciado voluntariamente a un valioso sistema de vigilancia —dije—. ¿Por qué?

—No está bien implantar a criaturas racionales —dijo Misk.

—Sí, creo que tienes razón.

—La Cámara de Observación —agregó Misk— no funcionará durante mucho tiempo... y cuando la reconstruyamos, sólo vigilará a los objetos que se muevan al aire libre.

—Quizá puedan inventar un instrumento —sugerí—, que penetre las paredes, el suelo y los techos.

—Estamos trabajando en eso —aclaró Misk.

Me eché a reír, y las antenas de Misk se enroscaron.

—Si recuperan el poder —pregunté—, ¿qué se proponen hacer con él? ¿Impondrán ciertas normas a los hombres?

—Sin duda —contestó Misk.

Guardé silencio.

—Debemos protegemos, y proteger a los humanos que viven con nosotros —dijo Misk.

Volví los ojos hacia el campamento; había varias figuras humanas agrupadas, los ojos fijos en la colina.

—¿Qué me dices del huevo? —preguntó Misk.

—¿Qué pasa con eso?

—No puedo buscarlo. Me necesitan en el Nido, y además mis antenas no soportan el sol..., y si me acercara demasiado a un ser humano, probablemente me temería, y trataría de matarme.

—En ese caso, tendrás que encontrar a un humano —dije.

—¿No podrías hacerlo tú, Tarl Cabot? —preguntó.

—Los asuntos de los Reyes Sacerdotes —dije— no son mis asuntos.

Misk miró en derredor. Contempló el fuego del campamento lejano. Se estremeció un poco a causa del viento frío.

—Las lunas son muy hermosas —dije—, ¿no te parece?

—Sí —contestó—, me parece que lo son.

—Tus asuntos —repetí, aunque en realidad hablaba para mí

mismo— son tus asuntos... y no los míos.

—Por supuesto —admitió Misk.

Si intentaba ayudar a Misk, ¿cuál sería el resultado final de mi actitud? ¿No implicaba someter mi raza al pueblo de Sarm y los Reyes Sacerdotes que lo habían servido, o equivalía en definitiva a proteger a mi raza hasta que ella aprendiera a vivir sola, hasta que hubiese alcanzado la madurez de la humanidad?

—Tu mundo está muriendo —dije a Misk.

—El universo también morirá —replicó Misk.

Tenía las antenas orientadas hacia los fuegos blancos que ardían en la noche negra de Gor.

—Pero finalmente —continuó Misk—, la vida es tan real como la muerte, y habrá un regreso a los ritmos definitivos, y una nueva explosión reorganizará las partículas primitivas, y la rueda girará de nuevo, y un día, después de mucho tiempo, quizá haya otro Nido y otra Tierra y Gor y otro Misk y otro Tarl Cabot que a la luz de la luna hablen de estas cosas tan extrañas.

De pronto, volvió hacia mí los ojos y enroscó las antenas. —Pero digo cosas feas y absurdas —afirmó—. Perdóname, Tarl Cabot.

—Es difícil comprenderte —afirmé.

Vi que un guerrero subía la pendiente de la colina. Aferraba una lanza.

—¿Estás bien? —llamó.

—Sí —contesté.

—Vuelve —gritó—, y yo podré matarlo.

—¡No lo hieras! —exclamé—. Es inofensivo.

Misk enroscó las antenas.

—Te deseo bien, Tarl Cabot —dijo.

—Los asuntos de los Reyes Sacerdotes —dije con expresión más insistente que nunca— no son mis asuntos. Lo miré—. ¡No son mis asuntos!

—Lo sé —dijo Misk, y extendió suavemente hacia mí sus antenas.

Las toqué.

—Te deseo bien, Rey Sacerdote —dije.

Me aparté bruscamente y corriendo descendí la ladera. Me detuve solamente cuando llegué donde estaba el guerrero. Se habían acercado dos o tres hombres más, también armados. Y con el grupo se reunió un Iniciado de escasa jerarquía.

Juntos contemplamos la alta figura sobre la colina, perfilada contra la luna, inmóvil, con esa maravillosa inmovilidad de los Reyes Sacerdotes.

—¿Qué es? —preguntó uno de los hombres.

—Parece un insecto gigantesco —afirmó el Iniciado.

Sonreí para mí mismo. —Sí —dije—, parece un insecto

gigantesco.

—Que los Reyes Sacerdotes le protejan —dijo un Iniciado.

—Debo atravesarlo con mi lanza —afirmó uno de los hombres.

—Es inofensivo —expliqué.

—Aun así, más vale matarlo —sugirió nerviosamente el Iniciado.

—No.

Alcé el brazo en un gesto de despedida dirigido a Misk, y con gran sorpresa de los hombres que me acompañaban, Misk alzó una pata delantera, y después se volvió y desapareció.

Durante un largo rato estuvimos allí, en la noche ventosa, y contemplamos el peñasco, y las estrellas del cielo, y las lunas blancas.

—Se fue —dijo, al fin, uno de los hombres.

—Sí —confirmé.

—Gracias a los Reyes Sacerdotes —afirmó el Iniciado.

Me reí, y los hombres me miraron como si yo hubiera estado loco.

Hablé al hombre de la lanza. Era también el jefe del pequeño grupo.

—¿Dónde está el Pueblo de las Carretas? —le pregunté.